

Defne Suman

En la mesa del desayuno

Traducción del turco de Rafael Carpintero



Galaxia Gutenberg



© Asli Girgin

Defne Suman

Nació en Estambul en el año 1974. Completó los estudios de grado y de máster en el departamento de Sociología de la Universidad del Bósforo. Fruto de su tesis de máster, publicó el artículo «Feminismo, islam y espacio público» en el libro *Nuevos rostros públicos del islam*. En 2007 comenzó el blog *La condición humana*, que se convirtió en un sitio regularmente visitado por lectores tanto de Turquía como del resto del mundo. En 2011 publicó *El bosque azul*, compuesto por ensayos redactados a partir de sus diarios de viajes, y en 2014 su primera novela, *El escondite*, en la que se sigue el rastro de la misteriosa desaparición de una joven. *El silencio de Sherezade*, único libro suyo traducido hasta ahora al castellano en este mismo sello, es de 2016 y ha sido publicado en el Reino Unido, Estados Unidos, Kazajistán, Grecia y Croacia. *Calor de verano*, de 2017, se ha traducido al griego, al malabarí (India) y al bosnio. *En la mesa del desayuno*, de 2018, se tradujo al inglés, griego, serbio, armenio y noruego, y ahora al castellano. En 2019 publicó *La condición humana*, una continuación de *El bosque azul*. En 2020 publicó *Después de la lluvia* y el libro de relatos *El país perdido*; en 2021, *Formas de escapar de casa*, una colección de relatos, y en 2022, su última novela, *El edificio Cerco (Çember Apartmanı)*. En la actualidad vive entre Atenas y Estambul y continúa escribiendo novelas y ensayos en los que investiga la psicología de los habitantes de las sociedades modernas.

Isla de Büyükada, Turquía, 2017. Una familia se reúne para celebrar el centenario de la bisabuela, la famosa artista Şirin Saka, pero lo que debía ser una emotiva fiesta se convierte en una investigación sobre el pasado, tanto de esa familia como del país.

En la mesa del desayuno es una novela a varias voces: la de Selin, la bisnieta de Şirin; la de Nur, la nieta; la de Sadık, el mayordomo, y la de Burak, un periodista amigo (y examante) de Nur que ha sido invitado por Fikret, el otro nieto, para que escriba un artículo que ensalce la carrera artística de la bisabuela. Esa polifonía permite, además de sumergirse de manera más fiel en los diferentes personajes y sus puntos de vista, ir atrás en el tiempo, en el recuerdo. Así es como se va desvelando poco a poco un secreto familiar que, cuatro generaciones después, sigue teniendo consecuencias.

Como hiciera en su anterior novela, *El silencio de Sherezade*, Defne Suman entrelaza la historia individual de sus personajes con la de Turquía. Aborda de nuevo la amnesia social impuesta por el Estado turco sobre lo sucedido durante el siglo pasado, en el contexto de las guerras ruso-turcas y el aciago destino de los rumíes. Las generaciones más jóvenes sufren una pérdida de memoria heredada, y quieren saber la verdad. Como los descendientes de Şirin Saka.

Título de la edición original: *Kahvalti Sofrasi*
Traduccion del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Defne Suman / Kalem Agency, 2024
© de la traduccion: Rafael Carpintero Ortega, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88236-43-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi madre…

Escribí esta novela inspirándome en el relato breve de Ayfer Tunç «La carga».

El telón de la verdad es de hierro y, si te cae encima, te aplasta. De hecho, eso es lo más trágico de la historiografía. Aquellos a quienes se les ha caído encima el telón queriendo levantarlo. Nadie escribe su historia.

AYFER TUNÇ, «La carga»

Abrázame donde mi madre lo dejó, enfádate conmigo donde desistí del amor.

METIN ALTIOK

1

La puerta se entornó.

–Burak…

Refunfuñé.

–Chist, Burak. ¿Estás dormido?

El parquet crujió. Selin se deslizó al interior del cuarto. Ya estoy despierto, Selin. Gracias a ti. A duras penas entreabrí los ojos, pegados por las legañas. Me estallaba la cabeza. Unas piernas bronceadas por el sol entraron en mi campo de visión. Luego unos cabellos me cayeron en la cara haciéndome cosquillas en el cuello. Selin se sentó en el suelo al lado de la cama. Sonrió ladina al comprender que me había despertado. Cerré los ojos. Techo alto, pintura blanca, dolor de cabeza.

–¡Parece que está resacoso, caballero! Tiene la mirada bizca.

–Hmmm.

–Chist, Burak, despierta. Tengo algo que decirte.

¡Lárgate ya, Selin! Estoy durmiendo. Ve a meterte en la cama de un chico de tu edad. Eres joven y bonita, tienes el pelo como espigas de trigo y las piernas como columnas de mármol, pero a mí me interesa tu tía, no tú. ¿Dónde está? Dormida, claro. ¿Dónde iba a estar?

Al pensar en Nur se me vino a la cabeza lo de anoche. Estábamos sentados en el embarcadero de madera que hay más abajo de la casa. Nur, Selin y yo. Tía, sobrina y Burak, el amigo de la familia. Burak, el amigo de Nur. Estábamos borrachos. Entre Selin y yo nos habíamos liquidado dos botellas de vino tinto. Nur, a pesar del calor de la noche de verano, insistía en beber coñac. Apagaba los cigarrillos en la madera podrida del viejo embarcadero, pero, en lugar de tirar las colillas al mar, las alineaba cuidadosamente sobre las tablas. ¿Y luego? Luego tú, Selin, subiste a la

casa y regresaste con otra botella de vino en la mano. Como no eras capaz de caminar en línea recta y te tambaleabas, la botella se te cayó al agua. Yo la saqué de donde había caído. Risas y aplausos de Nur y Selin. Burak el héroe. ¿Y? Salvé la botella de vino del agua, que me llegaba a la rodilla. Luego nos la bebimos también. Y liamos un porro. Nur había sacado algo de hierba. Y luego yo me besé con una de vosotras. Probablemente con Nur. ¿O fue con las dos a la vez? No, no, ni hablar. No besé a ninguna. Eso fue un sueño.

–¡Chist, Burak! ¡Despiértate de una vez, hombre! Te lo digo en serio. Mi padre no está.

–Ajá.

–Que te digo que mi padre no está. ¿Me has oído? Se ha marchado.

–Volverá enseguida, Selin. Habrá salido a dar un paseo.

Sí, había sido un sueño. Y uno muy bonito. Besaba a Nur. Estábamos solos en el embarcadero de madera. Pero entonces no estaba aquí, enfrente de la casa de Şirin Saka, sino en la playa del valle solitario en la que conocí a Nur. A la luz de la luna que había salido por detrás de las nubes el cuerpo desnudo de Nur brillaba como la plata. Tenía que decirle algo muy importante, pero me contuve porque, si hablaba, me saldría del sueño.

Abrí los ojos obligado por los toquecitos de Selin. Bien, se acabó el sueño. Aterrizaje forzoso en el presente. Al posar las ruedas en el suelo me volvió a palpitar la cabeza. Los componentes de mi personalidad fueron derramándose uno por uno en mi conciencia. Soy Burak Gökçe. Tengo cuarenta y cuatro años. Varón. Esto es la casa de Şirin Saka en Büyükada.[1] ¿El día? Domingo. Fiesta de fin de ramadán. Mañana es el centésimo cumpleaños de Şirin Saka. Me encuentro aquí en mi condición de amigo de la familia y de periodista.

Cuando me giré hacia la mesilla para coger las gafas me di de narices con Selin. El mundo estaba borroso, pero tenía a Selin tan cerca que, quisiera o no, podía ver que abría de par en par sus ojos azules mientras me hablaba. Me pusieron de los nervios su actitud infantil y su tono de voz, birlado de las series nacionales.

–Que no, que no. Que se ha marchado de la isla. No ha deshecho la cama. Está tan perfecta como la dejó ayer por la mañana Sadık. O sea, que no ha dormido en ella. Ha cogido la mochila que se lleva en los viajes. Tampoco está su ordenador. El cargador, todo ha desaparecido. ¡Mi padre se ha marchado, Burak!

Suspiré. El color rosado de la luz que entraba por la ventana abierta había empalidecido convirtiéndose en amarillo. Ingratas mañanas de verano. Sol inquieto. Preocupado por elevarse de inmediato al cielo como si no fuera él quien iba a pasarse dieciocho horas allí colgado. Pensé en Fikret, el padre de Selin. Me llamó y me dijo que iban a celebrar en familia el centésimo cumpleaños de la abuela y que de la prensa solo me iban a invitar a mí. Con la misma voz seria de siempre. Me reí para mis adentros. ¡Como si Şirin Saka le importara a la prensa! De acuerdo, en tiempos fue una pintora cuyo nombre se mencionaba a menudo en los círculos artísticos, pero ahora ¿quedaba alguien que lo recordara? No dije nada. Al fin y al cabo, Şirin Saka era la abuela de Fikret.

Me sentó un poco mal que no fuera Nur sino su hermano mayor Fikret quien me invitara a la casa de la isla, pero lo cierto es que era una oportunidad que no podía dejar escapar. Me alojaría en la casa de Büyükada de Şirin Saka durante todos los días de la fiesta. Podría hablar con Şirin Hanım,[2] pasar el rato en la biblioteca en la que creaba sus obras, mirar viejas fotografías, leer las cartas, postales y, si los había, los cuadernos de memorias que tuviera allí. Además, durante todo ese tiempo estaría bajo el mismo techo que Nur, y Ufuk, su marido, no podría unirse a nosotros por algún motivo familiar que no me importaba. No me pensé dos veces la propuesta de Fikret.

En tiempos ardía en deseos de poder entrevistar a Şirin Saka. Se lo pedí muchas veces a Nur. Que me organizara un encuentro con su abuela. Nur siempre se hizo la loca. Como si su abuela fuera una inencontrable tela de la India. Tiempo después dejé de insistir. Y ahora la oportunidad se me presentaba por sí sola. Cierto, Fikret me había avisado de que a su abuela la cabeza se le iba a veces, pero yo llevaba años entrevistando a gente mayor. Había aprendido a unir las imágenes que reflejaban los pedazos de un

espejo roto para formar una historia coherente. La mente errante de Şirin Hanım para mí no sería más que un simple rompecabezas.

En la punta de mi nariz, Selin esperaba una respuesta. Aspiré su dulce perfume a canela. Tenía la boca como llena de barro. Moví con dificultad los labios, pegados por la sequedad:

–Puede que esté haciendo yoga. ¿No habíais dicho que no es capaz de empezar el día sin yoga?

–¡Ay, qué tendrá que ver, Burak! ¿Va uno a hacer yoga llevándose la mochila y el ordenador? Además, el yoga lo hace en su cuarto, antes de que salga el sol. Por lo visto no sirve de nada después del amanecer. Venga, levántate. Vamos a buscar a mi padre. Bajemos al muelle. Estoy muy preocupada. Puede que haya tomado el vapor o algo así.

Aparté la colcha, que se me había enredado entre las piernas, y me incorporé sobre un codo. Selin se rio al ver mi camiseta:

–Vaya. Conque Metallica, ¿eh?

Anoche, cuando llegué borracho al cuarto, me puse aquella camiseta porque, en la oscuridad, fue lo primero que encontré a tientas en un armario. La camisa se me había mojado cuando me metí en el agua para recuperar la botella de vino. Me la quité y la colgué en algún lado por donde el embarcadero. La camiseta debía de ser de Oğuz, el hermano mayor de Selin.

–¿Dónde está Nur? ¿Está despierta? Puede que ella sepa dónde ha ido tu padre.

–¡Ja! Si tuviéramos que esperarla… Mi tía no se despierta antes de mediodía… Se pasa la noche escribiendo. Ha empezado una nueva novela. Una novela histórica. Se la ha encargado un empresario millonario. ¿No lo sabías? Escribe cuando todos estamos durmiendo. ¡Por algo es una escritora fantasma!

Selin se rio de su propio chiste. Yo no dije nada. Me dolía que Nur hiciera de escritora fantasma. Todo lo de Nur me dolía.

–Bueno, me levanto. Dame un momento. Dos minutos para despejarme y lavarme la cara. Espérame fuera.

Selin se puso en pie rezongando. Se encaminó hacia la puerta. ¿A qué venía tanta familiaridad? Burak, hijo, eso es lo que pasa si compartes la botella de vino en la oscuridad de la noche. Seguro que le conté algo de mí por efectos de la borrachera. Algo que hacía que ahora Selin se sintiera muy cercana a mí.

Me quité de encima la colcha de un tirón y me senté en el borde de la cama. El dolor de cabeza no se me acababa de pasar. Llené un vaso con el agua de la jarra de la mesilla de noche. Bebí un poco y me presioné el vaso contra las sienes. Su frescura me vino bien. No estaba como para levantarme todavía. La mirada se me fue al cuadro que había sobre la mesilla. Un óleo firmado por Şirin Saka. Un barco entre sombras azul claro y oscuro. Unas siluetas delgadas y negras en la cubierta se mezclaban con el humo que salía de unas chimeneas dibujadas desproporcionadamente grandes. No tienen cara. Agitan pañuelos blancos. De fondo, montañas verdes y edificios de piedra tallados en las montañas. O quizás tumbas de piedra… La niebla desciende desde las cumbres hasta las faldas y la proa del barco se pierde en ella. Por algún motivo, el cuadro me hizo pensar en Süheyla Hanım. Süheyla Bulut, la madre de Nur, fallecida antes de tiempo, la única hija de Şirin Saka.

Yo no llegué a conocer a Süheyla Bulut. Murió el último día de las vacaciones en que conocí a Nur. El día que volvíamos. Mientras regresábamos de Fethiye a Estambul en un autobús nocturno. Aunque sabía que era una estupidez, estuve años alimentando rencor en secreto hacia la pobre mujer porque había estropeado nuestro amor. Como si Nur y yo hubiéramos podido mantener una relación como es debido si su corazón no se hubiera detenido mientras regresábamos a Estambul. Ahora, contemplando las siluetas largas y delgadas de neblina azul en el cuadro de Şirin Saka, comprendía mejor que había llevado aquel rencor dentro de mí durante años. Como si de haber vivido su madre, Nur se hubiera enamorado de mí. Me lo había creído de verdad. ¡Qué estupidez!

Otro vaso de agua. Mi garganta se había convertido en un desierto. Era incapaz de humedecerse. El agua me bajaba al estómago sin rozar la sequedad de mi garganta. Con la jarra en la mano, me levanté y me dirigí a

la ventana. Aparté el visillo y miré hacia el jardín. El jardinero, con un cigarrillo apagado entre los labios, regaba con una manguera la tierra seca. Los árboles, las plantas, las flores en sus macetas, todo estaba seco. Şirin Hanım y Sadık el mayordomo ya estaban lo suficientemente mayores como para no poder cuidar el jardín. Sin embargo, ¡qué bello había sido en tiempos! Lo adornaban rosas multicolores, madreselvas que trepaban por los muros, buganvillas moradas y rojas que llamaban la atención…

Me apetecía despertar a Nur y hablar sobre esa mañana en que fuimos juntos a la Universidad del Bósforo. ¿Y si pasaba por el baño compartido por nuestros dormitorios, llamaba a su puerta, nos echábamos el uno junto al otro y ella lo recordaba un poco y yo hacía lo mismo…? ¿Y si contemplábamos nuestra juventud en el recuerdo del otro como quien ve una película antigua…? ¡No! No puedo cruzar al cuarto de Nur por aquel pasaje entre los dormitorios mientras Selin esté montando guardia en la puerta. Encima, Nur se enfadaría de verdad si interrumpiera su precioso sueño. ¿Y quién querría recordar la mañana en que recibió la noticia de la muerte de su madre?

Tendría que recordarla yo solo.

Y eso hice.

Sonriendo, Nur me hace gestos con la mano apretando entre los dientes una tarjeta telefónica. Es justo antes de llamar a su madre. Estamos en el verde campus de la Universidad del Bósforo, rodeado por esos hermosos edificios de tejados rojos. Yo estoy sentado en esas gradas a las que llaman los *steps*. Sentado en los *steps* lo de abajo se ve como el escenario de un teatro: estudiantes que regresan a los colegios mayores llevando sus maletas, chicas bonitas bronceadas, gatos tumbados en la hierba al sol primaveral. La vida está representando su mejor obra para mí. Mientras se dirige hacia la cabina telefónica, el vestido estampado de Nur revolotea. Los chicos que andan por el campus se vuelven a mirar sus bien formadas piernas bronceadas por el sol. El vestido es muy cortito. Demasiado corto para mayo. Demasiado veraniego con su brillante anaranjado, rojo, amarillo. No me había dado cuenta de lo corto que era hasta que llegamos a la ciudad. Ahora me siento incómodo. Me llevo las manos a la nariz. En mis

palmas tengo el olor de su pelo. Madreselva, sal y arena. Habíamos vuelto esa mañana de las vacaciones. En cuanto bajamos del autobús nos pusimos en marcha hacia la universidad porque Nur tenía que llegar a una clase esa mañana. Clase de epistemología.

–Sáltate la clase y luego le pides los apuntes a alguien –le dije durante nuestro viaje de regreso a Estambul. En el autobús, el asistente estaba sirviendo Nescafé. El domingo se transformaba en lunes. Las vacaciones se transformaban en la vida, los sueños en realidad. Yo me aferraba a Nur para no desprenderme de ellos. Mis dedos se paseaban por su pelo de erizo. El autobús se aproximaba a la ciudad a toda velocidad por la carretera de circunvalación recién inaugurada. Los adormilados ojos de Nur contemplaban el exterior por la ventanilla. A nuestra derecha la superficie de la bahía estaba como una balsa de aceite. Completamente lisa. Violeta, rosa, morado… No era el mar en cuyo azul cristalino habíamos estado zambulléndonos una semana entre gritos de alegría. Me ponía nervioso. Quería dar media vuelta.

–No puede ser. He cogido como optativa esta asignatura del departamento de filosofía. No conozco a nadie en la clase. Además, no me aclaro con los apuntes de otros. Tengo que ir.

Y fuimos, pero Nur no pudo asistir a aquella clase.

Los árboles de Judea habían florecido. Los cerros morados y el azul del mar, la elegante curva del Bósforo y el verde de las plantas y los pinos del camino que descendía al campus sur, todo era extraordinariamente bonito. A nuestro lado pasaban un montón de parejas, de la mano o abrazados. Yo no me atrevía a coger de la mano a Nur. Caminaba absorta a mi lado, con la mochila más grande que ella y, colgando de la mochila, el saco de dormir, la tienda y la cantimplora y la taza metálica de camping balanceándose a izquierda y derecha. En su corto pelo se había secado muy blanca la sal del mar, en el que nos bañamos ayer por última vez. La morena cara se le veía macilenta. Me tranquilicé pensando en que sería el cansancio del autobús. No podían haber quedado tan lejos nuestro valle, nuestra desierta playa, a la que solo se podía llegar por mar, ni las noches en que bebíamos vino junto a

la hoguera donde asábamos salchichas, en que contábamos constelaciones y en las que, después, hacíamos sudorosos el amor en la diminuta tienda.

Cuando llegamos a la verde explanada, Nur se volvió hacia mí. La voz le sonó suave y tenía el rostro dulce como el de una niña.

–Mira lo que voy a decirte, Burak. No puedo faltar a esta clase, pero después tengo un *gap* de tres horas. Iba a ir a casa a soltar la mochila, pero da igual. Nos quedaremos en el césped. Compraremos hojaldres de patata y té en la cantina central. He echado de menos hasta el horrible té de la universidad. ¿Eh, qué me dices? Si quieres, hasta podemos bajar a Hisar. Nos tomamos unos perritos en el puesto y nos sentamos en Ali Baba.

Su mano apretó la mía. Cálida. Firme. En un instante me deshice de todas mis preocupaciones. Me dieron ganas de reírme a carcajadas. De no habérmelo impedido la enorme mochila a su espalda, le habría echado el brazo por encima y la habría apretado contra mí. Pero me limité a asentir con la cabeza como un imbécil. Dejó la mochila en el suelo, abrió la cremallera del bolsillo frontal y sacó la tarjeta de teléfono.

–Voy de una carrera a llamar a mi madre para decirle que hemos llegado y que no se preocupe. Quédate tú aquí con las mochilas, en los *steps*, no tardo ni dos minutos.

Paremos el tiempo justo ahí, Nur. Digamos «¡corten!» y que la película se congele en ese fotograma. Cuando llegues a la cabina, vuélvete y salúdame con la mano. Que tengas una sonrisa infantil en los labios. Que revoloteen al viento las finas faldas de tu vestido veraniego, cortísimo y multicolor. Que los muchachos que pasan a izquierda y derecha te miren las piernas. Tú vuélvete y mírame. Sonríe con la tarjeta telefónica que aprietas entre los dientes y saluda.

Que el tiempo no meta la mano en el momento más feliz de mi vida.

No fue su madre quien respondió al teléfono, sino su hermano Fikret. Süheyla Bulut había sufrido un ataque al corazón aquella mañana. Nur dejó caer el auricular sin esperar a que su hermano terminara de hablar. Salió de la cabina mientras el auricular se balanceaba al extremo del cordón. Dio dos pasos. Un muchacho le devolvió la tarjeta, que Nur había olvidado en el teléfono. Nur levantó la cabeza y me miró, sentado en los *steps*. El lugar de

la sonrisa infantil de poco antes lo había ocupado un dolor duro, punzante. Yo estaba perplejo. Con la perplejidad del espectador que creía haber ido a ver la función más bonita de su vida. Mucho después comprendí que no había sido el tiempo sino aquel dolor duro y punzante lo que había hecho pedazos el momento más feliz de mi vida.

Nur nunca volvió a sonreír así. Ni a mí, ni a nadie.

–¿Burak? ¿Qué haces, hombre? ¿Hola? ¿No vienes? ¿Te has vuelto a quedar dormido?

Selin entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Cuando me vio de pie delante de la ventana, en camiseta, se retiró nerviosa. Fui a dejar la jarra en la mesilla de noche. Se me había clavado un puño en el corazón. Me puse los pantalones con la camiseta negra de Metallica y me dirigí al baño que separaba el cuarto de Nur del mío.

2

Le había mentido a Burak.

No fue esa mañana cuando me di cuenta de que mi padre se había marchado. Anoche vino a mi habitación y se despidió de mí. No sé si era de noche o de madrugada. Estaba dormida. O sea, no estaba dormida, pero, por él, hice como si lo estuviera.

Llevaba colgada del hombro aquella bolsa de ordenador pasada de moda. Vio que yo entreabría los ojos, pero no comprendió que me había despertado. Se inclinó en la oscuridad y me dio un beso en la mejilla. Me entró el pánico. Yo olía a vino, tabaco y hierba. En parte por eso no abrí los ojos. Ojalá hubiera hecho como la tía Nur y hubiera terminado la noche tomando solo coñac y fumando algo de hierba. El coñac huele a nobleza y apaga los demás olores. ¿Dónde tenía la cabeza?

Por entre las cortinas se filtraba una luz pálida. ¿Había salido la luna? Pero a medianoche, mientras estábamos sentados en el embarcadero, la luna no estaba en el cielo, estoy segura. La tía Nur nos explicó el fenómeno de la bioluminiscencia. Se veía en el mar las noches sin luna. Burak se metió en el agua hasta las rodillas y salvó nuestro vino. ¡Burak, *my hero*! Cuando metió la mano en el agua fluyeron estrellas de sus dedos. Nunca había visto nada parecido. Me quedé hechizada. Yo también quise meterme en el agua, pero lo dejé por si les parecía una niñería. Luego la tía Nur lio un porro. Me lo pasó a mí también. Y, mientras me lo pasaba, me dijo: «Que no se te ocurra decírselo a tu padre, que me mata», y se echó a reír. No pienso decírselo.

La risa de la tía Nur es muy bonita. Su risa es como el coñac que bebe. Ronca, áspera y cálida. Le di una calada al porro y se lo pasé a Burak. Nos miramos muy brevemente. Solo fue un momento. Se me vino el corazón a

la boca, literalmente. Una sensación súper. Los latidos de mi corazón me hechizaron tanto como la luminiscencia del mar.

El bigote de mi padre se parece a la risa de mi tía. También es áspero y cálido. Cuando me besó, me lo clavó en la mejilla. Me hizo cosquillas. Me entraron ganas de soltar una risita como cuando era una cría, pero cerré bien fuerte los labios para que no notara cómo me olía la boca y seguí haciéndome la dormida. Si me olía a porro se enfadaría con la tía Nur. Pero ¿de qué va a saber mi padre cómo huele un porro? En fin, mejor no arriesgarme. No quiero que mi tía se enfade conmigo. De vez en cuando me llama al móvil y quedamos. Me lleva a sitios que no conozco. Por donde la mezquita de Süleymaniye comemos judías blancas con arroz y luego paseamos por Zeyrek, Fatih, Beyazıt, el mercado de los libros, el bedestán del Gran Bazar… En Eminönü, antes de tomar el tranvía, compramos en el mercado de allí aceitunas y queso. Una vez fuimos a un caravasar de dos pisos con un gran patio en medio en el que se apilaban chaquetas de cuero de segunda mano. Allí, entre los montones de chaquetas polvorientas y que apestaban a borrego, mi tía encontró una trinchera con cinturón de cuero negro muy elegante que le llegaba por debajo de las rodillas y se la compró. La llevó a limpiar y la estrenó. Parecía una actriz de las películas de los viejos tiempos. Mi madre no conoce esos sitios. Como mucho, Sultanahmet, Santa Sofía y quizás, si la presionas, un poco del Gran Bazar. Mi padre sí. Los conoce pero no le gusta que ande por allí. Claro, al fin y al cabo, son sitios poco seguros.

Por la mañana, cuando me desperté era todavía muy temprano. Lo supe por la luz rosada de fuera. Sin abrir los ojos pensé en la visita de mi padre de esa noche. ¿O había sido un sueño? Un hombre alto y delgado que inclinaba la cabeza a la extraña luz azulada que se filtraba por los visillos y un bigote que me hacía cosquillas en la mejilla. Totalmente material de sueño. Pero no había sido un sueño, sino realidad. Lo sabía. Lo cierto era que todavía tenía mucho sueño, pero me ganó la curiosidad. Me levanté. Me puse la ropa de ayer con los ojos medio cerrados. Unos vaqueros cortos y una camiseta blanca de tirantes. Ya me pondría luego el sujetador. Entré en el baño que separaba mi habitación de la de mi padre. Miré al espejo

mientras me lavaba los dientes. La puerta que daba a la parte de mi padre estaba entreabierta. La empujé con un dedo. Crujió. En este chalet nuestro no hay puerta ni parquet que no cruja. En verano la casa se hincha y en invierno encoge. La casa es como las articulaciones de la abuela. Cruje.

Entré en la habitación con el cepillo de dientes en la boca y, tal como suponía, mi padre no estaba. La cama estaba sin deshacer. La colcha beige con flecos cubría perfectamente lisa la cama de cabecero de latón. Sadık hace las camas así, como si fueran de hotel. Me tengo que pasar la noche dando patadas para sacar la sábana de las esquinas donde la apretuja la colcha. Definitivamente, mi padre se había marchado. Información segura. De repente se despertó la detective que llevo dentro. Dejé de cepillarme los dientes. Se me vino Burak a la mente. Burak es periodista. Periodista de investigación. También es famoso por sus entrevistas. Hace años publicó una en un periódico con nuestro veterano Sadık. Cuando era pequeña y se me acababa lo que podía hacer sola en la casa, iba a la habitación de paredes de ladrillo rojo de Sadık. Había recortado la entrevista y la había pegado a la pared de su cabecera con celo. Yo quitaba con cuidado el recorte de la pared, lo leía y miraba la borrosa fotografía de colores desvaídos. En esa fotografía fue la primera vez que vi la cara de Burak. Él y Sadık estaban sentados uno junto al otro en un sofá. Y detrás tenían un óleo de la abuela. Un cuadro en el que unos hombres diminutos ataban a un gigantón. Detrás, un puente de piedra, cirios enormes y mujeres de luz. Como siempre, ninguno tenía cara. Tampoco el gigante. En cuanto a la cara de Sadık en la fotografía, era la clásica. Miraba al objetivo con esa mirada preocupada de búho. En la fotografía Burak está más joven que ahora. Con el pelo más negro, aunque todavía rizado. También son distintas las gafas. Él también sonreía con timidez. Pero la verdad es que ahora resulta más atractivo.

Abrí el armario de mi padre. La nariz se me llenó con los olores de mi niñez. Polvo, jabón, madera caliente. El olor de los armarios viejos de las casas de la isla. Debería tener una entrada en un diccionario de términos populares porque no hay nada que se le parezca. Quien lo conoce, lo reconoce. En fin… La cosa era tal y como me sospechaba. La mochila

pasada de moda no estaba. Seguían allí sus camisas y sus pantalones. Solo se había llevado aquellos náuticos que no me gustaban nada. Se los había calzado y se había largado. Volví al baño. Me enjuagué la boca. ¿La loción de pino, el cepillo de dientes, la cuchilla de afeitar? Todo seguía allí. Ay, Dios, ¿y si no se había ido a ninguna parte? Pues qué mal. Bueno, ¿estaba ese ordenador portátil que pesaba como un burro muerto? Miré. El ordenador no estaba donde solía. ¡Bien! También se había llevado el cargador de cable grueso que usa siempre porque la batería no carga de puro vieja. Así que también lo metió en la bolsa. Ya iban tomando forma los primeros datos.

Fikret Bulut había abandonado la casa de noche. Aparte del ordenador portátil de tiempos del Diluvio, no se había llevado nada consigo.

¡Justo como el principio de una novela policíaca! Súper.

La curiosidad borboteó dentro de mí, como alegría. Mientras jugaba a los detectives, Burak, el periodista de investigación, me haría de ayudante. Repasaríamos juntos los acontecimientos de ayer. ¿Cuándo fue el último momento en que vi ayer a mi padre? En la mesa del desayuno. No bajó a cenar, pero nunca cena. ¿Dónde estaba esa noche mientras nosotros bebíamos en el embarcadero? Una ecuación con muchas incógnitas. Puede que hubiera dejado una carta, como en las películas. Fui de inmediato a su mesa de trabajo, en un rincón del cuarto. Un tintero, un cuaderno de notas pequeñito con las tapas de cuero rajadas, una libreta de teléfonos pasada de moda… No, ninguna carta. Ni una nota. Mi padre no estaba. No tenía nada excepto la sensación de cosquillas que me había dejado su bigote en la mejilla.

¡Ay, qué emoción! Tenía que despertar de inmediato a Burak.

3

Don Burak y Selin estaban bajando al jardín cuando yo volví de la compra. Estaba entrando por la puerta lateral porque llevaba a la despensa el pan y todo lo demás del canasto de la bicicleta. Por eso, creo, no me vieron. Al abrir la puerta Selin sujetó la campanilla para que no sonara. Fui yo quien colgó esa campanilla para que sepamos quién entra y quién sale. Ya se sabe, la isla no es lo que era. Los vapores no paran de traer rebaños de malhechores. Que alguien saliera de su propia casa a modo de ladrón como estaba haciendo la señorita Selin era un tanto extraño, pero no de mi incumbencia. Eché la vista al frente.

A doña Şirin[3] le gusta el pan de hogaza que hacen en la tahona de Niko. Hay que comprarlo en cuanto sale caliente del horno. Lo compro antes de que lo pongan en bolsas de plástico. Luego se queda gomoso. Doña Şirin nunca dice nada, pero yo siempre la miro a la cara cuando muerde la primera rebanada y comprendo enseguida si no le ha gustado. Aquí, en la isla, eso es fácil de apañar. Bajo al mercado en bicicleta. Mientras espero a que salga el pan, los mozos de Niko me dan un té. Descanse en paz, Niko. Hace ya algunos años de eso. En realidad, los compadres del mercado han ido desapareciendo. Ya no queda nadie tan viejo como yo. Los mozos me dicen: «Está usted hecho un chaval, Sadık Efendi». Y me preguntan la edad. ¿Cómo se la voy a decir si ni yo mismo la sé? Alguno se maravilla de que vaya en bicicleta. No les cuento lo que me duelen las rodillas. Y, si se lo contase, no me escucharían. Las quejas de los viejos suenan a cacareos hueros en los oídos de los jóvenes, lo sé. Dicen «Alabado sea Dios, está usted hecho un mulo» para quitárseme de encima.

Solo hay una bestia de tiro que conozcan y son esos pobres rocines de la isla que llevan los faetones. Aciertan sin saberlo. A mí, como a esos caballos, ya no me quedan fuerzas en el cuerpo. Ayer le oí algo a doña Nur. Por la parte de Viranbağ un caballo no pudo más del calor, del cansancio, del peso del carro del que tiraba, y reventó. Echaba sangre por los belfos. ¡Qué pecado! ¡Qué crueldad! Doña Nur lloraba ayer contando el suceso, ¡cómo no iba a llorar! Desde que era niña se pone muy sensible con los asuntos de los animales. Pensé en hacer algo de prestidigitación para aliviarle la pena. Cuando era una cría le hacía sombras chinescas con las manos. En la cocina la luz da muy bien por las tardes en la pared en la que se apoya la mesa. Y yo pegaba las puntas de los dedos, doblaba el brazo y movía la sombra como si fuera un pato. Si Nur lloraba por un gato perdido, un perro cojo o un pajarito herido que se hubiese caído a la fuente, siempre se distraía con mi función de sombras chinescas y se reía olvidando sus penas. Por supuesto, ahora la situación es distinta.

Me tomé mi té con los mozos de Niko. Nos felicitamos las fiestas. Nos sonreímos mientras lo hacíamos y luego miramos para otro lado. No ojeé el periódico. Llevo años sin hacerlo. Cuando Niko vivía, escuchábamos el parte por la radio. Cuando falleció, los hijos se deshicieron de la radio. Ponen música en la tahona. Canciones en griego, bajitas. Del otro lado del mostrador, la nuera de Niko se une a las coplas y a mí se me hace un nudo por dentro. Puedo oír la voz de mi madrecita. Me aparece en la imaginación un mar enloquecido y un barco en él. Es el barco en el que nos metieron a la señora y a mí mismo para que nos llevase de allí. Me asomo por la cubierta. Las olas estallan en la bruma. Salta espuma blanca a las tablas del embarcadero cuando las olas lo golpean. Como si fuera una gaseosa. En el muelle están las madres despidiéndose de nosotros. A nuestro alrededor el mar se hincha negrísimo. Más allá las nubes han descendido sobre las montañas. Una neblina fina como velo de novia pasa rozando las verdes colinas. Se me encoge el corazón. El viento se lleva la voz de mi madrecita y solo me queda una mano que coge la mía. Suave. Me siento aliviado.

Me tomo el té de un trago y me pongo en pie para dispersar aquella visión que se me aparece. Me envuelven la hogaza. No quiero bolsas de

plástico. De un frasco de plástico, a doña Şirin ni siquiera le echo colonia en las manos.

Luego, como todas las mañanas, que si pago el té, que si no. Tú eres como un tío para nosotros. No lo aceptamos. Ni hablar, me lo cobráis. Etcétera, etcétera. Una fanega de palabrería. Pero, bueno, esa mañana tenía bastante más compra que hacer, así que no sacamos a relucir la cuestión del pago del té. Le compré un bollo relleno a Selin. Estas fiestas tenemos invitado a don Burak. Habría que comprar algo que le contente. Estamos en fiestas.

Por añadidura, mañana es el aniversario de doña Şirin. Los chicos me pidieron organizar un té. En mi opinión, un té por la tarde no es lo más propio para fecha tan importante. En años anteriores la señora ha agasajado a invitados en la casa en bastantes ocasiones y muchos aniversarios se han celebrado bailando valses bajo la luz de las arañas, que parecía lluvia cayendo. El comedor rebosaba de aristócratas residentes en la isla. Señoras finas y elegantes tomaban asiento bajo los cenadores en el jardín, o bien se lucían del brazo de caballeros elegantemente vestidos por las terrazas que bajaban hasta nuestra playa privada. A lo largo de toda la velada yo pasaba llevando bandejas con canapés de embutido y aceitunas y champán en copas altas y finas. Doña Şirin, con sus delicados vestidos de tul, siempre era la dama más hermosa y noble de la reunión. Cuando ya no le quedaba la menor duda de que todo funcionaba como un reloj, me sonreía por encima de la bandeja en la que brillaban las copas de champán y a veces incluso me hacía un guiño. Desde mi punto de vista, aquella sonrisa y aquel guiño eran un signo de gratitud que iba más allá de cualquier otra forma de agradecimiento. Al cabo de aquellas tardes en que la señora cumplía un nuevo año, me sumergía pacíficamente en el sueño a pesar de mi cuerpo agotado y mis piernas doloridas.

No obstante, en lo que respecta a este cumpleaños, don Fikret y doña Nur han insistido en un té por la tarde. En realidad, han pasado ya años desde que se organizó un baile al estilo de los que he mencionado. Con todo, soy del parecer de que sería menester una reunión un poco más solemne que un té. Y he oído que el banquete de cumpleaños de la señora lo

iban a preparar doña Nur y don Fikret. Me avisaron que no comprase demasiado. Pero estamos en fiestas y no sería lo más propio una mesa mísera en casa de doña Şirin.

Cuando llegaban las fiestas, en la puerta se amontonaban los chiquillos. Yo les abría y correteaban por el jardín. Venían a besarle la mano hijos de jardineros pelados al cero, los niños de los pabellones de la prefectura, los hijos de los vecinos de los alrededores, niñas con cintas blancas y niños bien educados. Todos con ropa limpia. Como la ropa que se les quedaba pequeña a los hijos de las familias de posibles se la donaban al servicio, todos tenían un aspecto parecido. Doña Şirin se sentaba en el cenador cubierto de jazmines. Yo le servía el té en el juego de porcelana. Ponía en fila a los niños. Todos estaban muy emocionados porque era la única vez al año que ponían el pie en el jardín. Se les notaba en la cara. Mientras hacían cola para besar la mano de doña Şirin no dejaban de mirar a su alrededor para tomar nota mental de todos los detalles de los árboles, de las flores y de la casa, que se elevaba en medio del jardín como un castillo. Los de ahora tienen teléfonos. Hacen fotografías de los momentos que quieren conservar. Me pregunto si alguna vez volverán a mirar esas fotografías.

Doña Şirin conserva las suyas en viejas cajas de bombones forradas de fieltro. En ocasiones saca una caja del estante, la abre y las mira. A veces me llama a mí también. En invierno, cuando nos quedamos los dos solos en esta casa, clausuramos las puertas de los dormitorios. Únicamente queda abierta la biblioteca. Enciendo la chimenea y le entrego una caja de la estantería. ¡Cuántas fotografías tiene doña Şirin! Siempre me asombra. A veces distingo mi figura en alguna de ellas. Me han atrapado detrás de todo, en el quicio de la puerta. Parezco un espectro. Se me pasa por las mientes darle un golpecito a doña Şirin para que la pase y la devuelva a la caja de inmediato. Por supuesto, ni se me ocurre hacer nada parecido. Y, en realidad, ella tampoco tiene mucho rato en la mano la misma fotografía. Aquellos pedazos de cartulina se le deslizan entre los dedos y caen en la caja o, en ocasiones, a su regazo. Y a doña Şirin se le olvida lo que estaba mirando.

¡Cuántos años hace que los niños no llaman a la puerta para besarle la mano! Está claro que se asustan. Dos viejos en un caserón enorme. ¿Cómo no van a asustarse?

Entré en la charcutería de la esquina cavilando en todo aquello. El mancebo estaba barriendo el suelo. Le habían echado serrín. Nos felicitamos las fiestas. Venden caro pero son muy formales. Compré mortadela, salchichas, jamón y de ese queso suizo que ni siquiera a mi provecta edad he aprendido a pronunciar. A doña Nur le gusta un chocolate forastero con su coñac de la noche y solo se encuentra en esta tienda. Lo dejé también en la caja.

En las fiestas de antaño, doña Şirin les daba chocolate a los niños que venían a besarle la mano. La víspera yo iba a comprarlo al peso en el establecimiento de Hacı Baba. Chocolatinas Mabel, en forma de media esfera, envueltas en brillante papel azul, rojo, verde. En cada manita que se abría ante ella, doña Şirin ponía cinco chocolatinas. Y a Nur y a Fikret les daba crujientes billetes que sacaba de su cuenta del banco.

En estos días en cuanto se menciona la fiesta los hijos de los vecinos se van corriendo a bañarse a la playa. Los nietos de doña Şirin son leales. En las fiestas vienen a la isla. Este año solo falta Oğuz. No ha vuelto de América. Esa extranjera amiga suya al parecer ya no tiene deseos de venir a Estambul. Que le da miedo. El primer año que vino se trajo consigo una enorme bandera norteamericana. Me quedé maravillado cuando fui a limpiar el dormitorio de invitados. Había colgado la bandera extendiéndola de pared a pared. Fui yo quien se asustó un poco al verlo. No recuerdo por qué. No confío demasiado en alguien que viaja con una bandera en la maleta. También recelo de las banderas que se cuelgan de balcones y ventanas a la menor oportunidad. Si me preguntan el motivo, tampoco lo sé.

–Buenos días nos dé Dios, tío Sadık. ¿Qué hay? Te has quedado en las nubes. ¿En qué estás pensando ahí, como un mochuelo? ¡Es fiesta, hombre, hoy es fiesta! Sonríe un poco.

Hasan el verdulero está rociando con una manguera la fruta y la verdura y el agua chorrea hasta la mitad de la calle. La verdad es que este muchacho me cae bien, pero lo disimulo.

–Dame unos tomates, a ver, un par de kilos. No, no va a bastar. Pésame tres kilos. No me los des de los aplastados. Espera, aparta un momento. Ponme también unos pepinos. De esos no quiero. De los de Çengelköy. ¿A cómo tienes las cerezas? ¿De dónde son los melocotones? Mira, los han cogido sin que estuviesen. No me los des, no, no los quiero. Vale, con eso basta.

–Sin agobios, tío Sadık. Yo me ocupo de todo. Se ve que son muchos estas fiestas. Las bolsas van a pesar. Tú sigue con las compras. Te lo mando a casa con uno de los muchachos.

Le miré fijamente a la cara. ¿Por quién me toma? Va a sacar de la bolsa los tomates que yo he seleccionado uno por uno y me va a poner de los machacados y rotos. En cierta ocasión Selin le compró fresas. En lugar de llevárselas ella, el verdulero se las mandó con un mozo que no fue capaz ni de colocar como Dios manda un kilo de fresas en el canasto de la bicicleta. Cuando llegó a la casa estaban todas aplastadas. Nos vimos obligados a hacer mermelada con ellas.

–Me espero. Tú pésalo delante de mí. No te escapes a la parte de atrás.

Coloqué con mis propias manos los paquetes y las bolsas en el canasto de la bicicleta. Hasan el verdulero volvió a coger la manguera.

–Esta mañana, cuando iba a la oración de la fiesta, vi a Fikret en el muelle. ¿Ha pasado algo? ¿Cómo es que va a Estambul estando en fiestas? Todo el mundo se va a Mersin, a la playa, y Fikret al revés. ¡Ja, ja, ja! ¿Algún asunto urgente? Como se ha puesto en marcha antes de que saliera el sol…

Empujé la bicicleta sin decir nada. Por el mercado no se puede montar en bicicleta. Los turistas que vienen a pasar el día no lo saben, pero esa es la costumbre en las islas. Hasan seguía diciendo algo a mis espaldas. Cuando eres mayor hay panoramas que no ves y asuntos que no oyes. Claramente Hasan el verdulero también se está haciendo viejo. Que vaya al médico, que le gradúe la vista. Se piensa que cualquier señor que ve en la oscuridad de la madrugada es don Fikret.

4

Salieron de la casa uno detrás de otro. Primero Fikret. Fue hasta la puerta con la mochila a cuestas. Yo estaba despierta. Sentada ante la ventana, en la mesa de trabajo, con un bolígrafo en la mano y delante de una hoja en blanco. En cuanto vi a Fikret en el jardín, enseguida apagué el flexo. Miré escondida tras los visillos. Todavía no había clareado. Solo había aparecido una luz como un tul morado oscuro. ¿Adónde va el antiguo de mi hermano? ¿O era que, después del yoga y la meditación, le había dado por los rezos y las oraciones? ¿Tenía intención de ir a la oración de la fiesta? ¡Si todavía no han recitado la llamada del amanecer, Fikret! ¿Adónde vas de esa manera?

Cuando Fikret cerró tras de sí la pesada puerta de hierro, la campanilla que había puesto Sadık resonó en la calle vacía y en nuestro jardín. Nadie le prestó atención. El perro de Hüseyin el jardinero ladró un par de veces desde la caseta de abajo y eso fue todo. Fikret subió la cuesta a paso rápido mirando el reloj de pulsera. Torció hacia el muelle y se perdió de vista. Esperé un poco junto a la ventana por si volvía. Amaneció. Llamaron a la oración. Fin de la larga noche. Fikret no volvió.

Sadık salió después de que clareara. Echando chepa cogió la bicicleta de donde la tenía junto a la leñera, se fue al mercado y regresó. Dejó la compra. Pobre hombre, con la edad que tiene y todavía se echa encima la responsabilidad de bajar al mercado de madrugada. Cuántas veces no le habremos dicho que le buscamos un ayudante interno que se ocupe de esos asuntos. Y ni a Sadık ni a mi abuela les parece bien. De todas maneras, Fikret contrató a un par de hombres, pero esos dos viejos cabezotas los espantaron. Menos mal que en la casa de abajo viven Hüseyin el jardinero y su mujer Şehnaz y son ellos quienes hacen la limpieza y los trabajos pesados. Şehnaz prepara guisos caseros en nuestra cocina. Por la mañana

Sadık compra lo del desayuno en el mercado y regresa a casa. Él pone y quita la mesa del desayuno. La verdad es que ambos comen como pajaritos. Que vaya a la compra por las mañanas si quiere. No va a dejar el pobre la costumbre después de tantos años.

Mientras Sadık llevaba a la despensa por la puerta lateral los paquetes que había cargado en la cesta de la bicicleta, aparecieron en el jardín Burak y Selin. Selin cogió del pie del muro su bicicleta Schwinn Cruiser de aspecto *vintage*, pero de las fabricadas en China. Luego se largaron creyendo que nadie les veía. Pero si hubieran levantado la cabeza habrían podido verme sentada en el alféizar de la ventana del dormitorio del piso de arriba. Selin sujetó la campanilla de la puerta para no despertarme. ¡Mira tú! Mi sobrina, menuda mosquita muerta. Y anoche, cuando estábamos bebiendo todos juntos, casi se le echa encima a Burak. Se reía a carcajadas con todo lo que decía. ¿Que si me dieron celos? No. ¡Si Burak no le hizo ni caso! Intentaba mirarme a los ojos. Yo sabía lo que le pasaba por la cabeza. Otra escapadita. Engañaste a tu marido una vez, puedes engañarle de nuevo. Pues las cosas no son así, Burak. Cometimos un error. Yo pagué por mi pecado. Sigo pagando. Tú no tienes ni idea de cómo funciona el mundo, claro.

Pensando en todo aquello y tratando de evitar las miradas de Burak, que a cada trago que tomaba se quedaban más rato clavadas en mi cara, ni se me ocurrió tener celos de Selin. Pero ahora, al ver que los dos salen de casa como ladrones de madrugada… A una se le vienen a la mente una serie de preguntas, quiéralo o no. ¿Y si anoche, cuando nos retiramos a nuestros cuartos borrachos como cubas y solo por fastidiarme, Burak se metió en el cuarto de Selin y…? ¡No, ya está bien! Burak es un tipo decente, un caballero. No se va a arrojar en brazos de una chavala de poco más de veinte años solo por resentimiento. Y menos si esa chavala es Selin. ¡Qué barbaridades se me ocurren! Estoy culpando sin motivo a un amigo de toda la vida.

La verdad es que estoy tan cansada como para no sentir nada, incluyendo los celos. Lo único que quiero es dormir. Ojalá pudiera echarme en esa cama de cabecera de latón en la que en tiempos yació enferma mi

madre, con esos muelles que chirrían cuando te giras a derecha e izquierda, y simplemente dormirme, dormir… Y olvidar. Pero no puedo dormir. Cuántas noches llevo sin pegar ojo. Así estoy desde que se fue Ufuk. Lleva días sin dejarme dormir el puño que se me puso en el pecho la tarde en que abandonó la casa y me encontré en la mesa del comedor la nota en que decía: «Han llamado de la clínica. Lo que has hecho no tiene perdón, Nur».

Observé cómo subían la cuesta por entre aquellos visillos que olían a polvo. Selin no montaba la bicicleta, sino que la iba empujando. Y al hacerlo se apoyaba ligeramente en Burak.

¿Se acostará Burak con chicas de la edad de Selin?

Se me vino a la memoria lo que me preguntó, entre borracho y triste, cuando ella subió a la casa a por más vino:

–¿Te acuerdas de la noche en que nació Selin?

Estaba tumbado boca arriba en las maderas del viejo embarcadero, con los brazos bajo la cabeza como almohada, contemplando las estrellas, que brillan de forma particular en nuestra apartada playa. Yo, con las piernas colgando, metía los pies en el agua. Al moverlos, los pies se me mezclaban con la bioluminiscencia. Era muy bonito. Y también era muy bonita la noche en que nació Selin. Estábamos Burak y yo juntos. Además, en casa de Fikret. Estábamos durmiendo en la misma cama en que Selin había sido concebida. Dormíamos, nos despertábamos, hacíamos el amor, volvíamos a dormir… Freya se había ido para el parto a Noruega, su país, y Fikret y Oğuz la habían acompañado. Y yo me quedaba en su lindo chalet de Levent para cuidar del perro.

–¿Era Nochevieja?

Sí, claro que sí. Lo recuerdo muy bien, pero no quiero que Burak piense que le doy mucha importancia ni a él ni a nuestro pasado. La Nochevieja de ese año no me apetecía andar de acá para allá. Tenía el corazón roto. Mi último amante me había dejado y había vuelto con su novia. Me daba miedo toparme con ellos si iba con los amigos por Taksim y Beyoğlu. Si los veía en cualquier bar tomándose una cerveza y celebrando la llegada del año nuevo, juntitos y haciendo manitas como si nunca se hubieran separado, como si yo no me hubiera metido por medio cuando estaban separados, me

daría la impresión de que mi existencia había sido borrada de la superficie de la tierra. Con una mirada helada que me lanzaría de lejos mi examante me diría: «Borra si quieres los días que pasaste conmigo», y a mí se me llevarían los demonios. Lo mejor, lo más seguro, era quedarse en casa. La casa de Fikret estaba muy bien, con su jardín, sus dos pisos y su televisión de pantalla de plasma. Calentita. Agradable. Llamé a Burak, a quien había dejado hacía dos años con la excusa de que debíamos seguir siendo amigos, para que viniera. Entre amigos, prepararíamos algo para cenar, beberíamos vino y veríamos una película. No me vería obligada a partirme los cuernos para divertirme a la fuerza entrando y saliendo de los bares de Taksim con aquel frío helador, con una faldita de dos dedos y el desgarro de mi corazón. Y además saldría barato.

–Sí, estábamos empezando el 96. En casa de Fikret y Freya.

Burak, en cambio, es justo lo contrario de mí. Cuantos más detalles recuerde del pasado, más poderoso se siente. No le contesté.

–De repente empezó a nevar –continuó–. ¿Te acuerdas?

Por supuesto que sí. Desde la moqueta color salmón en la que estaba tumbada desnuda y mientras Burak me besaba, contemplaba cómo caían al jardín los copos de nieve desde el cielo, que se había vuelto blanco, por las ventanas sin cortinas del salón de Fikret.

–Fuiste a sacar el perro de su caseta y lo trajiste a la casa. Y eso que Freya te lo había avisado bien claro. El perro tenía que quedarse en su caseta.

Alcé la cabeza y miré los pinos que se inclinaban hacia el agua oscura. Burak no tenía ninguna intención de quedarse callado. Teníamos que recordar juntos. Se levantó de donde estaba echado y vino a sentarse a mi lado. Metió los pies en el agua. La luminiscencia se alborotó. Yo no aparté la mirada de los reflejos que desprendían nuestros pies. Burak apoyó su hombro en el mío. Nuestros brazos desnudos se tocaron.

–Me dio miedo que te congelaras –susurró sin necesidad–, pero el perro era un lobo ruso. Ese sí que no se congelaba.

Se rio. Paseaba la mirada por mis mejillas, mis orejas, mi cuello. No lo veía pero lo sentía. Si giraba la cabeza nuestras miradas se cruzarían. Moví

los pies en el agua. Nos quedamos callados. El momento en que hicimos el amor sobre la moqueta color salmón atravesó nuestro silencio.

Al empezar la noche dejamos sin terminar los platos humeantes con pollo y arroz que nos íbamos a comer tan amigos y nos arrojamos el uno en brazos del otro. Y eso que ambos nos habíamos esforzado bastante en preparar la cena de Nochevieja en la cocina de Freya, pequeña pero luminosa, aunque nos diéramos culetazos continuamente. Pollo al horno con arroz con pasas. Ensalada de patatas de acompañamiento. Y, de postre, dulce de calabaza con nuez molida por encima. Fueron unas horas que daban muestra de que pasaríamos la noche como amigos. Nos reímos cuando le embutimos la manzana por el trasero al pollo y Burak derramó unas lágrimas picando cebolla para la ensalada de patata. También nos reímos de eso. Luego llevamos a la mesa el vino tinto que Burak había traído. No pegaba con el pollo, pero qué íbamos a hacerle. Nos tomaríamos la cena de Nochevieja que habíamos preparado con tanto cuidado y nos pondríamos a ver la televisión. Lejos de la multitud, sentándonos sobre los pies forrados con calcetines de lana. Como amigos.

Llevábamos bastante tiempo siendo «solo amigos». Yo le había abandonado hacía dos años. Lo dejé porque mi madre murió. Nueve meses desde su muerte, seguía siendo incapaz de decirlo. «Mi madre se ha ido», decía. O «después de lo de mi madre». No podía poner en la misma frase a la muerte y a mi madre. Para olvidar el papel que vi en manos de Fikret, que se encargaba él solo de los detalles de la herencia, y en cuyo encabezamiento ponía «certificado de defunción», me disfracé con la identidad de una mujer ligera de cascos. El de Burak era un amor muy intenso y eso era lo último que yo quería. No paraba de cambiar de amante. Los agotaba a todos con mis traumas. Aquel último amante que había regresado con su novia también se había hartado de mis desequilibrios. Era consciente de ello. De haberme esforzado un poco, podría haberse quedado conmigo.

Burak era mi amigo. Había conseguido seguir siendo mi amigo a pesar de su profundo amor. Pero luego, cuando brindábamos por el año nuevo, me miró con un deseo tan ardiente que por mi cuerpo pasaron como una

corriente eléctrica los momentos en que nos amamos jadeantes en la playa en la que nos conocimos. De repente me encontré completamente desnuda sobre la moqueta salmón de Fikret, que lo cubría todo de pared a pared, y debajo de Burak.

Luego empezó a nevar.

–¡Ya he vuelto! ¡Ay!, me he pasado mil horas sin decidir qué vino traer. La despensa de Sadık es toda una bodega. Demasiado…

Selin no pudo seguir con lo que estaba diciendo. Nos vio sentados en el extremo del embarcadero muy juntitos. No dijo nada. Nuestro pasado común pendía sobre nosotros como una nube. Y, quién sabe, puede que Selin tuviera unas antenas lo bastante sensibles como para percibir la presencia de la nube y que allí no había sitio para ella. Dio un par de pasos en nuestra dirección y tropezó. Poco faltó para que se cayera de cara. Lanzó un gritito en voz baja. Burak se puso en pie de un salto y se estiró hacia Selin con las perneras de los pantalones chorreando. Justo en ese momento la botella de vino salió volando de manos de Selin y cayó al agua embarcadero abajo. Nos echamos a reír todos a la vez. Burak se remangó las perneras hasta las rodillas y se metió en el agua. Selin y yo le aplaudimos. Ciertas cosas quedaron en el olvido. Liamos un porro y nos lo pasamos. La noche continuó.

Y después otra vez no me vino el sueño.

Cogí el teléfono, que tenía en la mesilla de noche, y marqué el número de Ufuk. Hace mucho que dejé de enviarle mensajes. Ni los lee. Puede que de verdad hayamos terminado. En una ocasión me dijo: «Nur, sí que existe eso que llaman “demasiado tarde”». Fue una noche en que hablábamos sobre la cuestión de los hijos. Ufuk quería una copia suya en miniatura que pudiera llevar de la mano al puerto para mostrarle los barcos que parten. Enviaría su alma a la inmortalidad en un cuerpo actualizado. A mí también me gustaría ser inmortal, pero por otros medios. Como decía Platón, mediante las ideas y ese tipo de cosas. Yo escribiría literatura: poemas, relatos y novelas. Me interesaba dar vida, no a un cuerpo, sino a mis obras, y alcanzar la inmortalidad espiritual en ellas. Es dudoso que aprobara la asignatura de Platón, pero es seguro que suspendí el matrimonio. Un

matrimonio que no aspira a continuar la especie humana, ¿lo es de veras? Antropológicamente, no. Además, desde el punto de vista de la antropología, nuestros roles estaban al revés. La mujer quiere ser escritora y el hombre padre. Sin embargo, la mujer, relacionada con la tierra, debía ser la responsable de la reproducción y el hombre, relacionado con los cielos, de la producción. De haber cambiado nuestros roles, Ufuk no se habría marchado. ¿En serio era así? Como si no me hubiera pasado años dándole largas. Retrasando el asunto de los hijos, que si hoy no, que si mañana... Y después… Lo que había hecho no tenía perdón. Lo sé.

Dejé el teléfono sumida en la desesperación. Me puse el bikini, me cubrí con el quimono que tenía colgado detrás de la puerta, salí descalza de mi habitación y bajé al piso de abajo. El amplio vestíbulo al que dan las habitaciones estaba desierto. La luz que entraba por la vidriera multicolor encima de la puerta principal caía sobre el mosaico del suelo. De las losas se elevaba un fresco silencio. La abuela estaba, como ella lo llamaba, en el «excusado». Por detrás del cristal esmerilado se movían el par de pelos canosos de su cabecita. Sadık estaba en la cocina. Me deslicé al exterior sin que me viera. Se me clavaron en los pies las piedras del jardín. Bajé a la orilla. En el viejo embarcadero de madera todavía seguían las botellas de anoche. Los filtros de los cigarrillos que había liado estaban por todas partes. Me quité el quimono. Me tiré de cabeza al mar desde la punta del embarcadero como si me estuviera lanzando a una piscina olímpica. La luz retozaba con alegría en la parte en la que daba el sol, como si quisiera competir con la bioluminiscencia de anoche. Reflejos pequeñitos que saltaban a mi alrededor según iba dando brazadas. Nadé en el agua fresca y azulísima y me alejé hasta poder ver el jardín de té de Horoz Reis. El caserón de la abuela, con su jardín cubierto de hierba seca que bajaba hasta el mar y su fachada silenciosa y ceñuda, se fue haciendo más pequeño hasta convertirse en una más de las casas que se alineaban en el barrio de Maden. Abrí brazos y piernas e hice el muerto. Estaba a solas en medio de una enorme masa de agua azul. La libertad era eso.

Mi madre también nadaba muy bien; de hecho, fue ella quien me enseñó a nadar, pero nunca pasaba de donde hacía pie. En la playa se sentaba en la

arena de la orilla. Las olas le lamían las piernas desnudas y se retiraban. Con sus gafas de sol y su sombrero de paja… Cuando los labios se me ponían morados y salía del agua, me envolvía en una enorme toalla color turquesa y me apretaba entre sus brazos pecosos. Me daba galletas de nata metiéndomelas entre mis labios salados. Ay, mamá, cuántos años te pasaste sentada en la orilla toda prudente y luego vas y te tiras de cabeza. Te sumerges en lo hondo, en lo más hondo, sin pensar en volver atrás. Te ahogas en el fondo de una botella.

¡Maldita sea!

Las lágrimas asaltaron mis ojos. Otra vez. Últimamente me ocurre muy a menudo. Se me viene mi madre a la memoria, se me llenan los ojos de lágrimas y los fantasmas del pasado se amontonan en mi mente. Ha sido Fikret quien me ha metido en la cabeza esa maldita cadena de pensamientos. Mamá se fue por el corazón. Y ya está. ¿De qué nos va a servir hurgar en el pasado? El puño que me atenazaba el pecho aumentó de tamaño un poco más. En ese momento lo comprendí. El puño no se me había puesto ahí el día que Ufuk abandonó el hogar. Ya estaba allí desde hacía años.

Empecé a llorar, flojito, sin gimoteos, suspirando. El mar me abrazó, me mecía suavemente sosteniéndome sobre su gigantesca mano. Mis lágrimas se mezclaron con su sal. Así estaba bien.

5

–¿Nos tomamos un té en el muelle? Y nos comemos un sándwich. Tengo hambre. Oso hambriento no baila, ya lo sabes.

Al parecer Selin había perdido el entusiasmo por seguir el rastro de su padre antes de que llegáramos siquiera a lo alto de la cuesta. No se lo eché en cara.

–Bueno, ¿pero no le estaremos haciendo un feo a Sadık y a Şirin Hanım? ¿No nos esperarán para desayunar?

–Oh, la bisabuela tiene que despertarse y arreglarse, mi tía que levantarse, Sadık que preparar el té y luego poner la mesa… Mientras tanto, a nosotros nos da tiempo a dar la vuelta a la isla en bicicleta y volver. Además, en casa nunca desayunamos todos juntos. El que se despierta se sienta a la mesa y desayuna.

Selin, encaramada en el alto sillín, iba bordeando la acera y adaptando el ritmo a mi paso.

–Pero ayer por la mañana sí desayunamos todos juntos. Vaya mesa pusieron.

–Eso es distinto. Lo de ayer fue en tu honor. Hoy mi padre no está, la tía de resaca… Ya verás como cuando volvamos a casa el personal acaba de despertarse.

–Muy bien, vale, me has convencido. La verdad es que yo también tengo hambre. Si quieres, pedalea más rápido y nos vemos en el muelle.

–No, así voy bien. Es solo que no me gusta andar. Mirar desde arriba es más agradable. Así voy avanzando sentada. Vamos a buscar una bici para ti y entonces sí que le daremos al pedal.

Alquilaríamos una bicicleta también para mí en el muelle y después iríamos juntos a los lugares donde podría estar Fikret. Los ojos se me

fueron a las largas piernas cuyos músculos aparecían y desaparecían bajo la piel bronceada por el sol. Muy bonitas. Los genes escandinavos de su madre. Freya, la mujer de Fikret, era noruega. Se conocieron años atrás en Bodrum. En lugar de algo que podía haber quedado como una breve aventura veraniega, acabó en boda al quedarse Freya embarazada. Selin nació tres años después de Oğuz.

–Tengo una idea –dijo Selin muy seria sin apartar la mirada del camino–. Sobre mi padre, digo. Una posibilidad. Puede que… En fin, te lo cuento cuando nos sentemos. Ahora es complicado.

Sonreí. Su juventud me divertía. Con la nariz diminuta y pecosa y los enormes ojos azules tenía algo que recordaba a un personaje de dibujos animados. Debió de notar que no me la tomaba muy en serio porque añadió nerviosa:

–Además, así les preguntaremos a los del café si han visto a mi padre. Si tomó el primer vapor o una motora, tuvo que pasar por delante de ellos.

Asentí con la cabeza.

–Claro, por supuesto.

De la parte del mar llegaba una brisa vivificante, salada y con olor a algas. Era todavía temprano. El día no había alcanzado aún ese calor rabioso. Los jardines de las casas por las que pasábamos estaban en silencio. En algunos, aspersores automáticos regaban el cuidado césped y los rosales multicolores y en otros lo hacían los jardineros manguera en mano. A nuestro lado pasaron unos faetones aislados.

–Van a cargar al muelle. Ya verás qué cantidad de gente. Si la isla no se hunde hoy, estamos bien.

Estaba tan tranquila aquella calle, en la que se alineaban los cuidados palacetes y mansiones de madera con sus jardines con glicinias moradas en los que los locales llevaban viviendo tres o cuatro generaciones, que, de no haber visto el jaleo del muelle ayer cuando llegué, habría pensado que Selin exageraba. Sin que tuviera oportunidad de comentárselo, empezó a oírse el rumor de la multitud cuando llegamos a la altura de la verdulería al principio del mercado. Selin se bajó de la bicicleta y, empujándola, empezó a caminar a mi lado. Saludaba a izquierda y derecha y felicitaba las fiestas a

los tenderos. No le molestaban ni las miradas de los aprendices del colmado ni las de los turistas árabes. Charló un rato con la joven que servía bollos y té en las mesas que la pequeña tahona había sacado a la acera. Saludó por su nombre al frutero y al tipo de aspecto señorial que se sentaba a la caja de la charcutería. Todos se felicitaban las fiestas.

–Te has convertido en toda una isleña, Selin. Todos te conocen por tu nombre.

–¡Qué va, hijo! No me conocen a mí, sino a la bisabuela. La familia entera nos alimentamos de su fama. Şirin Saka y sus nietos. Como el título de un libro, ¿verdad?

No le dije que los tenderos de Büyükada no sabrían mucho de por qué Şirin Saka había sido famosa hacía años. Sobre todo cuando hasta los círculos artísticos de Estambul apenas la recordaban. Cierto, ahora Şirin Hanım vivía en la isla durante todo el año. Y los que seguían viviendo en la isla cuando se quedaba desierta, especialmente en invierno, quizá podían haber creado entre ellos una leyenda sobre ella. Los que supieran que la anciana que vivía con su veterano criado en una mansión del barrio de Maden había sido en tiempos una pintora de un talento extraordinario, cuyas obras se habían vendido como churros en París, bien podían haberse inventado montones de historias sobre ella.

Llegamos a la plaza del reloj. Me golpearon la cara al mismo tiempo la multitud y el calor. Motoras, vapores, timbres de bicicleta y montones de personas que avanzaban a gritos. Un vapor rebosante de pasajeros se acercaba al muelle. La gente se empujaba para saltar a tierra lo antes posible; la masa humana se hinchaba como una ola que no llegaba a romper contra la orilla. Hendiendo la multitud con la bicicleta, Selin entró en el primero de los cafés que había junto al mar. Yo la seguí. Nos sentamos atrás, en una mesa a la sombra. La multitud que vaciaba el vapor asaltó, como toros enfurecidos, las mesas de delante, la heladería de enfrente y la plaza del reloj. Selin se inclinó hacia mí por encima de la mesa, tan cómoda y tranquila como si toda aquella muchedumbre no la afectara. Giré la cabeza para no mirarle los pechos, que se le veían por el escote. Se irguió

de inmediato. No tenía intención de provocarme. Quería gustarme sin necesidad de aquello. ¡Qué difícil es ser joven!

–¿Sabes que ayer por la mañana, cuando bajaste de la motora, tenía mucho miedo de que no me reconocieras?

Señaló con la cabeza el muelle de motoras donde nos habíamos encontrado ayer.

–¿Por qué no iba a reconocerte?

–¡Qué sé yo!

Se encogió de hombros.

Así que se había dado cuenta. Yo no tenía ni la menor idea de quién era aquella joven que saltaba gritando «¡Burak! ¡Burak Gökçe!» por entre el gentío que se amontonaba delante del muelle de motoras. Yo esperaba a Nur. No es que la esperara, claro, pero mis ojos la buscaban entre la multitud con un anhelo estúpido. Jamás habría pensado que vendría a buscarme una belleza escandinava con el pelo como espigas de trigo y los ojos del azul del océano. Debí quedarme mirándola pasmado a la cara, porque se vio obligada a presentarse:

–Soy Selin –y, como si no bastara, añadió–: Selin Süheyla.

Nos trajeron unos tés sin necesidad de pedirlos. Té de salvia para Selin y normal para mí. Pedimos unos sándwiches. Me aclaré la garganta.

–Si quieres que te diga la verdad, ayer, cuando nos vimos, no te reconocí de inmediato. Pero cuando me dijiste tu nombre, todo encajó. La última vez que te vi…

Me detuve un instante para reflexionar. Seguro que había visto a Selin de niña y luego de adolescente. Tenía que haberla visto. Forcé la memoria. En un jardín de té, un invierno a primera hora de la tarde. ¿Dónde? En Rumelihisarı. En el café de Ali Baba. Dentro. En medio arde una estufa. El humo de los cigarrillos lo llena todo. A Fikret no le importa. Está absorto leyendo el periódico extendido sobre la mesa. Están esperando a que Freya termine la clase que imparte en la Universidad del Bósforo. Selin tiene cuatro o cinco años. Está sentada como una muñeca de porcelana en medio de una niebla de humo de tabaco con un sándwich en la mano con una esquina mordisqueada. Lleva una boina blanca en la cabeza. Tiene las

mejillas y los labios enrojecidos por el frío. Al ver a Nur palmotea de alegría. Claramente está aburrida. Salta de la silla y abraza las piernas de su tía. Nur ni siquiera ve a su sobrina pequeña. Le fastidia aquel encuentro casual. Luego la mirada se le desplaza al periódico que Fikret ha desplegado en la mesa y se clava en los titulares. No solo la mirada, en ese momento se clavó la vida entera de Nur. De repente sale pitando del café. Selin se queda muy sorprendida. Los ojos se le llenan de lágrimas. Está a punto de echarse a llorar.

–¿Qué ha ocurrido para que esté tan ensimismado, señor mío?

Selin sonreía. Con un único movimiento de la mano, se recogió el pelo en lo alto de la cabeza, dejando al aire su largo cuello moreno y las prominentes clavículas. Cuando vio que la miraba con admiración le dio vergüenza y estuvo a punto de volcar el vaso con el té de salvia. Cuando se desprenda de esa indecisión de la juventud va a ser un terremoto.

–Estaba intentando recordar cuándo fue la última vez que te vi.

–¡Oh, si tienes que pensar tanto, adiós! Vamos, te voy a dar una pista.

Cómo le gustaban las pistas y los juegos de detectives. No fui capaz de decepcionarla. El azul de sus ojos relucía como el mar que teníamos frente a nosotros.

–¿Hisar?

–¿Qué Hisar?

Rumelihisarı, pero ¿cómo puedes acordarte de eso, Selin? Vaya cabeza que tiene.

–Un concierto. En el teatro al aire libre. ¿Te suena de algo?

Sonreía burlona con el vaso de salvia a medias en la mano. Traté de recordar, pero mi mente se había quedado en aquel día de hacía años. Cogí entre mis brazos a Nur en la orilla de las gimientes aguas del Bósforo. Nos habíamos hecho cargo de algo que no podíamos llevar a cabo. Estábamos hechos polvo. Éramos muy jóvenes. Ese día Nur dejó el periodismo. Al mirar la página abierta que Fikret había desplegado ante sí como una sábana, comprendió algo de lo que yo apenas me había dado cuenta. El periodismo no significaba sacar la verdad a la luz. Y no era para nada la profesión que yo había soñado cuando estudiaba el bachillerato: invitar a la

sociedad a hablar y a enfrentarse a sus pecados, liberar a la gente de su apocamiento y conducirla a la libertad. El periodismo consistía en crear una realidad que no existía. Y luego contemplar cómo todo el mundo creía e incluso se doblegaba ante esa realidad que te habías inventado. Hacía años Nur lo había comprendido de repente en el café de Ali Baba mirando el periódico de Fikret. Hoy, veinte años después, yo seguía resistiéndome a aceptarlo. ¿Testarudez, pereza, ceguera o esperanza?

Llegaron nuestros sándwiches. El mío era doble de queso, el de Selin con embutido. Bien aplastados. Le había dado instrucciones muy precisas al camarero. Los bordes crujientes, con mucha mantequilla. Selin seguía esperando una respuesta. Me inventé algo rápidamente para no decepcionarla. En los últimos tiempos no había ido a festivales… Y si había sido en años anteriores tenía que ser un concierto en el teatro al aire libre.

–¿Fue en el festival de jazz?

Tiré a ciegas y di en el blanco. Con la prisa por contestar, a Selin le salió humo por entre los labios mientras trataba de tragar el bocado de sándwich. Se hizo aire con la mano delante de la boca como si sirviera de algo.

–¡Exacto! ¡En el concierto de Joan Baez! Te acuerdas, ¿verdad? Entonces llevaba el pelo más corto. Y gafas. La verdad es que no hablamos.

Se atragantó con el bocado y empezó a darse golpes con el puño en el esternón. Por un momento me sentí confuso. Había perdido por completo la percepción del tiempo. Últimamente es algo que me pasa a menudo. Mientras que el pasado aparece en mi memoria como si lo hubiera vivido ayer, soy incapaz de averiguar adónde fui dos días antes. Soy incapaz de reconocer las caras tanto como los nombres. ¿Qué me contaba esta chica? Cuando los conciertos de Joan Baez en el teatro al aire libre yo era más joven que ella ahora. Estaba en el instituto. Todavía no había ido a aquel valle solitario con Onur con la intención de vivir una aventura entre chicos; todavía no había conocido a Nur, que el mismo día llegaría a acampar al mismo valle con sus amigas del Bósforo; todavía no me había enamorado.

–Justo cuando mi tía nos iba a presentar, te fuiste corriendo escaleras abajo –se lanzó Selin al ver la confusión en mi cara–. Tenías una entrada de

protocolo para los asientos más pijos de delante. No veas la envidia que te tuve.

De repente todo encajó. Selin estaba hablando del concierto de Joan Baez de hacía dos años. Dio otro bocado al sándwich. No la entendí del todo porque hablaba con la boca llena.

–La tía Nur encontró entradas en un buen sitio para las dos. La verdad es que luego me fui delante. Me encontré con unos conocidos de cuando lo de Gezi.[4] Hasta bailamos juntos. Un concierto súper, ¿verdad? Nunca antes la había escuchado. Qué sé yo, me creía que era música de viejos. No te lo tomes a mal. Tú no eres viejo. Y luego, cuando empezó a cantar… Me quedé sin respiración, literal. Hechizada. Fue un poco como lo de Gezi, gente de todas las edades, todos cantando como niños. La gente ahora no le perdona que suspendiera el concierto del verano pasado, pero a mí no me importa. Ojalá vuelva a venir.

Ahora recordaba cómo había salido huyendo de ellas a toda prisa. Buscaba a Ufuk con la mirada. ¿Habría venido o no? ¿Las habría dejado a ellas en sus asientos y habría ido a por algo de comer y beber, o era que no estaba allí? Soy incapaz de estar cómodo con el marido de Nur presente. Quizá porque no puedo adivinar cuánto sabe de qué. Siempre estoy buscando algún doblez detrás de ese aspecto suyo de intelectual comprensivo, barbudo y con pipa. En realidad, sé que es un hombre bueno y decente. Con los nervios se ve que no me di cuenta de que Nur tenía la intención de presentarme a Selin.

–Por supuesto que me acuerdo. Nur es toda una fan de Joan Baez. No se pierde ni una.

–¡Sí! Se sabía todas las canciones de memoria. Y las cantó desde el principio hasta el final. Luego me enseñó algunas cuando volvíamos andando. «Donna, Donna», «We Shall Overcome»… Al llegar a casa, las encontré en YouTube. Acordes simples. Estuve tocándolas y cantándolas. ¡Qué bonitas! Para mí fue una noche superfeliz.

Conocía esa emoción. Cuando fui a mi primer concierto de Joan Baez era más joven que Selin. Estaba en el instituto. En la noche azul marino las estrellas estaban tan próximas como si cayeran sobre el escenario y el olor

de las albóndigas a la parrilla que se hacían justo en el exterior del teatro al aire libre me hacía la boca agua. El cojín de plástico que tenía bajo el trasero era duro e incómodo. Pero luego, cuando Joan Baez dijo «Ahora envío mi voz a los que no han podido entrar y están más allá del muro y a los que están encerrados entre muros» y empezó a cantar solo con su voz, sin guitarra ni piano, siete mil personas contuvimos el aliento y después se desató un diluvio de aplausos. En ese momento, mientras aplaudía junto a otros miles a mi lado, delante y detrás de mí, creí que la esperanza que llenaba mi corazón no se agotaría jamás. Esto es, me dije. No estoy solo. Mi patria es la gente que está aquí. Ahora sé adónde pertenezco. Fue esa noche cuando decidí convertirme en periodista.

–¿Sabes? En tiempos pasábamos la noche delante del Centro Cultural Atatürk para poder comprar una entrada para el concierto de Joan Baez.

–¿Cómo? ¿Por qué?

¿Cómo explicarle a alguien de una generación acostumbrada a tenerlo todo al alcance de la mano que antiguamente rellenábamos los formularios de petición de entradas del Festival de Estambul a bolígrafo y teníamos que entregarlos en mano? De repente, ante mis ojos el sistema del pasado me pareció absurdamente simple. Que todo se registrara con papel y lápiz era como un juego de niños. Me sentí viejo. Y, como todos los viejos, me apetecía contar mis recuerdos, recordar mientras los contaba y, mientras recordaba, volver a vivirlos, pero guardé silencio pensando que aburriría a Selin.

Mi mirada se clavó en una mesa en un rincón detrás de Selin desde donde ni siquiera se veía el mar en la que cuatro señoras mayores jugaban a las cartas. En el cenicero metálico se iba alargando la ceniza de sus cigarrillos manchados de lápiz de labios. He entrevistado a tantos viejos para hacer acopio de mis historias que ahora puedo suponer su edad analizando una serie de datos: desde lo reseca que tienen la piel del cuello hasta la luz de sus ojos, desde lo escaso del pelo hasta los crujidos de sus articulaciones, desde lo apagado de su voz hasta el olor de su cutis. Por ejemplo, la señora pequeñita de barbilla saliente que estaba sentada más cerca de Selin tenía por lo menos ochenta y cinco años. Y la que tenía frente

a ella, que a pesar de los gruesos cristales de sus gafas era incapaz de diferenciar si la carta que tenía en la mano era de tréboles o de picas, era todavía mayor. Quizá noventa.

Con un reflejo profesional incliné la cabeza e intenté oír su conversación. ¿En qué lengua hablaban? Presté oídos y no pude encontrarle parecido a nada. ¿Griego? ¿Portugués? ¿Armenio? No, ninguna. Ya empezaba a tomar forma en mi mente el artículo que iba a escribir sobre ellas. Siempre es así. Cuando estoy trabajando en un proyecto, surge otro y le roba el protagonismo. El título de ese nuevo artículo sería «Mujeres jugando a las cartas». Qué pena que no jugaran al *bésigue*. De haber sido así, habrían tenido delante las planchitas para llevar la puntuación.

Nur se burla de mí llamándome «el reportero *fin du siècle*» pero le gustan mis historias. Dice que no hay nadie mejor que yo para encontrar gente interesante. Y que sé muy bien cómo sacar la riqueza humana de esa gente que encuentro interesante. Lo que me pica es ese adjetivo de *fin du siècle*. Como si persiguiera cosas pasadas de moda. Y la verdad es que soy así, claro. Investigo las formas de relacionarse antes de internet, antes de los teléfonos inteligentes y de las redes sociales. Hay una generación que no ha entrado en el nuevo milenio, que no ha podido entrar. Si yo no recojo sus historias, ¿quién las escribirá? La nuestra es una generación afortunada. Una generación intermedia. Somos testigos de una revolución que está cambiando radicalmente los modelos de las relaciones humanas. Tenemos la edad suficiente como para conocer los antiguos, pero somos lo suficientemente jóvenes como para adaptarnos a los nuevos. Una generación intermedia. Una generación intermediaria. Una especie de traductores. Reportero *fin du siècle*, sí.

Entonces de repente caí en la cuenta. No sé cómo pasó. Puede que mi oído se quedara con algunas palabras conocidas, o sumé dos y dos. ¡Hablaban ladino! Ese dialecto del español antiguo que hablaban los judíos que huyeron de España y se refugiaron en el Imperio otomano. Me emocioné. Creía que en Turquía no quedaba nadie que hablara ladino. Pero aquí estaban, a mi lado, las «mujeres jugando a las cartas». ¡A saber qué historias alojaban en la memoria! ¡Eso sí que era llevarse la mano! Toma,

amiga Nur, otra vez me ha salido al paso gente interesante y se me han abierto las puertas a la riqueza humana. Tú sigue durmiendo en tu torre de marfil. Escribiendo novelas fantasma.

Varias veces he sacado a colación con Nur cómo está desperdiciando su talento de escritora y siempre se le han llenado los ojos de lágrimas. No de pena, sino de rabia. Sé por qué se enfurece. Como *La mercería*, la primera (y única) novela que escribió después de dejar el periodismo, no obtuvo el aprecio que esperaba y merecía, se enfadó con el mundillo literario, por eso. Cuando se publicó *La mercería*, el editor acordó algunas entrevistas y programas de televisión para promocionar el libro. Nur no aceptó ir a ninguno. Insistía en que un buen texto no tenía necesidad de publicidad. Decía que si era buena literatura, encontraría sus lectores. Se moriría de arrogancia. Había algunos críticos que le gustaban mucho. Algunos nombres que escribían artículos pesados e incomprensibles en las revistas que iba corriendo a comprar a primeros de mes a la librería Pandora. Estaba convencida de que ellos la descubrirían. El paciente editor se doblegó ante todos los caprichos de Nur porque estaba enamorado de ella. Porque aquel editor era Ufuk. Por fin, *La mercería* desapareció hasta de los estantes de las librerías. Y Nur, de pura rabia y testarudez, se dedicó a la escritura en negro. Ahora vende su literatura escribiendo las novelitas baratas que tienen en su imaginación superficial mujeres de la alta sociedad que no son capaces de redactar una frase. Y Ufuk las publica. Se han convertido en una empresa familiar.

Selin dejó en la mesa el teléfono con el que llevaba un rato jugueteando e inclinó la cabeza a un lado. Me hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. En realidad, no estaba hablando. Me había olvidado de ella. Prestamos atención al anuncio ronco e incomprensible que brotaba de los altavoces.

«El barco que se aproxima al muelle continuará de inmediato hacia la isla Heybeli y Bostancı».

Se levantó de un salto. La mesa y los vasos de té vacíos sufrieron una sacudida. Agarré el mío para que no se cayera.

–¡Burak! Me parece que ya sé dónde ha ido mi padre.

–¿Adónde?

–Ahora no te lo puedo decir. Venga, vamos a alquilarte una bicicleta. ¡Tenemos mucho que hacer!

Sin más alternativa, me levanté. Logré alcanzar a Selin, que subía la cuesta a la carrera, esperando poder encontrar al día siguiente en el mismo lugar a las mujeres jugando a las cartas.

6

La verdad es que tampoco se me había ocurrido ninguna idea brillante. Estaba aburriendo a Burak, era evidente. Estaba en las nubes. Así que me lo inventé en ese mismo momento para que me prestara atención. Es una técnica espectacular que uso desde hace mucho. En el instituto, cuando no había hecho la tarea, el profesor me preguntaba: «¿Por qué no la has hecho, Selin?». Y yo le contestaba: «Ahora no puedo decírselo, profe; luego se lo explico con más detalle». El noventa y nueve por ciento de las veces no volvían a preguntar. ¿Se les olvidaba? ¿Les daba vergüenza preguntar? ¿O era que en realidad para ellos no tenía ninguna importancia si hacíamos la tarea o no? Me da la impresión de que la gente no se rompe mucho la cabeza cuando se trata de los demás. Qué gracioso. Qué triste. Sin embargo, yo desperdicio una gran parte de mi energía preguntándome qué piensa la gente sobre mí.

De camino a la tienda de bicicletas de Mesut miré de reojo a Burak. Caminaba deprisa a mi lado con las manos metidas en los bolsillos. ¿Se puede decir que es guapo? ¿Viejo? Si es amigo de la tía Nur debe de tener por lo menos su edad. O sea, cuarenta y pico. ¡Uf! Si lo oyera Ayşe diría: «¡Qué bien, un hombre con experiencia! Buena técnica». Ayşe no piensa más que en la cama. ¿Y yo? Hacer el amor con Burak tiene que ser muy distinto a hacerlo con Emre. Como que me llamo Selin. Emre y yo tenemos la misma edad y ninguno de los dos ha estado con otro. O sea, puede que él sí haya estado después de que nos separáramos, pero yo solo me he acostado con Emre hasta ahora. Por eso siento curiosidad. Más bien reviento de curiosidad. ¿Qué podrá hacerme experimentar otro hombre? He pensado varias veces en sacarle el tema a la tía Nur, pero luego me ha dado vergüenza.

Burak no parece nada viejo. De hecho, ahora, cuando camina a mi lado con las manos en los bolsillos con la camiseta negra de Metallica de Oğuz, va balanceándose ligeramente y no tiene ninguna mala pinta, vaya. Con las gafas y tal. Se parece un poco a los becarios empollones del instituto. Puede que él mismo fuera un becario empollón en el instituto. ¡Ja, ja, ja! Tengo que preguntárselo algún día. Lleva revuelto el pelo, negro y tan rizado que recuerda a una escarola. Pero no es que se lo haya alborotado especialmente para darle un efecto en plan *out of bed*. Es que realmente no se ha peinado después de levantarse de la cama. Para conseguir ese aspecto descuidado, Oğuz se encierra horas en el baño. Se liquida el bote de fijador y acaba por volverme loca.

En media hora el muelle se había convertido en una jaula de grillos. Salimos a la plaza del reloj empujando con dificultad la bicicleta por entre la multitud de asquerosos domingueros. La cola delante de los faetones ya pasaba de la plaza y llegaba hasta la puerta del hotel Prenses. Todos los que bajaban del vapor se lanzaban a por un faetón como si les fuera la vida en ello. Culos gordos. No son capaces de dar dos pasos. Las madres señalan los caballos a los niños. Mira, hijo, un caballo. Ahora nos montamos en el carrito y, tracatrá, tracatrá, damos la vuelta a la isla. Como si fueran a recorrer el Amazonas montados en elefantes. ¿Pero qué fantasía es esta? ¿Y si pusieran visado para venir a las islas? Si no vinieran domingueros… Pero entonces Burak tampoco habría venido. Vale, entonces, ¿y si como con el visado de Estados Unidos se pusiera como condición a los que quisieran venir que tuvieran un familiar o un conocido residente en la isla? Oğuz se enfada mucho cuando digo esas cosas. Que si soy una «turca de cuello blanco», que si elitista, que si fascista… ¿Qué diría Burak si lo oyera?

Mesut estaba en la puerta de su tienda. Con un mapa de Büyükada en la mano les mostraba la Ruta del Gran Tour a dos turistas franceses que, por algún motivo, habían caído en la isla junto con aquella multitud de la fiesta. Rápidamente le eché un vistazo a las bicicletas que quedaban por alquilar. Las más chungas las había puesto al frente, fuera. Menudo buitre.

–¡Buenos días, Mesut! ¡Felices fiestas!

Se secó la frente sudorosa con el dorso de la mano y me saludó con la cabeza. A esas horas ya estaba agobiado por los turistas y el follón de los que esperaban su turno en la cola de los faetones. Agarré del brazo a Burak y tiré de él al interior. Y para que aquellos alelados no pensaran que mi Schwinn Cruiser era para alquilar, la dejé delante de la tienda de frutos secos de al lado. Dentro de la tienda, apoyada en la pared de atrás, había una Trek blanca.

–Vamos a alquilarte esta.

Burak miró la bicicleta y asintió. Por su forma de mirarme comprendí que no sabía nada de bicis. Fui y levanté la Trek con una mano.

–Mira, ¿ves lo ligera que es? En nuestra isla lo más importante es que la bicicleta pese poco. Y además tiene veintiuna velocidades. Es un modelo híbrido. Tiene características de carreras y, al mismo tiempo, de montaña.

Me disponía a presumir un poco más de mis conocimientos cuando de repente estalló un alboroto. Salí. Gritos en la cola de los faetones. Dejé atrás a Burak y me acerqué a donde los cocheros. Comprendí la situación al instante. Dos gordos insistían en subir cinco personas al faetón y el cochero no se avenía. Estaba prohibido que subieran más de cuatro por faetón. Había llegado una orden del ayuntamiento. Uno de los gordos se echó la mano al bolsillo trasero. Justo detrás de él unas mujeres se hacían *selfies* entre risitas con el teléfono en el extremo del palo mientras se arreglaban el pelo con mechas.

–Hijo, pero nosotras tres apenas ocupamos el sitio de dos personas. Los señores se sientan juntos y nosotras, tan chiquitas, nos apretujamos en el otro lado. Y ya está. ¡Por Dios! ¡Pues sí que le dais vueltas! Vamos a montarnos de una vez y vámonos. ¿Que no pueden tirar de nosotros los caballos? ¿Que no? ¡Ja, ja, ja!

El cochero era un tipo duro y no se movió. Uno de los gordos hizo un gesto y trató de apartarlo. Conozco a ese cochero. En los días con poca gente, se para donde el club y se dedica a decir burradas a las chicas. En realidad, es un tipo con el pelo cano y edad de ser abuelo. A la que más vacila es a la tía Nur. Pero mi tía no se enfada. De hecho, una vez que volvíamos de comprar helados de rosa, se paró y le contestó: «Cualquier día

voy a llevarte a los pinares, te lo juro, y a ver si allí me enseñas lo que vales». El cochero ya no me dice nada, pero si me ve comiendo un helado me sonríe de una forma muy significativa. Viejo verde.

En fin, lo mío no es defenderle a él, sino a los caballos. Por eso me interpuse como una amazona. Descarté de un par de codazos a las mujeres y subí al *ring*. Los gordos tenían los cuellos de sus repugnantes polos ya empapados. ¡No comáis tanto, hombre! Tenéis los cuellos gruesos como pilares de templos de la antigüedad, por Dios. Los aparté empujando el hombro y me planté ante ellos casi sin aliento.

–Pero, hombre, ¿no lo estáis oyendo? Los coches son para cuatro personas. Si os montáis vosotros dos ya pesáis como cuatro. Y queréis montar cinco. ¿Qué derecho tenéis a torturar a los animales con este calor?

–Niña, ¿estás loca o qué? ¡Lárgate de aquí! ¿También vamos a tener que discutir contigo?

Abrí los brazos a los lados. ¡No pasará, señor mío! El cochero viejo verde se quedó quieto como un pasmarote sin saber si reír o si acudir a mi lado. Claro, no se esperaba algo así de la chica mona que come helados.

Puse los brazos en jarras y grité. Me gustó hacerlo:

–¿Sabéis cuántos caballos mueren al día en esta isla? Les dan ataques al corazón transportando a las colinas de la isla a gente arrogante como vosotros. Se desploman, simplemente. ¿Sabéis cuántos cadáveres de caballo hay en la Ruta del Gran Tour?

–¡Mira! ¿Estás buscando problemas? No nos amargues la fiesta. Si queremos montamos cinco; y, si queremos, seis. ¡Como si fuera cosa tuya, bendito sea Dios! Apártate o se me va a escapar un tortazo.

Levanté la voz.

–Y si no me aparto, ¿qué?

El tipo dio un paso hacia mí. Yo no me moví del sitio. Ahora podía verle de muy cerca la cara recién afeitada y rosada como la carne poco hecha. Me dio náuseas su olor a sudor mezclado con una loción repugnante. ¿Dónde estaba Burak?

–Niña, ¿sabes quién soy yo? Si me da la gana, contrato todos los carros que hay aquí y les hago dar vueltas a la isla hasta que revienten todos los

caballos, ¿te enteras? Y nadie podría decir nada. ¿Eh? ¿Me entiendes?

A nuestro alrededor se había reunido una multitud de aficionados a las peleas.

–¡Basta, Osman! –protestó una de las mujeres que se estaban haciendo *selfies*–. ¡Se nos están quitando las ganas!

¡Qué bien estaría arrancarle el palo de *selfies* de las manos y partírselo en la cabeza! Justo estaba pensando en eso cuando Burak apareció a mi lado. Me cogió del brazo y me alejó de la multitud.

–¡Andando, Selin; vámonos!

–¡Espera, Burak!

Tiró de mí. Con violencia, con rabia, con toda su fuerza. Me habló al oído en voz baja. Su aliento era cálido:

–¡Mira, Selin! No tiene ningún sentido que te líes a discutir con estos creídos. Pueden fastidiarte de verdad. ¡Y si el asunto llega a la policía, adiós! Vivimos con la espada de Damocles en la cabeza. ¡No necesitamos más aventuras!

Miré hacia los faetones sin esperanza. Los aficionados a las peleas se habían dispersado. El cochero continuaba resistiéndose. Bien. Aguanta, viejo verde. Cuando Burak me echó el brazo por los hombros para alejarme de allí, me sentí como la protagonista de una película de catástrofes en la última escena. Vemos a la pareja protagonista desde atrás mientras hay un fundido a negro. Dejan atrás un mundo arrasado entre brumas y caminan abrazados hacia el horizonte. En medio de todo aquel follón mi bicicleta se había caído al suelo. Al levantarla, mi mirada se cruzó con la del gordo. Sonreí con malicia.

–Que te pongan a tirar a ti del faetón, a ver si se te baja la tripa.

Lo dije en voz baja, pero no sé cómo, el gordo lo oyó. Se puso la mano en la cintura y avanzó hacia nosotros.

–¡Salta detrás! ¡Rápido, Selin!

Burak se había montado en la bicicleta. ¡En la mía! Parecía tener experiencia en peleas y líos. ¡Burak, *my hero*! Me senté en el soporte metálico de atrás y rodeé su cintura con mis brazos. Nos metimos en el

mercado haciendo slalom entre gente atontada por el calor y la aglomeración. ¡Justo como una película de James Bond, Dios mío!

–¡Yuhu! ¡Toca el timbre, Burak! ¡Toca el timbre! ¡Apartaos!

Salimos del mercado y tomamos el camino de la playa. Burak era mejor de lo que me imaginaba manejando el manillar. Acerqué la cara a su espalda y grité:

–Cuando estaba en el instituto, mi padre me envió a clases de kárate. Si me hubieras dejado, le habría enseñado un par de llaves. Le habría dado una buena zurra a ese gordo, ¿o no?

Burak tenía la nuca enrojecida y se le había hinchado una gruesa vena azul del cuello. Por las sienes le corrían chorros de sudor. Se rio sin apartar la cara del camino.

–Sí que se la darías, sí. ¡Tienes talento!

Burak aflojó los frenos cuesta abajo. La bicicleta ganó velocidad hacia el mar. Se me puso el corazón en la boca. Me gustó. Levanté las piernas y grité:

–¡Yupi! ¡Apartaos! ¡Llega Selin Süheyla! ¡Llegan Selin y Burak, salvadores de los caballos de la isla!

Ambos reíamos según nos íbamos acercando a la puerta de casa. Luego, con cierta audacia, me agarré con más fuerza a su cintura. No sé si se echó hacia atrás a sabiendas y presionó mis pechos con la espalda, o es que frenamos al llegar frente a la puerta y me dio esa impresión.

Después ya nos bajamos.

7

Si no hubiese visto abierta la puerta del cuarto de don Fikret nunca habría osado entrar. Lo cierto es que a esas horas no tengo faena en el piso de arriba. No obstante, cuando estaba llevando a la cocina los paquetes de lo que había comprado en el mercado, un gato se metió en la casa. Una cría gris y juguetona. Lo perseguí y subí en pos de él. Se quedó maullando a la puerta de doña Nur. Como he referido antes, doña Nur es muy sensible en lo que respecta a los animales. En especial, es muy aficionada a los gatos. Y los gatos sienten cuando ha venido a la isla. Entran en la casa y hasta llegan a subir al piso de arriba, donde se encuentran los dormitorios. En otros momentos no se acercan demasiado a la casa. Les da pavor el perro que tiene el jardinero Hüseyin en la caseta.

Doña Şirin encontró en la calle a la madre del perro. Era una cosita muy chiquita. Por entonces doña Şirin andaba muy lozana. Todas las mañanas, sin falta, salía a caminar para hacer ejercicio. Todavía no habíamos trasladado su dormitorio al piso de abajo. La habitación de atrás de arriba, la que da al mar, era la suya. Hoy en día, se hospedan en ella invitados como don Burak. Cuando doña Şirin salía a dar sus paseos no iba al muelle ni al mercado, sino que caminaba desde la casa hasta la mismísima plaza del Lunapark. Se mire como se mire, es una buena distancia. A lo que hay que añadir lo laborioso de la cuesta, con sus subidas y bajadas. En cierta ocasión tomó un faetón en la plaza del Lunapark y fue al casino de Viranbağ por la Ruta del Gran Tour. Yo no lo sabía. Lo de llamarlo casino no hay que tomarlo de forma literal. Antiguo casino. Ahora sirven té y café. Ese día retornó con la perra en brazos. Se la había comprado al viejo huraño propietario del casino. Gracias a eso, pude saber que la señora había ido

hasta Viranbağ. Lo dijo como si tal cosa en medio de la conversación. Me inquieté al oírlo.

–Por Dios, doña Şirin, una señora como usted en lugares tan abandonados, se lo ruego, no lo haga, ni se le ocurra.

–Sadık –me contestó entonces–, las mañanas que me lo permiten las fuerzas siempre camino hasta Viranbağ. Y, si no me lo permiten, me lleva un cochero. No hay ninguna necesidad de inquietarse.

Doña Şirin era una persona así de vigorosa. En nuestra juventud, e incluso antes, en nuestra niñez, se escapaba por sendas de cabras a las cumbres de las montañas, a cuevas y subterráneos ocultos. Yo era más pequeño que ella, pero no dejaba de seguirle los pasos. Tan pronto como veía que cruzaba el puente de piedra, de inmediato bajaba corriendo del caserón y no me despegaba de sus faldas. Mi señora no decía una palabra y caminábamos lado a lado. Pero ¿por qué? ¿Adónde íbamos? ¿Qué buscábamos? ¿Qué recogíamos en las montañas? ¿En las recónditas celdas del antiguo monasterio? No lo recuerdo. El pasado se ha desvanecido tras las brumas que descienden en nuestras montañas de allá. Ni siquiera me es fácil creer que aquellos niños seamos mi señora y yo.

La noche del día en que doña Şirin regresó con la perra negra de su paseo matutino, lo recuerdo perfectamente, fue la del gran terremoto. ¡Dios santo, cómo se movió, cómo se sacudió la casa! Cuando sentí el traqueteo de la cristalería en el aparador del comedor, corrí al instante al piso de arriba. Todo estaba oscuro como boca de lobo. Se había cortado la corriente. La tierra pegaba golpes por debajo. ¡Qué estruendo, qué estruendo! Me dije que la tierra y el mar nos iban a tragar. Dios mío, protégenos.

Encontré a doña Şirin en lo alto de las escaleras. Se agarraba al pasamanos temblando como una hoja. La llama de la vela que sostenía en la otra mano temblaba con ella. Sería por efecto de la luz, pero, por un instante, su cabello me pareció como el oro. Y los ojos enormes, como las uvas de la parra de abajo. La llama de la vela me deslumbró. Luego ocurrió algo muy extraño. Incluso hoy, cuando se me viene a la memoria, siento un escalofrío. No me atrevo a decirlo en voz alta. Doña Şirin alargó el brazo y

me cogió de la mano sin soltar la vela. Por entonces yo ya era viejo también. Con callos en las manos. La piel gruesa. Cuando me tomó la mano me avergoncé bastante. Su palma era muy suave. Refrescante. Se me hinchó el pecho como cuando de pequeño me tomaba un caramelo de menta. Ocurrió exactamente así.

¿Cuánto tiempo duró el sismo? Con posterioridad, la prensa dijo que cuarenta y cinco segundos. No me lo creo. En la biblioteca de abajo los libros se caían de los estantes dando golpetazos. Cogí la vela de manos de doña Şirin. Bajamos las escaleras. La perrita gimoteaba en algún lugar del zaguán. La encontré en la oscuridad. Me incliné y me la puse bajo el brazo. Temblaba. ¿Pero era ella la que temblaba? ¿O era el sismo que nos sacudía? A doña Şirin le castañeteaban los dientes sin parar. Seguía con su mano en la mía. Yo mismo también temblaba, pero no por el miedo, sino de otra manera. Tenía la boca seca.

Nos metimos en el cenador cercano a la puerta del jardín que da a la calle. Hice cálculos. Aunque la casa se hundiera, aquel rincón seguía siendo seguro. Dentro del cenador hay unas pesadas sillas de hierro. Y, en medio de ellas, una decorada mesa también del mismo hierro pesado. Yo había retirado esa tarde los cojines de las sillas. Estarían húmedas. Los animales las habrían ensuciado.

–Con su permiso, voy a entrar por los cojines –dije–. No se siente en el hierro. Está duro y frío, es incómodo.

Doña Şirin no me soltó la mano. Me tuve que sentar a la fuerza. Tenía en el regazo a la perra negra. La vela se había ido fundiendo y chorreaba, y me quemó los dedos, pero no la solté. Luego se consumió. O bien el viento sopló y la apagó. Qué voy a saber. El sismo se detenía y luego golpeaba de nuevo. La perra aullaba. Al final se durmió. La mano de doña Şirin siguió en la mía hasta que clareó.

¡Ah, qué cabeza de viejo la mía! Lo que quería contar y adónde me he ido. Estaba relatando lo siguiente: esa mañana tuve que subir por fuerza al piso de arriba porque el gato se me había escapado. No obstante, nunca subo antes de servir el desayuno. Es algo a lo que presto especial atención sobre todo cuando los niños están de visita. Doña Nur no se duerme hasta la

madrugada. Oigo el sonido de sus pies arrastrándose por el parquet. Abre la ventana y la vuelve a cerrar. El viejo somier cruje cuando da vueltas en la cama a izquierda y derecha. Por fin se sumerge en el sueño al tiempo de la oración del amanecer y se despierta apenas a mediodía. Don Fikret se levanta temprano, pero hace ejercicio y gimnasia en su cuarto. Selin también se queda dormida. No tanto como doña Nur, pero se queda dormida. Sin embargo, desde ayer hay algo distinto en ella. Sale a la calle antes del desayuno. Y esta mañana se llevó consigo a don Burak. Ojalá no pase nada malo. La niña se parece mucho a la difunta Süheyla. En mi opinión, don Fikret cometió un error al ponerle a la niña el nombre de su madre. Aunque no quiera, uno se preocupa. De todas formas, no me corresponde a mí opinar sobre esos asuntos, por supuesto. Que el Todopoderoso la libre del destino de su abuela.

Tan pronto como entré en el cuarto de don Fikret me di cuenta de que el verdulero Hasan había dicho la verdad. Realmente don Fikret se había ido a algún sitio. De entrada, la cama estaba tal y como yo la había dejado hecha ayer por la mañana. Solo se había arrugado un lado de la colcha. La alisé con la mano. Abrí los postigos para orear el cuarto. El olor a mueble viejo cala en las habitaciones. Fue entonces cuando vi que la puerta del armario se había quedado entreabierta. De ninguna manera tengo por costumbre husmear en las cosas personales de don Fikret, pero el comentario de Hasan el verdulero hacía que me corroyera el gusano de la duda, así que abrí del todo el armario. La ropa estaba en su sitio. Seguro que está descansando en algún punto tranquilo de la isla. Volverá para el desayuno. O bien, otra posibilidad, es que haya cruzado a la ciudad para traer a su esposa. Ciertamente, doña Freya no ha pasado las fiestas con nosotros los últimos años. Participa en una serie de actividades deportivas en el campo y la montaña. Doña Şirin no dice nada al respecto. Al fin y al cabo, la nuera es extranjera. Y como don Fikret no tiene nada que objetar, tampoco en ese asunto me corresponde a mí opinar. No obstante, esta vez no se celebra solo la fiesta. Es probable que doña Freya quiera estar presente en el centésimo cumpleaños de la importante decana de la familia y don Fikret ha ido a Estambul a recogerla. Esa posibilidad era la que más me convencía.

Don Fikret también había dejado ordenada la mesa de trabajo. El tintero, viejas agendas de direcciones, libretas de colmado y libros de cuentas llenos. Todo perteneciente a Halit Bey, el difunto esposo de doña Şirin. En tiempos, este era su despacho. Qué cosa tan extraña es el tiempo. Es como si los días en que Halit Bey escribía cartas sumergiendo la pluma en el tintero estuvieran justo ahí y yo pudiera pasar a ese lado alargando la mano. Aunque el muro que nos separa del pasado es muy sutil, hemos olvidado el camino que lleva al otro lado. Siento que podría regresar a esos días con solo recordarlos. Se nos pasa la vida con esa sensación.

Fikret no conoció a su abuelo. Ninguno de los dos lo conoció. El señor se nos fue antes de tiempo. Y dejó huérfana a la pobre Süheyla. La criatura se consumió después de lo de su padre. Padre e hija estaban muy unidos. Doña Şirin y yo mismo nos veníamos a la isla y abríamos la casa en cuanto florecían los ciruelos y ellos, padre e hija, se quedaban en el piso de Moda hasta que empezaba el verano. Ah, es como si fuese ayer. Süheyla rozaba las cosas de su padre: el tintero, las tapas de cuero de los cuadernos emborronados… Tras su fallecimiento las acariciaba una por una con cariño, con nostalgia. Por eso soy incapaz de tirar nada.

Cerré bien la puerta detrás de mí. Doña Nur sabrá adónde ha ido su hermano. Le preguntaré en un momento apropiado durante el desayuno.

Encontré al gatito gris en el alféizar de la ventana del cuarto de invitados donde se queda don Burak. Al parecer huyó allí cuando abrí los postigos de don Fikret. Lo eché al piso de abajo y me metí en la cocina. Dejé preparado el café en la cafetera. No me gusta el sabor de ese brebaje, pero cuando empieza a borbotear en un rincón de la cocina el olor me llega a la nariz y eso sí que me gusta. Doña Nur se pone de mal humor si no encuentra listo el café cuando se levanta. Pelé unos tomates. Doña Nur no se los come si no están pelados. La esposa del jardinero había hecho mermelada para Selin con las ciruelas del jardín. Miré de reojo hacia la despensa. Allí estaba, en el estante. Partí por la mitad los bollitos y los coloqué en una fuente alargada.

La noche del terremoto doña Şirin y yo estuvimos sentados en el cenador hasta el alba. Seguía teniendo su mano en la mía. Sumidos cada

cual en su propio mundo. Quizá nos dormimos porque nos habíamos quedado sin fuerzas. No me acuerdo. ¿Y qué vi al abrir los ojos? Justo delante de mí estaban doña Nur y don Burak. Por entonces eran jóvenes. Prácticamente niños. La primera luz de la mañana caía por entre las hojas de la mimosa sobre el pelo de Nur, que por entonces lo llevaba corto como las púas de un erizo y tintado del color del fuego. Al principio pensé que era un sueño. Pero era real. Cuando me di cuenta, retiré la mano con fuerza de la de doña Şirin. La señora dio una sacudida y se despertó.

Entonces pensé lo siguiente: ¿habrían visto o no doña Nur y don Burak nuestras manos unidas allí bajo el cenador? No, que nadie crea que esa pregunta me ocupa la mente desde entonces. Se me ha venido ahora a la cabeza porque tenemos a don Burak de invitado aquí, en la casa de la isla. Eso es todo.

8

Estaba soñando con mi madre. Resultaba que no había muerto. Se escondía. Y desde hacía años. Se escondía de mí, de Fikret, de mi padre, pero sobre todo de su madre. Se había cansado de esforzarse en vano para ganarse el interés y el cariño de Şirin Saka. Estaría escondida hasta que ella se muriera. «¿Y después vas a aparecer de repente, mamá?», me digo. Por una parte me duele el corazón y por otra se me llena de alegría. Entonces lo comprendo. En mi sueño todavía soy niña. Mi madre y yo estamos en el mar. Me tiene en brazos. Yo la abrazo con brazos y piernas. Me hago más ligera. Me vuelve el recuerdo de tiempos más seguros, en que flotaba en su vientre en un cálido líquido.

Me desperté. El sol estaba alto y caía vertical sobre la cama. El calor bailaba en el cabecero y los pies de latón de la cama. Enterré la cara en la almohada. Mi madre estaba muerta. Y desde hacía años, además. Todavía no me había acostumbrado a su ausencia. Sin embargo, estoy dispuesta a dejarme seducir por un sueño. Creo rápidamente en una ilusión. En realidad, no está muerta y tengo una serie de explicaciones lógicas. Al fin y al cabo, no vi su cadáver. Fikret sí. Él se encargó de todo, del funeral, del imán, del ayuntamiento, del cementerio… Yo estaba de vacaciones. Era el *spring break*. Y, en comparación con mi padre, lo mío no estuvo tan mal. El vuelo que lo traía de Bangkok llegó con retraso. Poco faltó para que no llegara al entierro de su esposa. Se suponía que era un viaje de trabajo. Mi padre en viaje de trabajo, ¡ja, ja, ja! Hasta siendo tan joven me partía el culo con lo de sus viajes de trabajo en el Lejano Oriente. Lo que le preocupaba era superar la crisis de la mediana edad pasándoselo bien con muchachitas de buen ver. Seguro que volvía de Tailandia con mil y una enfermedades venéreas. ¿Acaso era posible ir al burdel universal y no pillarse una?

Cuando avisaba a mi madre al respecto, ella se encogía de hombros:

–Nur, hija, ¿tú crees que tu padre sigue interesado en mí de esa manera?

«¿Y no te duele, mamá?». Era incapaz de preguntárselo de pura vergüenza. «Si papá no hace el amor contigo, ¿quién acaricia esa piel tuya de melocotón, ese pelo largo y sedoso?». Y ella, como si hubiera oído mis preguntas, dispersaba con la mano el humo del cigarrillo que sostenía entre sus largos y delicados dedos. Sombras oscuras en los ojos que no podía descifrar si eran de amargura o de hastío. Tiempo atrás habría acariciado la regordeta copa de vino, pero había dejado de beber. Y nosotros nos comportábamos como si aquellos días nunca hubieran existido. Como si mi madre nunca hubiera bebido. Como si no empezara a mediodía con vino tinto y siguiera hasta bien entrada la noche despachándose cualquier botella que le cayera en las manos. Ya no recordábamos aquellos días porque no los mencionábamos. Un pasado sobre el que nos juramentamos no hablar podía ser borrado con facilidad de la memoria. Y lo borramos. De que fumara encadenando los cigarrillos no decíamos nada.

No pude abrazarla como era debido cuando salí de casa para irme de vacaciones en el *spring break*. Llevaba a la espalda una mochila más grande que yo y no me atrevía a dejarla en el suelo. Llevaba atada la tienda de campaña bajo la mochila. A un lado la esterilla que pensaba extender debajo del saco de dormir y en el otro la tetera azul metálica, la taza y la cantimplora. Para poder pasarme las correas por los hombros tenía que sentarme. Me había sentado en el sofá del salón y mi madre me las había ajustado. Me tambaleé al ponerme de pie. Ella se rio de mi aspecto. Y también le di pena:

–Vamos a llamar a Şükrü, que te deje en la estación de autobuses.

–Voy a tomar un taxi abajo, mamá, no te preocupes.

Tenía prisa, quería salir de casa cuanto antes. La libertad estaba siempre fuera. En habitaciones de hotel, en dormitorios de hostales, en pensiones baratas, en tiendas de campaña. Ni siquiera podía soportar esperar la jaula del ascensor de nuestro histórico edificio. Mi madre está en la puerta. En bata. Mamá, que ya es por la tarde, vístete un poco, mujer. ¿Para qué? Mi padre está en Tailandia. ¿Qué hará ella cuando yo no esté? Fikret se pasará

por aquí. Traerá a Oğuz. Jugarán. Quedará con sus amigas. Jugarán al póquer. Harán té helado con limón. Delante de mi madre no beben *gin-tonics*.

–No te olvides de llamarme cuando llegues.

La puerta del ascensor es pesada. Con la mochila grande como una casa a la espalda apenas quepo en la cabina.

–No sé, mamá. Te llamaré desde Ölüdeniz, pero después no habrá mucha posibilidad de teléfono. Ya sabes que donde vamos no hay ningún pueblo.

Un engreimiento estúpido en mi voz. A mi madre no le importa.

–Pues entonces llámame desde Ölüdeniz.

–Vale, ya veremos. ¡Hala, *bye bye*! Besos.

Pero no la besé. Hacía rato que estaba en la cabina del ascensor. La hastiada, bella, triste Süheyla, apoyada en el marco de la puerta, alzó su blanca y delicada mano. Primero desapareció su cara, luego su cuerpo; lo último que le vi fueron los pies. Luego el ascensor pasó al piso inferior. Mi madre desapareció. Para siempre.

En mi sueño mi madre era joven. Muy joven. De la edad de Selin, más o menos. Se reía. Sin embargo, cuando yo era pequeña siempre estaba cansada. De mal humor, con una bata amarilla, rosa o verde que cambiaba según las estaciones. Infeliz mientras nos preparaba el desayuno. Con la cabeza entre las manos mientras yo me untaba *Chokella* en una gruesa rebanada de pan esperando el momento en que Şükrü, el chófer de mi padre, nos llevara al colegio. Estamos en la cocina de la casa de Maçka. La cocina es amplia y bien ventilada. Las grandes ventanas dan al patio de atrás. El patio es extraordinariamente bonito. En mi opinión, más que el paisaje del Bósforo que se ve desde las ventanas del salón y que los invitados tanto admiran. Tiene un estanque con estatuas, palmeras y senderos con guijarros blancos y pequeños alineados como peladillas que corren entre los setos. Pero mi madre no ve nada de eso. Porque le duele la cabeza. Porque tiene resaca. Cuando era pequeña, mi madre bebía. No soporta que Fikret y yo discutamos en la mesa de la cocina. Me abrocha mal

el cuello del babi y se vuelve a su cuarto. Al fin y al cabo, es Şükrü quien nos va a llevar al colegio.

¡Ay, Fikret, para qué abrirías la boca! ¡Ahora no hay quien pare el torrente de recuerdos!

¿Le pondría Fikret a su hija de segundo nombre Süheyla para darle a mamá una oportunidad más en esta vida? Cierto, el año que nació Selin todavía no había empezado con su interés por las cuestiones espirituales. Todavía no creía en la reencarnación, en las regresiones a vidas pasadas, en las maldiciones infiltradas en el entramado familiar, pero puede que las intuiciones de mi hermano sean más fuertes de lo que pienso. Puede que mamá hable también con él en sueños.

Cuando recibí la noticia de la muerte de mi madre estaba con Burak. Nos conocimos en las vacaciones. En realidad, nos conocimos en el autobús, pero él prefiere no recordarlo así. En su mente se ha montado una escena en la que nos conocemos junto a la hoguera en la playa solitaria en la que acampábamos, bajo el cielo estrellado. Este Burak es un romántico incorregible. Cuántas veces se lo habré dicho. No nos conocimos junto al fuego ni nada parecido, sino en una parada del autobús nocturno. En aquellos años todavía no se le llamaba área de descanso al lugar donde paraban los autobuses. Tampoco les habían puesto torniquetes a los baños. Éramos cuatro chicas bajo los fluorescentes del sitio donde paramos a medianoche, habíamos salido de vacaciones durante esos días que nos concedía nuestra universidad y le metíamos la cuchara a una sopa de lentejas como si tomarla fuera una obligación. Los ojos nos chorreaban sueño. Estábamos muy alejadas de los estándares de belleza con los pantalones de chándal colgándonos por el trasero, los ojos legañosos y el pelo aplastado. No obstante, los ojos del chófer del autobús y el asistente, que tomaban té fuerte como el veneno y fumaban encadenando los cigarrillos, los del camarero que limpiaba las mesas y los de todos los varones del lugar estaban fijos en nosotras, mujeres que salían solas de viaje, y encima de noche; nos miraban y sonreían babosos.

Nos alegramos cuando Burak se acercó a nuestra mesa con una bandeja de metal repleta de comida y nos pidió permiso para sentarse con nosotras.

No se lo dejamos notar y simplemente le señalamos las sillas vacías mascullando «Claro, siéntate», pero nos alegramos. Puede que no sirviera mucho de mampara entre nosotras y aquellos tipos con su cuerpo flacucho, pero cuando se sentó a nuestra mesa por fin los conductores encontraron algo de que hablar entre ellos y enviaron al camarero a limpiar mesas más alejadas. Nosotras nos alegramos, pero a Onur, el amigo de Burak, no le hizo mucha gracia. No le gustamos ni nosotras ni que Burak decidiera acudir en nuestra salvación como si fuera Superman. Estaba claro por cómo refunfuñaba al saludarnos. Y, sobre todo, le fastidió mucho oír que íbamos a acampar en el mismo valle solitario que ellos.

Por la mañana, cuando bajamos del autobús y embarcamos en el bote que nos llevaría a nuestro valle solitario, Burak se sentó a nuestro lado en la popa. Onur se quedó en la proa. Al parecer los dos habían partido a una aventura entre hombres. Llevaban todo tipo de pertrechos viriles, cuchillos, navajas, anzuelos, prismáticos…, pero, aparte de un paquete de pasta, tres latas de alubias y mucha sopa instantánea, no llevaban nada más de comida.

–¿Y qué vais a comer durante una semana? ¿Vais a salir de cacería cuando se os acaben las conservas?

Burak sonrió abochornado por detrás de los cristales de las gafas. El bote avanzaba paralelo a la verde costa, con la proa entrando y saliendo de las olas. Las chicas nos habíamos remangado las perneras del chándal hasta las rodillas y metíamos las piernas, blancas del invierno, en el mar dando gritos. El agua estaba muy fría. Era abril.

–Oye, traednos la carne de los animales que cacéis y prepararemos espaguetis boloñesa.

Nos reímos. Burak era tímido. No era capaz de mirarme mucho rato a la cara. Todavía no había desarrollado esa manía de empeñarse en mantenerme la mirada. No por nada lo había comparado con Superman cuando se sentó en nuestra mesa en el área de descanso y nos salvó, según él, de las vomitivas miradas de aquellos tipos. Con el pelo negro rizado y las gafas cuadradas, era todo un Clark Kent en miniatura.

Me llevé las rodillas al vientre y volví la cara al viento. El aroma del Mediterráneo me mareó. Luego, el bote giró la proa a levante de repente y

entonces vimos el valle. Un cañón encajado entre dos colinas escarpadas y, a su sombra, una playa larga, larguísima y desierta. Una fuerte brisa que olía a tomillo nos golpeó el rostro. Aguantamos la respiración. No se oía otra cosa que el traqueteo del motor del bote. Ante nosotros se alzaba la naturaleza en toda su belleza y su fuerza. Nos dimos cuenta de que, a pesar de todo el material de acampada y nuestras tiendas *high-tech*, estábamos a su arbitrio. Después de que el bote nos dejara y se fuera, cortaríamos toda nuestra conexión con la civilización. Se podía subir por una estrechísima senda de cabras a la aldea de la cumbre, pero sabíamos que había lugares en los que habría que escalar con cuerdas. De repente me alegré de que nos hubiéramos encontrado con Burak y Onur.

Mientras el bote nos acercaba a la playa el sol se elevó por detrás de la aldea, construida en el punto más alto de la rocosa colina. El agua del mar se volvió turquesa. En el lugar en que el cañón daba a la playa las amapolas se abrían soñolientas al sol. La hierba reverdecía. El bote empezó a reducir la velocidad. Contemplamos sin aliento aquel mundo extraordinario que teníamos ante nosotras.

El mar siempre me ha seducido más que cualquier hombre. Por mi espíritu se expande una sensación de plenitud que nunca me ha sabido proporcionar hacer el amor. Me encanta cómo mi cuerpo se va acostumbrando poco a poco a su dureza y a su frescura. Incluso de niña, cuando saltaba al agua desde el embarcadero de la casa de la isla, me invadía una sensación que hoy reconozco como placer sexual. El mar era inmenso. Y yo pequeña e incompleta. La vida era un puerto lejano que aparecería cuando creciera. Hasta que llegara a ese puerto, seguiría haciendo «como si». Como si aquello fuera nuestra casa. Aquí el salón, aquí la cocina. Como si yo fuera la señora de la casa. Como si vosotras, mis muñecas, fuerais mis hijas. Pero no lo erais. Ni aquello era mi casa, sino un rincón del jardín de la abuela. Yo tampoco era aquella mujer madura y hermosa. Nada estaba completo. Faltaban cosas. Cuando era niña creía que aquel juego tendría un final. Que estaría completa cuando creciera. Luego crecí y comprendí que la vida consistía en quedarse dormida convencida de que un día llegaría la realidad y luego despertarse en un «como si».

Solo nadando, con el azul del mar fluyendo por mis brazos, me sentía como si estuviera en el corazón de la realidad. Cuando era niña y ahora. Quizá por eso, sentada al lado de Burak en la proa del bote que nos llevaba a nuestro valle aquella fresca mañana de abril, intuí que ese hombre que estaba entrando en mi vida me prometía plenitud pero solo me la robaría, y grité de súbito:

–¡Vamos, Burak! ¡A nadar! ¡Salta! ¿Vienes?

Bajo la mirada perpleja de Burak, me quité el jersey y los pantalones de chándal, los arrojé a un lado y pasé a popa dando saltos a la pata coja. Las chicas me animaron. Onur refunfuñó. En bikini, me di media vuelta y miré a Burak, a quien había dejado en la proa. Se estaba quitando la camiseta con su aspecto tímido de siempre. Era como un adolescente pálido y flaco con ese pecho estrecho y esas piernas largas. ¡En la vida me acuesto yo con este muchacho! Me arrojé al agua por la parte posterior del bote. ¡Qué fría estaba! Se me congeló el cerebro. Gritando, empecé a dar brazadas. El bote se alejaba dejando tras de sí una estela de espuma.

–¡Salta, Burak, salta! –gritaban mis amigas–. Está fría, pero enseguida te acostumbras.

El pobre se lanzó al agua tiritando solo para impresionarme. Las chicas le aplaudieron.

–¡Bravo, Burak!

Nadaba mejor de lo que yo creía. Se acercó a mí con unas brazadas lentas y firmes que no cabía esperar de aquellos brazos blancos y debiluchos. Nos detuvimos frente a frente en el agua. El mar parecía una piscina turquesa encajada entre los abruptos roquedales del valle y estaba tan limpio que podíamos ver los guijarros del fondo. Por entre nuestras piernas blancas, que se movían independientes del resto del cuerpo, pasaban peces pequeños azules y grises que cambiaban de dirección de acá para allá con repentinos giros. Miré a Burak. Era evidente que había pasado la infancia estrechamente unido al mar. El agua también era su nicho. Al reflejar el azul del mar, sus ojos brillaban como enormes y grasas aceitunas negras. Sin gafas hasta podía considerársele guapo. Si se bronceaba un poco y ganaba algo de musculatura, quizá me lo llevara a la cama.

Nadamos juntos hacia la playa.

9

Cuando sonó el teléfono dando la noticia del nacimiento de Selin Süheyla, Nur y yo estábamos durmiendo en la cama de Fikret y Freya. Nur se estiró sin abrir los ojos para coger el teléfono de la mesilla de noche. Yo me incorporé y me quedé sentado en silencio entre el revoltijo de edredón, sábana y manta. Como todavía estaba dormida, Nur apenas lograba mantener el teléfono inalámbrico en la oreja. Estaba a punto de resbalársele a la almohada. Inquieto, traté de oír las noticias que llegaban por el auricular.

Las llamadas que me despiertan me mosquean muchísimo. Estaba durmiendo cuando sonó el teléfono comunicándome la muerte de mi padre.

Fue el año en que los bulldozers arrancaron nuestros árboles. El verano en que acabé la escuela primaria. Me desperté con el timbre del teléfono. Mi madre no estaba allí conmigo. Por un lado de la cortina se filtraba una agorera luz violeta. ¿Dónde estaba mi padre? No estaba. Una de esas noches en que se quedaba en Erdek. Otra vez se había reunido en casa de mi tío con sus compañeros funcionarios. «He perdido el último minibús, Nebahat, me quedo en casa de mi hermano».

Por aquel entonces sufría muchas pesadillas. Especialmente las noches en que mi padre se quedaba en Erdek. Me despertaba llorando y llamaba a mi madre. Insistía en que permaneciera conmigo hasta que me durmiera, pero era incapaz de dormirme por culpa de la pesadilla. La pobre, para no pasarse la noche en vela, me permitía acostarme en su cama cuando mi padre no estaba.

En el sueño de esa noche el huerto todavía era nuestro. No nos lo habían arrebatado. Al comprenderlo me daba mucha alegría, pero todo resultaba ser un mal sueño. Entonces, de repente todo cambiaba de color, un

bulldozer entraba rugiendo en el huerto, tal y como había ocurrido en la realidad, arrancaba de raíz con su enorme pala nuestros cerezos y los arrojaba a un lado como si los escupiera. Las ramas llenas de fruto se despliegan rojísimas por la tierra vuelta del revés. Mi madre está en la puerta de la cocina retorciendo el paño con flores que tiene entre las manos.

Mi padre no está en el sueño. Tampoco lo estaba el día que los bulldozers entraron en nuestro huerto. Siento rencor. Es culpa suya que perdamos el huerto. Pero ¿por qué? No lo sé. ¿Faltaba alguna firma? ¿Se perdió algún documento? ¿No había sido siempre nuestro el huerto? Mi padre había descuidado algo durante el proceso de la herencia. Perdimos el juicio. El ayuntamiento ganó el derecho a que una carretera pasara por delante de nuestra casa. Por ella pasarían los camiones transportando carbón para las nuevas residencias oficiales cercanas. Yo estaba muy enfadado con mi padre. Era culpa suya.

El bulldozer no se queda satisfecho con los cerezos. Ataca el laurel y de allí pasa al ciruelo. Son árboles muy altos que, desconcertados, se desploman pesadamente. Las ramas que llevan años viviendo unas a la sombra de las otras y los altos troncos ahora yacen unos junto a otros sobre la tierra. El bulldozer no tiene fuerza suficiente para arrancar la morera. Van a talarla. Se meterán entre las ramas con hachas y podadoras. Mi padre se pasará días sin que haya quien le abra la boca ni con una palanca. La morera lleva allí, en el huerto, desde tiempos de mi abuelo, o desde antes. El huerto, más que a nosotros, le pertenece a ella. Sus raíces pasan por debajo de la casa y llegan hasta la parcela del vecino. Los obreros del ayuntamiento por un lado están intentando derribar el enorme árbol con unas sogas y por otro se frotan las manos diciendo «la morera ahora será para nosotros». ¿Qué quiere decir que será suya? ¿Qué sentido tiene que sea vuestra después de derribarla, cortarla, de esparcir por la tierra sus frutos y arrancarle la vida? «La quemarán –dice mi madre–. Harán leña para el invierno». Baja la voz. Que mi padre no la oiga.

El bulldozer aplasta con sus orugas de tanque la lavanda y el romero de mi madre. Luego se dirige hacia mí. Levanta la pala en alto, lo más alto que

puede. Para descargarla con todas sus fuerzas sobre mí, para arrancarme de raíz.

¡Papá!

Me desperté sudando mientras el grito que no había llegado a proferir me resonaba en el cráneo. El timbre del teléfono, ajustado en el volumen máximo, rasgaba aquella luz nefasta. Me quité de encima la fina colcha amarilla y, descalzo, salí pitando de la habitación. A pesar de que era verano las losetas del suelo estaban heladas. Mi madre se enfadaría porque no me había puesto las zapatillas y me regañaría diciendo que luego me dolería la tripa.

Pero no. Mi madre, llevando un camisón de algodón de manga corta, está plantada de pie como una vela, con el auricular rojo en una mano, en medio del azul pálido que entra por la ventana del salón. También ella estaba descalza. El pelo castaño le caía por los hombros. Abría enormemente los ojos. La cara se le había afilado. Nunca la había visto así. No parecía mi madre, sino una de sus hermanas del pueblo. Y lo más terrible, no sé por qué, era que estuviera descalza en casa. Me abracé a sus piernas corriendo. Por el auricular llegaba la voz de mi tío:

–Nebahat, ¿estás ahí? Nebahat, ¿me oyes? Quedaos allí. Enseguida llego. Lo has entendido, ¿no? Ahora mismo salgo. Que no se os ocurra venir a vosotros.

Mi tío se calló. Su lugar lo ocupó el tono de marcar. Una nota larga y monótona. Piii. Podía oírla abrazado a las piernas de mi madre. Ella, en cambio, y a pesar de tener el receptor apoyado en la oreja, no lo oía. Me puse de puntillas y le quité el rojo aparato. El teléfono campanilleó brevemente cuando encajó en su horquilla. Eso provocó que mi madre volviera en sí, como si se despertara de un hipnotismo. Me cogió de la mano y me sentó en el sofá que miraba nuestro destrozado huerto. El cielo estaba clareando, las estrellas empalidecían y algo se apagaba dentro de mí. No hacía falta que mi madre dijera nada. Había ocurrido algo muy malo. Lo peor.

–¡Ha nacido la hija de Fikret! –susurró Nur al dejar el teléfono inalámbrico en la mesilla de noche. Los nuevos teléfonos ya no

campanilleaban cuando se los dejaba en la horquilla. Tampoco marcábamos girando el disco. Presionábamos los botones. Cada día teníamos menos paciencia. Y la tecnología, para satisfacer nuestra menguante paciencia, lo producía todo cada vez más fácil y más deprisa y nos lo ponía delante.

Sentado desnudo en la cama solté el aliento que hacía rato que retenía. Nur se llevó las rodillas al vientre. Se oía su voz desde las distantes regiones del sueño.

–Le ha puesto Selin. Selin Süheyla, en memoria de mi madre.

Enterró la cabecita en la almohada más grande y blanda que había visto en mi vida hasta casi desaparecer de la vista. Había sudado mientras hacíamos el amor y, al sudar, en la funda de la almohada se le había desteñido el tinte para el pelo de un llamativo rojo punki que se había comprado en Canadá, adonde había ido el verano pasado tras los pasos de un amante. Le acaricié el cuello. Suspiró. Había regresado hacía rato a su sueño. Puede que nunca se hubiera despertado. ¿Recordaría al despertarse la noticia del nacimiento de su flamante sobrina? Nur no dormía de noche y ni un cañonazo podía despertarla del sueño en el que se sumía al amanecer.

Le tapé la espalda desnuda con el edredón y me levanté de la cama. Yo soy lo contrario que ella. Si me despierto después del amanecer, en la vida puedo volver a dormirme. Como nos habíamos pasado la noche haciendo el amor por todas las habitaciones de la casa, me fue difícil encontrar mi ropa. La casa estaba congelada. Me castañeteaban los dientes mientras pasaba desnudo de un cuarto a otro. Habíamos apagado la caldera antes de dormir. Antes de irse, Freya le había dado unas instrucciones muy claras a Nur. El gas natural estaba por las nubes. Tenía que apagar los termostatos de los radiadores de las habitaciones que no usara y cerrar bien las puertas. Por fin encontré los calzoncillos en el cuarto de Oğuz, el hijo de Fikret, entre piezas de Lego, y mis pantalones en la escalera recubierta de moqueta. La camisa y el jersey estaban abajo, en el salón. De alguna extraña manera, uno de mis calcetines había logrado llegar hasta la cocina. El otro se había quedado en la pernera del pantalón.

Al verme bajar, el perro se levantó, se desperezó alargando las patas delanteras y empezó a mover la cola. Le acaricié la suave cabeza. Era un

animal blanquísimo, con los ojos negros como delineados en negro. Le rasqué la nuca. Era el único testigo de cómo habíamos hecho el amor la noche anterior. Cuando Nur lo sacó de la caseta y lo trajo a la casa calentita, se hizo un ovillo en un rincón de la moqueta tan contento y se quedó dormido.

–Nos estabas mirando con un ojo abierto desde el rincón donde estabas enroscado, ¿eh, picarón?

Como si entendiera a qué me refería, desvió la mirada hacia la chaqueta de cuero con cuello de piel de Nur, que estaba en el suelo. Se la había puesto directamente sobre el cuerpo desnudo cuando echó a correr al jardín nevado con la excusa de meter al perro en la casa. Al regresar tenía la barriga helada. Me excité solo de recordarlo. Pensando en cómo me eché encima de ella sin darle la oportunidad de quitarse la chaqueta, se me puso dura como si no me hubiera corrido varias veces esa noche. El cuerpo desnudo, cálido y firme de Nur ahora estaba bajo el edredón… El perro se desperezó de nuevo. Empezó a dar vueltas a mi alrededor emitiendo unos ruidos entre gemidos y ladridos. Claramente tenía ganas de orinar. Me acerqué a la ventana. Había dejado de nevar. Las construcciones ilegales que cubrían la colina de enfrente me parecieron muy feas bajo aquel cielo blanco, mate, sin vida. Recogí la chaqueta del suelo y la colgué en el perchero que había al lado de la puerta. Allí también estaba la correa del perro, que llevaba un rato en su puesto al pie de la puerta y me miraba con sus ojos negros. Me puse la cazadora y las botas militares. Le coloqué el collar al cuello y salimos.

En cuanto cerré la puerta acristalada de la calle me di cuenta de que no tenía llaves. ¡Maldita sea! ¡Qué tonto! Y eso que después de pasear al perro iba a regresar y acostarme junto a Nur bajo el edredón. ¿Para qué habría salido? Apenas pude contenerme para no dar media vuelta y liarme a puñetazos con el cristal esmerilado de la puerta. El perro me daba tirones. Sin otra solución, me encaminé en la dirección en que tiraba.

Había templado y la nieve que la noche anterior cubría el jardín había adquirido una consistencia blanda, fangosa. Así era la nieve de Estambul. Estabas tan contento porque tapaba lo feo y de repente convertía la ciudad

en un mundo de barro insoportable. Blandducho, pegajoso. El perro me arrastró fuera del jardín, hacia el lecho fangoso del arroyo que marcaba una frontera natural entre el chalet de Fikret y el barrio de las viviendas ilegales. El Fiat Uno burdeos de Nur estaba delante de la casa, en aquel camino medio de tierra. Aprovechando que el tiempo había mejorado, habría que subir la cuesta y aparcarlo en algún lugar plano. Si volvía a helar no habría manera de sacarlo de aquel barrizal.

Levanté la cabeza y miré la ventana del dormitorio en el segundo piso. Allí estaba Nur, dormida. Nur… Había vuelto a ser mía otra vez. Y varias veces, además. Otra vez mi amante. ¿Cómo «otra vez»? La primera. Cuando nos acostamos hacía dos años éramos muy jóvenes. Poco hechos. Inexpertos. No pudimos continuar en la ciudad el amor de las vacaciones. Nur hizo una niñería y me dejó plantado. Estábamos en una fiesta de Nochevieja en Cihangir. En casa de uno de sus amigos cineastas. Nur salió de esa fiesta del brazo de otro hombre y desapareció. Antes de irse, mientras tiritaba en aquel balcón con una vista extraordinaria del Bósforo, me anunció que quería que siguiéramos siendo solo amigos. Se había asustado. Entonces era una niña. Éramos unos niños. Y por eso yo, tan pronto como Nur se fue de la fiesta, me lancé a por una chica morena y seca que encontré en la cocina y acabé la noche en el semisótano que tenía en Firuzağa. Haciendo el amor en una habitación iluminada por fluorescentes, a medio desvestirnos, de manera mecánica e insatisfactoria…

Sin embargo, ahora comenzábamos una relación seria, como dos personas adultas. Aquella idea debería haberme hecho muy feliz. En el nuevo año pasarían cosas buenas. De entrada, Fikret había tenido una hija. Nur era tía por segunda vez. Tía Nur. Nacía la generación siguiente a la nuestra. Y nosotros nos convertíamos en tías y tíos. Traté de sonreír. Pero, vaya por dónde, el peso que se enroscaba en mi corazón no se aligeraba de ninguna manera. Todo por aquella llamada de teléfono. ¿Pero por qué? La persona que llamaba no notificaba una muerte, sino un nacimiento.

El perro orinó en una de las ruedas del coche y tiró de mí un poco más allá. Era bastante fuerte para ser un animal de tamaño mediano. ¿Eran estos los que tiraban de los trineos en Siberia? Mira qué ocurrencias tenía Freya.

Te traes a Estambul un lobo ruso de los que tiran de trineos en lo más crudo del invierno y lo atas en el jardín de un chalet en Levent. Lo solté para que el animalito hiciera caca con comodidad. Dio unas vueltas bajo el primer árbol que vio en la ladera que bajaba al lecho del arroyo y luego se puso en posición echando las orejas para atrás.

Me giré a mirar las construcciones más allá del barrizal en el que se había convertido el arroyo seco. ¿Podrían habernos observado anoche mientras Nur y yo, completamente desnudos y sin aliento, pasábamos del salón a las escaleras, de allí a la cocina y luego de nuevo al salón? No encendimos las luces, pero la televisión sí estaba encendida. Si nos vieron a su luz azul, ¡seguro que pasaron una buena Nochevieja! Pero ¿tienen prismáticos los pobres, Burak? Además, la Nochevieja solo se celebra a este lado del arroyo, en las colinas de enfrente pasaron una noche cualquiera y ya está. Quizá porque mi interés se había desviado hacia aquella parte, de repente el perro empezó a correr ladera abajo. ¿Cómo iba a llamarle si no sabía su nombre? Y Nur siempre hablaba de él como «el perro». El perro de Freya, le decía. De repente, caí en la cuenta de algo. ¡Era el perro de Freya! ¡El lobo ruso, blanco como la nieve, exótico de Freya! Si lo perdía, lo iba a pagar caro. Eché a correr pendiente abajo tras él. La tierra estaba fangosa, cubierta por una película de hielo. Las botas se me hundían chapoteando. Me agarré a la maleza para no caerme. El perro hacía rato que había llegado al arroyo seco y movía alegre la cola. Cuando yo llegué, se abalanzó hacia la ladera de enfrente. Corrí tras él. Trepé hasta la primera parte plana de nuevo agarrándome de la maleza. El perro me esperaba con una mirada dócil en sus ojos negros. Incluso parecía estar sonriéndome con su boca rosada perfilada de negro. No se resistió cuando le puse la correa, pero en cuanto cerré el mosquetón empezó a tirar de mí cuesta arriba.

Ahora estaba en el barrio de construcciones ilegales que se veía desde la ventana sin cortinas del salón de Fikret. Las casas que se alineaban a ambos lados de las fangosas calles en cuesta estaban pintadas cada una de un color: azul, amarillo, rosa… La mayoría también tenían jardín, pero, al contrario del orden que reinaba en el barrio de Fikret, allí los límites de los jardines eran imprecisos. Los emparrados bajo los que sentarse los días de verano

daban paso a huertos con coles negras y los huertos a solares vacíos en los que jugaban a la pelota niños pelados al cero calzados con zapatos de goma. Ni los niños ni las mujeres que llevaban carbón a sus casas me prestaron atención. Pensé que debía parecerme a ellos. Les extrañaba más el perro. En esencia, yo también soy un niño de pueblo. Nací en la aldea de mi padre, en la costa del mar de Mármara. Que mi madre fuera de una familia de funcionarios de Edirne o que yo hubiera estudiado la secundaria y el bachillerato en el Instituto Masculino de Estambul no alteraba mi esencia. Un pueblo seguía siendo un pueblo, fuera de las montañas, como los de los que vivían aquí, o de pescadores como el nuestro. En la levadura de nuestra alma llevábamos la pobreza de los que se instalan en la ciudad *a posteriori*.

Si intentaba entrar solo en los bares de Taksim que frecuentaban Nur y sus amigos de la Universidad del Bósforo, no me dejaban pasar. «Porque tienes una pinta demasiado revolucionaria –me tomaba el pelo Nur–. Anorak, botas militares, pelo largo y rizado, mal afeitado… ¿Qué esperas, hijo?». Sin embargo, dentro había montones de tipos como yo. Los mismos músicos del grupo de rock a los que Nur y sus amigos coreaban con unos silbidos infernales tenían la misma pinta que yo. Estaba seguro de que hasta comprábamos las botas en el mismo sitio, esa tienda polvorienta de Kadıköy que a Nur tanto le gustaba donde vendían excedentes de requisas de aduanas. No obstante, cuando yo iba sin ella a esos sitios, el portero fuerte como un roble siempre me echaba para atrás y a esos pirados que llegaban con una guitarra al hombro solo faltaba que les pusiera una alfombra roja bajo los pies.

Finalmente me harté. De hecho, estaba cansado de arrastrarme tras el perro y tenía frío. Pensé que, aunque Nur siguiera dormida, llamaría al timbre y la despertaría; compré pan en el horno y regresé a casa de Fikret. No hizo falta que tocara el timbre. Nur se había levantado y vestido. Abrió la puerta al verme por la ventana de la cocina. El perro corrió al salón moviendo alegre la cola. Nur miró el pan que yo llevaba en la mano. Estaba recién hecho, caliente y, si le pellizcabas la tetilla, todavía humearía. Se le ensombreció el rostro.

–Tengo que salir. Debo terminar un *paper* para mañana. Voy a trabajar en la biblioteca.

En ese momento lo comprendí. Nur no tenía intención de desayunar ni de iniciar una nueva relación conmigo. Que hubiéramos hecho el amor esa noche no cambiaba nuestra condición de «solo amigos». Me quitó el pan de la mano y lo dejó en la encimera de la cocina. Luego se giró y me miró con una media sonrisa que me irritó. Quería que aceptara su decisión con madurez. No, la simple aceptación no le bastaba. Nur no se conformaría con un asentimiento con la boca pequeña. También tenía que reconocer que no me había sentado mal y decirlo con sinceridad. No debía haber corazones rotos a causa de una decisión, de una elección suya. A Nur no le gustaba romper corazones y era incapaz de marcharse sin reparar los que hubiera roto.

Recordé la fiesta de Nochevieja de hacía dos años. Esta vez con rabia. Ahora también esperaba de mí lo que había esperado entonces. No debía hacer caso a las miradas impacientes y descaradas del gilipollas caracaballo que estaba esperando a Nur al otro lado de la puerta del balcón, refugiándose en la sombra de las cortinas, tenía que perdonarla y dejar que se fuera. Pero solo eso no bastaba. Tenía que quererlo de verdad. Yo también tenía que representarme en la imaginación, y desearlo, aquel desastroso polvo que viviría en la habitación de paredes desnudas de aquella chica flacucha, morena y muy borracha tras la que luego iría. Debía aceptar de todo corazón la oferta de Nur de que siguiéramos siendo amigos y emocionarme con las posibilidades. Únicamente entonces se calmaría su conciencia. Entonces guardé silencio. Ahora también lo guardaba. Y mientras yo estuviera callado, ella sufriría remordimientos. Que los sufriera.

Después de estar un rato callado le puse en la mano la correa del perro y me fui de la casa. Murmuró algo a mis espaldas. No me volví a mirarla. No había cambiado nada. Me había engañado a mí mismo. Chapoteando en la nieve fui andando hasta el Mercado de Levent, tomé un autobús que pasaba por la calle principal y regresé a Kurtuluş. De hecho, mi madre me estaba esperando. Había sido un bruto dejándola sola en Nochevieja.

10

Dejé a Burak en la puerta de la cocina y subí a mi cuarto. El corazón me seguía latiendo como loco con la emoción de la pelea donde los faetones y el cálido contacto que había vivido con Burak en la bicicleta. Ojalá le hubiera apoyado la mejilla en la espalda sudorosa o, qué sé yo, en la nuca. Di vueltas entre la ventana y la cama. Miré el jersey y las camisetas que Sadık había dejado tan bien dobladas en el diván. Todo ropa estúpida, infantil. Luego vi mi guitarra apoyada en la pared detrás de la puerta. Tráete en el vapor la enorme guitarra acústica y luego ni la saques de la funda. Me sentí fatal. Se suponía que iba a componer algo. Me bebí de un trago el vaso de agua que tenía en la mesilla. Me levanté. Miré por la ventana. Una pareja muy abrazadita bajaba entusiasmada la cuesta. Al final de nuestra cuesta hay una vieja caseta para las barcas. Un lugar recóndito que siempre te da la sensación de que allí se realizan asuntos turbios. Nunca he visto que guardaran allí ninguna barca. Los domingueros no lo saben, se creen que al final del camino que baja al mar hay una playa, bajan la cuesta y luego se quedan de piedra.

Sí, ahora tenía que pensar en serio, trazar un plan. Le eché el anzuelo a Burak y picó. «Se me ha ocurrido algo», le dije. Pero no se me había ocurrido nada. Debía planear mi próximo movimiento. Sin embargo, tenía la cabeza completamente vacía. Y el cuerpo completamente lleno, en cambio. El corazón, la sangre, el pulso, las sienes, todo me latía bum bum. Se me llenaba el pecho con la respiración y luego bajaba. Me había entrado flato. Era como si hubiera estado corriendo, pero no lo había hecho. Había montado en bicicleta. Había montado en bici pero sin llevarla yo. Era Burak quien había pedaleado y yo me había sentado detrás de él. Apoyó la espalda en mí. En mis pechos. Cuando iba al parque de atracciones con los chicos

del instituto y nos montábamos en esas sillas giratorias en las que se sientan dos, uno detrás del otro, y dan vueltas a toda velocidad, ocurría lo mismo, pero entonces me molestaba. Por supuesto, no consentía sentarme delante porque entonces te abrazaban con la excusa de protegerte y luego «Ay, ¿te he abrazado muy arriba? Uy, no me había dado cuenta. Vamos a montarnos otra vez y te sientas tú detrás», y entonces echaban la espalda atrás. Panda de pringados.

Burak no es así. Y, si no es así, ¿cómo es? No lo sé. De entrada, mayor. Ya habrá tenido su ración de tetas. Si quisiera tocarme no recurriría a numeritos, se apoyaría y ya está. Y lo hizo. O no. ¡Qué más dará!

Me quité los zapatos y me senté en la cama con las piernas cruzadas. Sadık la había hecho y había remetido bien las esquinas de la colcha dejándola tensa. Ahora debo concentrarme en la incógnita que tenemos entre manos: mi padre. Sí, ¿adónde habrá podido ir mi padre teniendo en cuenta que salió de casa de madrugada llevándose la bolsa del ordenador? En serio, ¿adónde ha ido? Una ligera inquietud tanteó mi corazón. En los últimos tiempos mi padre se había distanciado, que si el yoga, que si las clases, que si la terapia familiar… ¿Y si llamaba a mi madre? ¡Entonces no podría jugar a los detectives con Burak! Además, mi madre estaba en no sé qué de un cursillo de formación de profesores de yoga en una montaña donde el teléfono no tiene cobertura. Mi padre estaba raro también en el desayuno de ayer. De no saber cómo es, habría dicho que estaba colocado. Estaba empeñado en algo y solo pensaba en eso. A la tía y a mí ni nos veía. A Sadık nunca lo ve, en realidad. La bisa no estaba. Igual vino luego, pero yo ya me había ido. Me cabreé con todos. Y la única preocupación de mi padre era atraer la atención de Burak. Burak Gökçe para arriba, Burak Gökçe para abajo.

Cuando la tía, Burak y yo salimos por la noche a beber al embarcadero, mi padre hacía rato que se había ido a su cuarto. ¿Qué había pasado en el desayuno? Yo me cabreé porque no me hacían ni caso. ¿Qué más? Sadık preparó una mesa que no veas. Como si fuéramos a ser catorce y no cuatro y nos fuéramos a quedar sentados hasta la tarde. Un banquete tal que así.

Que si era día de fiesta, y que si era el cumpleaños de la bisabuela, y, por supuesto, porque estaba Burak.

El té estaba reposando en la cocina. El termo estaba lleno de café de filtro. Rebanadas de pan blanco recién horneado se apilaban formando una torre en una cesta junto a esos bollitos de la bisabuela. Sadık había encontrado pan de pueblo de ese de trigo integral y masa madre que tanto le gusta a la tía Nur y lo había tostado un poco, como ella lo quiere. Estaba al lado de mi tía, claro. En el desayuno la logística es importante porque luego puede haber problemas en el reparto. En una de las gruesas tablas de cortar en medio de la mesa había todo tipo de quesos: desde fresco graso a roquefort, desde curado a queso de cabra. En la otra, embutidos especiados, salmón ahumado, jamón de pavo, salami de Budapest…

Cuando me senté pegada a la tía vi que Sadık había puesto en mi lado la mermelada de ciruelas y la crema de cacao con avellanas. ¡Bravo por Sadık, qué tío! ¡Cómo sabe los gustos de cada uno! Entre la tía Nur y yo había puesto tomates cherry adornados con una ramita de albahaca fresca, y delante de mi padre gordas aceitunas negras y verdes aliñadas con aceite con pimentón servidas en cuencos de madera de olivo. Para la bisabuela, que se sentaría en la silla junto a Burak cuando bajara a la mesa, tahín, melaza y auténtica mantequilla en cuenquitos. Delante de cada cual, nuestros huevos duros. El mío muy hecho, el de la tía blandito. Mi padre ya no come huevos.

Mi padre se sentaba a la cabecera de la mesa. ¿Me pareció notarle algo raro? Al principio, no. Se había puesto la camisa de lino azul cielo. Y se había anudado al cuello la servilleta beige de tela, para no mancharse la ropa del día de fiesta. Por contra, la tía Nur bajó al desayuno en quimono. Un quimono que el tío Ufuk le había traído de Japón. Regalo del hotel. Trajo dos y la tía me dio el otro a mí. Cerezas rojas y topos blancos sobre seda azul marino. Yo nunca me he puesto el mío. Ni lo he sacado del paquete. A la tía le queda muy bien porque, con los ojos achinados por el sueño, la cara pálida y los brazos delgados, tiene un ligero aire japonés. Si yo me lo pusiera, parecería una luchadora de sumo…

Le eché un vistazo a Burak. Estaba sentado frente a la tía Nur y a la derecha de mi padre. En el lado que daba a la ventana. El paisaje siempre es para los invitados. Mientras partía el pan en trocitos con sus dedos cortos y chatos asentía a lo que decía mi padre. Nuestras miradas se cruzaron cuando levantó la cabeza para coger embutido de la tabla en el centro de la mesa. Sonrió ligeramente. Tan ligeramente que solo yo lo entendí. Entré en ebullición por dentro y unas llamas me subieron de las mejillas a las sienes. Esa mañana había sido yo quien había ido a recogerle al muelle de las motoras. Entre nosotros se formó un vínculo especial. Seguro. Le di un sorbo a mi café. Delicioso.

Ni mi padre ni mi tía me dieron los buenos días. No te obsesiones, Selin. Ahora están hablando. Ellos. Los mayores. Discuten de temas serios. Tú eres una niña. Y en esta mesa siempre lo seguirás siendo. De la misma manera que el matrimonio mata el amor, la mesa familiar castra a la adulta que llevas dentro. Saqué el teléfono del bolsillo de atrás de mis *shorts* y lo escondí a un lado del plato sin que mi padre se percatara. Había subido al Insta el *selfie* que nos hicimos anoche los tres en el embarcadero. Burak, la tía y yo. He salido bizca. Y menuda cabeza más grande tengo. No vuelvo a sacarme un *selfie* con la tía. Ella es pequeñita, como una miniatura. En fin, nadie le había dado un *like*. Además, salió oscura. Tampoco es que la foto mostrara las estrellas y la bioluminiscencia. Solo Selin y alguien de su familia. Una foto aburrida. La voy a borrar. Rápidamente deslicé el dedo por el *Insta feed*. De todas formas, mi padre no me estaba mirando. Por todas partes felicitaciones por las fiestas, buenos deseos, bendiciones. Un rollo.

–Burak, estoy leyendo lo que escribes –mi padre se dirigió a Burak con su expresión más formal, más de profesor–. Haces unas entrevistas muy serias. Registras la memoria de este país, que se va perdiendo. Es difícil ser periodista en esta época. Tú no te has desviado del camino en el que creías. Te felicito.

Al parecer Burak no se esperaba el cumplido. Se sonrojó. Carraspeó. ¡Qué mono! Incliné la cabeza y sonreí.

–Hago lo que puedo.

–No te infravalores. En mi opinión, lo que haces es muy importante. Ojalá todo el mundo usara la pluma para desvelar la cara ignorada de la historia, como haces tú. Para comprender el presente tenemos que conocer lo que hemos olvidado. ¿O no, Nur?

La tía tenía la boca llena. Se limitó a asentir con la cabeza. Mi padre tenía razón. Burak escribe súper. Los abueletes a los que entrevista hablan de los días en que solo había un canal de televisión. De antes, incluso. De los tiempos en que había que llamar a la centralita para hablar por teléfono con Ankara. Como si hablaran de otro planeta, un planeta muy alejado del mundo de nuestros días en el que no hay nada a lo que no podamos llegar al segundo con un clic. Me encantan las entrevistas de Burak. Y no porque sean suyas. De verdad que me encantan.

–La entrevista que le vas a hacer a nuestra abuela es especialmente importante para mí.

–¡Fikret, por favor, no empieces otra vez!

La voz de la tía sonó con dureza. Levanté la cabeza y les miré a la cara, perpleja. ¿Qué estaba pasando?

–Yo pienso lo siguiente, Burak –continuó mi padre–: Şirin Saka, sí, una artista muy importante. Una pintora turca que se hizo un nombre en París. No lo niego. De hecho, puede que no se haya insistido lo suficiente en ello. En sus tiempos, en su juventud, vaya…

Mi tía saltó de nuevo:

–Porque su estrella se apagó cuando se casó, por eso. Siendo como era un terremoto tras el que corrían todos los artistas en sus años de París, vente e intenta producir tu arte en un caserón de piedra en Büyükada. ¡Por supuesto que no se puede! En este lado tienes a la mujer exótica que enamora a todos en París, y en este otro a la esposa del profesor de matemáticas Halit Saka. Solo cuando su marido murió pudo volver a su arte la pobre mujer. Menos mal que él se fue pronto al otro barrio.

–¡Nur!

Sobre la completísima mesa del día de la fiesta se desplomó la sombra de la tensión. Me propuse mandar aquella nube de vuelta al lugar de donde

había venido. Esa es la función más importante en la familia de las niñitas vivarachas e inocentes.

–¡Anda! ¿Tenía amantes en París la bisabuela? –me lancé.

La tía Nur sacudió la mano.

–Y no pocos, Selin. En los años de la Segunda Guerra Mundial, todos los escritores, pintores y escultores de París se morían por la abuela. Y en Estambul…

–¡Nur!

–¿Qué? ¿Es mentira, Fikret? ¿No se acostó la abuela hasta con Sartre?

–¿Cómo?

Con la carcajada que solté, las migas que me saltaron de la boca aterrizaron en el plato de Burak. Me tapé la boca con la mano. Burak también se reía. Era maravilloso reírnos juntos. Reír-nos. Suena como amar-nos. Algo bullía dentro de mí.

–¡Ay, perdona, Burak! ¿Pero qué dices, tía? ¿Que la bisabuela se acostó con Sartre? O sea, ¿el Sartre que todas conocemos?

–¡Selin!

Habría estado mejor que me acordara del nombre completo de Sartre. Habría impresionado a Burak. Sin que nadie lo notara, lo googleé. Era Jean-Paul. Ah, pues sí que lo sabía. La tía Nur seguía sin hacerle caso a mi padre. Se volvió hacia mí. Ella también tenía los párpados un poco hinchados. Y una ligera sombra en la fina piel de debajo. Pero seguía estando guapa.

–Eso es lo que se rumorea, Selin. Sartre cae prisionero en la guerra, luego lo llevan a un hospital y por fin empieza a dar clases en una universidad cerca de París. La joven Şirin es becaria en una academia de los alrededores. De hecho… Tu padre se va a enfadar otra vez conmigo, pero un profesor de la academia también era amante suyo…

La tía Nur hizo una pausa a propósito y tomó un sorbo de su té. Le encantaba enfurecer a mi padre.

–Ay, ay, ay, ¡no me lo puedo creer! ¡Jean-Paul y Şirin! Burak, harás que la bisabuela te cuente todo eso, ¿no?

–Puede ser. Si sale el tema, se lo preguntaré.

Burak el diplomático. Burak el suizo. Burak el imparcial, el de la sangre fría. ¿Habrá notado el detalle de lo de Jean-Paul?

Mi padre carraspeó. Habló con Burak prácticamente dándonos la espalda a nosotras.

–La faceta de artista de la abuela es importante, por supuesto, pero se ha escrito, y pintado, mucho sobre ella. ¿Tengo razón o no? En mi opinión, sería interesante investigar, no tanto los detalles de los que habláis, sino sus raíces.

–¿Raíces?

–Las de la familia de la abuela. Su madre, especialmente su padre…

–¡Fikret, déjalo, por Dios!

Por fin mi padre se giró hacia la zona del harén de la mesa; o sea, hacia nosotras.

–¿Por qué, Nur? ¿Por qué te molesta tanto ese tema? ¿O es que te despierta alguna inquietud?

La tía Nur dejó el vaso de té en el plato con un golpe.

–Burak, ¿me pasas el pan? Ese pan blanco. Me lo voy a comer para reprimir la inquietud que se me ha despertado. Fikret, no me hables con ese dialecto *new age*. Que si despertar, que si inquietud. ¡Ten por seguro que no le pega a un hombre que ya casi ha cumplido los cincuenta!

A mi padre le resbaló. Por el contrario, continuó suavizando todavía más la voz.

–¿Por qué te enfadas tanto? Burak, ¿tengo razón o no? ¿No crees tú también que Nur tiene dentro un desasosiego que no ha sabido resolver? En serio, con la de años que lleváis teniéndoos ley, lo sabrás mejor que yo.

Mi padre se había hecho hacía poco con ese tono de voz suave y paciente. Después de empezar con el yoga. No me he acostumbrado para nada a ese nuevo tono sonriente. Me parece falso. Prefiero su antiguo aspecto malhumorado de quien se traga la ira. Antes, si la tía Nur le hubiera respondido con tanta crudeza, mi padre habría agachado el hocico. Y luego, qué sé yo, se habría puesto a leer el periódico o algo así. Estaría indignado. Pero ya no se enfada, ¿por qué será?

La tía Nur se encogió de hombros. Luego dio unos golpecitos en la punta del huevo con la cucharilla del té. Empezó a quitarle la cáscara con mucho cuidado. La tía tiene las manos muy bonitas. Una barbaridad de bonitas. No tienen nada que ver con las mías. Tiene los dedos delgados pero las uñas grandes. Por eso no se las deja largas aunque se las pinta de burdeos. Como yo, Burak la contemplaba pelar el huevo. ¿Qué había sugerido mi padre con aquello de que llevaban muchos años teniéndose ley? En serio, ¿qué tipo de relación es la que tienen la tía Nur y Burak? O sea, antiguamente. ¿Fueron amantes antiguamente? No, hija, han sido coleguillas desde el principio. Si no, lo sabría. Y si hubiera pasado algo entre ellos, el tío Ufuk habría protestado por que Burak pasara aquí las fiestas. Supongo, vaya. ¿Por qué no está el tío Ufuk con nosotros estas fiestas? Me lo habrán dicho y se me ha olvidado. ¿O es que no me lo han dicho? ¿Se lo pregunto ahora? No. No sé por qué no, pero no.

Actualicé el *Insta feed*. Hay alguien más a quien le ha gustado la fotografía oscura de anoche. Un chico que no conozco. demirrr_sevvda. Inofensivo. La verdad es que le gusta todo lo que subo.

–Creo que hay una maldición que flota sobre esta familia –dijo mi padre bajando la voz–. Una energía desagradable, oscura. La sombra negra de un asunto sin resolver que crea un sentimiento de carencia en cada miembro de la familia.

Burak se quedó mirando a mi padre sosteniendo la rebanada de pan con roquefort y salmón que se disponía a morder. La tía Nur me dio un codazo disimulado. Sonreía ligeramente. Con el valor que me dio, me atreví a alzar la voz:

–¿Qué? ¿Qué sombra oscura, papá? ¿Como si alguien nos hubiera embrujado?

En lugar de responderme, se estiró y cogió una aceituna negra del cuenco que tenía ante él. La masticó largo rato, como quien resuelve un problema de matemáticas. La nuez de Adán le subía y bajaba en el largo y delgado cuello. Me dio la risa. Sadık les había echado por encima a las aceitunas negras ralladura de limón. ¿Se había dado cuenta mi padre? No creo. En ese momento parecíamos un cuadro renacentista. Yo miraba a mi

padre y mi padre a Burak. Y Burak a mi tía. Y la tía al pan blanco del plato a medio untar con mantequilla. A mí nadie me miraba ni me escuchaba. Yo no existía.

–Te lo explico muy resumido, Burak. Últimamente Freya y yo hemos participado en una serie de cursillos. Llamémoslos seminarios orientados al psicoanálisis. En estos seminarios hemos aprendido que los traumas experimentados en las generaciones mayores de la familia también nos afectan a nosotros, e incluso a nuestros hijos. Cuando digo traumas, quiero decir pérdidas. Los hijos de un padre que ha perdido su tierra, los nietos de una mujer que ha perdido a su hijo y los hijos de esos nietos, llevan en su alma también esas pérdidas. Por supuesto, desconocen los motivos, pero siempre sienten que les falta algo, que están como desconectados. A eso es a lo que me refiero de forma abstracta al hablar de una maldición que llevan sobre los hombros los miembros de la familia.

La tía Nur se sacó del bolsillo del quimono el paquete de tabaco, empezó a liarse un cigarrillo y masculló a través del filtro que sostenía entre los dientes:

–¿Hay maldiciones concretas para que existan las abstractas?

Mi padre se terminó el té de un trago. Alzó a la luz el vaso vacío como si en su interior pudiera encontrar la respuesta a la pregunta y contempló durante un rato las pizcas de hojas de té que jugueteaban en el fondo. Luego levantó de repente la cabeza y miró a la puerta.

–¿Dónde anda Sadık, caramba?

Todos miramos a la puerta. La tía Nur lamió el papel de fumar y cerró el cigarrillo. Suspiró mientras se quitaba las briznas de tabaco que se le habían quedado pegadas a los dedos. A mí también me apetecía fumar. Si se lo pidiera a la tía, me liaría uno. Pero a mi padre le disgustaría.

–Fikret, ¿tú oyes lo que estás diciendo, por el amor de Dios? ¿Existe en este país un abuelo que no haya sido desterrado o una abuela que no haya perdido un hijo? ¿Se te ha olvidado que vivimos en una geografía que no hay por dónde cogerla, en un país regado con la sangre de sus hijos? No pasa día sin que nos despertemos con la noticia de alguna matanza. Y si

quieres buscar las libertades individuales en nuestra historia, vas apañado. Concéntrate en la corrupción del presente y déjate de abuelos.

Mi padre asintió pensativo. ¡Ding! Un mensaje en la pantalla, de demirrr_sevvda. El mismo que le había dejado un corazoncito a nuestra foto de anoche. Buenos días y una rosa. No abrí el mensaje para que no viera que lo había leído. Se quedó en la pantalla de bloqueo.

–La explicación de tanta barbarie y crueldad que leemos cada día en las noticias pueden ser los traumas de la historia, Nur. Si tú, yo, Burak, todos nosotros no damos los pasos necesarios para nuestra salud mental, si no aceptamos que llevamos encima la carga de los que hemos perdido, en este país nunca se acabará el dolor. Cuando dejaste el periodismo porque no podías soportar más la opresión de la que eras testigo…

La tía sacó el Zippo y encendió el cigarrillo. ¡Chac! No se oyó lo que mi padre decía al final. Olía a gasolina. Ella dio unas palmetadas para que no me llegara el humo y al mismo tiempo fue como si desestimara las últimas palabras de mi padre. En realidad, a él no le interesaban nada las opiniones de su hermana. Todo lo que tenía en la cabeza era impresionar a Burak. Al fin y al cabo, él era el periodista que se había hecho un nombre. El renombrado autor de la página de «Retratos» del suplemento del sábado. El que honraba nuestra mesa del desayuno. El invitado especial de la fiesta. Burak Gökçe, el VIP. Burak, *my hero*.

–Mira, escúchame, Burak. Tengo un asunto en mente. Tiene que ver con la infancia de la abuela. Te preguntarás por qué. Conocerás mejor o peor las entrevistas que se le han hecho hasta ahora a Şirin Saka. Se publicaron bastantes artículos sobre ella en las revistas de arte más importantes cuando la redescubrieron en los años ochenta. Yo era pequeño por entonces, pero recuerdo que por aquellos tiempos esta casa se llenaba de escritores y artistas y que todos se acercaban a la abuela con respeto y admiración. Y luego me fijé en algo. En ninguna de las entrevistas que concedió por entonces menciona nada de cuando era niña. Le preguntan por sus padres y también se escabulle. Cuenta que vino a Estambul para el bachillerato, pero no dice con quién vino. Suponemos que con su familia. Sin embargo, en ninguna parte de su historia habla de sus padres. Tampoco dice de dónde

venían… En su momento no tuve curiosidad y no se lo pregunté. La verdad es que ni se me ocurrió. Ahora intento preguntárselo y me contesta que no se acuerda. Creo que se acuerda perfectamente pero que me da largas. Te quería pedir…

Me llegaron al teléfono varios mensajes, uno tras otro: ¡Ding, ding, ding! «Ke tal?».

–Niña, ¿cuántas veces tengo que decirte que no traigas el teléfono a la mesa?

Me molestó muchísimo que mi padre me dijera «niña». Encima delante de Burak. Mientras escondía de nuevo el teléfono bajo el plato busqué a toda prisa una respuesta. Menos mal que justo en ese momento apareció Sadık y mi padre volteó hacia él su cara malhumorada:

–¿Dónde estabas, hombre, Sadık? Se nos ha acabado el té. Tenemos la boca seca.

–Lo siento mucho, don Fikret. Estaba llevando a su abuela al excusado. Esta mañana se ha despertado un poco cansada.

Sadık recogió a toda velocidad los vasos de té vacíos. Le temblaban ligeramente las manos, secas y arrugadas. Se largó a la cocina. Yo puse el teléfono en silencio. La tía Nur miró de mala manera a mi padre.

–¡Ya te vale, Fikret! ¡Regañando a un abuelo de noventa años! ¿No podías levantarte y servirte el té tú solito? Menos mal que vas a esas terapias, con esos maestros… Se te ha puesto tan gran corazón que no lo pueden contener ni las montañas ni las rocas.

La tía se levantó con el cigarrillo en la mano y se fue a la cocina. Mi padre agachó la cabeza. Se encerró en sí mismo, como antes. Estaba avergonzado. Me dio pena de él. Se me pasó el enfado porque me hubiera llamado «niña». Toda su preocupación era explicarle cuanto antes el asunto de la abuela a Burak. Le estaba reconcomiendo. En ese momento me habría gustado ir con la tía, ayudar a Sadık y rellenar los vasos de té, pero era como si estuviera pegada a mi silla enfrente de Burak. Fuego cruzado. No fui capaz de levantarme. En cambio, dije:

–Papá, si me dices cómo se llamaba el padre de la bisabuela, lo miro en Google. Seguro que nos enteramos de algo sobre él. ¿Verdad, Burak?

Podemos investigarlo juntos.

Mi padre cogió de la tabla dos lonchas de jamón de pavo. Las engulló sin ni siquiera darse cuenta de qué estaba comiendo. ¿No había dejado la carne? El silencio se quedó pendiendo sobre la mesa como una nube de humo. Más que no me contestara mi padre, me fastidió que Burak no me respondiera. Para que no se viera que me temblaban los labios, me puse a untar con todo cuidado mermelada de ciruelas en la tostada, pero no fui capaz de darle un bocado. La tía Nur entró en el comedor con la bandeja de los tés. Yo también tenía la boca seca. Tomé un trago del vaso que me sirvió. ¡Maldita sea! ¡Qué caliente estaba! Me abrasé la boca. Me quemé la lengua. Las lágrimas me asaltaron los ojos. ¡Uf, ya está bien! ¡Venga ya! Me puse en pie dándole un empujón a la silla. Nadie me miró. Abandoné la mesa furiosa y salí fuera corriendo.

En el umbral del comedor chocamos Sadık y yo. O, más exactamente, yo choqué con él. Porque él estaba allí parado como una estatua detrás de la puerta. Quieto y… y me avergüenza decirlo, con la cabeza inclinada escuchando lo que se hablaba dentro. Al verme, de repente se le puso blanquísima la arrugada cara. Se le quedó más blanco hasta el azul de los ojos. Las manos le temblaron más. Murmulló algo en plan «señorita Selin». Yo estaba más avergonzada que él. Me lancé de inmediato al jardín como si hubiera visto algo muy feo que no debería verse. Por la ventana del comedor que daba al jardín se seguía oyendo la voz de mi padre. Hablaba muy alto de puros nervios.

–Así es como hay que pensar, Burak. Sigamos por esa senda. Veremos con qué nos encontramos.

–Haré lo que esté en mi mano, Fikret.

¡Burak el suizo!

Me senté en el borde de la vieja fuente. Abrí el grifo y me refresqué las manos y el cuello con el agua helada del pozo. Hacía un calor tremendo. Las cigarras se habían vuelto locas. Seguía pensando en Sadık. No en que estuviera escuchando detrás de la puerta, sino en la extraña expresión de su cara. Me miraba como si tuviera miedo, mucho miedo, como si hubiera visto un fantasma.

11

No estaba escuchando la charla del salón, por supuesto. Me encontraba listo detrás de la puerta para que no se me escapara si deseaban algo, eso es todo. Y si me preguntan por qué, fue porque poco antes se me había pasado servir el té mientras estaba ocupado con doña Şirin.

La señora se despertó indispuesta esa mañana. No era capaz de llegar hasta el excusado. Claramente fue culpa mía. Tendría que haberla despertado a la hora. No, no era la primera vez. El mes pasado también tuvimos un accidente similar de camino al retrete. Entonces la señora me avisó: «Sadık, otra vez no me dejes dormir tanto. La paciencia de mi vejiga no da de sí». No obstante, a pesar de haber atendido la reprimenda, esta mañana fui incapaz de interrumpir el sueño de doña Şirin. Me constaba que había dormido mal. Estuvo hasta medianoche dando vueltas arriba y abajo en su habitación. Podía oír el roce de las zapatillas en el parquet con la cera levantada. Que entre nuestros dormitorios estén la cocina y la despensa no influye en absoluto. Tengo el oído amoldado a los movimientos de la señora.

Por la mañana, al regresar del mercado, tan pronto como dejé en la cocina la verdura y el pan y puse la cafetera, fui de inmediato a la habitación de doña Şirin. No me había olvidado de su aviso. Y menos en un día tan importante. Fiesta, además. Y con la visita de don Burak. Cuánto tiempo lleva doña Şirin esperando esta entrevista. De sus labios no ha salido una palabra, pero lo sé. Doña Nur llamó por teléfono hará una semana para dar la noticia de que don Burak nos visitaría durante las fiestas. Pedía permiso a doña Şirin para entrevistarla. La señora se encontraba en la biblioteca. Cuando le entregué el teléfono inalámbrico, estaba sentada en el canapé frente a la chimenea absorta en un fuego imaginario que no ardía.

Le alegró mucho oír la voz de Nur. Con todo, al principio se hizo de rogar un poco para lo de la entrevista con don Burak. Pero solo lo justo, por supuesto. ¡Cuántos periodistas, gacetilleros e incluso gente de la televisión no habrán perseguido a la señora Şirin Saka! Al final aceptó.

–Que venga tu amigo escritor y que pregunte lo que tenga que preguntar. Si encuentro en mí las respuestas, le contestaré.

Eso dijo exactamente. Doña Şirin le tiene especial cariño a Nur. Supongo que la causa es que le parece ver un poco de ella misma en Nur. Antiguamente siempre me decía: «Esta chica ha salido a mí, Sadık».

Nur era una niña rebelde. Sin medir ni un palmo ya se escapaba y trepaba sola a los pinos. En cierta ocasión, no sé cómo lo haría, metió a la hija del jardinero en una maleta con ruedas bastante grande. Tirando de ella la llevó hasta el club Seferoğlu y allá que entró. Cuando llegó a la piscina que hay en la parte de abajo, abrió la maleta y sacó a la hija del jardinero como una prestidigitadora. El encargado telefoneó de inmediato a doña Şirin, que me envió a mí al club. Encontré a Nur y a la hija del jardinero en un despacho cargado de humo de tabaco. Allí las habían dejado sentadas a las dos. La hija del jardinero era una cosita esmirriada, morena y con las piernas como palillos y las faldas y las camisetas viejas de Nur le venían grandes. Gracias a ello cupo en la maleta. Cuando el encargado la cogió del cuello y la llevó a un despacho en cuya puerta rezaba «Dirección», la pobre no sabía dónde meterse de la vergüenza. Al verme allí, se escapó detrás de los visillos que revoloteaban ante el ventanal. Visillos que habían adquirido el color del humo.

Tantos años viniendo con la señora a Büyükada y ni una vez había puesto el pie en el club Seferoğlu. Por ese motivo, al principio estaba un poco nervioso cuando entré por la puerta de la calle Çankaya. Mentiría si dijera que no sufrí una decepción cuando vi lo viejos que estaban aquellos edificios de madera. En tiempos los suelos habían estado cubiertos por alfombras rojas, pero ahora estaban hechas pedazos por la humedad y la sal. Y el interior olía a moho. ¿Cómo era posible? Era un club del que eran miembros las familias más selectas y nobles de Büyükada. Doña Şirin me había explicado la diferencia entre el club Anadolu y el Seferoğlu: los que

eran dueños de aquello que no se puede comprar con dinero eran miembros del Seferoğlu. Pero de ser así deberían haber cambiado las alfombras.

La hija del jardinero sollozaba detrás de los visillos.

–Sal de ahí, vamos a ver, que te vas a llenar de polvo.

En aquel entonces los hijos del jardinero me tenían bastante miedo. Pero Nur, esa niña que no levantaba un palmo, ¡qué actitud tan noble, tan orgullosa la suya! Tomó de la mano a la hija del jardinero, la sacó de detrás de los visillos y se plantó ante mí. Nos desafiaba a todos con la mirada. En su rostro no había el menor signo de sonrojo. En ese instante comprendí por qué doña Şirin le encuentra un parecido con ella. Su madre, la pobre Süheyla, era una muchacha con el pelo color de la miel y los ojos de uva. No sabía de trampas ni de mentiras. Si me preguntasen a mí, diría que fue una víctima. Sin embargo, aquella pequeñaja, ay, Dios, me dije, esta niña le va a dar sopas con honda a doña Şirin incluso. No reconocerá obstáculos, apuntará y acertará.

–Vamos, andando, nos vamos a casa. Doña Şirin hablará con cada una de vosotras por separado.

Se suponía que iba a asustar a la pequeña Nur. ¡Pero menuda era ella! En cuanto la frase salió de mi boca, resonó en mis oídos la carcajada que mi señora había lanzado poco antes en casa. Cuando telefonearon del club y le explicaron el suceso doña Şirin se rio mucho. Después de colgar, por supuesto. Por entonces la casa solo tenía un teléfono. De color verde. La compañía telefónica lo repartía a los abonados. Lo habíamos instalado sobre el mármol de una consola con espejo que había junto a la puerta del comedor, enfrente de la cocina. Y junto a él colocamos un cómodo sillón forrado de cuero artificial del mismo verde que el teléfono y que tenía unas ruedecillas. Por las tardes doña Şirin se sentaba en aquel sillón y llamaba a sus amistades, con las que le gustaba mantener largas charlas. Se hallaba sentada precisamente en ese sillón verde mientras me contaba el suceso. Con el teléfono en el regazo. Se le saltaban las lágrimas de la risa. Por una parte se reía y por otra repetía: «Qué niña, qué niña… ¡Ay, bendita niña! ¡Cómo eres! ¡Ay, bendita niña! Sadık, ven, ven que te cuente la última ocurrencia de Nur».

La señora tiene una risa muy bonita. Cuando ríe los ojos se le convierten en una línea. Los abre para parar a respirar y el azul se le convierte en verde. Brillan como uvas cargadas de zumo. Su risa resuena como los cencerricos que llevan al cuello los carneros que retozan por las montañas. Entonces recuerdo los tiempos en que ella y yo subíamos corriendo por senderos de cabras. Se me aparece en la mente, como en un sueño, agua espumeando bajo puentes de piedra. La señora me abraza. Se me hincha el pecho y de nuevo me invade una cálida sensación. El tiempo se detiene.

En suma, aunque me hubiera apetecido adoptar una actitud severa con Nur y la hija del jardinero cuando salimos de aquel despacho de «Dirección» con los visillos tornados del color del humo y la moqueta roja en color burdeos de puro maltrecha, no habría sido capaz. Doña Nur era perfectamente consciente de la situación, puesto que, mientras caminaba a mi lado con la cabeza gacha y tirando de la maleta, también sonreía. Sabía que su abuela sentía debilidad por ella.

Posiblemente su rostro adoptase la misma expresión de aquel día al otro lado de la línea telefónica mientras le explicaba a doña Şirin que don Burak vendría invitado a nuestra casa durante las fiestas. No me atrevo a decir que fuese una expresión insolente porque doña Nur no lo es. Tiene la actitud de seguridad en sí misma que le proporciona a su alma el saber que es querida, eso es todo. Sabía que al principio su abuela se haría de rogar, pero que esperaría impaciente aquella entrevista. Y era cierto. A lo largo de la semana siguiente la señora se entregó a una serie de preparativos para la visita de don Burak, algunos evidentes y otros sutilmente discretos. En suma, que lo último que habría deseado era el accidente de aquella mañana. Con toda razón, estaba muy disgustada. Aunque claramente había sido culpa mía, no me lo echó en cara. Simplemente, después de lavarla y ponerle la combinación, cuando la senté en el puf ante el espejo de tres hojas para que se arreglase el pelo, me dijo en voz baja:

–Pásate por el comedor, Sadık, puede que necesiten o quieran algo.

Como tenemos de invitado a don Burak, doña Şirin le presta una atención especial al servicio del desayuno. A causa del desdichado

accidente no había podido acudir a la mesa a tiempo. También en parte por eso estaba molesta. Pero le habría sentado peor que yo llegase tarde. Salí de inmediato de su dormitorio y atravesé el vestíbulo. Me quedé tras la puerta, listo. Fue entonces cuando Selin coincidió conmigo.

Doña Şirin sabe perfectamente que hace bastante tiempo que soy duro de oído. Doña Nur alza la voz cuando se tiene que dirigir a mí. Don Fikret y yo no tenemos mucho trato, pero en cierta ocasión hizo que un doctor joven amigo suyo nos examinase los oídos a doña Şirin y a mí. Claramente sabía que oigo poco. Doña Şirin siempre tiene a mano una campanilla. Cuando me necesita, la hace sonar. ¿Pero Selin? Espero que no haya llegado a una conclusión errónea con respecto a mí. En parte sería culpa mía. Estaba distraído cuando ella salió en tromba del comedor y me asusté. Si balbuceé algo fue por ese motivo.

No obstante, para qué voy a mentir, no es que no me inquietasen un par de frases que me llegaron a los oídos mientras recogía los vasos de té. Más que lo que se dijo, me desasosegó la tensión de la mesa. Cuando la familia se reúne a la mesa la mañana de la fiesta, es necesario estar alegre. Se olvidan viejos rencores. Los enojados hacen las paces. No obstante, allí estaban Fikret y Nur picándose mutuamente como en los años en que eran niños. Por supuesto, no me quedé el suficiente rato como para comprender del todo el asunto. Recogí los vasos vacíos. Luego volví a la mesa para llevarme las hueveras de plata. Estaban concentrados en la conversación. No me prestaron atención. En ese momento le vi a doña Nur en el rostro unos mohínes de irritación herencia de la infancia, sí. Y don Fikret estaba mirando el plato con la misma expresión rencorosa de aquellos años. Supongo que Nur se había enfadado por algo que su hermano había dicho sobre la familia. No es que lo oyera. Es pura suposición.

Pero hay algo más: cuando cruzaba el zaguán después de dejar sentada a doña Şirin ante el tocador, me dio la impresión de que don Fikret mencionaba algo de una maldición. No obstante, como ya se sabe, no se puede confiar en mis oídos. Lo que oí seguramente se refiere a algún otro asunto. De hecho, mis oídos me jugaron una mala pasada inmediatamente después y creí que se sacaba el tema del señor padre de doña Şirin. Por

supuesto, es imposible semejante bobada. ¿Existe la menor posibilidad de que Fikret, Nur, Selin o don Burak tengan la menor noticia de Nuri Efendi? No. Han pasado años de aquello. Ni siquiera la niña Süheyla tenía conocimiento de su abuelo. ¿Cómo iban a saber nada la siguiente generación y las posteriores?

Sí, en ese momento los oídos me jugaron una mala pasada. Al oír aquello, o sea, cuando mis oídos me engañaron, se me apareció de repente en la imaginación la figura de Nuri Efendi, que hacía años que no me venía al recuerdo, y me quedé petrificado un breve instante. Y así, petrificado, en la memoria se me aparecieron altas montañas. El viento se enrabió. Había abuelas que habían caído rodando pendiente abajo mientras avanzaban por el sendero. Abuelos con los pies ensangrentados. Niños de pecho sumergidos en el agua para que se callaran. Y yo pregunto: «Madre, ¿es un cuento esto?». Y mi madre responde: «Sí, es un cuento, hijo, duérmete». Yo me escondí en la cripta de la iglesia. A mis padres se los llevaron. ¿Puede uno recordar lo que no ha vivido?

Estaba tan ensimismado con aquellos extraños recuerdos que se me habían aparecido en la imaginación que cuando doña Selin empujó la puerta con furia y salió, me quedé un buen rato como inconsciente. Ella salió corriendo. Yo me quedé allí plantado bajo los efectos de aquellos lejanos recuerdos adonde me había ido. Luego Fikret le pidió algo a don Burak. Si presté oídos, fue porque quizá estuviesen hablando de algo que yo podría traerles. No se me había olvidado que había servido el té con retraso. Simplemente, en mi opinión no es lo más adecuado cansar a doña Şirin con el pasado, sacarle temas que pueden ponerla de mal humor. Especialmente en fiestas, conviene evitar asuntos desagradables. Aunque, por supuesto, no soy yo quien para decidirlo.

12

El comedor olía a café y a pan tostado. En la mesa permanecían dos platos. El de Fikret y el mío. Al parecer, Fikret todavía no había regresado de dondequiera que fuera en la oscuridad de la madrugada. Sadık había recogido el resto de la mesa y luego había desaparecido. En la casa no se oía un ruido. Hasta las gaviotas se habían callado. Me ponía de los nervios el crujido del parquet mientras daba vueltas descalza en el salón vacío. También las sillas metidas debajo de la mesa. ¿Quién se lo habría creído cuando ayer por la mañana desayunamos en torno a esa misma mesa Fikret, Selin, Burak y luego la abuela, y nos quedamos hasta mediodía en aquella suntuosa mesa tomando té después del café, doble *espresso* después del té, luego café turco y por fin frapé helado y espumoso al que le habíamos añadido Baileys? Fikret se había ido, la unidad y la armonía se habían ido al garete. Por lo visto, desayunaría yo sola. ¿Todavía no habían vuelto Burak y Selin? Ya pasaba de mediodía.

Me dirigí al equipo de música que estaba en la consola de nogal con espejo de la abuela y presioné la tecla de *play*. En un instante llenó la habitación el *adagio* en sol menor para cuerda de Albinoni. ¡Ahora sí! Encontrada la pieza que faltaba. No soy capaz de pensar en este salón sin Albinoni. *Adagio*, *allegro*, concierto en sol menor o do mayor para instrumentos de cuerda, para órgano. Di pasos largos y lentos al compás del órgano y rodeé en procesión la mesa sintiendo en el parquet el contrabajo bajo las plantas desnudas de mis pies. Me detuve al llegar a la cabecera. Se elevaron tristes violines. Siguiéndolos, les acompañaron en su tristeza las violas. Un dolor sordo y sutil me fluyó al corazón por el vacío que había dejado mi madre. Tiré de la silla y me dejé caer en el sitio que ayer había ocupado Fikret.

¿Cuándo pasó Fikret a presidir la mesa? Antes, cuando éramos niños, nos sentábamos lado a lado frente a la ventana. La cabecera de la mesa estaba vacía. Era el sitio del abuelo que nunca conocí. (No el bisabuelo con el que está obsesionado Fikret, sino el padre de mamá. El catedrático de matemáticas. Marido de la señora Şirin Saka.) Mi madre pretendía que mi padre, que raramente venía a la isla, se sentara allí, pero la abuela no lo permitía. No podía ocultar que no le caía bien su yerno. Quizá por eso mi padre viniera tan poco a esta casa. Por cierto, Albinoni no le hacía mucha gracia. Cuando se quedaba a solas con mi madre se burlaba de las excentricidades de la abuela y ambos se reían. Ni una vez defendió mi madre a la suya en contra de su marido. A mi padre tampoco le gustaban las servilletas de lino con servilleteros de plata, ni las sillas Thonet con asiento de rejilla traídas de Viena, ni las estanterías atestadas de libros de la biblioteca, la mayoría dedicados por sus autores. Por todo eso no venía a la casa de la isla.

Nosotros nos quedábamos todo el verano. Mi madre, Fikret y yo. Mi padre tenía trabajo en Estambul. El trabajo de mi padre en Estambul era interminable. Y cuando lo terminaba, nos llevaba a Çeşme en el BMW de dos puertas. En los caminos polvorientos de los pueblos por los que pasábamos los niños corrían detrás de nosotros gritando «beee-emeee-uveee». Supe por aquellas manadas de muchachos pelados al dos que veía por el parabrisas trasero que nuestro coche era de un modelo como no había otro igual. Pero saberlo no me impresionó en absoluto. Y a mi madre, que pelaba manzanas con una navaja en el asiento delantero, tampoco le importaba el modelo del coche. Si alguien se lo hubiera preguntado, no lo habría sabido. No obstante, sí que le gustaban los lujos que le ofrecía mi padre. La de mi madre era una rebelión a su manera. Como a Şirin Saka le repugnaban los coches de marca, las últimas maravillas de la tecnología, las urbanizaciones de veraneo, las series americanas y los videocasetes, Süheyla estaba encantada con su marido, que le ofrecía un mundo de productos y marcas.

Se acabó el *adagio*. Comenzó el *allegro*. A toda potencia. Con pasión. Cambió el color de la luz que se filtraba por entre las hojas de la mimosa y

caía sobre el parquet. ¿Qué otro arte aparte de la música se aproxima así al temblar de puro sentimiento del corazón? Los violines, que describen la alegría con breves notas, cuando llegan al *adagio* te dicen que la vida es pena y, no obstante, también alegría. Nuestros son el pesar y el gozo. La tristeza y la pasión. Un ritmo, una melodía. Un contrabajo, un violín. La música nunca se detiene. Mientras el universo vibre y nuestro corazón con él, ¿qué es lo que nos ofrecen los violines sino un breve resumen del tiempo?

Para mí la infancia no era un BMW yendo a Çeşme. Y tampoco escuchar con Fikret en el asiento de atrás el cassete de Eurovisión de aquel año en el *walkman* con dos salidas para auriculares. Me mareaba en aquel largo viaje. Mi padre paraba el coche en el arcén y abría la puerta cada dos por tres por miedo a que vomitara en la tapicería gris aterciopelada del BMW. Cuando dormíamos, mis padres iban al bar de la urbanización. El bar estaba a dos pasos. De haber salido al balcón, mi madre habría podido verme. Pero no es que no saliera de la habitación, era que no salía de la cama en la que dormía con Fikret. Pensaba que me habían engañado y me daban escalofríos de rabia, de miedo, de decepción. Dejadnos dormidos y escapaos, ¡qué bien! El varoncito era Fikret, pero era yo quien sentía celos de mi padre por mi madre.

Mi infancia no transcurrió en el asiento de atrás de un BMW azul marino, sino aquí. En la casa de la isla. En este comedor en el que se mezclaban Albinoni, Bach y Vivaldi con el olor a pan tostado. Bailando ballet en el círculo de luz que cae en el parquet por las mañanas filtrándose por entre las ramas de la mimosa que hay ante la ventana. *Rond de jambe* de adelante atrás, de atrás adelante. Mi infancia es Şirin Saka, sentada en un extremo de la mesa enfrente del fantasma de su difunto marido, siempre elegante, siempre erguida, untando en el pan mantequilla y paté de aceitunas con sus largos y delicados dedos. Cuando terminaba de desayunar, la abuela se tomaba el café en el cenador y hablaba con los gatos que se le enredaban entre las piernas. Cuando hablaba con los gatos adoptaba un tono dulce e infantiloide que no le oíamos cuando se dirigía a nosotros. La infancia era tener celos de un gato atigrado y los helados en

forma de pétalos de rosa del carrito azul del vendedor ambulante. La mazorca de maíz hervido escogida del perol cromado que brillaba como un espejo. Cuando madre e hija terminábamos de desayunar, huíamos de la casa, de mi abuela, de Fikret, de Albinoni, del arte abstracto… Comíamos madroños al precio de arañarnos manos y brazos cuando paseábamos en bicicleta por la Ruta del Gran Tour.

Llené la taza con café del termo. Sadık había dejado junto a mi plato tomate picado, aceitunas y queso de cabra, y el pan tapado con una servilleta de tela para que no se enfriase. Delante del de Fikret solo aceitunas. El desayuno de mi hermano: tres aceitunas. Fikret el asceta al que le basta un bocado. Fikret el yogui. No, no vamos a echarle la culpa al yoga ahora. Desde que lo conozco, Fikret nunca ha tenido apetito. Quién sabe en qué andará ahora. Ayer sí que se explayó en el desayuno. Que si el padre de la abuela. Que si las raíces. Que si la maldición. El trauma. El disparador. Déjalo ya. Perdimos a nuestra madre. Hace años de eso y todavía no nos hemos acostumbrado. ¿Qué más luto vamos a llevar?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Otra vez. Ahora me ocurre mucho. También que se me venga mi madre a la mente, que se me llenen los ojos de lágrimas al pensar en ella y que se me amontonen en la cabeza los fantasmas del pasado. Aquí, en esta habitación, en torno a esta mesa, esta mesa de desayuno preparada con tanta atención por Sadık, sin ver el fondo del fuerte té azucarado que tomamos al compás de Albinoni, le imploro a mi madre:

–Mamá, te lo pido por favor, vamos a la playa de arena, por favor, mami, te lo ruego, ¡por favor, por favor! Haremos castillos de arena, abriremos agujeros, cavaremos túneles y nos daremos la mano por debajo.

La abuela, Şirin Saka, la pintora cuya estrella vuelve a brillar cuando ya tiene un pie en los sesenta años, refunfuña desde el extremo de la mesa más cercano a la puerta. Se ha peinado con el pelo recogido atrás y, si me acercara a ella, podría aspirar el olor a polvos. Sé que quiere que nos quedemos aquí, cerca de ella, pero no lo puede decir abiertamente. No es su costumbre. O no se atreve.

–Hija, tienes el mar delante de casa. ¿Qué se os ha perdido en la playa pública?

La playa Yörük Ali, la que yo llamo la playa de arena, está entre pinares. Da a las verdes colinas de Heybeliada y al inmenso azul. El viento de poniente aquí nos deja en la orilla algas, botellas de cerveza, medusas, bolsas de plástico y cáscaras de sandía. De las cañerías de la caseta de los botes llega olor a albañal. Espuma sucia envuelve la escalerilla llena de verdín que baja al agua desde nuestro embarcadero. Mi madre no nos deja bañarnos. En cambio, el agua en la playa de Yörük Ali no sabe de vientos ni de poniente ni de levante y siempre está brillante y azulísima.

Además, cuando vamos a la playa montamos en faetón. Estoy atrás, en el asiento forrado de cuero azul, con mi madre. Nos mecemos como en una cuna por las cuestas y las curvas de la isla. Me encanta el paseo en faetón. Llantas brillantes, cortinillas con borlas, botones cosidos a la tapicería de cuero azul, la bocina que suena tututu, todo lo de los faetones me vuelve loca. Fikret va delante, al lado del cochero. Ya es todo un hombrecito. El cochero le dice: «Chaval, ven, siéntate conmigo». Luego, cuando los caballos relinchan, Fikret los remeda muy serio: «Hiii». Mamá y yo nos reímos. Los chicos son muy graciosos. Mamá huele a flores de melocotonero.

Me eché a llorar. Las lágrimas cayeron en el café que tenía en la mano y que se me había enfriado. Era normal que llorara. Cosa de las hormonas. Lo investigué en internet. Sin embargo, no era algo que me hubiera contado la médica de ojos de serpiente. Ella solo sabía decir cosas innecesarias. Y llamar por teléfono. Que no asumía ninguna responsabilidad legal.

Mi llanto se hizo más violento. A Sadık no se le ve por ningún lado. El pobre siempre se preocupa por todo. ¿Cómo se lo explico? Sadık, las hormonas se me han vuelto locas porque yo… Porque me ha pasado algo malo. Sí, sí, Nur, llorarás como las jovencitas engañadas de las viejas películas nacionales si Sadık entra ahora. No puedo impedirlo, ¿qué le voy a hacer? Quizá la maldición de la que hablaba Fikret me haya empujado por el mal camino a mí también. ¡Qué bien! Diré que es la maldición y me libraré del problema. Se lo endosaré a las generaciones que me precedieron.

¿A quién? Al padre de la abuela, a quien nunca llegamos a conocer. Las consecuencias de sus pecados las sufrimos nosotros. La maldición tiene la culpa de todas las mierdas que nos tragamos. Ojalá Fikret haya acudido a su maestro de yoga para que le haga un exorcismo y en nuestra familia vuelva a salir el sol.

Bien, ¿pero qué diferencia hay entre echarle la culpa a las hormonas y echársela a la maldición de Fikret? Si la química cerebral está sometida a las hormonas, no se puede hablar de libre albedrío. Sí, Nur, sí se puede. Sabes perfectamente que hay pasos que se dan por propia voluntad. Por ejemplo, el paso para entrar en determinada clínica. Clínica en la que trabajan médicas de ojos de serpiente. O, por ejemplo, la firma falsa que le echas en la cafetería más cercana al documento que te han puesto en la mano. Si es condición necesaria la firma del marido, tome, se lo he hecho firmar y aquí la tiene. ¿Puedes explicar todo eso con las hormonas? Bueno, digamos que sí lo explicas. Pero la historia tiene su comienzo. El comienzo de antes de caer bajo los efectos de las hormonas. Por ejemplo, los pasos que se desvían hacia Kurtuluş en lugar de ir desde Harbiye hasta casa. Si Ufuk no te abandona a ti, ¿a quién quieres que abandone?

Saqué el teléfono del bolsillo del quimono y llamé a Ufuk. Otra vez. Mientras todavía tenía lágrimas en los ojos. Ufuk está acostumbrado a mis llantos. Soy muy llorona. Solo en el entierro de mi madre se me secaron los ojos. Ni una lágrima me corrió por las mejillas. Y tendría que haber llorado ríos por el vacío que dejaba tras de sí.

El vacío que dejaba mi madre tras de sí… Un vacío auténtico en el salón del piso de Maçka, en el que podrías haber montado carreras de caballos, enmarcado por botellas vacías sobre la alfombra blanca de lana de oveja de pelo largo. No metafóricamente. Materialmente. Las botellas de vino, ginebra y whisky dibujando sobre la lana de oveja del suelo algo parecido a las siluetas que se pintan con tiza alrededor de la víctima después de un asesinato. Fikret se había encontrado a mamá desvanecida en medio de aquellas botellas, la cogió en brazos y se la llevó al hospital. Sobre la piel blanca, en medio de esas botellas de bebida, a la que había renunciado arrepentida y que llevaba siete años sin tocar. Ahí mismo puso la cabeza.

Entre el whisky y el vodka. Con el pelo revuelto, entremezclado con las botellas. Donde le llegaban los brazos estaban las de vino caro de mi padre y entre las piernas las de champán. Mi madre no probaba el raki ni la cerveza. Y yo creía que la ginebra tampoco. Pero ahí estaba la botella vacía de ginebra, justo coincidiendo con el sitio donde había estado el lado derecho de su cuello, y luego más whisky, vodka, coñac… Todo para dentro con la emoción del reencuentro después de siete años. Me quedé petrificada en medio del salón con aquella mochila más grande que yo a la espalda. Veía el espectro de mi madre yaciendo desmayada en medio de las botellas de licor con los tapones abiertos, la mitad vertida en la lana de oveja, dejando pegajoso el parquet y con todos los olores mezclándose. Había muerto hacía un buen rato. Ahora esperaba en un cajón cerrado en una cámara frigorífica.

Eran las cinco y veintiocho cuando dio su último suspiro. En el hospital no había nadie aparte de Fikret. Lo había despertado a medianoche el llanto de Oğuz, por entonces todavía un bebé de pocos meses. Freya también se despertó. «Anda, por favor, ve tú, que yo acabo de darle el pecho». Fikret cogió a Oğuz en brazos. Fue al piso de abajo mientras le chistaba y contempló el barrio de viviendas ilegales de enfrente por los amplios ventanales sin cortinas del salón. En algunas de aquellas casas destartaladas plantadas en la ladera estaba prendida una única bombilla y en las ventanas de otras se reflejaba la luz azul de los televisores todavía encendidos. Luego, tac. Un corte de luz. La colina de enfrente se sumió en una densa oscuridad. En el jardín, Laika, la loba rusa de Freya, ladró entrecortadamente. Luego todo lo cubrió un profundo silencio. El bebé Oğuz tenía los ojos abiertos, pero no lloraba. Él también parecía estar contemplando la oscuridad y escuchando el silencio.

Fikret no recuerda con claridad lo que pasó después. Que dejó a Oğuz con Freya, salió de la casa, que se montó en el Fiat Tempra verde ciénaga que había aparcado en lo alto de la cuesta, que condujo por las calles oscuras y completamente desiertas –el apagón se había adueñado de todo Levent y la avenida Nispetiye hasta Zincirlikuyu e incluso Gayrettepe– con una absoluta claridad de mente, pero como si le manejara una fuerza

externa. En Maçka las farolas estaban encendidas. También las luces del cuarto piso, donde estaba nuestra casa. A la luz de las lámparas halógenas que zumbaban por los cuatro costados, los espejos, las botellas vacías, las jarritas y los vasos de cristal relucían con los siete colores de la luz. En el salón, amueblado con los grandes y feos sofás y sillones de mi padre forrados de cuero negro, pero, para qué mentir, también muy cómodos, y provisto de un equipo de música de alta tecnología, lo único que no reflejaba la luz eran los ojos de mi madre.

Puede que no aguantara más el peso de la mochila. Puede que no dejara de darle vueltas a aquella historia que Fikret me había contado por teléfono con una voz sin alma, sin color, que había perdido toda su tonalidad, como «esto es una grabación»… Se me aflojaron de repente las rodillas. Me desplomé en el suelo. Como un edificio que se hunde poco a poco. Puse la cabeza en el vacío que había dejado mi madre. Aspiré el olor dulce y acre de licores caros, de calidad. No sé cuándo se me deslizó la mochila de la espalda. La tienda manchada de arena y barro, las chanclas deshechas y tazas y cubiertos, todo andaba disperso alrededor de ella.

Me tumbé en medio de las botellas. Tenía el whisky y el vodka poco más allá de mis labios. Si hubiera sacado la lengua los habría tocado con la punta. ¿Valía la pena, mamá? Yo estaba de camino. Regresaba. Ya no estarías sola. ¡Mentira! En las vacaciones conocí a un muchacho, mamá. Posiblemente, cuando estuviera con él me olvidaría de ti. Aun a sabiendas de que lo que más te dolía era que te olvidaran, yo andaría por ahí con Burak y regresaría de madrugada mientras tú dormitarías sentada a la mesa de la cocina con un cigarrillo consumiéndose entre los dedos. O quizá no volviera.

Recordé que no la había abrazado cuando salía de casa para irme de vacaciones. Su cara, su cuerpo, las faldas de su bata capitoneada amarilla, sus pies, según iban desapareciendo en ese orden por la puerta de la cabina del ascensor al descender. Empecé a llorar. Lloré. Lloré. Lloré hasta llenar por completo con mis lágrimas el vacío dejado por mi madre.

Albinoni guardó silencio. El café se había enfriado. Yo me había quedado con el teléfono en la oreja. Ufuk no contestaba. Ufuk lleva días sin

contestar al teléfono. No contesta desde el día en que imité su firma en la cafetería. Abandonó la casa la noche de ese día, antes de que yo volviera. Hace una semana. Mientras no me conteste, seguiré llorando.

Si contesta, le contaré la verdad.

La verdad le enfurecerá, pero acabará por tranquilizarse y volverá conmigo.

Me da mucha pena Ufuk.

Si contesta al teléfono se lo contaré todo.

13

Ajenos a la multitud dominguera del muelle, los isleños dispersos por las mesas de plástico del jardín de té de Horoz Reis parecían estar viviendo en otro mundo. La mayoría eran viejos. De ochenta años y más. Estaban sentados tranquilamente con sus periódicos, sus tés, sus sándwiches, sus tableros de chaquete y sus barajas de cartas como si fuera una tarde de verano cualquiera y no un día de fiesta y charlaban en voz baja. Unos cuantos se giraron para mirarme de arriba abajo cuando me instalé en una mesa que quedaba bajo el toldo. Les saludé con la cabeza. Hice una señal al del hornillo de té de enfrente para que me trajeran uno. El tipo se puso en pie sin prisa ninguna.

Por la parte interior del espigón el mar estaba azul oscuro. Cuando lo rozaba la brisa que soplaba de vez en cuando la superficie se arrugaba ligeramente y luego volvía a alisarse. En el ambiente reinaba la calma brillante de las primeras horas de la tarde. Relucían al sol el amarillo, el blanco, el verde, el rojo de las barcas grandes y pequeñas y de los pesqueros con sus aparejos de forma que armonizaban perfectamente con el azul intenso del mar. Extraje el teléfono del bolsillo de atrás e hice unas cuantas fotografías del paisaje, como un adolescente.

Llegó el té. Pedí también un sándwich de queso. Saqué la grabadora y la dejé en la mesa. Pensaba escuchar la entrevista que le había hecho ayer a Şirin Hanım. Preparé el cuaderno de notas, los auriculares y el bolígrafo. Tenía una hora de grabación del desayuno del día anterior. Fue inmediatamente después de que Selin se levantara bruscamente de la mesa y huyera al jardín. Şirin Hanım llegó al comedor del brazo de Sadık el mayordomo. Nur, Fikret y yo estábamos sumergidos en una conversación insustancial con la apatía de habernos llenado la tripa hasta arriba. Me

sorprendió verla porque ya había perdido la esperanza para esa mañana. Calculaba que podría encontrarla en la biblioteca antes del almuerzo. Me puse en pie y retiré su silla para que se sentara. Nur y Fikret, arrellanados en las suyas, se pusieron derechos.

Mientras se sentaba, Şirin Hanım me saludó con un gesto de su cabecita. Sadık le anudó al cuello una servilleta de lino. Llevaba una blusa azul marino de seda y unos pantalones ligeros y cómodos. Se me ocurrió que hacía prácticamente veinte años que no la veía. ¿Había cambiado? Por supuesto. De entrada, había menguado. La mirada la tenía nebulosa. Ahora sus ensimismamientos eran más frecuentes. Pero seguía siendo vivaz. Habladora. Se reía. Se tomaba su café y le untaba mantequilla al pan. Vio que sacaba la grabadora y la dejaba entre nosotros. Sin vacilar, empezó a contarme. No oía mis preguntas. Decía lo que se le venía a la cabeza por asociaciones libres. Mejor para mí. Así tampoco oiría las preguntas de Fikret.

Llegó mi sándwich. Me puse los auriculares y presioné la tecla de *play*. Se oyó la aguda voz de Şirin Hanım por entre el repiqueteo de vasos y cucharillas.

«Cuando me desarrollé antes de la edad, mi madre me envió a casa de mi tío. Era director de una fábrica. No me hagas caso si lo llamo "tío". Era un pariente lejano de mi madre. Hablaba árabe, persa y griego rumí. ¿Te acuerdas, Sadık? ¿Dónde se ha metido este Sadık? Los dos éramos todavía unos niños que no levantaban un palmo. Nos embarcaron en un vapor. El capitán era un conocido de mi padre, decían. Sí, y yo me lo creo. De entrada, no le vimos la cara ni una vez. ¿Que si tenía miedo? ¡No, hijo! Lo único era que se nos revolvía el estómago con el balanceo del barco. Sadık salió corriendo a la cubierta y se asomó por entre los hierros de la baranda y vomitó. Yo aguanté porque no me había llevado a la boca otra cosa que bizcocho de mar. ¿Te acuerdas, Sadık?».

Los ancianos tienen momentos así. Se abre una puerta y por ella los recuerdos se vierten en el presente. La memoria de Şirin Saka fluía a chorros como un río bien asentado en su lecho. Cuanto menos se intervenga en quien está hablando, más libres surgen los recuerdos. En esa etapa no

hay que echarle en cara al narrador las contradicciones, las incoherencias. Porque la idea de que el pasado pudiera ser distinto a como lo tienen grabado en la memoria puede provocar en las personas mayores el efecto de un freno automático. Lo sé por experiencia. Si se les confunde, se detiene el flujo de los recuerdos. Se rompe el vínculo, se cierra la puerta. Por eso me daba pánico que Fikret interrumpiera a Şirin Hanım y sacara el tema de su bisabuelo, que era lo que le interesaba.

Menos mal que Şirin Hanım se había dejado llevar por los recuerdos y continuaba:

«No volví a ver a mi madre. Se suponía que me mandaba a Üsküdar a estudiar, pero era mentira. Después de lo de mi señor padre… Hubo muchos que la pretendieron. Una viuda joven y bonita. Espera, Sadık, no te lleves el té. Me lo estoy tomando, ¿no lo ves? Déjalo, déjalo, por amor de Dios. Ponme una cucharada de azúcar. Basta. Mi madre no quiso llevarme a casa de su nuevo marido. Ya me entiendes. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y ese pariente lejano al que llamábamos "tío" mientras tanto acababa de tener un niño. Le había dicho que me mandara para ayudar a mi tía. Pero tenía otra intención. Me quería para él, pero mi tía no le dio la más mínima oportunidad y el tío Nevzat se llevó un buen chasco. ¿Dónde se ha metido Sadık? En cualquier caso, nuestra gobernanta, Meryem, la madre de Sadık, se arrojó a los pies de mi madre mientras me preparaba el baúl. Que mandara a Sadık conmigo. Que estudiara en Estambul. El tío Nevzat era el director de una fábrica de zapatos. Después Sadık entraría a trabajar en la fábrica. Se lo ruego por lo que más quiera, señora, aquí el niño va a acabar muriéndose de asco. Así le echará un ojo a Şirin. Que estudie. Que se haga un hombre. Tantas vueltas le dio que acabó convenciendo a mi madre. Sadık, ¿dónde demonios te has perdido? Nur, pásame la campanilla. Ah, eso es, dale. ¡Que venga Sadık!».

Paré la grabación para tomar unas notas. Lo del tío Nevzat era un detalle interesante. También Sadık lo había mencionado en la entrevista de hacía años, pero siempre hablaba de él con respeto. En los recuerdos de Şirin se dibujaba el retrato de un viejo verde que quería añadir una jovencita a su harén. Curioso. Ayer Şirin Hanım pretendía que Sadık se uniera a la

conversación, pero él siempre conseguía desaparecer. Sé que crecieron juntos. Dos personas que han sido testigos juntas de prácticamente un siglo. Ojalá pudiéramos estar a solas y lograr que hablaran entre ellos. De la memoria conjunta puede salir un diálogo impresionante. No obstante, ayer por la mañana hizo oídos sordos a los intentos de Şirin de que recordaran juntos. Se le vino encima una inquietud, un desasosiego visible. El salero y el pimentero se le cayeron varias veces. De manera indirecta, con la excusa de que Şirin Hanım se cansaba, propuso que dejáramos la entrevista. Quién sabe qué era lo que le preocupaba. Estaba claro que tenía miedo de que Şirin Hanım dijera algo, pero ¿por qué?

Tomé nota de aquella pregunta. Cierto, no era demasiado importante para mi reportaje, pero podría arrojar luz al asunto de Fikret. Mientras masticaba mi sándwich, pensé cuál sería la primera frase de mi artículo. La primera frase es importante. Define el espíritu del texto. ¿Y con qué tono debía escribirlo? Teniendo en cuenta que conocía de cerca a la familia, le pegaba un tono personal y además eso a los lectores les gusta. Los lectores quieren tener información tanto sobre mí como sobre la persona cuyo retrato estoy pintando. Me puse los auriculares de nuevo. Le eché una ojeada a mis notas. El cuarto en el que me alojaba había sido en tiempos el de Şirin Hanım. Cuando se le hizo difícil subir y bajar escaleras, la trasladaron abajo, a la sala de estar que quedaba justo enfrente del comedor. Y su antigua habitación se convirtió en todo un museo sobre Şirin Saka. Ayer me pasé la tarde mirando viejos bocetos, folletos de galerías, revistas que hablaban del arte de Şirin Saka, postales y muñequitos de adorno que ella y su marido Halit habían traído de las ciudades europeas por las que habían viajado juntos, pero ninguno de aquellos recuerdos me dijo nada. Yo persigo objetos que cobijen la vida en su interior. Y los del cuarto en el que dormía estaban dispuestos para crear una determinada imagen de Şirin Saka, estaban muertos.

De repente me acordé de mi primer encuentro con ella. Fue aquí, en Büyükada, en el jardín de la casa. Dormitaba en una silla, bajo el cenador cubierto de jazmines. Y a su lado, Sadık el mayordomo. Ambos tenían las

cabezas caídas sobre el pecho. En lo alto de la cabeza de Sadık brillaba al sol la calva que trataba de taparse con un par de pelos.

Fue la mañana del gran terremoto.

Nur tenía un valor loco. Muy a menudo se atrevía a lo imposible. Sin pensar en las consecuencias, esa noche se puso en marcha para salvar a su abuela y a Sadık, que habían quedado atrapados en Büyükada sin electricidad, sin teléfono, sin radio, sin televisión. Y me arrastró a mí tras ella… Cogí el bolígrafo. Podía empezar mi artículo con esa escena.

No había pasado ni una hora desde el terremoto cuando el coche de Nur se detuvo con un frenazo delante de nuestro edificio. Yo la esperaba con la bolsa de la cámara al hombro en medio de una gran indecisión. ¿Iba al periódico o me quedaba con mi madre? ¿Subía de una carrera y recogía las joyas de mi madre y el bolso donde guardábamos el certificado de propiedad del piso y las libretas de los bancos o me resguardaba de las réplicas?

Cuando mi madre y yo bajamos corriendo aturdidos la primera sacudida acababa de terminar. Como todo el mundo, nosotros nos habíamos refugiado en el patio de la iglesia de la calle de atrás. Se había reunido allí el barrio entero. Desde la loca de Cavidan Hanım, que todos los domingos tiraba por la ventana al patio de la iglesia botellas de plástico llenas de orina, hasta la viuda de mediana edad a la que mi madre y Nur espiaban las tardes de verano sentadas en el balcón de atrás, o la pareja de artistas jóvenes que discutían a grito pelado en pleno día, todo el mundo. Las vidas que hasta entonces se contemplaban por los resquicios de las ventanas de atrás que daban a los jardines de los bloques de pisos se habían encontrado en el patio de la vieja iglesia. Nadie sabía cómo se llamaba el vecino, pero las caras eran conocidas. Con el espanto de la muerte que golpeaba la tierra con estruendo, nos consolábamos unos a otros en los bancos de la iglesia, arrojados bajo pinos centenarios.

Dejé a mi madre al cuidado de nuestra vecina, la señora Efterpi, y de su hija y su yerno, que esa semana habían venido desde Atenas a Estambul para bautizar a su hijo, y me volví a echar a la calle. No estaba tranquilo, pero era periodista. En una noche así tenía que estar al pie del cañón.

Cuando el Fiat Uno burdeos de Nur se detuvo delante de nuestro edificio, me dije: «¡Qué mujer! Sin ningún miedo, saca el coche la noche del terremoto y viene a recogerme. ¡Me quiere! Me quiere a su manera, a la Nur, heroicamente». Por aquel entonces, yo tenía una novia, Çiğdem. Una muchacha dulce, bonita, inteligente, que estudiaba derecho en la Universidad de Estambul. Nur y yo trabajábamos en el mismo periódico. Ella estaba de becaria y yo como reportero. Nos mandaban juntos a cubrir las noticias. Preparábamos juntos la documentación. Éramos un buen equipo. Pensaba que había olvidado mi amor, que lo había superado. Me había convencido de que éramos amigos. Nur tenía razón. Los inevitables estragos de una relación amorosa no debían estropear nuestra amistad. Era demasiado valiosa.

Cuando me monté en el coche de Nur estaba tan convencido de que íbamos al periódico y tan ocupado observando y tomando notas de la gente aterrorizada que se había echado a la calle y llenaba plazas y parques, que solo en el último momento me di cuenta de que Nur se metía a todo gas por la carretera del puente del Bósforo. No íbamos al periódico, sino a Pendik. A Nur el terremoto la había pillado sola en casa. Se despertó al caérsele en el pie un pesado jarrón de cristal. Se asustó mucho. Su padre estaba de nuevo en un viaje de negocios y su madre había muerto hacía tiempo. Fikret vivía en su chalet con jardín en la urbanización de Levent. El traqueteo de la cristalería en el aparador resonaba en las paredes del salón. Nur se cagó de miedo y tal cual estaba, en bragas y con una camiseta de tirantes, agarró las llaves y salió disparada del piso. Menos mal que en el maletero del coche llevaba ropa de repuesto. Porque en esos años Nur tenía muchos amantes. Se arreglaba, se pintaba, salía con sus amigos de la Universidad del Bósforo por los bares de Taksim y seguro que acababa la noche en la casa de alguno de sus amantes. En el maletero del coche siempre llevaba unos vaqueros, una camiseta y un par de zapatillas de deporte para ponérselos por la mañana, cuando saliera de la casa del otro. Gracias a esa ropa de repuesto pudo cubrir su desnudez la noche del terremoto.

Lo comprendí. No íbamos al periódico, sino a la isla. A Büyükada. Nur me lo dijo después de cruzar el puente. Me enfadé. Me había engañado.

Otra vez. Yo debería estar cumpliendo con mi trabajo, pero estaba con ella. Miré por la ventanilla del coche, que avanzaba a toda velocidad. La ciudad estaba oscura como la pez. El cielo, como ocurría en las noches de aquel valle lejano y solitario donde nos conocimos, estaba completamente lleno de estrellas. Giraban, parpadeaban, palpitaban, nos recordaban que habitábamos una roca miserable, diminuta, sin importancia, incapaz de producir siquiera luz y calor. La vida no era algo tan valioso como pensábamos. Ahí lo teníamos, podíamos morir en una sacudida mínima de este despreciable trozo de roca, brevísima, que no llegaba a durar un minuto. Y quizá hubiera muertos. Todavía no tenía noticia de los miles de almas que se había llevado el terremoto.

Nur no me escuchaba. Pisaba a 140 en aquella negra oscuridad, por el carril de la izquierda de la desierta carretera de circunvalación. El pequeño Fiat Uno se sacudía y traqueteaba, pero seguía avanzando. No sé de dónde se lo habría sacado, pero Nur había recibido información de que el epicentro del terremoto había sido en las islas. Quizá se lo inventó. O se había dejado llevar por una alucinación. Su abuela no tenía teléfono móvil y el fijo de la casa de Büyükada no daba señal. Nur me hacía marcar continuamente el número de aquel teléfono fuera de servicio por si acaso funcionaba. Pero no. Las líneas se habían bloqueado en todo el país.

Por otra parte, maldecía a Niyazi, el aparcacoches de la calle Küçükparmakkapı a quien le había confiado su Fiat la semana anterior. Le había robado el radiocasete. O había hecho que se lo robaran. O él había cerrado los ojos cuando se lo robaron. Por culpa de ese hijo de puta y mariconazo de Niyazi, maldito sea, ni siquiera podíamos encontrar una emisora de radio de la que pudiéramos obtener una información decente. El terremoto había golpeado las islas. Encontraríamos a su abuela bajo los escombros. Si teníamos suerte, podríamos salvarla. Todavía estábamos a tiempo. El cuarto de la abuela estaba en el segundo piso, si solo se le había hundido el tejado encima, puede que estuviera viva.

Nur no pensaba con claridad. Ni Nur, ni yo, que primero me monté en el coche y luego en la lancha de fibra de vidrio que su padre tenía en el club náutico de Pendik. Me monté a sabiendas de que Çiğdem nunca me

perdonaría aquella aventura. Me dejaría por haberme ido a Büyükada con Nur en lugar de pasarme por la residencia de estudiantes de Çemberlitaş en la que vivía. Y también tendría problemas en el periódico. Nadie notaría que faltaba la novata becaria –sí que lo notarían, pero no le darían demasiada importancia–, pero, sin duda, en una noche así mi ausencia, la del nuevo reportero, promesa de futuro en la Agencia de Noticias Estambul, llamaría la atención de mi jefe Ömer.

Sí, la locura de Nur de aquella noche me metería en más de un lío, pero cuando llegamos a Büyükada con las primeras luces del día, encontramos a la señora Şirin dormida bajo el cenador de los jazmines del jardín, junto a la mesa de mármol con las patas de hierro forjado y de la mano de Sadık, y Nur se abrazó a las rodillas de su abuela y empezó a llorar a mares, comprendí que la escena de la que estaba siendo testigo valía cualquier problema que se me pudiera venir encima. Porque nosotros, los que vivimos en ese pedazo de roca tan insignificante dentro del universo, tenemos un vínculo tan fuerte que nos une unos a otros, que aunque se juntaran millones de esas estrellas que giraban, parpadeaban y palpitaban en el cielo, nada palpitaría como ese corazón humano que se moría de miedo ante la idea de perder a su abuela.

Mientras Nur lloraba con la cabeza apoyada en el regazo de su abuela, mientras derramaba en la manta que le cubría las piernas a la anciana las lágrimas que retenía desde la muerte de su madre, comprendí por qué a los ascetas y derviches que se consagran a la vía mística les llaman «enamorados». El amor era algo sublime. Y no tenía equivalente en el mundo, ni físico ni espiritual. El amor era un don de Dios, oculto en el corazón humano para que pudiera ver la verdad. Realmente existía eso llamado «el ojo del corazón». Y yo, al contrario de lo que creía, no había superado en absoluto el amor que sentía por Nur. Para mí, Nur era un vehículo. Había entrado en mi vida para despertar el amor de mi corazón. Mientras permaneciera cerca de mí, sería capaz de diferenciar la verdad de la mentira.

Mientras pensaba en todo aquello, mi mirada se cruzó con la de Sadık. Comprendió lo que estaba pensando. Lo comprendió porque él también

había encontrado a la persona que despertó el amor de su corazón y nunca más la había dejado. Se puso en pie muy apurado. Dejó en el suelo el cachorro que tenía en brazos. Era una cosita muy mona, de ojos grises y pelo oscuro. Cuando el perro le frotó los tobillos con su húmedo hocico, Nur también levantó la cabeza. Şirin Hanım tomó entre sus transparentes manos de venas moradas la cara de su nieta. Miró a Nur con un brillo incomparable en sus ojos verdeazulados. Corrían lágrimas por sus blancas y arrugadas mejillas. Şirin Saka estaba llorando. Mirando a Nur, aquella pintora airada, cuyo mal genio hacía temblar no solo a su familia, sino a todo el entorno artístico de Estambul, lloraba ahogándose, con dificultad, como si no pudiera aguantar el amor de su corazón. No sé cuánto tiempo estuvimos contemplándolas Sadık y yo, sin hacer un ruido, a abuela y nieta llorando, a las mujeres que amábamos.

De repente empezó a funcionar la grabadora y volví en mí con la voz de Fikret.

«¿Dónde visteis al cura, abuela?».

Chasquidos en la grabación. Me coloqué bien los auriculares. El girar de la cucharilla en el vaso de té, el golpear del tenedor en el plato. Luego el encendedor Zippo de Nur. Murmullos de Sadık. Está usted cansada, doña Şirin. Pueden continuar esta tarde. Así don Burak también podrá descansar. Nur dice algo. ¿Qué? Discute con Fikret. Has cortado el fluir de la entrevista, con lo a gusto que estaba hablando. ¿Qué pasa con un cura? En aquellos años las iglesias estaban llenas de curas. Todavía no habían empezado a tirarlos al suelo y a circuncidarlos. Un estrépito. A Sadık se le había caído al suelo el molinillo de pimienta de madera. Y en ese momento, justo en ese momento… En ese momento que coincidía exactamente con la mitad de la hora de grabación, se pronuncia algo. Un detalle que discuten Sadık y la señora Şirin. Tengo todos mis instintos en alerta. Las voces se mezclan. Sadık y Şirin. Nur y Fikret. Regresamos a casa el día en que el cura encontró el icono, lo contamos en la mesa, Sadık… Y a la mañana siguiente… Tu madre servía el desayuno. Había encendido el samovar… No, doña Şirin, con todo respeto, pero… ¡Calla! ¿Lo vas a saber tú mejor que yo? Entonces tú eras un chiquillo… Abuela, ¿puedes contarlo desde el

principio? ¿De qué icono estáis hablando? ¿De quién era el icono? ¡Fikret, mira que insistes! Está tratando de contar otra cosa, ¿es que no la oyes? Burak, será mejor que hables con la abuela a solas. Doña Nur tiene razón. Voy a llevarla a su habitación, doña Şirin. Descanse un poco. Fikret. Nur. Nur y Fikret. Sadık. Frases entrecortadas de la señora Şirin. Enterrado. El cura. Nosotros estábamos tomando té. La estufa estaba encendida. Mi señor padre puso la cabeza entre las manos mientras hablábamos del cura. ¿Y luego? ¿Qué pasó luego? ¿Qué es lo que estaba diciendo yo, Sadık? ¿Dónde está Sadık? El sonido de una campanilla, subiendo de volumen. Todo lo llena aquel tin tin tin. Perplejidad en los rostros adormilados de los clientes del café. ¡Ay va!, ¿me habré dejado encendido el altavoz de la grabadora? No, viene de los auriculares. ¿Qué sonido? ¿Adónde miran todos vueltos hacia Maden? ¿Ese sonido, esa campanilla?

–¡Burak! ¡Burak! ¡Buraaak!

Selin se metió en Horoz Reis con la bicicleta, llegó a toda velocidad a las mesas más cercanas al mar y clavó el freno. Las ruedas levantaron un polvo blanco. Me dio vergüenza. Me quité los auriculares aparentando tranquilidad y alcé las cejas. ¿Qué pasa, Selin? Era Selin quien tocaba el timbre como loca. Dejó la bicicleta entre dos mesas y entró. Tenía rojas las mejillas y los ojos azul marino como si les hubiera dado una descarga eléctrica.

–¡Burak, no te vas a creer de qué me he enterado! –gritó sin aliento–. Rápido, recoge. ¡Tienes que oírle la historia a la bisabuela antes de que se le olvide! Levántate, levántate, levántate. Nos vamos.

14

Entré en la biblioteca. La puerta crujió.

La bisa estaba sentada en el sofá frente a la chimenea. Pequeñita, chiquitita. Si le dieras un abrazo se te escurriría como si fuera de jabón. Si la rozaras se desintegraría, se desharía en cenizas. Se ha peinado el pelo platino y se lo ha recogido en lo alto de la cabeza con sus peinetas de hueso. Lleva el camisón de seda multicolor. A pesar del calor se ha puesto las medias blancas de las varices hasta las rodillas. Con su piel transparente y sentada así de tiesa parece una muñeca de porcelana. La muñeca Şirin. Se me vino Sartre a la mente. ¿De verdad se habría acostado con él? ¿Habría gemido de placer entre los brazos de Sartre esa anciana pequeñita absorta en el espectáculo de la chimenea apagada y vacía? ¿Habría tenido orgasmos? Si me siento a su lado y le pregunto: Şirin mía, dime, ¿cómo era Sartre en la cama? ¿Te dejó satisfecha? ¿O lo fingiste? ¿Gemiste para que se sintiera bien, para que no pensara que sus juegos amorosos dejaban que desear? ¿Le diste la impresión de que con un par de caricias podías alcanzar la cima del placer?

La biblioteca estaba en penumbra y sin ventilar. Sadık había echado las cortinas otra vez. Cortinas gruesas de terciopelo burdeos. Fui hasta la ventana del frente, desde la que se ve el mar. Corrí la cortina y abrí la ventana. ¡Oh, qué gusto! La brisa salada y húmeda se mezcló con el olor a polvo y muebles viejos de la biblioteca. El mar parecía una sábana de puro liso. Los vecinos de al lado estaban preparando una barbacoa en el jardín. Colocaban las mesas en línea como arriates en el lado del jardín que daba al mar. Mesas de plástico blanco, platos blancos, sillas cojas de plástico… Tenían invitados de Estambul para la fiesta. Reían llevando al jardín carne pinchada en brochetas, albóndigas, tomates, pimientos… Delante, en el

espigón de cemento, sus rubios hijos se bañaban vigilados por la asistenta filipina. El jardín parecía el set de un anuncio de televisión. El césped verde fosforescente todo cortado a la misma altura, rosas amarillas y blancas, hortensias y margaritas blancas y amarillas se mecían al viento con la armonía de una orquesta sinfónica. A su lado, nuestro jardín parecía producto de otro clima. Una fuente de vergüenza botánica. Un batiburrillo seco. Y además las ramas de nuestra morera caen sobre su jardín y les manchan los guijarros de los caminitos que han hecho por el césped. No les caemos muy bien porque no les damos permiso para podar la morera.

Al volverme de la ventana mis ojos no se acostumbraron de inmediato a la penumbra. Avancé medio a ciegas sorteando la enorme y pesada mesa de café de madera, las estanterías y la mesa del comedor, cuyas posiciones me sabía de memoria, y me detuve delante de la bisabuela.

–¿Vemos las fotos, bisa?

No me contestó. Cuando era pequeña me pasaba horas de rodillas delante de las estanterías mirando fotografías. Entonces la bisabuela era como un rayo. No se quedaba mirando al vacío como ahora. Me contaba largo y tendido la historia de cada foto. Me alegro de que me las contara entonces porque ahora yo se las repito. Me puse de puntillas y cogí de lo alto de la estantería que había junto a la chimenea la vieja caja de chocolates forrada de terciopelo rojo. De nuevo se habían acumulado dos dedos de polvo sobre los manoseados clásicos universales de la estantería. Ese par de pirados, Sadık y Şirin, no dejan traer a nadie para que limpie la casa. Con lo que insiste mi padre. Y tampoco logran mantener una cuidadora. Vinieron un par de ellas que trajo mi padre a pesar de sus protestas. Las pusieron en fuga. Tienen la enfermedad de la soledad.

Me senté junto a la bisabuela. Se estiró hacia la caja, que yo tenía sobre las piernas. Alargó sus retorcidos y huesudos dedos y sacó una fotografía. Se la acercó a la cara y la miró. Yo también me incliné para mirarla. Era una foto de mi padre y mi tía Nur montados en unos columpios. Los habían colgado de los hierros de la parra del jardín. La tía era muy pequeña, pero estaba muy mona, con un vestido azul marino y blanco con volantes. Llevaba también unos calcetines blancos con unos pompones pequeñitos.

Una mano la sostenía por la espalda para que no se cayera. Mi padre tendría siete, puede que ocho años. También a él le habían peinado cuidadosamente, mojándole el pelo y haciéndole la raya a un lado. Estaba de pie en el columpio. Como siempre, delgado, alto y con la cara larga. En cambio, la tía Nur está para comérsela. Se ríe. A la luz que se filtra por entre las hojas de la parra los ojos se le ven enormes y verdes.

La bisabuela dejó la foto en la caja y suspiró. ¿Significarán algo para ella esos niños en los columpios? Me acerqué a la estantería y cogí otra caja. La forrada de terciopelo verde. De nuevo el mismo olor a chocolate, pero distintas fotografías. Prácticamente todas son en blanco y negro; solo hay un par de ellas en color, pero son polaroid. Ahora que entre los amigos están de moda las polaroid, deberían venir y aprender de Şirin Saka quién es *hipster* y quién no.

–Ven, vamos a ver estas, Şirin. Mira quién hay aquí.

Cuando nos quedamos solas, como ocurre ahora, me gusta llamar por su nombre a la bisabuela. No protesta. Quizá no me oye. Así nos convertimos en una pareja de amigas. Şirin y Selin.

Escogí una fotografía al azar. En blanco y negro. Tres niñas. Están sentadas en el suelo en el porche delantero de la casa, sobre unas telas extendidas. La mayor es una rubia muy mona. De quince o dieciséis años. Está cosiendo. O bordando algo en la tela que tiene en las manos. La más pequeña, de unos nueve o diez, tiene las piernas regordetas, el pelo corto y cara de traviesa. La de en medio, que incluso de niña tiene unos ojos relumbrantes capaces de hechizar a cualquiera que pase por la calle, es mi tocaya Süheyla. La abuela que no llegué a conocer. Como murió muy joven, me es imposible imaginármela como abuela. Para mí es como si fuera un personaje de novela. Un nombre. *Forever young* Süheyla.

–¿Quiénes son estas otras dos niñas, Şirin? ¿Amigas de Süheyla? Mira, ella es la más guapa. ¿Lo ves?

La bisabuela me quitó la foto de la mano. Se puso las gafas que le colgaban de una cadenita del cuello. Pasó el dedo por los rostros de las niñas, una por una. Yo contuve la respiración. ¡A veces cuenta unas historias así de repente…! Una vez me contó que, siendo estudiante en

París, había posado desnuda en la academia para sacarse un dinero. Viendo fotografías también de Süheyla. ¡A saber qué tenía que ver! Pero cogió frío y se pasó días enferma en cama. No tenía a nadie. Creía que se iba a morir. Ese tipo de historias.

Pero esta vez dejó la fotografía en la caja sin decir nada. Me pasó otra. De nuevo Süheyla. Montando a caballo. Debía de ser en la Ruta del Gran Tour. Detrás se ve la isla de Heybeli. El mar es infinito. Las nubes, bolas de algodón. Alguien sujeta las riendas del caballo. El largo pelo de Süheyla revolotea. Sonríe vergonzosa. Hay montones de retratos de Süheyla porque su padre, mi bisabuelo el catedrático de matemáticas, era muy aficionado a la fotografía. Con la máquina Kodak que se había traído de Alemania trataba de capturar cada instante de su hija.

Aquí Süheyla comiendo un helado. Al fondo una mansión. Puede que un hotel. Aquí está tomando el sol. Echada en una tumbona en el embarcadero de madera que hay delante de la casa. Se tapa la cara con la mano porque le da el sol. Y también sonríe. Lleva un sombrero de paja muy grande. Las maderas de nuestro embarcadero todavía no están podridas y rotas. Süheyla bailando con un muchacho alto y moreno en el salón de baile del hotel Splendid, delgadita, altísima. Los pechos pequeñitos. Esta la tomó el fotógrafo del hotel. En ella Süheyla no sonríe. No es que esté triste, pero tiene una expresión ensimismada. De todas maneras, está bonita. Muy bonita. Tiene un cuello de cisne. Brazos finos. Más guapa que yo, que la tía Nur, que todas las mujeres de la familia. Quizá porque tiene una postura como si supiera algo que nosotras ignoramos. ¿Qué será lo que sabe?

De repente la bisabuela tiró la fotografía que tenía en la mano. Había apuntado a la chimenea apagada. Murmuraba algo incomprensible. La fotografía cayó al suelo girando en el aire sobre la alfombra azul marino a nuestros pies.

–Deja eso, ¡trae la azul!

Me puse de rodillas y miré la foto en el suelo. En ella la abuela Süheyla era niña. El pelo corto, con flequillo. Está sentada en las piernas de su padre. Lleva pantalones cortos. Parece un uniforme de *scout*. El pantalón va con tirantes. Padre e hija leen el mismo libro. Uno de los tomos en blanco

de los clásicos universales del estante de abajo de la librería. El catedrático de matemáticas tiene unas gafas de cristales redondos. Los dedos que sujetan a Süheyla son largos, delgados, blanquísimos y limpios. ¿Ahora por qué ha tirado esa foto la bisabuela? ¿O es que le han dado celos de la intimidad entre padre e hija? Miré una vez más la foto. Desde luego, podría ser. Padre e hija parecen tan próximos, tan íntimos, tan autosuficientes… Me volví y le acaricié las rodillas a la bisabuela. Para que comprendiera que había comprendido. Se apartó. Estamos en uno de esos días en que no quiere que la toquen. Entendido. Dio una patada en el suelo como un niño con un berrinche.

–¡Trae la azul!

La azul que decía era la caja azul marino. En ella estaban las fotografías más antiguas. Fotografías de juventud de Şirin Hanım. Fotos de tamaño pequeño, con los bordes recortados, algunas hechas en estudio, otras impresas en cartulina de postal. De niña esa era la caja que menos me interesaba. Sin embargo, ahora sí que me resulta curiosa. Antes de que pudiera sentarme de nuevo en el sofá, la bisabuela me arrebató la caja de las manos. Ansiosa, rebuscó algo entre aquellas fotografías polvorientas, sepia, oscuras. Por fin lo encontró. Asintió con la cabeza mientras sostenía la foto entre sus retorcidos dedos.

Alargué la cabeza y la miré por encima de su hombro. Se me llenó la nariz con las partículas de polvos de talco que la bisabuela se ponía todas las mañanas con ayuda de Sadık. Un olor muy conocido y también de tiempos lejanos y oscuros. Como el interior de los cajones forrados con papel de flores de la habitación donde se queda mi padre en esta casa. Antiguamente, la habitación era de nuestro bisabuelo el catedrático de matemáticas. El mismo que en la fotografía que hacía un instante había tirado mi bisabuela abrazaba a su hija Süheyla y leía un libro con ella. Murió cuando Süheyla tenía quince años. Lo sé por las historias que Sadık cuenta a trozos. Después de la muerte de su padre, Süheyla se quedó muy triste. Y, en cuanto terminó el bachillerato, se casó con un rico empresario. Mi abuelo. El padre del mío y de la tía Nur. Tercan Bulut. Ahora Tercan Bulut se ha hecho bastante rico, pero no nos hace el menor caso. Cuando

Süheyla murió de un ataque al corazón, se casó con otra mujer muy joven a la que conoció en Tailandia. Más joven que mi padre. Papá y la tía Nur ya no ven a su padre. Y, como consecuencia natural, yo no conozco a mi abuelo. Me apaño con las historias del abuelo de mi padre y mi tía Nur.

Ahora miramos otra fotografía. Şirin Saka sentada en un café de París. La mesa es redonda. Sobre ella hay una taza de café y un croissant. La joven Şirin lleva el pelo corto. Se lo han ondulado. Se ha pintado los labios con un carmín muy oscuro. Ha dejado el sombrero sobre la mesa. Debe de ser un día de invierno. Viste un abrigo de color claro. Se sienta cruzando las piernas. Tiene los tobillos muy delgados y las correas de los zapatos de punta los envuelven prietamente. Le pegaría tener un cigarrillo entre los dedos, pero no. Con una boquilla bien larga. Por lo que sé, no ha fumado nunca a pesar de su vida bohemia. A pesar de haber posado desnuda en la academia. Quizá la mañana que se tomó esa fotografía había ido al café después de dejar la cama de Sartre.

–¡Pero qué guapa estás, Şirin! Seguro que todos los hombres se morían por ti.

Me reí. Le di un ligero codazo en el brazo de piel arrugada y colgante, aunque no alteró su gesto serio. Encontró otra fotografía y me la pasó. Muy pequeña. Oscura, sepia. Con los bordes recortados. Hecha en estudio. Un montón de niños y en medio una mujer. Miré las caras atentamente para ver cuál era mi bisabuela.

–¿Es tu madre esta mujer?

Sin respuesta.

–¿Son estos tus hermanos, Şirin? ¿Cuál eres tú? Cuántos niños hay… ¿Cuántos hermanos tenías?

Me puso en la mano una nueva fotografía. Otra vez con los bordes recortados. Otra vez sepia oscuro. Otra vez de estudio. Un hombre. Solo.

–¡Mira bien! ¿Lo has mirado bien?

Vale, vale, lo he mirado. ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿A qué vienen tantos nervios? El hombre apoya un codo en una mesilla alta. Está ligeramente girado a un lado. El bigote retorcido. Viste un traje muy elegante. ¡Ah! ¡Cuánto se parece a mi padre! La misma silueta alta y delgada. Una pinta

como de resentido. El mundo le debe algo. ¿Qué? No lo sé. Puede que la bisabuela lo sepa. ¡Es igual que mi padre!

–¿Es tu marido, Şirin? ¿Halit Bey, el catedrático de matemáticas? ¿No, Şirin? Mira esta foto.

Silencio. Le di la vuelta a la fotografía. Letras en otomano. Pero vi el año. 1927. ¿O sea? Teniendo en cuenta que la bisabuela tiene cien años, este hombre no es su marido. Entonces ¿quién es? ¿Su padre? ¿Será este el tatarabuelo que mi padre busca como loco?

–¡Ah, bisa, es tu padre! ¿No? Bisa, me voy a llevar esta foto. Se la tengo que enseñar a papá. ¿Vale? Luego la vuelvo a poner en su sitio, palabra. La verdad es que, mira, cómo se parece a papá. ¡Qué barbaridad, si son exactamente iguales! No me lo puedo creer.

La bisabuela no dice ni mu. ¿Y? ¿No me decías hace un momento que mirara la foto, que la mirara bien? Y ahora nada, entre nosotras hay un silencio profundo, como de antes de la tormenta. Un murmullo como cuando al ordenador lo fuerzas más de lo que da de sí. El disco duro empieza a calentarse ligeramente y pronto el sistema hará un *shut down*. Perderás todos los cambios que no hayas guardado. Me preocupa.

–Bisa, ¿estás bien? Mira…

Y en eso, la bisabuela resopla y ¡la bomba!

–Mi padre se pegó un tiro.

–¿Qué? No te he entendido.

Dejó la caja azul a su lado, sobre el sofá. Se volvió hacia mí. A la luz tenue la barbilla y la nariz parecían bastante más puntiagudas. Muy despacio, subrayando cada palabra, repitió:

–Mi padre se pegó un tiro. Ya te lo he dicho. ¿Qué es lo que no has entendido?

Me puse en pie. Tenía que hacer algo. De inmediato. Me dirigí hacia la puerta con la vieja fotografía en la mano. Cambié de idea. Se la devolví a la bisabuela. La cogió pero no la miró. Simplemente la sostuvo entre sus añosos dedos. Tenía la mirada fija en la apagada chimenea. Se había quitado las gafas. Habló como si tuviera la boca llena de piedras:

–Acababa de desayunar. La estufa estaba encendida. Meryem estaba poniendo té del samovar en los vasos. Los cristales estaban todos empañados. Mi padre se dio la vuelta, cogió de la pared el máuser Kırıkkale. Se puso el cañón en la boca. Se disparó. La cabeza le cayó en el plato que tenía delante. El plato se partió en dos. La sangre salpicó toda la pared. Por mucho que frotamos, la mancha no se fue.

Salí corriendo de la biblioteca. Crucé el *hall* estrepitosamente. En el jardín agarré la bicicleta y ¡directa al café Horoz! Hacía un momento Burak había subido a Instagram una foto desde allí. ¡Ojalá todavía esté! Espera un momento, Burak; espera, no te vayas. ¡Tienes que oír esta historia! Tienes que escuchársela de sus labios a la bisabuela antes de que se le cierren las puertas de la mente. Estoy llegando. ¡Espera, Burak, no te vayas! Espérame.

15

Doña Şirin no probó bocado del desayuno que le llevé esa mañana a su dormitorio. El alegre estado de ánimo que tenía ayer por la mañana en el comedor con los chicos hoy ha desaparecido, se fue. Es una pena. Si me lo preguntan ustedes, ayer la cansaron un poco en el desayuno. Ellos no se dan cuenta. Le preguntaron de esto y de lo de más allá. La atosigaron para que contara una serie de detalles irrelevantes del pasado. Y agotaron las fuerzas de la señora. La llevé a su habitación para que descansara. Gracias a Dios, ni don Burak ni los chicos volvieron a molestarla, pero, de todas maneras, hoy se ha despertado indispuesta y sin apetito. Y eso que le preparé el pan que esta mañana compré recién horneado en la tahona de Niko rebozándolo en huevo, como le gusta. Ni lo tocó. Únicamente tomó café. Y sin añadirle leche. Cuando toma ese café que más parece veneno le tiemblan las manos. Hay noches en que no se acierta la boca con la cuchara de la sopa, que le chorrea en la servilleta que le anudo al cuello. En esos momentos, alza las manos y se las pone ante los ojos. Las mira y las mira. No dice palabra. Pero sé que sufre. Algo dentro de mí me duele con el silencio de la señora.

Esas manos que en tiempos destilaban vida. Que despertaban en mí mundos que ni siquiera yo sabía que guardaba en mi interior. Un suponer, doña Şirin pintaba un color sobre la superficie del lienzo, un único y simple color, y yo de repente comprendía qué era lo que estaba retratando. Ella se daba cuenta de inmediato de que yo me interesaba por lo que pintaba, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo. Quizás contenía el aliento, o emitía algún ruido inconsciente con la garganta. Me preguntaba: «Sadık, ¿qué ves en este cuadro?». Yo guardaba silencio. ¿Cómo podía contestar? Se enfadaba. «¡Habla, hombre! ¿Qué ves?». No podía decirle: «Veo cómo la mimosa golpea el cristal de la ventana en la lluvia de junio». No me

correspondía a mí decirlo. Como seguía callado, la señora dejaba caer al costado las manos manchadas de azul, anaranjado, granate… «Por Dios, Sadık –decía–, el arte siempre toca el alma a todo el mundo. Si la tuya ni siquiera la roza, es que mi obra no es arte».

Todo eso se me vino a la memoria mientras me entregaba con sus manos temblorosas la bandeja de la que no había tocado nada excepto el café. Por las tardes, cuando se sentaba completamente exhausta ante la chimenea, yo le limpiaba la pintura de los dedos con aguarrás. Por entre los azules y los anaranjados se abría como una azucena el blanco de su piel. Tomé la bandeja, crucé el vestíbulo. Al entrar en la cocina me llegó música a los oídos. Venía del comedor. Empujé suavemente la puerta y miré. ¿Y qué es lo que vi? A doña Nur completamente sola, sentada a la mesa vacía, llorando. Agarraba la taza de café con ambas manos y las lágrimas le corrían por las mejillas como hilachas. Se me rompió el corazón. De pequeña también lloraba así, con mucho sentimiento, la pobre criatura. Retrocedí. No me había visto. Dejé silenciosamente la bandeja de doña Şirin en la cocina y pasé a mi cuarto. No importaba si limpiaba por la tarde. Lo dejaría para que doña Nur llorase a gusto.

No obstante, al entrar en mi habitación no supe qué hacer. No estoy acostumbrado a pasar el rato en mi cuarto durante el día. No estaría bien. Y eso que esta habitación que me asignó doña Şirin es amplia de sobra y además tiene una calidez que te anima el alma. O quizá me lo parece por ser la única de muros de ladrillo rojo visto. A veces pienso que esta es la única habitación de la casa en la que podría dormir con comodidad. Como doña Şirin es una persona de gran corazón, me acogió aquí tras el fallecimiento del difunto catedrático Halit Beyefendi e instaló al jardinero y a su familia en la caseta junto al mar.

Al principio, cuando Halit Beyefendi compró esta casa, yo vivía en esa caseta. No es que tuviese queja, por Dios. Todo lo contrario. Cuando me despertaba al amanecer y veía ante mi ventana el mar como una balsa de aceite y las barcas de pesca echando el anzuelo, me llenaba de gozo como un niño. Y cuando el viento enloquecía las noches de invierno y las olas se alzaban y golpeaban la madera del embarcadero, inevitablemente se me

venía la infancia a la mente. No obstante, no creo que doña Şirin viese adecuada para mí la caseta porque le recordaba aquellos días. En esos remotos tiempos vivíamos en una montaña muy lejana. Doña Şirin vivía con su señora madre y su señor padre, Nuri Efendi, en la casona grande. Mi madrecita y yo nos quedábamos en una dependencia de dos habitaciones. Estaba unida al caserón de piedra por un pasadizo subterráneo. El pasadizo era oscuro y húmedo. En unas hornacinas en los muros había velas para encenderlas. Unos ojos me seguían cuando iba por él. Me daban escalofríos. Si necesitaban a mi madre en plena noche, por los muros cubiertos de musgo del pasadizo resonaba el eco de una campanilla. Entonces mi pobre madrecita corría a asistir a la señora sin atender a mis lloros ni a mis quejas. Me daban miedo las tormentas que se desataban al otro lado del muro. A solas en la cama que compartía con mi madre lloraba por si el rabioso viento arrancaba nuestra barraca de la mansión a la que estaba unida y se la llevaba por delante.

Cuando el profesor Halit compró esta casa, aquella gran mansión ya no existía. Doña Şirin la había vendido. Supongo que con el dinero compraron esta casa de la isla. Todo lo que habíamos vivido allí había quedado en el pasado tiempo atrás. En los años transcurridos tuvieron lugar muchos acontecimientos, luego doña Şirin estudió pintura en París y regresó y se casó con el profesor Halit. Cuando me dijo «El chamizo junto al mar es tuyo, Sadık» es muy probable que no recordase que se estaba repitiendo el mismo arreglo de cuando éramos niños, por supuesto.

Entre el dormitorio de doña Şirin y mi cuarto de ahora están la cocina, la despensa y el excusado. El mío da a la fachada de atrás y el suyo hacia la parte delantera. A pesar del espacio entre ambas habitaciones, me pongo en pie de inmediato al primer ruido de la señora. Algunas noches me llega al oído el sonido de sus zapatillas. Y eso que no oigo bien. Ya lo he comentado. No obstante, cuando se trata de mi señora, escucho la noche como un lobo y oigo incluso el rumor de sus zapatillas arrastrándose por el parquet. Doña Şirin va de la cama a la ventana, allí se para cuan alta es, luego se da media vuelta y se mira al espejo. Hay noches en que no se separa de él. Me pone muy nervioso. Me asusta que se quede dormida allí

sentada, que se le caiga la cabeza y se golpee con una esquina del tocador, Dios no lo quiera, y voy a su habitación. Pero el espectáculo que me encuentro allí me asusta más todavía. Me la encuentro sentada ante el espejo. Como es de noche, en realidad no se refleja nada, pero es como si doña Şirin viera lo que yo no veo porque en la superficie del espejo está dibujando con lápiz de ojos su propia imagen.

Por la mañana preparo una bayeta con jabón y borro la imagen del espejo. Mientras la borro me deja maravillado. El retrato se parece de manera sorprendente al original. No le falta ni una línea, ni una sombra. A veces también me da un escalofrío, puesto que doña Şirin ha pintado tres retratos distintos en las tres hojas del espejo. Se miran entre ellos. Mientras borro uno, los otros dos mantienen sus ojos sobre mí. Siento un desasosiego tremendo. No obstante, lo dejo de lado y, con la misma meticulosidad que demostraba en tiempos cuando le limpiaba las manos de pintura con aguarrás, voy borrando uno a uno los dibujos trazados en cada hoja del espejo. En el espejo ya limpio no aparecen azucenas, sino mi anciano rostro.

¡Ay, la mente! ¡Ay, la mente! Uno debe tener siempre las manos ocupadas en alguna labor. En caso contrario, la mente se sumerge en insólitas fantasías y recuerdos. Yo no sé, como doña Nur y don Fikret, quedarme a solas en mi habitación. Adónde se me ha ido la cabeza. Incluso en invierno, cuando en la casa nos quedamos doña Şirin y yo, una vez que termino con las labores de limpieza y en la cocina, me siento en la biblioteca en un sillón un poco más allá del de la señora. Cuando llega la hora de acostarse, entonces es cuando me retiro a mi cuarto.

En tiempos del difunto profesor Halit, aquí se guardaban los instrumentos musicales. La señorita Süheyla tenía talento para la música. Tocaba muy bien el violín y el piano. Y en ese rincón que ahora dejo vacío estaba el contrabajo de su padre. El mencionado contrabajo era un instrumento tremendo que ocupaba una cuarta parte de la habitación. Supe por el profesor Halit cómo se llamaba cuando me trasladé a esta casa. De hecho, una vez el señor profesor se inclinó y me susurró al oído como quien

cuenta un secreto: «¿Sabes, Sadık? Compré esta casa solo porque la vendían con el contrabajo».

Al parecer, desde siempre había tenido el deseo de aprender cómo se tocaba aquel instrumento. Cuando los antiguos propietarios, que eran una familia italiana, les dijeron al profesor Halit y a doña Şirin mientras les enseñaban la casa que se veían obligados a dejar, junto con el mobiliario, el piano y el contrabajo de la sala de música, el profesor Halit enseguida selló el trato con un apretón de manos. En realidad, el capital pertenecía a doña Şirin pero, quién sabe, quizás Halit Beyefendi contribuyó con el salario que ganaba en la universidad. Yo en esos asuntos no me meto.

Lo cierto es que cuando el profesor Halit empezó a tocar yo no entendía nada de la música que salía de aquel instrumento. De hecho, apenas entraba en este cuarto. Tenía trabajo de sobra. En aquel entonces Süheyla acababa de nacer y la vida se desarrollaba en el piso de arriba. Pusimos a la criatura en la habitación que da a la calle donde ahora se queda doña Nur. Doña Şirin estaba un poco de mal genio porque estaba enferma, se encontraba mal y no podía bajar a la biblioteca, que empleaba como taller. No soportaba que el profesor Halit tocara abajo, bum, bum, bum. Cuando empezaba a practicar con el contrabajo el parquet temblaba como un flan. A doña Şirin le daba dolor de cabeza. Gritaba desde la cama de la habitación de la niña y, como no se le oía la voz, lloraba. Y cuando ella lloraba, la niña Süheyla también lloraba. El profesor Halit no hacía ningún caso. Yo cogía a la criatura en brazos y la dormía.

Resumiendo, Süheyla creció. Empezó a tocar el violín. Solo entonces comprendí el sonido que producía el instrumento del profesor Halit. De la misma manera que doña Şirin insuflaba vida a sus obras usando un único color, el sonido del contrabajo del profesor Halit, que recordaba el estruendo de un sismo, adquiría sentido tan pronto como Süheyla tocaba una nota con su violín y se convertía en música. A partir de ese momento se despertó en mi espíritu la afición por la música. Cada vez que empezaban a tocar en esta habitación, me envolvía un sentimiento complejo, difícil de comprender y, aunque pretendiera mantenerme alejado, me encontraba plantado en la puerta sin querer.

A veces venía a la isla la hermana mayor del profesor Halit con sus hijas. Tenían casa en la isla de Heybeli. Venían con el vapor de la mañana y se daban un baño de mar con Süheyla. Eran muchachas muy sensatas. Por la tarde, después de la hora del té, se reunían todos juntos en este cuarto. La mayor, cómo se llamaba, ahora no me acuerdo, tocaba muy bien el piano. Así que la sentaban al piano. La pequeña Süheyla tomaba el violín inclinando su bonito cuello, tan delgadito. El profesor Halit pulsaba una nota en el contrabajo. En ese momento, yo dejaba lo que estuviera haciendo en la cocina y me metía en la despensa. Una de las paredes de la despensa está pegada a este cuarto. O bien, con la excusa de coger una escoba del armarito debajo de las escaleras, me entretenía un poco delante de la puerta. El profesor Halit asomaba la cabeza desde detrás del contrabajo y me decía: «Ven, Sadık». Muy avergonzado, me acercaba hasta el umbral de la puerta. Por otra parte, me reconcomía que doña Şirin pudiera enfadarse, puesto que la señora esperaba que estuviese listo para responder a cualquier necesidad que le pudiera surgir mientras pintaba en la biblioteca. No obstante, la música pulsaba algo dentro de mí de tal manera que me era imposible apartarme de aquella puerta.

Luego supe que, al parecer, el sonido resonaba de una forma especial en esta habitación. Eso también se lo escuché al profesor Halit. No se me olvida. Estaba en la mesa del desayuno. Entonces se sentaba donde ahora está sentada Nur llorando. También estaba solo en la enorme mesa. Sin embargo, él estaba contento. Doña Şirin se había encerrado en la biblioteca. Al profesor Halit no le importaba que se metiese allí tan pronto como se despertaba. Comía con ganas el huevo que le había servido y, por otro lado, escuchaba a Süheyla en el cuarto de la música. Mientras escuchaba cerraba los ojos y marcaba el compás dando golpes en la mesa con una mano. Esa mañana había llegado el profesor de canto de Süheyla. Le estaba enseñando una ópera. La voz de Süheyla era más hermosa que el más hermoso rumor de un arroyo y se elevaba con fuerza, casi como si sostuviese un micrófono en la mano. Me quedé pasmado. Por aquel entonces, yo también era joven, así que debió de darme un ataque de valor, de descaro, porque le pregunté al profesor Halit el secreto de aquello.

–Esa habitación tiene una acústica muy especial, Sadık, por eso. Se construyó específicamente como sala de música.

Tenía todo el aspecto de querer seguir hablando, pero yo ya había sido lo bastante impertinente y guardé silencio. Volvió a cerrar los ojos y se sumergió en la voz de Süheyla.

El profesor Halit pasó a mejor vida aún muy joven. Que Dios lo tenga en su gloria. Sucedió una noche. Estaban sentados en el comedor los tres, doña Şirin, Süheyla y el señor. Yo había servido la sopa. Todavía lo tengo en la memoria, era sopa de puerros con arroz. La preparé con zanahorias, patatas, cebolla y mucho perejil y menta fresca. Una sopa de verano bastante líquida y ligera. Las clases habían terminado y Süheyla y el profesor Halit habían llegado ese día a la isla. Doña Şirin y yo llevábamos casi dos meses aquí. Ese año también, tan pronto como los ciruelos florecieron por primavera, la señora me hizo preparar maletas y baúles. Dejamos al profesor Halit y a la niña Süheyla solos en Moda y nosotros dos nos vinimos a la isla. Abrimos la casa, la ventilamos y nos dedicamos a prepararla para el verano.

Esa noche estábamos celebrando que Süheyla y el profesor Halit habían venido de Estambul. Los colegios habían empezado las vacaciones de verano y padre e hija migraron a la isla. Doña Şirin andaba un poco irritable porque se le iba a cortar la inspiración, pero, en mi opinión, que la casa estuviese más alegre también la haría más feliz. El mes anterior en el país se había producido la revolución. Doña Şirin estaba satisfecha de que los militares hubiesen asumido el poder. «Si intentan gobernar el país con mentalidad de pueblerinos, esto es lo que pasa», decía. Süheyla contó que ella y sus compañeras de clase habían ido a la Plaza de Taksim y les habían entregado flores a los soldados. El señor profesor Halit tenía ciertas dudas, pero no entró en detalles. Doña Şirin acababa de terminar su último cuadro. Estaba de muy buen humor. En breve se celebraría una gala en el hotel Splendid y se expondrían sus últimas obras.

Abrimos cortinas y ventanas. Delante de una de ellas la mimosa susurraba de forma agradable y las ramas de la morera se inclinaban con el peso de los frutos. Era un año fecundo. En la radio sonaba un concierto de

piano. Süheyla llevaba el compás con los pies por debajo de la mesa. Yo había preparado cordero al horno en honor de Halit Bey y Süheyla. Le eché por encima romero que recogí del jardín. Retiré las escudillas de la sopa y traje a la mesa la bandeja del cordero. Süheyla y el profesor Halit Bey hablaban sobre un libro. Libro que había impresionado mucho a la niña. El profesor se reía mientras, por otro lado, cortaba la carne que le había servido en el plato:

–¿Qué necesidad había de escribir tanto? Con dos capítulos nos enteramos de lo que quería decir.

Süheyla protestó. Afirmó que el libro cambiaría el mundo. Que la autora, a pesar de ser rusa, había aprendido inglés y había escrito en inglés aquel libro grueso como un ladrillo. Al hablar le brillaban los ojos, se le enrojecían las mejillas y se aceleraba el ritmo que marcaba con los pies. Era la primera vez que veía a la niña hablar con tanta pasión de algo. Desde la puerta, donde esperaba listo para lo que quisiesen mandar, mi mirada se cruzó con la de doña Şirin. Ella estaba tan sorprendida como yo por el cambio de la pequeña Süheyla. También parecía divertida. Me miró alzando las cejas. Sonreí muy ligeramente. Tan ligeramente como para que solo lo viera doña Şirin. Y justo en ese momento el profesor Halit se echó a reír.

–El choque de una persona de corazón puro y mente inocente contra el poder ciego. Es una historia que se viene contando desde Homero, Süheyla mía. Si por lo menos tu escritora rusa supiera algo de literatu…

Se inclinó en la silla sin terminar la frase. La boca se le desencajó. Un lado de los labios sonreía y el otro estaba enfadado. Corrí de inmediato a su lado, pero llegué tarde. El profesor Halit se desplomó con un impresionante estruendo. Al tratar de agarrarse al mantel, el plato cayó con él. Por el parquet se desparramaron la carne de cordero, el puré y la ensalada. Yo no daba pie con bola. Süheyla, clavada en su asiento, temblaba como un pajarito. Doña Şirin tiró la servilleta que tenía en las piernas y se arrodilló en el suelo. Sus hábiles dedos, que yo había limpiado de pintura antes de cenar, encontraron la carótida del profesor Halit.

–¡Sadık, busca un coche de inmediato! ¡Ve y trae al doctor Kemal!

La voz le sonaba increíblemente tranquila. Gracias a eso pude volver en mí. Me puse de inmediato los zapatos y me puse en marcha.

Luego lo he pensado muchas veces. ¿Habríamos podido salvar al profesor Halit si esa noche no hubiésemos estado en la isla sino en Estambul, en el piso de Moda? Por aquel entonces no había hospital en Büyükada. Bajar a Estambul no era algo tan sencillo como ahora. Habría que esperar al vapor. O bien podríamos llegar al Hospital Numune de Haydarpaşa en alguna barca de pesca. El profesor Halit había tenido un ataque. No podría aguantar las sacudidas de una barca de pesca. El doctor Kemal se había arrodillado junto al profesor Halit y con una mano sostenía la nuca del señor y con la otra le tomaba el pulso mientras le daba su diagnóstico clínico a doña Şirin y enumeraba una por una todas las posibilidades. Halit Bey había sufrido una alferecía. Él utilizó la expresión «derrame cerebral». Había perdido la conciencia. La cara se le había quedado como si estuviese riendo con una mitad y enfadándose con la otra.

Cuando el doctor Kemal nos aconsejó que lo acostáramos en algún lugar cómodo y nos despidiéramos de él, yo sostuve a Süheyla por los hombros. La pobre niña se deshizo de mis manos y se encerró en la sala de música. Entre el doctor Kemal y yo llevamos al profesor Halit Beyefendi al saloncito que hay enfrente del comedor y lo recostamos en el sofá. El doctor Kemal no regresó a su casa de los pinares, sino que pasó la noche en el salón de doña Şirin. Tampoco ella durmió. Se sentó en el sillón dorado delante de la ventana. Süheyla no salió de la sala de música hasta la mañana siguiente. La pobre comprendió que el profesor Halit había entregado el alma cuando oyó carreras por el pasillo y pasos inquietos por las escaleras. Sentada en el sillón, doña Şirin contemplaba cómo el doctor Kemal le cerraba los párpados al profesor Halit Bey, cómo le cubríamos el rostro con la sábana blanca que yo había traído del piso de arriba, le atábamos la mandíbula y le poníamos un cuchillo sobre el vientre. La cara, los labios e incluso los dientes de doña Şirin habían perdido el color. Era como una escultura blanca y transparente. Sin poder impedirlo, pensabas que había perdido la vida con su marido.

Entonces oímos de repente el violín. Süheyla interpretaba una melodía de duelo. Era una pieza que había estudiado muchas veces con su padre. La extraordinaria acústica de la sala de música transportaba las notas a todas las habitaciones de la casa, el sonido que se alzaba se multiplicaba al golpear paredes, ventanas, el parquet del suelo y la piedra de la chimenea, pero de ninguna manera llegaba a compensar la ausencia del contrabajo. La falta de ese instrumento, del que en tiempos incluso ignoraba el nombre, abría un vacío en mi corazón.

Sin movernos del sitio escuchamos aquel sentido fragmento hasta el final.

A partir de ese día, Süheyla no volvió a llevarse el violín a las manos. Doña Şirin donó el contrabajo a la compañía de Ópera y Ballet Estatal de Estambul y se llevó el piano a la habitación delantera. En los años siguientes tampoco hubo nadie que lo tocara. Y yo me instalé en la vacía sala de música.

En ocasiones, cuando me siento a solas en mi cama, vienen a visitarme los fantasmas de Süheyla y el profesor Halit. Oigo en el interior de mis oídos esa pieza que doña Nur, llorando en el comedor, vuelve a poner desde el principio una y otra vez. Me llega al corazón. Y, aunque no es en absoluto mi costumbre, me caen un par de lágrimas de los ojos.

16

Cuando Selin salió como un cohete al jardín, me sequé las lágrimas. La casa entera se sacudía con la violencia de sus pasos y la cristalería del aparador todavía traqueteaba. Me levanté de la mesa y fui hasta la ventana. Selin estaba nerviosísima. Atravesaba la puerta del jardín empujando la bicicleta. Ni siquiera se había puesto el sostén. En cuanto estuvo en la calle empezó a pedalear con fuerza cuesta arriba. Dejó abierta a sus espaldas la puerta del jardín.

En el vestíbulo me di de narices con Sadık. Él también había sentido curiosidad por el escándalo que había formado Selin. Murmuraba algo de labios para adentro y no era capaz de mirarme a la cara. Se ha dado cuenta de que estaba llorando. Me conoce. Fue a cerrar las puertas y regresó. Le seguí hasta la cocina sorbiendo la nariz. Como hacía cuando niña, trepé a la encimera de mármol junto al fregadero y allí me senté. Dejé las piernas colgando. Estaba fría. Sadık recogía la bandeja del almuerzo de la abuela. Giré ligeramente la cabeza y miré el jardín por la ventana que tenía detrás de mí. Qué seco estaba todo.

–Sadık –le pregunté entonces solo por hablar–, ¿adónde crees que ha ido Fikret?

No levantó la cabeza. Vertía lo que había sobrado de sopa de fideos en un viejo cuenco de yogur. Puso el queso en el papel encerado con el que se lo habían envuelto en la tienda. Desmenuzó el pan y lo mojó. Luego lo colocó en el alféizar de la ventana para los pájaros. Sadık es contrario al derroche. De haber sido yo, nunca habría vuelto a meter en la nevera los trozos de pollo que la abuela se había dejado en el plato, por ejemplo. De todas formas, no se lo va a comer. Sadık los guardó en una tartera de cristal y la guardó en la nevera, con los paquetes de queso.

Saqué el tabaco del bolsillo de mi quimono. Puse un poco en el papel, lie el cigarrillo muy fino y lo pegué, pero lo hice esperar entre mis dedos sin encenderlo.

–Vi que salía esta mañana muy temprano. Fikret, digo. Todavía no había amanecido. Por un momento tuve la sospecha de que iba a la mezquita. En los últimos tiempos Fikret está tan raro, se ha obsesionado tanto con asuntos espirituales y místicos, que no me sorprendería que fuera a la oración de la fiesta. La verdad es que ahora, si quieres llegar a alguna parte en este país, estás obligado a convertirte a la fe, pero no es el caso de Fikret.

Sorbí la nariz. Sadık se sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y me lo ofreció. Seguía sin poder mirarme a la cara. Dejé a un lado el cigarrillo que acababa de liar y cogí el pañuelo. Un pañuelo de Sadık, con finas líneas azules sobre el blanco, limpísimo, planchado. De repente se me llenaron los ojos de lágrimas. Me oprimió el corazón pensar que aquel hombre que había acompañado a mi familia durante prácticamente un siglo, que aquel digno roble que nos ofrecía su pañuelo de tela cada vez que llorábamos a mí, a Selin, a mi madre, a la abuela, pronto moriría. Ese día se abriría un vacío en nuestra vida que nada podría rellenar. Sadık era, tanto como la abuela, la fuerza que nos mantenía unidos. Quizá más Sadık que la abuela.

–Cuando era niña también me secabas las lágrimas con este pañuelo, ¿te acuerdas, Sadık?

No me sentía capaz de sonarme. ¡El pañuelo estaba tan limpio! Lo iba a manchar también con el rímel que anoche se me olvidó quitarme con la borrachera. Sadık estaba colocando cosas en los estantes de la nevera. Asintió con la cabeza de manera casi imperceptible. Luego se dio media vuelta, sacó el filtro de la cafetera y tiró en la basura los posos viejos. Golpeó el filtro dorado contra el costado del cubo de plástico de la basura, tac, tac, tac. Yo encendí el cigarrillo. Mientras daba la primera calada examiné las finísimas líneas azules del pañuelo.

–¿Te acuerdas de aquella vez que me caí? Me golpeé la nariz con el borde de uno de los escalones del jardín. Me sangraba a chorros. Corrí a tu cuarto con la sangre goteando por el suelo. Tú tampoco sabías qué hacer. ¿Te acuerdas? Luego se me hinchó la nariz. Parecía un búho.

–Era usted muy revoltosa, doña Nur –susurró mientras anudaba la bolsa de basura–. Hacía que la siguiera una tropa de niños de la calle que luego llenaban el jardín. De no haber tenido doña Şirin una especial debilidad por usted, nunca habría permitido tanto alboroto.

Por fin se irguió y me miró a la cara. Sus pequeños ojos azules empezaban a perder el color, como los de un bebé. Habían adquirido un tono azul lechoso, que cambiaba según la luz. Lie un cigarrillo para él también.

–¿Hacemos café, Sadık? ¿Un café turco? Nos fumamos un pitillito juntos.

Creí que evitaría mi mirada y diría algo como que tenía que preparar lo de la cena, doña Nur. Pero me sorprendió.

–Claro, doña Nur. Lo quiere con un poco de azúcar, ¿no? Me lo tomaré así yo también, para que sea más fácil.

–¡Bravo!

Nos quedamos en la cocina. Al fin y al cabo, allí era donde Sadık estaba más cómodo. Y yo estoy acostumbrada a charlar con él en la encimera de mármol con las piernas colgando. Le ofrecí el cigarrillo mientras aceptaba el café. Sadık no era muy fumador, pero sabía que, cuando iba por las mañanas al mercado, se sentaba en la panadería Büyükada y se liaba uno. Podía entenderlo por el amarillo de sus dedos y además se lo había oído a los chicos que trabajaban en el horno cuando hablaban entre ellos.

Se sentó frente a mí, en la mesa de la cocina. Dio una calada al cigarrillo y cerró los ojos.

–Su madre lloró mucho cuando le vio la nariz vendada.

–Sí, para una vez cada mil años que bajaba a Estambul, escojo yo ese día para caerme.

–Usted se lastimaba algo todos los días, doña Nur, pero no se daba cuenta. Se subía en lo alto de la puerta del jardín como si estuviera montando a caballo. Hacía equilibrios mientras los hijos del jardinero la zarandeaban para acá y para allá. A mí se me ponía el corazón en la boca.

Me reí. Sí, era una niña aficionada a hacer equilibrismos, pero no tan traviesa como decía Sadık. Simplemente, era curiosa.

–Sadık, ese día que me sangró la nariz y fui a tu habitación… Estaba llorando. Me asusté mucho. Después de ponerme en la herida agua oxigenada y tintura de yodo, me acostaste en tu cama y me cantaste una nana. ¿La recuerdas?

–No la recuerdo, doña Nur. Discúlpeme.

–Era en una lengua extranjera. Te pregunté dónde la habías aprendido. Me contestaste que te la cantaba tu madre. ¿De verdad no la recuerdas?

–Por desgracia, no, doña Nur. Ha pasado tanto tiempo desde que era niño… No me sé ninguna nana. Eso le parecería a usted. Era muy pequeña entonces.

Clavó la mirada en las zapatillas con un terco silencio.

¡Mientes, Sadık! Lo sabes tú y lo sé yo. Puedes hablar esa otra lengua como un ruiseñor. Aquel día que subisteis mi madre y tú al monasterio de San Jorge a mediados de verano. Hace muchos, muchos años. Mucho antes de Fikret y de mí. Hacía calor. Tú nunca dejabas el trabajo de la casa y a doña Şirin en mitad del día para pasar al otro lado de la isla, pero no fuiste capaz de decirle que no a Süheyla, a la que tanto querías. La niña Süheyla quería rezar por el alma de su padre y encender una vela en la iglesia. Habían pasado cuarenta días justos desde que el profesor Halit Bey cayó al suelo y no volvió a levantarse.

Mientras Süheyla te pedía que subierais juntos a la iglesia, en sus ojos verdes temblaban lágrimas sin derramar. Hacía apenas dos días que la habías salvado de ahogarse. Süheyla era buena nadadora, pero ese día se fue demasiado dentro. No era consciente de la fuerza de la corriente. Las olas la arrastraron muy lejos. Y, de repente, se dejó llevar por el pánico. Estaba completamente sola en medio del mar. El mar, esa masa de agua que hasta ese día le había parecido una amiga cuyos verdes y azules abrazaba, repentinamente se había vuelto oscura y se había convertido en enemiga. Süheyla pensó en su propia pequeñez. En la fragilidad de la vida ante la muerte. En lo ridícula que era ella. El sonido de las olas le llenaba los oídos. Y la respiración. Esa respiración que se aceleraba y que perdía el ritmo. Tenía la orilla frente a ella. La miraba desde lo alto esa hermosa casa de la que conocía cada piedra, con sus arriates, los árboles familiares, los

postigos de madera de las ventanas… Pero cada brazada que daba Süheyla, en lugar de acercarla a la casa, la llevaba más lejos, cada vez más lejos.

Dejó de bracear. Probó a nadar a lo perro. Mejor no agotarse, se dijo. Mejor no malgastar las fuerzas. Tengo que tranquilizarme. Pero el pánico se elevó en su interior como si quisiera burlarse. La lógica y la sangre fría desaparecieron bajo un torrente de miedo. Comprendió cómo se moría la gente cuando se ahogaba. Llegaba un momento en que la muerte era preferible al miedo. Una simplemente se rendía. Era imposible soportar aquel terror que sentía. Pues me ahogo, se dijo, me muero. Y, en cuanto lo hubo dicho, comprendió que en realidad eso era lo que quería. Había una parte de ella que desde hacía mucho, pero mucho, ansiaba morir. Y no tenía ninguna relación con la muerte de su padre. Era algo anterior, una semilla que le había germinado dentro para llevar la contraria a su madre. Matarse era el único camino para atraer la atención de esa madre que se encerraba en su estudio y la dejaba sola en la cuna. Así Süheyla podría poseer un lugar en el corazón de Şirin Saka. Por fin. Se convertiría en un dolor sordo que nunca se apagaría. Para siempre. Se filtraría en su arte. Se dejó llevar. Se hundía. Pero los pulmones no se lo permitieron. En cuanto aspiró la primera gota de agua empezó a chapotear. Pero, según chapoteaba, más se hundía.

Debiste de verla entonces. Te imagino mirando al mar por la ventana del dormitorio mientras sacudes las colchas. Puede que al principio pensaras que se trataba de una gaviota. Sin embargo, era una mano blanquísima, que se hundía y salía a flote de nuevo. Nadie supo nunca cómo saliste disparado de la casa, cómo corriste hasta el embarcadero de abajo, cómo te lanzaste al agua y nadaste a toda velocidad hasta las aguas profundas adonde las olas habían llevado a Süheyla, dónde habías aprendido a nadar tan bien.

Llorabas cuando sacaste al embarcadero a Süheyla, con el pelo pegado a la cabeza como algas. La linda cabeza de mi madre caía hacia atrás. Tenía morados tanto la cara como el cuello y la piel arrugada por el frío y el contacto con el agua salada. No respiraba. La creíste muerta. Y no te faltaba razón. Apenas se le notaba el pulso; como todos los espíritus que esperan indecisos cuando el alma está a punto de abandonar el cuerpo, el suyo también se había elevado y observaba bajo el sol pleno del mediodía el

drama que estabais viviendo. Irse era fácil. Si se iba dejaría una huella en la vida de su madre. Si se quedaba se vería obligada a soportar la vida. En silencio, sin color, sin huella.

En el embarcadero de madera Sadık, con la Süheyla de pelo de algas en las rodillas y con la camisa, la corbata y la nariz goteando sobre ella, lloraba dando gritos.

No le contasteis a nadie aquel suceso. Cómo Süheyla volvió en sí tosiendo. El acuerdo al que llegasteis cuando vuestras miradas se cruzaron. Viviré, Sadık. Llorabas tanto que soportaré esta vida solo por ti.

Años después, cuando le pregunté por qué no nadaba hasta lo hondo, mi madre me contó lo de aquel día. Así yo también me convertí en cómplice de vuestro secreto.

En aquellos días en que te preocupabas mucho más de lo habitual por la pequeña Süheyla, cuando te pidió insistente (mi madre no se ponía pesada como yo, pedía) que la acompañaras a la iglesia, no pudiste negarte. Además, doña Şirin se había echado la siesta después de comer. Al fin y al cabo, solo encenderíais una vela y regresaríais. Todavía no sabías que Süheyla ocultaba la intención de subir a la colina de San Jorge caminando, como los penitentes.

Fuisteis en faetón hasta la plaza del Lunapark. Todo estaba desierto. No se veía a nadie aparte de los caballos a la sombra con la cabeza metida en la bolsa del pienso y a los cocheros que dormitaban en los asientos de atrás de los faetones. Süheyla te arrastró hasta la cuesta que subía a la colina. Una cuesta pronunciadísima que se extendía ante vosotros toda polvo y tierra. Pero eras joven. ¿Cuántos años tendrías? Si nadie sabe tu edad… Posiblemente todavía no habías cumplido los cuarenta por aquel entonces. O sea, más joven que yo ahora. Pero incluso de niño llevabas el peso de un alma anciana. De eso estoy segura.

Caminabas lentamente junto a mi madre. El sol, de frente, os daba en la cara. De los arbustos a ambos lados del camino no colgaban *kleenex* sucios, como hoy, sino cintas multicolores, cascabeles, pequeños llaveros a modo de ofrendas votivas en forma de casas, muñequitos, libros… Pero tú no veías nada de aquello. Llevabas la cabeza gacha y cubierta por la gorra.

Mirabas los pies desnudos de Süheyla manchados de polvo y tierra dentro de las sandalias. Podíamos haber tomado un borrico, doña Süheyla, dijiste. Yo habría tirado del ronzal hasta arriba. Ni hablar, Sadık, dijo mi madre. Con su fina barbilla señaló a tres ancianas pequeñitas y vestidas de negro de arriba abajo que caminaban en hilera por delante de vosotros. El verde de sus ojos destacaba mucho a la sombra de sus largas pestañas. Te conmoviste. Süheyla era prácticamente tu hija. Había nacido en tus manos. Te aterrorizaba pensar que le pudiera ocurrir algo. El otro día, sin ir más lejos, casi se ahoga. Y ahora el profesor Halit Bey también había muerto. ¿Y si, como dice el refrán de quien se queda solo, los lobos se llevaban a la frágil y pequeña Süheyla? Su belleza no te llenaba de orgullo, sino que pulsaba las teclas del miedo.

Süheyla encendió una vela en el nártex de la iglesia. Se había cubierto la cabeza con un echarpe de seda azul. Le temblaban las manos, blancas y pequeñas, que abría para rezar. Tú no sabías qué hacer durante aquella extraña ceremonia. Con la gorra en la mano y la cabeza gacha, esperaste de pie detrás de mi madre. De la parte de abajo, de donde la fuente, salieron tres sacerdotes vestidos con negras sotanas. Iban hacia la iglesia hablando en voz baja entre ellos. Al ver a Süheyla con los ojos cerrados, absorta en una honda oración, te saludaron con la cabeza y entraron.

Justo en ese instante empezó a sonar la campana. El sol se había suavizado y había pasado a estar detrás de Heybeli. En el azul del mar retozaban los colores anaranjados y amarillos en torno a aquella colina, el punto más alto de la isla. Desde el Seminario al otro lado llegó la respuesta a las campanadas. Ambos monasterios, construidos en dos colinas frente a frente, invocaban al cielo. Tocaban ahora un campanario, ahora el otro, sin saber que un día ambos se verían obligados a guardar silencio. Como si la envidia y la política del mundo no pudieran alcanzar aquellas cumbres. Era una colina sobrenatural donde una podía desprenderse de su materialidad corpórea y continuar existiendo como espíritu puro.

Las campanadas estuvieron un rato más yendo y viniendo entre el azul y el verde. Tú tenías el corazón oprimido. Empezó a fluir a tu conciencia un recuerdo de tiempos muy remotos, que quizá no fuera ni tuyo. Süheyla

levantó la cabeza. Te miró a los ojos y sonrió. Vámonos, doña Süheyla, dijiste. Dentro de ti el desasosiego se alzaba como un torrente imparable. Süheyla no te hizo caso.

–Empieza la misa de la tarde, ven y nos sentamos dentro un ratito, Sadık.

Con el echarpe azul envolviéndole la cara estaba tan bonita como la Virgen María. Sin venir a cuento, se te vino tu madre a la mente. Sin venir a cuento no, claro. Tu madre se llamaba Meryem. La belleza pura de Süheyla, las campanas, el rumor que llegaba de dentro y el olor a incienso, por supuesto que tenían que traerte el recuerdo de tu madre Meryem.

Te mareaste de repente dentro de la iglesia, en el banco de madera donde te sentabas junto a Süheyla en la parte de atrás. Los sacerdotes no dejaban de repetir la misma oración bajo la cúpula: *Kyrie eleison, kyrie eleison, kyrie eleison*. Del calor, del incienso, de subir la cuesta, le dijiste luego a Süheyla. Ella no comentó nada. Igual que su padre se había inclinado en su silla hacía cuarenta días, tú te caíste de lado y te desplomaste sobre el hombro de Süheyla. Uno de los curas jóvenes fue corriendo hasta vosotros y te acostaron sobre las frescas losas de la iglesia.

Fue la primera vez que Süheyla oyó aquella otra lengua saliendo de tus labios. Cuando el cura joven habló contigo. Cuando tú le respondiste en tu desmayo. Tus palabras se mezclaron con el humo del incienso. Cuando el joven cura se volvió hacia mi madre, le preguntó algo y mi madre no le entendió, y una vez más tú, Sadık, como si hablaras en sueños, respondiste a la pregunta del cura en su lengua.

En el camino de regreso no hablasteis sobre aquello. En el camino de regreso no hablasteis de nada. Cuando llegasteis a casa ya se había puesto el sol, pero todavía había luz. Tú fuiste a la cocina. Ocupaste tu lugar delante de los fogones y empezaste a preparar la cena. Süheyla subió a su cuarto. Con una sonrisa ligerísima en la comisura de los labios. Ese fue vuestro segundo secreto. Años más tarde mi madre me lo contó. Cuando le pregunté por el misterio de la nana que me cantaste el día que me caí y me sangró la nariz.

Tanto tú como yo sabemos todo esto, pero no lo hablamos, Sadık. Preferimos callar, olvidar. Arrojamos lo que sabemos a las más oscuras moradas de la conciencia. Bien, arrojémoslo. No hemos aprendido otra forma de vivir. Por eso nos enfadamos con Fikret. Por miedo a que nos lleve por otro camino. Por eso queremos que vuelva a casa cuanto antes. Que ocupe su sitio en la cabecera de la mesa y se comporte como se espera de él. Que no hurgue en el pasado.

A Sadık se le había apagado el cigarrillo en el cenicero sin haber llegado siquiera a la mitad. Hacía rato que había terminado el café. Seguía sentado inmóvil con la vista clavada en las zapatillas. Salté de la encimera y pasé a la mesa. Me estiré y le toqué el brazo enfundado en la camisa marrón de manga larga que no se quita ni los días de verano. Levantó la mirada como si se acabara de despertar de un sueño. Llevado por la costumbre, puso en orden el salero, el pimentero y la frasca de aceite de oliva. Carraspeó. Trató de recordar qué era lo que estábamos hablando antes de lo de la nana. Estaba segura de que había llegado conmigo al mismo recuerdo, pero volvió a agarrar el presente por los pelos.

–¿Falta algo para el té de mañana por la tarde, doña Nur? Iba usted a encargar la tarta y don Fikret se ocuparía de la comida, pero…

–No te preocupes, Sadık. Está todo encargado para la fiesta de mañana. Lo traerán a casa, incluida la tarta. Estate tranquilo.

Suspiró.

–Doña Nur –habló mirando al suelo–, Hasan el verdulero me ha dicho que vio a su hermano esta mañana en el muelle. Un rato antes de los vapores. Yo creí que se habría confundido, pero ahora, al decirme usted que había salido temprano, se me ha puesto la mosca detrás de la oreja. Espero que su hermano no se haya metido en algún lío.

Me reí.

–No, Sadık, hombre. Fikret ha empezado con la crisis de la mediana edad. Se ha buscado nuevos entretenimientos. Le ha dado por hacer nuestro árbol genealógico y tal. ¿Te acuerdas que ayer Burak le hizo hablar a la abuela de cuando era niña? Pues oiría algo que se le metió en la cabeza y no le dejó dormir. Habrá ido a vuestro piso a mirar en los álbumes y en los

periódicos viejos. Vendrá esta tarde. En la vida se perdería la celebración de mañana.

Lie y encendí un nuevo cigarrillo. Le ofrecí el Zippo a Sadık para que encendiera el que había olvidado en el cenicero. No lo cogió.

–No es bueno remover el pasado, doña Nur.

–¿Por qué, Sadık? Fikret está convencido de que si sacamos a la luz los secretos que han quedado enterrados en el pasado, todos nos quedaríamos más tranquilos.

Lo dije para provocarle. Para que contara de una vez lo que ignorábamos sobre su pasado, para que saliera de su concha, para que soltara lo que fuera que escondía dentro. Pero él me clavó los hundidos ojos azules:

–¿Es que algo la intranquiliza, doña Nur?

Algo se agitó en mi interior con aquella pregunta tan directa. Era como si en mis costillas, en el hueco de mi vientre, hubiera una caja fuerte cerrada con llave, o bien una cueva sellada con piedras y estuviera esperando esa pregunta de Sadık para abrirse. Balbuceé cualquier cosa. Tartamudeé un poco. Como si hubiera hecho algo muy malo, de lo que avergonzarme. ¿Cómo era posible que yo, que me había pasado la vida defendiendo los derechos de las mujeres, pensara ahora que lo que había hecho podía ser vergonzoso? ¿Me subía la vergüenza mejillas arriba hasta las sienes quemándome la cabeza entera porque me había visto a mí misma a través de los ojos de Sadık?

Él me miraba a la cara con sus ojos opacos azul lechoso.

–¿Doña Nur? ¿Se encuentra bien? Espero que no se haya puesto enferma ni nada parecido.

Apoyé los brazos en la mesa, la cabeza en los brazos y enterré la cara. La voz me salía ahogada desde aquel escondrijo. La desazón llena de nudos que me agobiaba se desenredó en un instante.

–Sadık, he abortado. Yo… Me quedé embarazada por primera vez en la vida. A los cuarenta y dos años. Fue un milagro. Pero yo fui y acabé con esa vida, Sadık. He… He hecho algo muy malo.

Me puso en la cabeza esa mano suya áspera como caparazón de tortuga. Arrimó su silla a la mía y me acarició el pelo con la palma callosa. Me eché a llorar. En silencio, sin sollozos. Las lágrimas me fluyeron cálidas desde la cara hasta la manga del quimono. Sadık se inclinó hacia mi oído. Cerré los ojos.

No sé cuántos minutos nos quedamos así. Me quedé dormida con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina mientras lloraba. Al despertar, Sadık no estaba conmigo, pero en el interior de mi cabeza seguía sonando aquella antigua nana.

17

Llegamos a la casa desde el jardín de té de Horoz Reis prácticamente a la carrera. Selin estaba impaciente, ansiosa. De todas formas, eso no le impidió tratar de enredarme para que nos montáramos juntos en la bicicleta. Que iríamos más rápido. ¡Ay, menuda Lolita! Me hice el loco. De hecho, me dolían las piernas y no creía que pudiera encontrar otra vez la fuerza para transportar la constitución escandinava de Selin a mis espaldas. Tampoco insistió. Caminaba a toda velocidad a mi lado empujando la pesada antigualla de su bicicleta. Y, al tiempo que andaba, no paraba de hablar.

Estaba mirando fotos viejas en la biblioteca con Şirin Hanım y ella le había dicho algo increíble. Un secreto. Me iba a encantar, seguro. Iba a cambiar todo el rumbo de mi historia. La mañana del sábado que se publicara la entrevista, se llevarían el periódico a puñados. Y ella iba a colgar el enlace en las redes sociales para que sus amigos comprendieran lo extraña que era la familia de la que venía. Şirin Hanım había puesto un huevo de oro. Pero si la propia Selin me contaba el secreto, perdería toda la magia. Decididamente, tenía que oírlo de labios de Şirin. Por eso, mejor que fuéramos lo más rápido posible a casa. Su bisabuela podría no volver a contar lo que le había dicho.

Yo no creía que aquel gran secreto fuera a sorprenderme demasiado. Posiblemente se tratara de algún cotilleo sensacionalista que ya había oído años atrás, pero, para no aguarle la fiesta a Selin, que se asfixiaba mientras hablaba, aparenté estar interesado. Incluso entusiasmado. Ya estaba molesta porque no nos hubiéramos montado juntos en la bicicleta. No quería contrariarla además con mi desinterés. En realidad, tenía la cabeza en el

último fragmento de mi grabación que había escuchado. Me habría gustado oírlo atentamente una vez más.

La casa olía a café. Me llegó a los oídos música clásica. Una pieza conocida. Venía del comedor. Al pasar por delante eché un vistazo. Estaba desierto. Habían recogido y limpiado la mesa. Selin me arrastró hasta la puerta que quedaba detrás de la escalera. Más allá, ante la puerta que se abría al jardín, Sadık el mayordomo estaba inclinado repartiendo las sobras a tres gatos atigrados que se le metían por entre las piernas. No nos oyó. Tarareaba una canción allí inclinado, sacando joroba. Habría preferido charlar con él en el jardín en lugar de meterme en la biblioteca. No una entrevista ni un reportaje, ni siquiera una conversación. Una charla entre él y yo a solas. Seguro que tenía cosas que contarme. No era algo que tuviera que ver con él, sino conmigo. Algo que había visto en su mirada y que no había podido descifrar. Pero Selin estaba decidida. No me daría la oportunidad de escabullirme. Había abierto la puerta y esperaba con cara impaciente.

Muy bien, voy.

Entré detrás de ella en la biblioteca, que servía de estudio a Şirin Hanım, en su refugio, en casi su templo. O, más exactamente, entró Selin. Yo me quedé en el umbral.

Clavado.

Si alguna habitación de la casa podía provocarme un ataque, por supuesto tenía que ser aquella. En realidad, era un milagro que no me hubiera pasado hasta ahora. Desde ayer por la mañana había estado pululando por los dos pisos de la casa, por las habitaciones, por la playa, por el jardín, por la cocina, y había logrado escabullirme del fantasma de aquellos tres días de hacía diecisiete años. Incluso casi llegué a creerme que lo había olvidado. Entre la desaparición de Fikret, las insinuaciones de Selin, los problemas de Nur, la ausencia de Ufuk y la historia de Şirin Hanım, me convencí de que no me asaltaría el fantasma de mi juventud. Casi.

Sin embargo, ahora estaba de pie en el umbral de aquella habitación incapaz de dar un paso. El fantasma estaba allí, esperándome. En el sofá en

el que Şirin Hanım estaba sentada tan erguida como si se hubiera tragado un palo, ante la ventana que daba al mar, en la chimenea de piedra limpia de leña y cenizas, en los decoradísimos cajones de la mesa de trabajo rococó con una pata rota de atrás.

Me apoyé en el marco de la puerta para no caerme.

Selin rodeó el sofá, se puso de rodillas en la alfombra y cogió de las manos a la anciana.

–Bisa, ha venido Burak. Mira, ahí está. En la puerta. Pasa, Burak, ¿qué haces ahí plantado?

¿Realmente huele así todavía esta habitación? He leído que en el cerebro el centro del olfato está pegado al de la memoria. Por eso los olores traen consigo recuerdos. Bien ¿y los recuerdos? Los recuerdos que impregnan esta habitación ¿pueden crear en el cerebro el espejismo de un olor? ¿Puede uno percibir el olor a leña mirando una chimenea apagada? ¿Puede el aroma del coñac bebido hace años, del té puesto a hervir sobre la estufa, emanar de las cortinas, del tapizado del sofá, de las alfombras?

–Bisa, ¡cuenta, anda! Cuéntanos de tu padre. Hace un momento estabas hablando de él.

Selin estaba inquieta. Tenía esa falta de sensibilidad propia de la gente concentrada en sus propias preocupaciones. Se moría por que Şirin Hanım se fijara en mí. Yo era incapaz de dar un paso más allá del umbral. Tenía ante mí una barrera invisible. Un muro construido con olores y recuerdos. Se convertiría en polvo si lo embestía. Mis recuerdos más valiosos, todavía inmaculados, desaparecerían para siempre. El ataque de Selin para darse aires y las historias sin sentido de Şirin Hanım se impondrían en mi memoria y lo antiguo iría marchitándose. No obstante, hay cosas que el tiempo no debería tocar. Yo pasé en esta habitación los tres días más hermosos de mi vida. Hace diecisiete años viví aquí una leyenda de invierno. No, aquí no debía dejar ningún otro recuerdo. No podía hacerlo. Ese espacio debía quedar con su antiguo aspecto. No podía permitir que el presente alterara mi memoria.

Selin se sentó en el sofá. Se colocó un pie debajo y se giró hacia Şirin Hanım.

–Hace dos minutos estábamos aquí sentadas las dos. Estábamos mirando fotografías. Vimos a Süheyla. Luego había una fotografía tuya en París, hecha en un café. Me contaste que habías posado de modelo. Que te resfriaste y tuviste que guardar cama. Después empezaste a hablarme de cuando eras niña y entonces viste una fotografía. Espera un momento, que te la voy a buscar.

Şirin Hanım no prestaba atención a Selin, que rebuscaba entre las fotografías de la caja que tenía en el regazo, sino que miraba fijamente la chimenea. ¿O acaso ella también veía fuego allí? La chimenea estaba encendida. En otro tiempo, en otro ensueño, pero en el mismo lugar. Nur estaba echada en el sofá. Encima tenía una manta escocesa de lana roja y verde. Los ojos chispeantes. Yo estaba colocando los leños. Hablábamos de qué pasaría si no tiraba. Pero luego comentamos que Sadık no cerraría la casa antes de mudarse a Estambul a finales de verano sin limpiar la chimenea. Nur no estaba en condiciones ni de levantar un brazo. Se había resfriado. Me iba guiando con voz agotada desde donde se había acostado, febril:

–Colócalos como una tienda de los indios. Pegados por arriba y un hueco en el centro. Pon astillas en el hueco.

¿Astillas? Pero si no hay. ¿Cómo que no? ¿Tampoco en ese cesto? No. Pues habrá que recoger ramas secas de los arbustos del jardín. Espera, que voy yo también. Un momento, que me levanto. ¿Estás de guasa, Nur? El jardín está todo nevado. ¿Adónde vas a ir? Tienes mucha fiebre. Estás ardiendo. Quédate acostada. Ya encontraré yo algo que prenda. Sadık guarda los periódicos viejos en la despensa. Mira ahí. Voy a mirar. Estoy mirando. Estoy buscando. ¡Aquí estaban las astillas, Nur! ¡Ah! Claro que sí, Sadık no dejaría la casa desprovista. Voy a poner té. Y a hacerte una sopa. He encontrado salsa de tomate y arroz. También hay menta seca. Tráelo todo, que lo pondremos a hervir en la estufa. La cocina está demasiado fría. ¡Ay, Burak, te has quedado helado! Ven, ven rápido, métete debajo de la manta. Pero tienes las manos muy frías, ¡no me toques! Que no se te ocurra tocarme la barriga, sobre todo. No hago nada. Solo te estoy tomando la temperatura. ¡Venga ya, mentiroso! Estás ardiendo, Nur. Espera que lo

compruebe. ¡No hagas eso, Burak! También tienes la nariz helada. Quítamela del cuello. Burak… ¡Ah, así está mejor! Abrázame, abrázame, abrázame. Abrázame más fuerte.

¿Me atrevería a afirmar que esos tres días que pasamos ante la chimenea de verdad fueron los más felices de mi vida?

No, no puedo olvidar de qué vinimos huyendo. Aunque quisiera, no podría olvidarlo. La geografía en la que vivo no me lo permitiría. No me lo permite. No puedo borrar de mi memoria la vergüenza de la huida. No puedo borrar del recuerdo la vergüenza que sentí esas noches que pasamos haciendo el amor sin parar sobre ese sofá, debajo de una manta de lana roja y verde, prácticamente vestidos del todo. Sin embargo, sí me gustaría recordar un único instante de placer. El placer que se me inyectaba en las venas, que me recorría los músculos cada vez que rozaba con la mano el vientre ardiente de Nur. Nuestros besos, que empezaron mientras fuera la nieve caía recatada, nuestra forma de hacer el amor, despreocupada, libre del esfuerzo por llegar al clímax. Ese placer integral de nuevas características, más amplio, más profundo que el mero placer sexual, que se convertía en una satisfacción más plena.

Pero al venir a la isla habíamos dejado a nuestras espaldas, en Estambul, en las colinas de un barrio de viviendas ilegales, un mundo que se apagaba. Un mundo que acabábamos de conocer, con sus cuestas llenas de barro, sus niños de mirada suspicaz, con varillas de hierro clavadas en los techos de las casas en la esperanza de aumentar un piso más; un mundo que nos provocaba dolor de corazón. Huimos de allí y nos refugiamos en el templo de Şirin Hanım. Necesitábamos creer en otro mundo. Y también necesitábamos hacer el amor. Íbamos a llegar a la isla el jueves por la tarde y al día siguiente regresar a la ciudad con el primer vapor, a esas polvorientas, fangosas y amargas colinas en las que llevábamos trabajando dos meses para el periódico.

Luego nevó y cancelaron los vapores. No podíamos regresar. Llamamos al periódico. Llamé yo. Estaba seguro de que estábamos decepcionando a Ömer. Hablaba como si fuera lo que esperaba de nosotros. Ni me escuchó cuando le conté que volveríamos con el primer barco, que quizá podríamos

alquilar una lancha. Me cortó diciendo: nos vemos el lunes en el periódico. Yo no sabía que Nur no iba a volver. Ömer sí lo sabía, o lo intuía.

El viernes la nevada, en lugar de amainar, arreció. Se convirtió en ventisca. Todo se volvió blanco, el cielo, la tierra, el mar, la costa de enfrente. Cerramos todas las habitaciones de la casa para mantener el calor y nos refugiamos en esta biblioteca. Puede que hacer el amor fuera un arma de juventud que habíamos desarrollado para combatir la injusticia. Por aquellas colinas que recorríamos para tomar notas para nuestra documentación oíamos sin cesar historias de injusticias. Pero no se quedaba en eso. También la veíamos. Y tampoco acababa ahí. Siendo espectadores de la injusticia nos convertíamos en cómplices de ella.

La amargura avivaba nuestro fuego. En las horas en que me perdía en la piel de Nur, en sus profundidades, entendía por primera vez como hombre adulto lo que significaba unirse a una mujer. No con las prisas de un chaval adolescente, sino con la satisfacción de quien se completa. ¿Sentía lo mismo Nur? No lo sé. Me deseaba, eso seguro. Cuando le tocaba el vientre era ella quien me llevaba la mano más abajo, dentro del pantalón, que se había desabrochado. Con su mano mostraba a mis dedos el camino hacia los lugares más recónditos, y cálidos, muy cálidos, de su sexo. Cuántas veces no llegaría al orgasmo solo con el ritmo de mis dedos, apretando su cuerpo contra el mío y abrazándose a mi cuello (¡abrázame, abrázame más fuerte!).

Por aquel entonces no es que fuera demasiado joven. Me faltaba muy poco para los treinta años. Me había acostado con Nur y con otras mujeres, pero por primera vez era testigo tan de cerca del placer sexual de una mujer. El cuerpo de Nur se convertía en el mío. Me sacudía como si me diera un calambrazo con el placer que recibía de la punta de mis dedos. Puede que fuera eso la intimidad. Notar en tu cuerpo como si fueran tuyas las sensaciones del otro. Aquello era tan íntimo como leer los pensamientos de otra persona, y me enardecía. Había leído en algún sitio que la fiebre excitaba a las mujeres. Quizá fuera por eso que, incluso yaciendo exhausta, de repente sus manos buscaran mi piel por debajo del jersey y de la camisa. Puede que solo quisiera olvidar. Nur era de las mujeres que hacen el amor para olvidar.

Esas colinas… Supuestamente liberadas. Los barrios de construcciones ilegales por cuyas laderas Nur había pasado cientos de veces en su Fiat Uno en los años en que iba a la universidad. Mientras nosotros hacíamos el amor frente a la chimenea, allí, en aquellas colinas, gente más joven incluso que nosotros hacía huelga de hambre hasta la muerte por una causa. Chicas y chicos prácticamente niños, madres cuyos hijos habían desaparecido, mujeres que habían perdido a sus maridos, decenas, cientos de personas… Iban a unas casas que llamaban «hogares de la resistencia» y se acostaban ceremoniosamente a esperar la muerte.

La huelga había empezado en las cárceles el otoño del año 2000 para protestar por las celdas de tipo F de reclusión en solitario y la puesta en práctica del aislamiento, y se había extendido por aquellas colinas al unirse a ella los familiares de los presos y todos aquellos que querían mostrar su apoyo al movimiento de resistencia civil. Continuaba desde hacía dos meses. Nuestro periódico reservó una página para aquel movimiento de huelgas de hambre. Cada día, un equipo en el que estábamos incluidos Nur y yo se pateaba las colinas llamando a las puertas sin que importaran la lluvia o el barro. Nur hablaba con mujeres jóvenes que acababan de llegar al «hogar de la resistencia». Entrevistaba a muchachas poco más que niñas que se vestían de novias y se anudaban una cinta roja en la cabeza y que eran poco menos que incapaces de explicar como es debido para qué sacrificaban su cuerpo y su aliento vital. Trataba de entenderlas de todo corazón. Preguntaba y tomaba notas en su cuaderno intentando no mirar a aquellas muchachas que se apagaban ante sus ojos. A veces había quien le cerraba la puerta en la cara, pero, por lo general, las mujeres intuían que Nur tenía buenas intenciones, la admitían entre ellas y la invitaban a té. Las madres le imploraban que encontrase a sus hijos desaparecidos. Las jóvenes le decían: «Escribe la verdad, compañera. Escribe sobre nuestro movimiento. Escribe sobre la causa». Tenían tal esperanza infantil en que haríamos que el mundo oyera su voz, que al final esa esperanza fue lo que acabó con Nur.

Por las tardes, cuando caminaba exhausta cuesta abajo por la calle llena de barro, o cuando conducía entre el tráfico hacia el periódico, Nur me

contaba largo y tendido las historias que había escuchado ese día. Me explicaba con todo detalle lo que les había oído a las mujeres como si yo no me hubiera pasado el día hablando con gente del mismo barrio. Era su primer trabajo serio. Estaba emocionada. Se había dejado llevar.

Hacíamos horas extras, cada tarde regresábamos al periódico y escribíamos como máquinas. Aporreábamos con furia y con rapidez el teclado, sentados ante monitores puestos uno al lado del otro. Escribíamos cómo cada día se iba escapando de los ojos y de la tierna piel el aliento, la vida de aquellos cuerpos jóvenes que eran utilizados como piezas en un sucio juego. Escribíamos por si podíamos salvar una vida. Escribíamos por si atrayendo la atención de la opinión pública quizás se pondría fin a tanta intransigencia. Su pulso latía en la punta de nuestras plumas. Si dejábamos de escribir, también se acallaría el pulso de aquella gente. Eso creíamos. Le dábamos una enorme importancia a nuestra profesión. Pero los grandes poderes continuaban sus negociaciones sobre las pequeñas vidas y no acababa de llegarse a ningún resultado. Nos rompía el corazón.

Luego, un día Nur tropezó.

Se atascó. No pudo hacerlo. Le tembló la mano que sostenía la pluma. No pudo escribir.

Fue el día siguiente a la operación «Retorno a la vida» que se llevó a cabo para poner fin a las huelgas de hambre. El día que coincidimos con Fikret en el café Ali Baba en Rumelihisarı. Hacía sol. Mucho frío, pero sol. Un tiempo del tipo que dicen que está acumulando nieve. Algunas de las escasas mesas de fuera estaban ocupadas, pero la mayoría de los clientes habían huido del frío y se habían instalado cerca de la estufa. Fikret estaba sentado dentro, en una mesa junto a la ventana. Los cristales estaban empañados y el olor al pan tostado se mezclaba con el del humo del tabaco. En la silla de al lado, Selin. Con su boina blanca en la cabeza, las mejillas enrojecidas por el frío y sus bonitos ojos azul oscuro, la misma Selin de cuyo nacimiento había sido testigo, aunque fuera de lejos. Me quedé atónito por un momento. Posiblemente no había supuesto que pudiera crecer tan rápido. Se ve que pensaba que una bebé que había nacido hacía apenas un par de días seguiría siendo bebé un tiempo. Sin embargo, lo que ahora tenía

ante mí no era un ser vivo sin conciencia de sí mismo que podía considerarse más bien una mezcla de su madre y de su padre, sino una personita que hablaba, caminaba, tomaba decisiones por sí sola y tenía voluntad propia. Calculé rápidamente. Estaba a punto de cumplir los cinco años.

Fikret leía el periódico. Se sorprendió al vernos. Comprendí enseguida que aquel encuentro fastidiaba a Nur. En su cuerpo se tensó una cuerda. Selin palmoteó al ver a su tía, saltó de la silla y corrió hasta nosotros. Nur no prestó atención a la pequeña Selin, que se le abrazaba a las piernas con sus trenzas rubias. Miraba la noticia del «Retorno a la vida» en el periódico que Fikret había desplegado en la mesa como una sábana. Buscaba caras conocidas entre las fotografías de mujeres agotadas y destrozadas que se arrastraban delante de la prisión. En cada una de ellas veía la misma historia que poco antes había escuchado de primera mano. Mujeres todo piel y huesos que lloraban abrazadas unas a otras, que intentaban cubrirse con harapos la piel quemada de la cara, las heridas abiertas bajo el pelo arrancado, y a ambos lados, dos soldados con máscaras de gas, uniformes de camuflaje y metralletas. El rostro de Nur empalidecía mirando las fotos. Creí que iba a desplomarse. La agarré del brazo. Estaba rígida.

Sabíamos mucho sobre la operación «Retorno a la vida» que ocupaba el titular del periódico de Fikret. Más que quien hubiera escrito la noticia. Mucho más. Nos habíamos informado de primera mano. Esa mañana. Hacía unas horas. Al fin y al cabo, aquellas colinas estaban a tiro de piedra. A un tiro de piedra y a mundos de distancia. También éramos conscientes de que nuestra profesión tenía el poder de reescribir la historia retorciendo la realidad. Con todo, no calculamos que nos impresionaría tanto la contradicción entre las historias que habíamos oído de viva voz esa misma mañana y la noticia del periódico que Fikret tenía ante sí. Al fin y al cabo, éramos jóvenes. Por eso Nur no podía apartar los ojos de la página que Fikret había abierto en la mesa, junto al té, la tostada y la muñeca Barbie de Selin. No le entraba en la cabeza el abismo que había entre la historia que esa mañana le había oído a Elif y el texto, presuntamente noticia, que estaba leyendo Fikret.

Elif era una de las mujeres que le habían abierto su casa a Nur. La habían detenido en la manifestación de la semana anterior. Estaba en el pabellón durante la operación realizada dos noches antes y había sido herida en ella. Después la soltaron, regresó al barrio y mientras subía la cuesta Nur, que pasaba por allí, la montó en el coche. Lloraba enseñándole las palmas de las manos quemadas. «Nos quemaron –decía–. Nos abrasaron la piel sin llamas. Escríbelo, Nur, hermana», le imploraba. Estaba delirando, hablaba sobre el humo negro que despedía una manguera que bajó inesperadamente desde el techo del pabellón. De la piel que empezaba a arder de repente. De los gritos. De la asfixia. De cómo se llamaban las mujeres que morían a sus pies. De cómo las agarraron de los brazos y las arrastraron al exterior. De sus amigas y vecinas con el pelo, la cara y el cuello quemados…

Nur dejó a Elif en su casa y el coche en un solar que había enfrente y se encontró conmigo en el café. Yo estaba allí hablando también de la operación con los hombres del barrio. ¡De qué otra cosa íbamos a hablar! Todo el mundo tenía en la cárcel un hijo, un nieto o un hermano. Algunos de ellos eran parte del movimiento de resistencia. Otros no tenían ninguna relación con él. A todos los habían quemado. ¿Seguían con vida? ¿Sobrevivirían? Los rostros de aquellos hombres, que no sabían quejarse, estaban tensos por el dolor que se estaban tragando. Las voces se interrumpieron cuando entró Nur. Todas las cabezas se giraron hacia ella. Con su cazadora de cuero con cuello de piel, el pelo corto y pelirrojo, el blanco y largo cuello que no se tapaba con la bufanda a pesar del viento helado que soplaba del Bósforo y los ojos castaños que relucían bañados en lágrimas, parecía un fotograma en color incluido por equivocación en una película en blanco y negro. Fui hasta ella. No lloraba. Era incapaz de llorar. Trataba de escribir, pero le temblaba la mano que sostenía el bolígrafo. Nos conocíamos desde hacía casi siete años, pero nunca la había visto así. La saqué de aquel siniestro café de hombres. Bajamos la colina hasta el Bósforo sin hablar. Yo conducía. Nos tomaríamos un té en el Ali Baba, en Rumelihisarı, a donde tanto íbamos cuando Nur estaba en la universidad. Aunque no teníamos la intención de dejar de lado a Elif ni esas colinas, a

los preocupados hombres del café, a las jóvenes que aguardaban la muerte en los hogares de la resistencia, ni el reportaje que estábamos preparando.

Entonces Nur vio el periódico en la mesa de Fikret.

En ese periódico leyó que a la barbarie que Elif había vivido y que le había contado entre sollozos le habían dado el nombre de «Operación retorno a la vida». Comprendió que la atrocidad cometida a aquellas personas a las que habían envenenado con gas nervioso y que habían masacrado abrasándolas se grabaría en la memoria colectiva con el nombre de «Retorno a la vida». La mirada de Nur se desplazó a los titulares de los periódicos abiertos en las demás mesas. Se hablaba de la compasión de las autoridades del Estado. Los presos se habían prendido fuego ellos mismos. Los quemó la organización terrorista, los salvó la gendarmería. Un desayuno sangriento para un falso ayuno. El temblor de Nur iba en aumento mientras sus ojos pasaban de titular en titular. La verdad nunca saldría a la luz. Aunque fueras el periodista más lanzado del mundo, aunque tuvieras la capacidad y la posibilidad de exponer lo que se había vivido con todas las pruebas, el poder produciría sin parar nuevas realidades falsas y nadie se creería nunca tu historia. Eso era lo que veía Nur en las mesas que la rodeaban. El poder era algo mucho más grande que el Estado, que la organización, que el partido, que la policía. El poder estaba en la totalidad de la gente que creía la noticia falsa que leía en el periódico y luego la olvidaba. El poder era Fikret, que nunca se convencería de la inocencia de Elif.

Nur apartó a un lado a Selin, que intentaba seguir abrazándose a sus piernas, y salió a la calle corriendo entre las mesas. Por poco no tira la tetera que había sobre la estufa. A sus espaldas, Fikret la regañó: «¡No se le hace eso a una niña pequeña, Nur!». No le oyó. Ya había cruzado el jardín, bajado a la acera y pasado al otro lado de la calle sin mirar a izquierda y derecha. Los conductores le tocaron el claxon y le gritaron sacando la cabeza por las ventanillas. Tampoco los oyó. De cara al mar se tapó la cara con las manos cubiertas por guantes de lana. Eché a correr tras ella. Antes me disculpé con Fikret con la boca chica. Sin ganas. Acaricié las largas

trenzas rubias de Selin, que, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas, se mordía el labio inferior para no llorar.

Abracé a Nur al llegar a la otra acera. Temblaba de frío y de rabia. El viento era más fuerte. Me quité el gorro y se lo puse. Tenía las mejillas enrojecidas y el castaño de los ojos se había vuelto verde. Me habría gustado besarla, pero no me atreví por si Fikret estaba mirando. (De hecho, por aquella época estábamos separados de nuevo. Fuimos amantes por un breve periodo después del gran terremoto, pero luego a Nur volvió a darle por que fuéramos solo amigos.) La abracé con la fuerza suficiente como para que no pudiera protestar. Nos enfrentaríamos juntos a la opresión. Escribiríamos. En este país había gente buena, con conciencia. Y también en el mundo. El bien siempre vencía. Podríamos cambiar el mundo. Nosotros dos. Y, si no podíamos cambiar el mundo, al menos sí que podríamos salvar una vida. Podíamos convencer a Elif, por ejemplo. Que no empezara con la huelga de hambre. Así viviría. Si Nur hablaba con ella, no se metería en el hogar de la resistencia y no se sacrificaría a sí misma.

Cosas parecidas le dije. No era consciente de que hacía rato que ella había renunciado a la profesión. No me respondió. Caminamos hasta Bebek. Desde allí hasta Arnavutköy. Y de allí a Beşiktaş. A lo largo de todo el camino no relajé el brazo con el que rodeaba el hombro de Nur. El viento se hizo más violento. El agua del Bósforo se volvió de un melancólico azul claro. Parecía como de cristal, como si contuviera el aliento. Un color funesto. Augurio de nieve.

–Burak, ¿vamos a la isla? –me preguntó Nur cuando llegamos a Beşiktaş con una desacostumbrada voz dulce.

No le pregunté qué íbamos a hacer con el coche. De todas formas, regresaríamos. Nos esperaría en el callejón en que lo habíamos aparcado. Además, hacía tiempo que le habían robado el radiocasete.

Cuando estábamos en el vapor el cielo se oscureció y empezó la nevada. El mar soltó el aliento y comenzó a agitarse. El vapor tocó la sirena largamente y se acercó con dificultad al muelle. Y después yo viví los mejores tres días de mi vida. En esta casa a la que habíamos venido, ante esa misma chimenea, en ese sofá que tenía justo delante de mí, dejando en

las colinas en las que aguardaba la muerte a aquella gente cuyas historias habíamos prometido escribir, a Elif con las manos quemadas.

Selin, perdida la esperanza en mí, le metía a la anciana entre los dedos huesudos cruzados sobre el regazo fotografías que sacaba de una caja recubierta de terciopelo. Ella también se esforzaba en hacer retroceder el tiempo. Estaba segura de que me impresionaría con esa historia increíble, con el gran secreto, con tal de que pudiera transportar a su bisabuela al punto en que se encontraba hacía media hora. Pero no hay vuelta atrás, Selin. Yo lo he intentado mucho. De hecho, ahora me doy cuenta de que he vivido los últimos siete años para volver a esos tres días que pasé en esta biblioteca. La felicidad se había quedado cautiva aquí. Una mezcla deslumbrante de vergüenza, dolor, placer y amor en el corazón de un hombre joven. Pero el pasado no se puede traer al presente, Selin. Ni siquiera el presente queda. No existe eso que, con una expresión que tanto gusta a tu generación, llamáis «vivir el momento». En el mismo segundo en que lo piensas, el momento se ha convertido en un fotograma de esa película llamada el pasado, en un recuerdo. La vida no es sino recuerdos. Y los recuerdos solo son otra forma de llamar a las pérdidas.

–Selin…

–Un segundo, Burak. Un segundo. Bisa, mírame. ¿Me estás escuchando? Acababais de terminar de desayunar. La asistenta estaba poniendo té. Y luego tu padre…

Salí de la biblioteca sin decir nada. En el jardín de atrás Sadık había interrumpido su canturreo. No se le veía por allí. Pasé junto a la escalera y cuando iba a salir al vestíbulo me detuve. En un primer momento me deslumbró la luz que entraba por la puerta, pero luego la vi. Apoyada en la puerta de la cocina, con el quimono azul oscuro estampado con cerezas rojísimas, con el paquete de tabaco en la mano, me miraba con ojos brillantes, recién lavados e hinchados de llorar o de haber dormido demasiado. Me quedé quieto. La contemplé. En su rostro, en su mirada, vi los años que habíamos pasado juntos. La mujer que amaba. Mi mejor amiga. La única testigo de mi juventud.

Estuvimos ahí frente a frente un largo rato. Ella en la puerta de la cocina, yo bajo la escalera. Me puse en movimiento cuando oí los pasos de Selin en la biblioteca y crucé el vestíbulo. Nur me ofreció la mano. Se la cogí. Por la piel de su palma se extendía la blandura de la tierra después de la lluvia. Entramos de la mano en el comedor. Cerramos la puerta a nuestra espalda. La luz perezosa y amarillenta del mediodía caía sobre el parquet. La madera de los muebles despedía un olor cálido y amargo. Nos sentamos uno junto al otro en la mesa en la que habíamos desayunado la mañana anterior. Las finas hojas de la mimosa que había delante de la ventana temblaban con una brisa casi imperceptible. Seguía sosteniendo la mano de Nur. La conocía lo bastante bien como para entender de un vistazo que ardía por dentro.

18

Cuando Burak se fue dejé a la bisabuela y me tiré en el sillón delante de la ventana. Me moría de coraje. Me brotaba fuego de los ojos. Me habría gustado agarrar el primero de aquellos cojines adornados con bordados dorados que cayera en mis manos y liarme a golpes con él. Darle puñetazos y patadas, golpearlo contra los muebles y las paredes hasta que el relleno de algodón saliera volando por los aires. Pero eso tampoco me bastaba. En realidad, lo que quería era darle una buena sacudida a la bisabuela. Agarrarla por los flacos hombros y darle un meneo, zarandearla, zarandearla, zarandearla hasta que se me pasara la rabia. ¡Me has dejado en ridículo, Şirin! En ridículo, en ridículo, en ridículo. Me has dejado por mentirosa y fullera. Burak habrá pensado que había tramado alguna jugarreta para atraerle hasta aquí.

Salí al vestíbulo. La bisabuela se había quedado dormitando con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Un caso sin remedio. Me detuve delante de la puerta y en un primer momento no entendí por qué lo había hecho. Era por el juego de luces que entraba por la cristalera de colores sobre la puerta que daba al jardín y que caía sobre el suelo del vestíbulo. Pero entonces mi mente percibió lo que veían mis ojos. Dos sombras que se deslizaban al interior del comedor. Dos personas cogidas de la mano. La puerta se cerró con un chasquido. Eché a correr. Cuando llegué a la puerta, la llave giró desde dentro. ¡Vaya! En esta casa cada habitación tiene una llave grandísima, negra, pesada, de hierro, parecida a las de los cuentos, pero hasta hoy nunca había oído ninguna girar en la cerradura. Eran adornos, accesorios. Las puertas no se cerraban con llave. ¿Qué estaba pasando? Me acerqué y pegué la oreja a la puerta. Me llegó la voz de la tía

Nur. Después la de Burak. Apagadas. Susurros. Pasos en el parquet. Chirridos de sillas. Y música. Albinoni.

En ese momento se me subió la sangre a la cabeza. Iba a agarrar el picaporte y forzarlo para que abrieran cuando un impulso me detuvo. Selin, ¿qué estás haciendo? En realidad, ¿qué están haciendo ahí dentro? Madre mía, ¡qué tonta soy! ¿Cómo he podido no ver lo que tenía delante de los ojos? Estos dos están teniendo un lío, un *affair*. Mi tía engaña al tío Ufuk. Y delante de nuestras narices. Delante de mis narices. Y yo, como tonta, teniendo esperanzas con Burak. Anoche confiaba en que viniera a mi habitación. Pero está bien claro en el cuarto de quién pasó la noche. Por eso se marchó mi padre. No quiso hacer oídos sordos ante semejante asquerosidad. Por eso no viene el tío Ufuk tampoco.

El tío Ufuk es la persona más dulce y honesta del mundo. A él no se le hace esto. En la vida. ¡Maldita sea! *Fuck you!* Os odio a los dos. Me agaché y miré por el ojo de la cerradura. Lo único que se veía era la ventana, que caía justo enfrente de la puerta, y las hojas de la mimosa que había delante. Siempre me tocan los malos ángulos. ¿Dónde estarán? Y ya no se oyen sus voces. O bien no las oigo por culpa de Albinoni. ¿Estarán follando? Pero estando el piso de arriba lleno de dormitorios, ¿por qué lo hacen en el comedor? En plan fantasía, claro. La tía Nur tumbada en la mesa con el cinturón del quimono abierto. Las faldas colgando por la mesa. Burak encima de ella besándole el largo cuello blanco. Por primera vez en mi vida un sentimiento me hizo daño de verdad, como si me sajaran la carne. Tan real y físico era el dolor. Por mucho que me doliera, me imaginé a la tía Nur acariciando con sus expertas manos los puntos que más placer le daban a Burak y a ambos besándose hasta quedarse sin aliento. Imaginar y eso, no; estaba segura. ¿Qué otra cosa podía explicar tanto silencio?

–¿Señorita Selin?

Shit! ¿Me ha pillado Sadık? Me incorporé. Me volví despacio hacia él. No era capaz de levantar la cabeza. Clavé la mirada en sus zapatillas de cuero marrón. El dedo gordo de Sadık, huesudo y torcido, ha dejado una marca en la puntera. No tengo excusa, Sadık. Soy una miserable. Una enferma obsesiva. Pero no. Un momento. Sí que tengo algo que decir. ¿No

eras tú el que ayer estaba escuchando con la oreja pegada en la misma puerta? Durante el desayuno…

Erguí la espalda. Cuando mi mirada se cruzó con la de Sadık, él retrocedió dos pasos. Había comprendido lo que yo estaba pensando. Aquello quedaría entre nosotros. Estábamos en paz. Aparte de ti y de mí, nadie sabrá lo que ha ocurrido a este lado de la puerta, Sadık. Me imaginé a mí misma diciéndolo con una voz como la de los malos de las viejas películas turcas. Puede que me riera como una loca también. Sadık tenía una pinta extraña. ¿Estaba despeinado? Pero si no tiene pelo apenas. Un mechón largo que se echa hacia un lado y unas pocas canas sobre las orejas. No, es otra cosa la que no está bien. ¿La ropa? ¿La mirada? Bah, ahora no tengo ganas de entretenerme con él. Tengo cosas más importantes que hacer en la agenda.

Agarré la bicicleta y salí a la calle. Al salir di un portazo a propósito con la puerta del jardín. La campanilla resonó tremenda en la cuesta ardiente y desierta. Me dejé ir cuesta abajo sin tocar los frenos hasta la altura de la casa de Reşat Nuri. El viento me despeinaba. Cerré los ojos. Quería limpiarme. De todo, de todos. A mitad de la cuesta di un volantazo con el manillar hacia la derecha y empecé a pedalear cuesta arriba. Tendría que subir una cuesta muy pronunciada con ese calor, pero por lo menos me libraría de esa muchedumbre vergüenza de la humanidad. Los domingueros, a no ser que se pierdan, nunca se meten por las calles secundarias de la isla. Me corrían chorros de sudor desde el pecho hasta la barriga. Los pulmones me dolían tanto por la falta de oxígeno como si fueran a estallar. Además me había entrado flato. Y, de todas maneras, era incapaz de borrar de mi mente la escena de Burak y la tía Nur follando. Todavía seguirían. La tía Nur ya habrá tenido un orgasmo. Encima de la mesa del comedor. ¡Asquerosos!

A la altura del monasterio de San Nicolás estaba con la lengua fuera. Paré para recuperar el aliento. Puse los pies en el suelo y apoyé la frente en el manillar. El edificio de madera blanca del monasterio se extendía silenciosamente hacia el interior del bosque. Con las ventanas cerradas y las cortinas echadas. Ojalá estuvieran el guarda o su mujer y pudiera pedirles

un vaso de agua. Tenía la lengua pegada al paladar. A mi lado pasaron dos tontainas. Con la cara y la nuca enrojecidas por el calor y el sudor corriéndoles por las mejillas desde el mierdoso pelo engominado. Se creyeron que era una turista extranjera y empezaron a decirme tonterías. Luego se rieron como imbéciles. Como si me hubierais dicho alguna mierda interesante.

–Hello, baby. Can I help you?

Los miré con cara de odio. No me dais miedo, ni vosotros ni esa voz vuestra que parece que sale de una cañería rota. Al fin y al cabo, sigo montada en la bicicleta. Si tratáis de acercaros, le doy al pedal y salgo corriendo. Con esos pulmones que no valen cuatro cuartos no podéis perseguirme corriendo. Os asfixiaríais. Me puse en marcha. No paré hasta la plaza del Lunapark. Se me había tranquilizado la respiración y había encontrado su ritmo. La mente se me despejaba al respirar y mis sentimientos enloquecidos se normalizaban con el movimiento de las piernas. Ahora Nur y Burak ya debían de haber terminado. Puede que estuvieran arrepentidos. Habían perdido la cabeza por un momento. Puede que no hubieran hecho el amor. ¿Y qué más daba? Hacían algo lo bastante íntimo como para tener que cerrar con llave la puerta del comedor a sus espaldas. Que hagan el amor, si quieren, o que no lo hagan. Que no lo hagan, por favor, que no lo hagan. Me duele pensar en ellos soltando gemidos. Pues no pienses entonces, Selin. ¡Pero no puedo dejar de pensar!

La plaza del Lunapark estaba a reventar. Caballos en un estado miserable enterraban el hocico en las bolsas de pienso. Comían un par de bocados de heno y otra vez ¡hala, arre! A gastar herradura en la Ruta del Gran Tour con este calor. Los clientes, ojos que no ven, corazón que no siente, y los mafiosos de los cocheros llenándose el bolsillo. Paré y me sequé el sudor de la cara con la camiseta. Alrededor de los burros un grupo no paraba de sacarse *selfies* como locos con los teléfonos en la punta del palo. De fondo la cabeza de un burro con un collar de cuentas azules y ojos de azabache y en primer plano un coro de auténticos cabezas de burro con coronas con margaritas.

Le eché el candado a la bicicleta y empecé a subir la cuesta. Saqué el teléfono del bolsillo de atrás. Le conecté los auriculares. Reproducción aleatoria. Empezó Tori Amos, *I'm not in love*. Ah, justo lo que necesitaba. Este álbum me lo descargué en el ordenador de la colección del tío Ufuk. Tiene una colección que es una maravilla. Un montón de álbumes estupendos, viejos y nuevos, en CD, en vinilo y en el ordenador. Gracias al tío Ufuk descubrí muchos temas de los que podemos tocar un *cover* con el grupo que nos hemos montado las chicas y yo hasta que hagamos nuestras propias composiciones. El tío Ufuk, antes de que yo siquiera supiera qué canciones tocaríamos, simplemente cuando oyó que Ayşe tocaría el piano y yo el bajo, me dio cuatro discos y dos CD. De ahí Tori Amos. Mi tío lo comprendió en un abrir y cerrar de ojos. ¡Uf! Tío Ufuk, ¿cómo te pueden hacer esto? Ahora ¿cómo voy a poder mirarte a la cara cuando me quede en vuestra casa? Me has hecho polvo, tía Nur.

Me detuve. Iba andando tan deprisa que había subido bastante en un momento. Me di media vuelta. Büyükada estaba a mis pies. Justo enfrente tenía la Colina de Cristo. ¿Por qué no había ido allí? Los domingueros suben a San Jorge y nadie conoce la Colina de Cristo y el monasterio que hay. Si mi padre no me hubiera llevado, yo tampoco sabría que existe. El año pasado, a finales de verano, acabamos allí por casualidad. Estábamos dando un paseo. Pasamos por la Mansión Encantada, el Camino de los Amantes, los pinares, el orfanato rumí, y llegamos a la Colina de Cristo. Era la primera vez que iba allí. Un edificio de madera, de los tiempos antiguos. Un monasterio y su inhóspita iglesia con las puertas y las ventanas cerradas. Posiblemente abandonado. Las malas hierbas crecidas hasta la altura de las ventanas del primer piso y plantas brotando por entre los postigos verdes del piso superior. Mi padre llamó a la puerta. Me quedé muy sorprendida. Pensaba que no respondería nadie, pero abrió un chico de mi edad. Un muchacho callado, tranquilo, educado. Entramos. Había unas velas encendidas. Las habría encendido corriendo el chico cuando tocamos la campanilla. Mi padre se emocionó cuando vio en la pared el icono de san Cosme y san Damián, la pareja de sanadores. Al parecer era un icono que

no se encontraba en muchos sitios. Lo miré. A mí no me decía nada, pero le hice una foto a mi padre con él.

Eso es lo que más me gusta de Estambul. Pensando que te la conoces por los cuatro costados, se abre una puerta y pones el pie en un espacio que te da la sensación de estar en un país lejano. También la tía Nur me llevó una vez a ver las iglesias de un barrio que ahora no recuerdo dónde estaba. Yo no sabía que en Estambul hubiera tantas. Creía que solo existían las grandes iglesias de la calle İstiklâl. Sin embargo, en el barrio al que fuimos había una a cada paso. Era un barrio por el que las mujeres iban con *charshafs* negros y los niños con bonetes islámicos, y en cada calle había una iglesia. No tenían nada que ver con las de İstiklâl. Yo no habría ido sola a ese barrio y, de haber ido, nunca me habría llamado la atención una puerta encajada entre dos antiguos bloques de pisos ni habría sentido curiosidad por lo que había al otro lado. Nos deteníamos delante de aquellas puertas y llamábamos al timbre. Cuando nos abrían nos encontrábamos con jardines llenos de rosas, moreras y gatos. Algo increíble. Igual que Alicia en el País de las Maravillas.

–La gente que vive en Estambul no tiene necesidad de viajar –me dijo ese día la tía Nur–, basta con abrir los ojos. Se puede viajar no solo en el espacio, sino también en el tiempo.

¡Ay, tía Nur, ay! ¡Vaya fresca nos has salido!

Al llegar a la colina de San Jorge no entré en la iglesia. El guarda estaba en la puerta. A las chicas en *shorts*, con vestidos o camisetas de tirantes, les ofrecía unas telas beiges para que se cubrieran. Yo había salido de casa con los *shorts* de unos vaqueros a los que les había cortado las perneras. No quería taparme con aquellos sucios trapos. Me encaminé hacia la derecha, a la ladera que da a la isla de Heybeli. Las rocas estaban todas ocupadas por parejitas. Para encontrar una piedra en la que poner el culo tuve que bajar casi hasta Viranbağ. Por fin encontré un sitio un poco más abajo de la fuente. Me senté. Estaba cansada. Pero, gracias al cansancio, había olvidado un poco el asunto que tanto me dolía. El sol había pasado a la parte de Heybeli y el mar relucía como la plata en la cala de abajo. Los pinos se inclinaban hacia el agua. Las sombras jugueteaban en lo más recóndito de

las rocas. Ojalá me hubiera traído el bañador. Bajaría a nadar. Sin embargo, he preferido estar aquí sentada triste y desconsolada.

En cambio, la tía Nur consigue ser feliz. Mientras va paseando se para de repente. Señala un magnolio encajado entre dos muros o unas palomas bañándose en un charco. Le sonríe toda la cara. Y Burak, por supuesto, se enamora de ella. De hecho, todo el mundo se enamora de mi tía. La verdad es que no es muy guapa. De entrada, es pequeñita. Si la ves entre la multitud, no te llama la atención. Cuando mi madre va por Nişantaşı la gente se vuelve a mirarla. Rubia, de piel morena, alta. Y viste muy elegante. La tía Nur no es así. El pelo, los ojos, el cutis, bien, los tiene brillantes, pero no impresionantes. Y, con todo, cuando entra en cualquier lugar se produce un silencio. ¿Por qué? La gente siempre se la toma en serio. Es como si la piel le despidiera un halo de respeto. La respetable Nur Bulut. ¿Le mostrarían tanto respeto si supieran que engaña a su marido? ¿Seguirían tomándosela en serio si la vieran haciendo el amor con Burak tirada en la mesa del comedor? ¿Corretearían a su alrededor los camareros de los jardines de té, los peluqueros, los chicos del House Café, pase, Nur Hanım, pase por aquí, siéntese cómodamente?

Saqué el teléfono del bolsillo de atrás y contemplé la pantalla con la mirada vacía. No me apetecía ver los *posts* artificiales felicitando las fiestas en las redes sociales. ¡Era como si todas las familias fueran de anuncio de Coca-Cola! ¡Si solo pudiéramos ver lo que hay detrás de los anuncios! Mi padre nos ha abandonado el día de la fiesta. ¿Y si subo ese *post* a Insta? Con letra grande y puede que un fondo morado. ¿Qué comentaría el personal? Lo compartiría también en Facebook para que lo vieran los viejos. Que lo viera mi padre. ¿Dónde estará? Marqué su número. *El número que ha marcado no está disponible en este momento. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde*. Pues no lo voy a intentar de nuevo más tarde, ea.

La campana de la iglesia empezó a sonar. De algún lugar por allá abajo salieron tres curas. Todos con sotanas negras. Se dirigieron a la iglesia con las faldas revoloteando. Uno tenía una larga barba cana y era barrigudo. Los otros dos eran más o menos jóvenes. ¿Cómo será vivir aquí? Una vida de

monje. Despertándote todos los días ante este paisaje magnífico. Campanadas. Reza. Sale el sol. Come pan. Bebe agua bendita. Luego vuelve a rezar. Puede que una vida así me purificara. Los sueños de los padres que han quedado a medias los llevan a cabo los hijos, dicen… Una especie de herencia de sueños y deseos transmitida genéticamente. El verano pasado, el día que subimos a la Colina de Cristo, mi padre compartió conmigo un secreto. O sea, no sé si era un secreto. Teniendo en cuenta que me dijo que quedara entre nosotros, lo sería.

–Que quede entre nosotros, Selin. A mí también me gustaría retirarme a un monasterio como este.

Recuerdo que cuando me lo dijo estaba anocheciendo en la isla. La luz se había vuelto anaranjada. Bajo nuestros pies crujía la pinocha recalentada. Según caminábamos las piñas despedían un olor dulce y cálido a madera. Entonces pensé lo siguiente: ¿también mi padre siente esa carencia que no sé nombrar? Él también tiene todo el aspecto de estar esperando algo para empezar a vivir. Y hasta ahora se ha apañado con una vida de repuesto. La verdad es que es todo un señor mayor. ¡Qué difícil es verlo como una persona y no como mi padre!

De repente se me vino a la cabeza algo terrible. Una posibilidad. Un desastre. Me incorporé aterrorizada en la piedra en que estaba sentada. ¿Y si mi padre se había suicidado? ¿Y si se había matado como el padre de la bisabuela? ¿Y si cuando vino anoche a mi habitación y me dio un beso fue el beso de la despedida? ¡Ay, Dios mío! ¿Será posible? ¡No digas tonterías, Selin! ¿Por qué no voy a decirlas? Porque tu padre no tiene ninguna razón para suicidarse. ¿Y quién la tiene? ¿Tenía alguna razón el padre de Şirin Saka?

–Se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo. La sangre salpicó toda la pared. Por mucho que frotamos, la mancha no salió.

Un arrebato, una fuerte depresión, un bajón repentino… Nerviosa, marqué de nuevo el número de mi padre. Me temblaban los dedos. *El número que ha marcado no está disponible*. ¡Me cago en todo! Abrí el Facebook y escribí el nombre de mi padre. Llevaba una semana sin postear nada. Y en su muro tampoco había nada aparte de lo que había firmado para

change.org y tres fotografías sacadas en un simposio, sin filtros, con una luz horrible, amorfas, subidas en el mismo momento en que se hicieron. Y no tiene Instagram. ¿Qué hago?

Me puse en pie. La cabeza me daba vueltas. El acantilado y el mar se acercaban y se alejaban. De la iglesia llegaba el runrún de los rezos. Se levantó una brisa. Estaba en la colina más alta de la isla. A mis pies, rocas y más rocas. ¡No mires abajo! Mira al frente. Mira la línea del horizonte. Respira profundamente. La Isla de los Perros, Heybeli, Burgaz. Luego azul, azul, azul hasta el horizonte… ¿Y si se había tirado al mar? Hay muchos que se suicidan tirándose desde el puente del Bósforo. Ahí tenemos a dos amigos de la tía Nur. Saltaron del puente. Y otro se ahorcó de un árbol del jardín. O sea, que no me preocupo por nada. Fue toda una oleada de suicidios. Bueno, ¿pero hay quien se suicida saltando desde San Jorge? No, Selin, no. ¿Pero que se pongan una pistola en la cabeza? Llevaba la mochila. Y en la mochila solo una pistola. Si se va a suicidar, ¿para qué llevarse camisas y pantalones? Por eso toda la ropa estaba colgada en su sitio. ¿Y por qué se llevó el ordenador? ¡Para grabar un vídeo de último momento, por supuesto! ¡Si no tiene un teléfono inteligente! Todo lo digital lo apaña en ese burro muerto de portátil que tiene. Fikret Bulut baja una mañana temprano a la cala de Viranbağ con su ordenador portátil y ¡BUM! ¡Ay, Dios mío!

Mi comportamiento posterior no tuvo mucha lógica. Lo admito. Pero no lo hice por maldad. Ni siquiera lo pensé. En ese momento solo pensaba en mi padre. Me dejé llevar por el pánico. Me había quedado plantada en aquella piedra como una cigüeña con el teléfono en la mano. Juro que no me di cuenta de lo que hacían mis dedos, independientes de mi voluntad mientras yo miraba la pantalla embobada. Sin embargo, cuando sonó en mi oído una voz de hombre, «¿Hola, Selin? ¿Estás ahí? ¿Me oyes?», comprendí que había llamado a mi tío Ufuk.

19

Repartí entre los gatos los trozos de pollo que doña Şirin se había dejado en la bandeja del almuerzo. El gatito gris juguetón no vino. ¿Habrá vuelto a meterse en la casa o qué? Como cuando era jovencita, doña Nur ha apoyado la cabeza en la mesa de la cocina y se ha quedado dormida. Oí que Selin y don Burak entraban en la biblioteca. Ojalá no cansen sin necesidad a doña Şirin. Sin embargo, la profesión de escritor de don Burak le obliga a ello. Si no hablase con gente importante, no tendría sobre lo que escribir. Hace años me entrevistó a mí también. Por supuesto, yo no tengo nada de importante. Por aquel entonces don Burak estaba comenzando a escribir una columna titulada «Retratos». Supongo que habló conmigo como práctica. Ahora la columna ha crecido y le han reservado la página entera a don Burak. Para qué voy a mentir, cuando por primera vez vi la entrevista, sentí orgullo.

Recorté del periódico la entrevista que don Burak me había hecho. La conservo guardada en un cajón. También publicaron una fotografía nuestra. Lo tengo muy fresco en la memoria. Posamos en el salón del piso de Moda. La fotografía la tomó doña Nur. Antes de hacerla, nos sentó en el canapé de finas patas y tapicería con pasamanería delante de la pared. Yo evito tocar el mobiliario de doña Şirin, especialmente lo que hay en el salón, y sentarme en los sillones o el canapé, pero, no obstante, la señora vio apropiado el salón para la entrevista de ese día.

Antes de que llegasen los invitados preparé la mesa para el té. Saqué los platitos de merienda con ribetes dorados. Coloqué en las bandejitas alargadas las rosquillas de ajonjolí y los bizcochitos salados que esa misma mañana había comprado en la pastelería Baylan. La tarta de cerezas recubierta de chocolate la sacaría al final. Así lo habíamos decidido doña Şirin y yo. Por ahora, la manteníamos en la nevera. Encendí el samovar.

Preparé el té. Coloqué los vasos de té con sus platitos de plata sobre el aparador, junto al samovar.

–Pon un plato también para ti, Sadık –dijo doña Şirin cuando vino a inspeccionar la mesa–. Hoy eres tú el invitado de honor.

Me avergoncé tremendamente cuando lo oí. Con todo, como estoy obligado a cumplir lo que me ordena la señora, puse un plato más en la mesa. No obstante, resultó que no había necesidad. Después de tomarnos la fotografía, doña Nur le propuso a doña Şirin llevarla a dar un paseo en automóvil. Y tomarían el té en la pastelería Divan de Erenköy. La señora no puede resistirse a los paseos. Pidió su bolso de inmediato. Se arregló a toda prisa y salió de casa del brazo de doña Nur.

Cuando nos quedamos a solas, don Burak me hizo algunas preguntas. En general, con respecto al pasado. En un primer momento, me sentí incómodo cuando dejó sobre el mantel blanco el aparato para grabar nuestra charla. En mi opinión, mi pasado no tiene nada como para ser publicado en un periódico. La persona a quien de veras tendría que entrevistar era doña Şirin. Don Burak no hizo caso a mis objeciones. Por entonces era joven. Le brillaban los ojos detrás de las gafas.

Mientras tomábamos el primer té, le conté sobre mis años de juventud en Üsküdar. Vivíamos en la mansión del tío de doña Şirin, Nevzat Bey. Una casa que miraba al mar desde una colina. ¡Y qué jardín tan hermoso tenía! Allí había árboles que daban todo tipo de frutos: moras, manzanas, ciruelas, cerezas, almendras… Incluso habían plantado dos palmeras que balanceaban la copa a ambos lados del estanque. En el estanque peces dorados daban vueltas entre los nenúfares. Y luego rosas de todos los colores y un magnolio que hacía que quienes pasaban por el camino se detuvieran a preguntar si aquellas flores eran de verdad.

Nevzat Bey era un hombre de un espíritu muy elevado. En realidad, no era tío de doña Şirin, sino un pariente lejano. Luego algunas malas personas afirmaron que ni siquiera tenía relación de parentesco con doña Şirin. Que sus intenciones eran otras. No, yo sí lo sé. Nunca habría hecho daño ni ofendido a nadie. Al fin y al cabo, fue Nevzat Bey quien envió a París a doña Şirin para que se formara en la práctica de las bellas artes. A ese

respecto se dijo que le había obligado a ello su propia esposa, la señora tía. En fin, la boca de la gente no es una bolsa a la que se le pueda hacer un nudo.

Nevzat Bey me inscribió en la escuela. Estudié en Üsküdar hasta terminar la secundaria. Más tarde corrieron por ahí otros feos cotilleos sobre él. Se dijo que durante los años de la guerra se había dedicado al estraperlo. Se inventaron algo llamado «comercio de vagones». Acusaron falsamente a Nevzat Bey. No hay que creer nada de ello. Le dejé bien claro el asunto a don Burak. Era importante.

Don Burak tomaba notas en una libreta que había abierto junto al plato. Le ofrecí las pastas saladas. Parecían gustarle especialmente las rosquillas de ajonjolí. Traje más cuando fui a la cocina a reponer los tés. También saqué de la nevera la tarta y la puse en el centro de la mesa. Don Burak se tomaba poco a poco su segundo té. Me inquirió por lo que hice después de la escuela secundaria. Transcribió al pie de la letra mi respuesta en el periódico. En contadas ocasiones la saco del cajón y la releo. Así me expresé:

«La tía Melahat, la señora de Nevzat Bey, vio que me interesaban las labores de la casa. Por aquel entonces el mayordomo se encontraba un tanto indispuesto. Más tarde resultó que había contraído la enfermedad de la tisis. La tía Melahat Hanım me enseñó el oficio de mayordomo. Además, Nevzat Bey era director de una fábrica de zapatos en Beykoz y me dio un empleo allí. Por las mañanas trabajaba en la fábrica. Hacía girar el cuero en grandes calderos para que se ablandase. Nevzat Bey y yo regresábamos para el almuerzo. A partir de ese momento me quedaba con la tía Melahat Hanım. Era una señora muy agradable, instruida, que había venido de los desiertos de Siria. Ella sola me enseñó a cocinar, el protocolo de la mesa, con qué limpiar tapicerías y cristales, a sacudir las alfombras y a abrillantar los candelabros de plata».

Guardé silencio después de contar todo aquello. Si no me equivoco, en ese momento me asaltó un ataque de tos. No tengo por costumbre hablar tan largo rato. De hecho, ¡qué cosas de tan poca importancia! Seguro que don Burak quería saber más al respecto de la señora Şirin Saka. Cuando se me

cortó la tos, mencioné el talento para la pintura de doña Şirin, que se hizo evidente siendo todavía mocita.

«Nevzat Bey matriculó a doña Şirin en el liceo femenino de Çamlıca. Él mismo la dejaba personalmente en el colegio en su coche particular cuando iba por las mañanas a la fábrica. Y a mediodía la recogía y la traía de regreso a casa. Cuando yo estaba terminando la escuela secundaria, por las mañanas íbamos juntos en el coche de Nevzat Bey. Don Nevzat me enseñó a sostener abiertas las puertas. Primero se montaban las señoras, que se sentaban delante. Luego yo daba una carrera y le abría la puerta a Nevzat Bey y se subía él. Tiempo después, me enseñó a conducir, después de dejar a doña Şirin en el colegio, en la colina de Çamlıca. Era todo un caballero. Modesto. No le gustaba marcar las diferencias. No se enfadaba en absoluto por mis errores de inexperto. Tiempo después, cuando doña Şirin estaba en segundo de bachillerato, la tía Melahat Hanım me mandó llamar y me dijo: "Sadık, hijo, a partir de ahora llevarás tú a Şirin en coche al colegio. Por lo tanto, Nevzat Bey tendrá que ir a la fábrica un poco más tarde"».

En ese punto don Burak alzó la cabeza de sus notas. Yo me encontraba bajo los efectos del viaje que estaba haciendo al pasado. Cuando dejaba a doña Şirin en el colegio por las mañanas, una finísima capa de niebla cubría las aguas del Bósforo. Y, cada mañana, la señora me pedía que, en lugar de meternos por la cuesta que llevaba al liceo, tomáramos el camino más largo. Subíamos a lo alto de la colina de Çamlıca. Por aquel entonces estaba cubierta de pinares. Los neumáticos del coche aplastaban las piñas y por las ventanillas entraba un aroma fresco a pino, como a menta, que llenaba el coche. Al llegar a la cumbre me pedía que me detuviera. Sentía el deseo de contemplar cómo aquella delgada cortina de bruma se iba elevando, aun a precio de faltar a la primera clase. A mí, con las manos atadas, no me quedaba otra solución que aparcar debajo de un pino y esperar a la señorita. Doña Şirin prestaba toda su atención a cómo se iba dispersando la bruma y se sumía en la contemplación de las colinas del otro lado según iban apareciendo; del mar, cuyo azul se hacía más intenso allá donde lo rozaba el sol; de las sombras que deambulaban por entre las cúpulas y los alminares de la parte antigua de Estambul.

La voz de don Burak me hizo volver en mí.

–¿Por qué no te has servido té, Sadık? Toma un vaso. Y tienes el plato vacío. No puede ser que uno coma y el otro mire. Por favor, ponte un té.

Luego se terminó de un trago lo que le quedaba al fondo del vaso. Lo retiré y nos serví del samovar a los dos a la vez. Cuando volví a la mesa y me senté, noté que había oscurecido un poco. Estábamos a finales de marzo. Habíamos pasado un invierno muy duro. La nieve no desapareció del suelo durante semanas. Hacía un día soleado y templado, pero, con todo, la señora podría enfriarse en la calle. Mientras Nur no se dejara llevar por su entusiasmo juvenil y cansase en exceso a doña Şirin, todo iría bien.

Me puse medio terrón de azúcar en la boca y lo mantuve en el interior del carrillo. Don Burak me miró y sonrió:

–Así es como lo tomas, ¿eh? Cuando era chico, los hombres en los cafés del pueblo también tomaban el té poniéndose un terrón de azúcar partido en la boca.

Turbado, me pasé el azúcar de un carrillo al otro. Me lo había metido en la boca sin darme cuenta. Lo propio habría sido echarlo al té y removerlo con la cucharilla.

–¿Hablamos un poco del colegio, Sadık? ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

Me angustió mucho que no se me viniera a la memoria el nombre de la escuela. Era una escuela de barrio en Doğancılar. Cerca del lugar donde se celebraban las fiestas. En ellas Nevzat Bey nos llevaba allí a todos, niños incluidos. Nos montábamos en el tiovivo. Lanzábamos aros para ganar cigarrillos. Los que ganábamos se los dábamos a Nevzat Bey y él nos compraba pirulís de caramelo. Pero, en mi opinión, don Burak no podía considerar interesantes ese tipo de hechos. ¿Por qué habrá querido saber el nombre de la escuela? Mencioné los bosquejos que doña Şirin había hecho en aquel magnífico jardín. Don Burak había dejado la pluma y me escuchaba cruzado de brazos. Tenía el plato vacío. De inmediato le corté un buen trozo de tarta. Yo también me puse otro en el plato para que no protestara.

Por supuesto, no era yo quién para emitir juicios sobre arte. No obstante, puedo afirmar que doña Şirin, incluso a tan tierna edad, al dibujar, supongamos, el magnolio, no lo pintaba exactamente igual al paisaje que veía, y que ponía especial cuidado en ello. También que es importante el día en que Tuğrakeş Hakkı Bey comprendió el extraordinario talento de doña Şirin. Era una historia que un escritor joven y de firme pluma como don Burak debía conocer. Mientras él se comía la tarta, traté de poner en orden todo lo que quedaba en mi memoria de aquella importante tarde en que Tuğrakeş Hakkı Bey visitó la mansión de Üsküdar.

Tuğrakeş Hakkı Bey era vecino de Nevzat Bey. Se dedicaba al arte de la caligrafía. Creo recordar que era un individuo que se había hecho un nombre en ambas orillas de Estambul. Vivía en una casa de madera de dos pisos con una balconada. El piso de abajo lo había arreglado como tienda. Allí trabajaba él a solas. Al caer la tarde, cerraba el establecimiento y venía a visitar a Nevzat Bey. Ambos eran muy buenos camaradas. Se sentaban en la terraza que daba al Bósforo. Nevzat Bey me enseñó a servir el raki. Yo les llenaba las copas con el raki que habíamos enfriado en la despensa. Les ofrecía avellanas y pistachos recién tostados. Se sumían en la contemplación del descenso del sol tras las colinas de enfrente disfrutando del sosiego.

Una tarde surgió algo en la fábrica. Nevzat Bey envió un aprendiz a casa para notificarnos que llegaría tarde. Pero Tuğrakeş Hakkı Bey no estaba al tanto de aquel retraso, por supuesto. Apareció de repente poco antes de la puesta de sol. De inmediato, la tía Melahat Hanım le invitó a pasar a la terraza. Yo le preparé el raki como le gustaba. No lo quiso. «Vamos a dar un paseo por el jardín hasta que llegue Nevzat», dijo.

Desde ese día hasta hoy no he dejado de pensarlo. De no haberse dado esa tarde esa extraordinaria casualidad, ¿cómo se habría desarrollado la vida de doña Şirin? ¿Habría ido a París, en cualquier caso? ¿Habría alcanzado la fama que posee hoy? Cuantísimos detalles son necesarios en la vida del ser humano para que tome cuerpo cualquier instante… Si se alterase una pizca de cualquiera de esos detalles, ¿sería posible que acabásemos en una situación completamente distinta a la que vivimos ahora? Son preguntas

que nadie puede responder en este mundo, pero, de todas formas, uno no puede impedir formulárselas. Por supuesto, no iba a molestar a don Burak con preguntas de ese jaez.

Con toda la precisión de la que fui capaz, le narré el encuentro accidental de Tuğrakeş Hakkı Bey mientras paseaba por el jardín con doña Şirin, que estaba pintando el magnolio. Al describir aquel atardecer se me venían a la mente detalles que creía olvidados hacía tiempo. Yo había ocupado mi lugar bajo el magnolio. Esperaba listo con la paleta, los tubos de pintura y los pinceles. Vi que Tuğrakeş Hakkı Bey se acercaba y miraba la flor que la señorita estaba creando en el lienzo. Me hizo una seña con la mano para que guardara silencio. Asentí con la cabeza. Desde jovencita, doña Şirin, tan pronto como empezaba a pintar y a trajinar con los colores, se olvidaba del mundo que la rodeaba. Esa tarde pintaba inquieta por que no se le escapara la luz que se iba enrojeciendo. Se había olvidado hasta de mí, que estaba plantado justo a su lado, con la paleta en la mano. Yo allí ejercía de mesa. Por supuesto, ni notó que Tuğrakeş Hakkı Bey estaba observando sus pinceladas por encima del hombro. Después de quedarse un buen rato, Tuğrakeş Hakkı Bey se retiró con pasos silenciosos, tal y como había venido.

Cuando Nevzat Bey llegó a casa, él y Tuğrakeş Hakkı Bey, tal y como era su costumbre todas las tardes, se sentaron en la terraza sobre el estanque ornamental. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Nevzat Bey, les serví las copas de raki. Mientras el licor adquiría el color de las nubes, oí que Tuğrakeş Hakkı Bey decía:

–Tu sobrina tiene un enorme talento para el arte. Mándala a París, amigo mío. Podríamos tener entre manos a otra Mihri Müşfik Hanım.

Con toda franqueza, yo había aprendido a servir el raki perfectamente. No tenía rival en llenar las copas sin verter ni una gota en el mantel. Y, con todo, en ese instante me temblaron las manos de repente. No era la hora a la que se reunían por lo general. Había refrescado un poco y había caído la tarde. Claramente me había enfriado. O puede que no distinguiera bien en la penumbra del anochecer. Mientras servía la copa de Nevzat Beyefendi, derramé una gota en su chaqueta. La zozobra se apoderó de mí. No

obstante, como el señor era todo un caballero, no hizo el menor comentario. Continuó rascándose la barba como si no hubiera sucedido nada.

No sé por qué, a don Burak no le interesó demasiado esta historia tan importante. Por supuesto, al transmitírsela no añadí detalles tan innecesarios como que había derramado el raki. Lo importante era que esa tarde la suerte de doña Şirin dio un vuelco gracias a la casualidad. Don Burak tenía que escribirlo en su periódico. Que tanto Tuğrakeş Hakkı Bey como Nevzat Bey habían sido hombres ilustrados, que apoyaron con todo lo que tenían la formación de doña Şirin Saka, considerada una de las más importantes artistas de este país. No obstante, don Burak, en lugar de preguntarme sobre aquello, llevó la conversación de nuevo a mi educación.

–¿Te gustaba estudiar, Sadık? ¿Eras buen estudiante?

No me atreví a contestarle que ni se me había ocurrido pensar en si me gustaba o no el colegio. Estudiaba mucho para que no le dijeran nada malo sobre mí a Nevzat Bey. Me sentía lleno de gratitud. Ya sabía leer y escribir, pero en aquella escuela recibíamos clase también de otras asignaturas que desconocía. Era bueno en matemáticas y se me despertó la curiosidad por leer los libros de la biblioteca. Era dócil en comparación con los revoltosos niños del barrio. Si a eso era a lo que se refería con buen estudiante, lo era. Pero no llegué a decirle nada de aquello. No me parecía decente presumir. Traté de explicarle que doña Şirin había sido una alumna en extremo brillante. Las maestras, cada una de las cuales había tenido un papel en la fundación del país, no se hartaban de elogiarla.

Con todo, mi pretensión quedó a medias. Don Burak apartó el plato vacío y dejó la libreta en la mesa.

–Sadık –dijo con voz amable–, con Şirin Hanımefendi han hablado muchos periodistas. Se ha escrito y dibujado mucho sobre ella. Por supuesto, tu perspectiva es muy valiosa. Si Dios quiere y tengo la fortuna de hablar más adelante con Şirin Hanım, estoy seguro de que estas anécdotas de juventud que me estás contando me serán útiles en extremo. Pero lo que a mí me interesa ahora es lo relacionado contigo. ¿Tenías amigos en el colegio? ¿A qué jugabas con ellos? Ese tipo de cosas. ¿Hablamos un poco

de ti? Luego llegaremos a tu juventud, a los años en que trabajaste en la fábrica.

Me quedé sin palabras. No tenía por costumbre hablar de mí mismo. Pensé en algo que decir sobre los muchachos de la escuela. Solo se me vinieron a la memoria cosas malas. Ante mis ojos aparecieron una serie de incidentes desagradables que creía borrados desde hacía mucho de mi anciana memoria. Me arrinconaban en el patio e intentaban que dijera oraciones. Por algún motivo, tenían la impresión de que era incapaz de hacerlo. Cuando me acorralaban no sabía qué hacer. Se me echaban todos encima. Que recitara la *shahada*. Yo no sabía qué significaba esa palabra. Ni en casa de Nevzat Bey ni antes se me había dado formación religiosa. Tampoco podía preguntárselo a la tía Melahat Hanım al volver a mediodía a casa para no exponer mi ignorancia. Y, si se lo preguntaba a Nevzat Bey, me preocupaba, más que irritarle, entristecerle. Al día siguiente los muchachos se me volvían a echar encima. Una vez uno de los más grandullones gritó: «¡Bajadle los pantalones! Vamos a ver si tiene la circuncisión o no. Si no, nosotros se la haremos». Luego todos se rieron groseramente. Justo en ese momento el maestro salió al patio y se dispersaron. Creo que se me quedó paralizada la lengua. Cuando el maestro me preguntó, fui incapaz de explicarle la situación en la que había caído. Me moría de vergüenza. A partir de entonces iba siempre de mala gana a la escuela. Al terminar la secundaria, le rogué a Nevzat Bey que me llevara a trabajar a la fábrica. Lo lamentó. No lo entendía. «Te gusta mucho estudiar, Sadık. Puedes acabar el bachillerato con facilidad y tendrías un título. ¿Por qué?», me dijo, pero aceptó. Además, por aquel entonces se hizo evidente la tisis del mayordomo y la tía Melahat Hanım quería formarme como tal. Así finalizó mi vida escolar.

Mientras todo aquello pasaba por mi memoria, don Burak debió de verme algo funesto en la cara porque se inclinó y le dio al *stop* al aparato que tenía junto al plato de la tarta.

–Deja entonces lo del colegio. Háblame un poco de tus padres.

Me quedé perplejo. Cuando, por mediación de doña Nur, nos llegó el aviso de que don Burak pretendía entrevistarme, doña Şirin y yo nos

preparamos un poco. Le explicaría que, gracias a la formación recibida por la familia de doña Şirin, me convertí en un mayordomo del tipo de los que solo pueden encontrarse entre las familias de la alta nobleza de Inglaterra. Hoy en día ya no quedan sirvientes veteranos como yo, ni en Estambul ni en ninguna parte del mundo. Recordaría a la tía Melahat Hanım, que me enseñó a llevar una casa. Era hija de una familia noble de árabes blancos de renombre en Damasco. Ese detalle tenía que incorporarlo como fuera a mi relato. Había venido a Estambul como consecuencia de su matrimonio con el tío de doña Şirin, Nevzat Bey. Si hubiéramos vivido en tiempos de los otomanos, con la formación que me ofreció la familia de doña Şirin podría haber servido en palacio incluso.

Iba a contarle todo aquello. Habíamos acordado también qué temas era necesario que no mencionara en absoluto. No podría decir ni una palabra relacionada con la pobre de la difunta Süheyla. Si se daba la circunstancia de que don Burak lo sacaba a relucir, yo debía cambiar de tema. Doña Şirin y yo lo ensayamos. Podía hablar del inesperado fallecimiento del profesor Halit, pero solo si me veía obligado. Al parecer, la señora sabía lo mucho que me habían afectado las veladas musicales en Büyükada y, si así lo quería, podía hablar de mi interés por la música occidental y lo que le escuché al respecto al profesor Halit Bey.

Con todo, lo que no calculamos ni doña Şirin ni yo mismo fue que don Burak fuera a preguntarme sobre mis padres. Ni se nos pasó por la imaginación que pretendiese saber sobre aquel pasado profundamente antiguo. Al fin y al cabo, era un artículo que iba a salir en un periódico. ¿Con qué motivo iba un escritor a sentir curiosidad por los padres de un pobrecico como yo? Cuando nos preparamos para la entrevista, supusimos que don Burak desearía saber detalles de mi trabajo y sobre mi vida junto a doña Şirin.

–Don Burak –le dije cuando por fin fui capaz de hablar–, este Sadık que tiene ante usted es un anciano que ni siquiera sabe su propia edad. Le ruego que le disculpe. No existe la menor posibilidad de que retenga en la memoria un pasado tan profundamente antiguo.

Don Burak sonrió. Al otro lado de la ventana había oscurecido bastante. Me levanté y encendí la lámpara. La luz de la araña de cristal se derramó reluciente sobre la mesa. Un gasto inútil, pero si la señora venía y veía que había dejado a oscuras a don Burak, se podía enfadar.

–Muy bien, Sadık, no hace falta entrar en detalles. Dime cómo se llamaba tu madre. ¿Ella también estaba contigo en casa del tío Nevzat? ¿A qué se dedicaba tu padre?

–Mi padre murió cuando yo era pequeño –murmuré–. No lo conocí.

Me preguntó de qué había muerto. Balbuceé algo. Por entre las brumas de mi cabeza empezaron a tomar forma las historias que mi madre me contaba por las noches, cuando nos acostábamos. En realidad, mi madre era una mujer discreta. De día, mientras servía a la gran señora, a la madre de doña Şirin, apenas abría la boca. Tampoco soportaba que yo anduviese pegado a sus faldas. Por ese motivo me iba solo a los montes y los bosques. Pero cuando caía la oscuridad, en las noches en que nos acostábamos en brazos el uno del otro en la pequeña barraca del jardín de la mansión, me susurraba al oído una serie de historias. No obstante, la condición era que me durmiese. Si no me dormía, no me las contaba. Por eso yo cerraba los ojos antes de que mi madre se deshiciese las trenzas y se metiese bajo las sábanas. Será por eso que todas aquellas historias que mi madre me relataba las recuerdo como algo que soñé antaño. E incluso algunas se mezclan con mis propios recuerdos. Por ejemplo, a mi avanzada edad ya no tengo ninguna posibilidad de saber si realmente vi a mi padre o es pura imaginación mía.

Como mi madre, mi padre trabajaba en la mansión de Nuri Efendi. Se ocupaba de los caballos. Por lo que oía a izquierda y derecha, se marchó de la vergüenza cuando murió Nuri Efendi porque se había matado cayéndose de uno de los caballos que él había domado. Mi madre nunca dejó de esperarle. Aunque quizás todo eso sea un invento de mi fantasía. Para mí el pasado es una mezcla confusísima entre sueños y recuerdos. Además, tengo en la cabeza algunas memorias que recuerdo a pesar de no haberlas vivido.

Don Burak esperaba una respuesta a la pregunta que me había hecho sobre mi padre. Le dije que enfermó y se murió. Lamentaba no saber las

respuestas a sus preguntas. Me inquietó que pudiera preguntarme de qué había enfermado. Se produjo un extraño silencio entre nosotros. Don Burak tomó la libreta y la hojeó.

–Bien, ¿y tu madre? Trabajaba con la madre de Şirin Hanım, por lo que sé. ¿Es así?

Asentí. Don Burak continuaba hojeando sus notas. Me puse en pie para servir otro té. Así traería de la cocina más pastas saladas y rosquillas de ajonjolí. Don Burak me agarró del brazo.

–Por favor, siéntate, Sadık –dijo con firmeza–. No voy a tomar más té.

Retrocedí nervioso hasta sentarme en mi sillón. Tal y como he explicado, el salón de la casa de Moda no se abría a nadie exceptuando a los invitados importantes. Era inaudito que me sentase en el canapé o el sillón como si fuera la señora de la casa, además a la mesa de té que yo mismo había preparado. Me dio un retortijón de tripas. A veces pasa cuando se toma té.

Don Burak alzó la cabeza de la libreta. Se quitó las gafas y me miró justo a los ojos con una expresión muy sincera. Los ojos eran negros y brillantes, como las aceitunas que aliñamos con aceite. Yo no sabía cómo reaccionar.

–Sadık, ¿no se llamaba Meryem tu madre? Meryem la gobernanta. Trabajaba en la casa de los padres de Şirin Hanım. Tú naciste en esa casa.

Tragué saliva. Al oír el nombre de mi madre por primera vez después de tantos años se me había hecho un nudo en la garganta. Solo mucho después se me ocurrió pensar en la cuestión de cómo habría sabido don Burak el nombre de mi madre. Él volvió a su libreta. Frunció el ceño mientras la hojeaba.

–Sadık, hay algo que no entiendo. Me has descrito muy bien la mansión del tío de Şirin Hanım en Üsküdar. Se te han quedado en la memoria muchos detalles, desde los peces del estanque hasta la tienda del vecino calígrafo. Bien, esto es lo que no entiendo: ¿por qué estaba Şirin Hanım con su tío? ¿Le pasó algo a su padre?

–Nuri Efendi había fallecido –contesté bajando la voz.

–¿Ese Nuri Efendi del que hablas era el padre de Şirin Hanım?

–Sí.

Garabateó un par de líneas en la libreta. Me vi en la necesidad de explicarme.

–Se cayó de un caballo.

Sin levantar la cabeza tomó nota de aquello también.

–¿Y su madre? La madre de Şirin Hanım, ¿dónde estaba?

Tragué. El dolor de barriga se me hizo más intenso.

–La madre de Şirin Hanım era una mujer muy bella. Cuando se quedó viuda en seguida le salió un pretendiente.

La voz me surgió muy débil, pero, de todas formas, don Burak me oyó. Guardé silencio de inmediato. Incliné la cabeza. Había hablado demasiado. Ese era otro detalle que dormía en lo más remoto de mi memoria. Ni siquiera sabía que lo sabía. En fin, al menos sentía cierto alivio de que la conversación hubiese pasado de mí a Şirin Hanım.

Don Burak carraspeó y se echó hacia atrás. Paseó los dedos por la libreta.

–Entonces, a ver… Nuri Efendi se cae del caballo y se muere. Su esposa es una mujer hermosa. Rápidamente le sale un pretendiente. Vuelve a casarse. ¿Hasta aquí está todo correcto?

Asentí.

–¿Cuántos años tenía entonces Şirin?

–Era niña. No me acuerdo bien, don Burak –la voz se me entrecortaba.

–¿Por qué su madre, recién casada, no se lleva a su hija a la nueva casa y en su lugar la instala en la de un pariente lejano?

Reflexioné. Traté de recordar. Aquella parte tan remota de mi memoria estaba cubierta por un grueso telón gris.

–No lo sé, don Burak.

Cada vez que decía «no lo sé» me sentía culpable. Cada vez que ignoraba algo, me hundía en la vergüenza de cara a don Burak, a Nur y a la señora. Una serie de malas habladurías se apiñaban en mi mente. Chismorreos fuera de lugar que había oído por el barrio sobre por qué Nevzat Beyefendi había invitado a doña Şirin a vivir con ellos.

–Nevzat Bey era rico –susurré–. Quería que su sobrina, doña Şirin, recibiera una buena educación. Puede que fuera por eso.

Burak meditó rascándose la barbilla.

–Sí, tienes razón. Puede que la madre entregara a su hija a su tío en lugar de llevársela a la casa a la que iba como recién casada. Tiene su lógica. Bien, ¿y tú?

–¿Yo, qué?

–¿Por qué te enviaron a casa del tío Nevzat?

¡Qué pregunta más absurda!

–Para hacerme cargo de todo lo que pudiese necesitar doña Şirin, por supuesto.

Asintió con la cabeza. Mantenía la pluma sobre la hoja de la libreta, pero no escribía una palabra. Murmuró algo para sí mismo. Para hacerse cargo de doña Şirin, dijo.

–Ítem más, para que no estuviese sola durante el viaje.

–¿Qué viaje?

Ahora me llegó a mí el turno de sorprenderme. Un escritor tan inteligente como don Burak, ¿tenía dificultades para seguir mi historia?

–Nuestro viaje hasta Üsküdar. Desde la casa de la madre de doña Şirin hasta la mansión del tío Nevzat.

–¿Dónde estaba la casa de la madre de Şirin Hanım?

Por un instante me sentí confuso de nuevo. Aunque don Burak había pasado a hacerme preguntas cuya respuesta era muy simple, yo seguía balbuceando. Me puse más nervioso aún. Me esforcé en recordar cómo se llamaba la región en la que había nacido. Era imposible que lo hubiese olvidado. Lo tenía en la punta de la lengua. Era un nombre que siempre había sabido. Como el mío. Estaba a punto de encontrarlo, pero justo en ese momento don Burak empezó a hablar y perdí el hilo que por fin había logrado enhebrar.

–Sadık –dijo acercando su cara a la mía–, voy a hacerte otra pregunta. Es la última. Sé que te he cansado. Tu madre, Meryem la gobernanta, ¿se fue con la madre de Şirin Hanım a su nueva casa?

Asentí con la cabeza. Se me encogió el corazón. Se me apareció de repente la imagen de mi madre en el puerto agitando un pañuelo detrás de mí.

–Entiendo. Te enviaron con el tío Nevzat para que te mandara a estudiar y te diera trabajo en la fábrica. Así podrías ocuparte de Şirin y de los asuntos de la casa también. Y tu madre y la de Şirin Hanım se mudaron a la casa del nuevo marido. ¿Dónde dijiste que era?

No había dicho nada, pero de repente apareció en mi memoria todo aquel lugar con sus montañas, sus prados y el mar enloquecido golpeando el rompeolas. Fue una imagen tan intensa que casi pude sentir el viento que te sacudía como un látigo y el olor de las avellanas en las ramas. Y con ella, me cayó de golpe en la memoria el nombre de nuestro pueblo.

–¡Maçka!

–¿Perdón?

–Maçka, don Burak. La casa de la madre de doña Şirin y de su señor padre estaba en Maçka. Yo mismo vivía en aquella casa con mi madre.

Me sentía aliviado de haber podido responder por fin a una pregunta de don Burak. Él anotaba absorto en su libreta.

–Maçka, ¿eh? Bien, Maçka desde aquel entonces pues, ¿no? Curioso.

Dejé aquella pregunta sin respuesta.

20

Hace poco, una tarde fui a casa de Burak. Lo de hace poco es una forma de hablar. Han pasado casi dos meses. Burak me conocía lo bastante bien como para saber que lo que quería ahora era hablar de aquella noche con él.

Pero no sabía lo de antes.

Ni lo de después.

Cerramos con llave la puerta del comedor a nuestras espaldas.

Ese día, bien temprano, me mezclé con los estudiantes que iban por Nişantaşı. Me encontraba de buen humor. El aire de primavera de Estambul siempre me huele a esperanza. Luego me topé con Fikret por casualidad. Aunque no se le podía llamar casualidad. Venía a verme. Me agobié. De no haber estado tan agobiada esa noche no habría ido a casa de Burak. De no haber ido esa noche a casa de Burak, no habrían ocurrido otro montón de cosas. Ufuk no me habría abandonado. Y ahora nosotros no estaríamos sentados a esta mesa como jóvenes enamorados que no se deciden a empezar a hablar.

Me habían encargado una nueva novela. Un empresario millonario llamado Metin, el apellido no es necesario, me encontró. Y no a través de la editorial. Ufuk no sabía nada. El tipo me escribió un correo electrónico directamente. «Nur Hanım, tengo en mente el borrador de una novela. ¿Me ayudaría a convertirla en realidad?». El nombre me sonaba de algo. El nombre no, el apellido. No recordaba de qué sector, si era de la construcción o de la comunicación, pero sí que era hijo de una familia conocida en el mundo empresarial. No me interesaba. Podía haberlo mirado en Google, pero no me apetecía. A veces no saber nada sobre los famosos te deja en una posición de fuerza ante ellos.

Por supuesto, lo más inteligente que podía haber hecho en ese momento habría sido reenviar el mensaje a Ufuk. Al fin y al cabo, él es el dueño de la editorial. Es Ufuk quien se encarga de los «clientes». Él les explica nuestras normas respecto a la escritura fantasma de una obra. Es función de Ufuk informarles sobre lo que esperamos de ellos, hasta qué punto puede intervenir el supuesto autor, el cliente, en el texto, y de los precios según el tiempo de investigación y el número de páginas. Al principio yo ni los veo. Después de firmar el contrato, nos citamos en la editorial. Nos remangamos para crear un *bestseller* a partir de borradores mediocres, clichés y personajes planos. Yo escribo, Ufuk controla si el texto tiene los elementos necesarios para ser un *bestseller* y el cliente, en los casos en que es capaz de enhebrar una frase, expone sus ideas sobre la historia que va surgiendo. Teniendo en cuenta que los libros que he escrito como autora fantasma se venden bien, podemos considerarnos un buen equipo.

En cambio, Metin Bey, el ricachón, había pasado por encima de Ufuk y había venido directamente a mí. Tenía un tipo desagradable, rechoncho, cuellicorto, con una mirada gris tras los cristales de las gafas sin montura. Llegó al café antes que yo y se sentó dentro, en una mesa junto a la ventana. ¿Quién se sienta dentro en un delicioso día de primavera? Miré a mi alrededor. Me sorprendió ver que todas las mesas del saloncito estaban ocupadas. Luego se me vino Burak a la mente. También él prefería sentarse dentro incluso con buen tiempo ahora que las terrazas de los cafés están bajo una nube de humo. Así que Metin Bey era antitabaco. No me iba a dejar fumar.

Al verme, el futuro cliente millonario se puso en pie y me alargó la mano sin abrocharse la chaqueta. Retaco pero sin barriga. Muy bien, un colega que se preocupa por su salud. Y sabía el aspecto que tengo. Bueno, en estos tiempos, ¿quién puede ocultar su cara? Mientras le estrechaba la húmeda mano ya me había arrepentido de haberme metido sola en el asunto. Por la noche le contaría todo a Ufuk. Se enfadaría. Me había citado con el cliente sin avisarle. Además, como tampoco me apetecía decirle que hablara del precio con mi marido, me tocaría a mí regatear. Pero él no tenía ninguna intención de regatear. En cuanto nos sentamos, lo primero que hizo

fue sacarse del bolsillo interior de la cara chaqueta un sobre gordo que contenía la cantidad que le había propuesto y ponérmelo delante. Me sobresalté, me habría gustado esconder de inmediato el sobre. Metin estaba tranquilo. Estaba acostumbrado a sacar sobres gordos y dejarlos sobre la mesa. ¿Por qué no iba a estar tranquilo? Yo era quien estaba intrigando a espaldas de su marido, no él. Bien podía ensalivarse los dedos y ponerse a contar el dinero allí mismo. O peor aún, insistir en que lo contara yo.

Estábamos en el House Café de Teşvikiye. El de la esquina, que da por dos lados a la mezquita. Al escoger aquel sitio para vernos puede que pensara en un lugar abierto donde no se le ocurriera arrinconarme. No estábamos sentados frente a frente, sino en las dos esquinas vecinas de la mesa. Fantaseé con que si se le ocurría rozarme la rodilla con la suya, le tiraba el dinero a la cara y me iba. En serio, ¿cuántos años me creía que tenía todavía?

El cliente no tenía ninguna intención de ponerse baboso. Entró directamente en el asunto y empezó a explicarme qué tipo de novela quería. Sería una novela histórica. Sucedería en Manisa, durante la Guerra de Liberación. Sabía que el Ejército griego había incendiado Manisa en su retirada, ¿no? A los hombres los encerraron en la mezquita y le prendieron fuego; a las mujeres… ¡Ah!, si tuviera tiempo, la escribiría él mismo, había tomado algunas notas, si quería podía enviármelas. No hacía falta. En mente tenía escenas de violencia y sexo. Y en una dosis muy alta. Al decirlo clavó sus ojos grises en los míos. En la mirada tenía, no lascivia, sino una especie de sentimiento de posesión. Me veía como si fuera una máquina. No, una máquina no; un instrumento. Yo era un instrumento de escritura. Un instrumento que manejaba Metin el ricachón. Intentaba dilucidar si yo era de un modelo capaz de escribir escenas con altas dosis de violencia y sexo. Se me vino a la cabeza Ayn Rand, que se sentaba a la mesa recordándose a sí misma: «Ahora eres una máquina de escribir, ¡escribe!». Mi madre había llenado la casa no solo con sus novelas, sino también con sus diarios y citas suyas. La leía de niña. ¿Era ella la que se ataba las manos a la máquina de escribir? ¿O se ataba a la silla? Ni hablar de levantarse sin haber escrito tantas páginas al día. Ya eres un instrumento de escritura.

¡Ahora, ahora, devuélvele el sobre en este preciso momento, Nur! Empújalo muy amablemente hacia su taza de té verde y lárgate. Grandes dosis de violencia y sexo solo significan una cosa: violación. Y además una violación en la que la mujer protesta al principio pero al final se retuerce de placer; o sea, como solo puede existir en la imaginación de este tipo de hombres. La mujer primero se resiste, lanza a porrillo exclamaciones como no, no lo hagas, para, por favor, pero acaba teniendo un orgasmo múltiple. El ricachón este puede, si quiere, llenar la mesa de sobres gordos, pero en la vida conseguirá que escriba algo así. Que no se atreva.

–Usted plantea magistralmente las escenas eróticas. Me gusta cómo expresa el deseo sincero sin caer en el melodrama. No intervendré en su estilo. Decidiremos juntos las líneas principales y después es usted libre.

¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Así que sabe para quiénes he escrito. Sus ojos grises seguían paseándose por mi cara. Me sentí incómoda. Por delante de la ventana pasaron riéndose unos estudiantes de instituto. La alegre despreocupación del viernes. En tiempos yo también fui a un instituto por aquí cerca. Los viernes por la tarde paseaba por esta calle contoneándome libre de la preocupación por los deberes. El chico que me gustaba vivía en la calle Hüsrev Gerede. Me paraba justo en esta esquina y le contemplaba bajar la cuesta dando saltitos con la mochila a la espalda. El fin de semana era una porción de tiempo larga, larguísima, preñada de emociones. Un único sábado podía contener sensaciones, placeres y momentos cuyo efecto podía durar meses y aumentaba al contarlos a los demás compañeros. El lunes era un futuro lejano en el que no era necesario pensar. Sentí dentro de mí los corazones de esos jóvenes que pasaban por delante de nosotros, latiendo con la esperanza de cosas extraordinarias.

Luego nos dimos la mano. Me guardé el sobre en el bolso.

Escribiría yo sola la novela de Metin el ricachón. Con toda tranquilidad, sin los comentarios de editor de Ufuk. Ufuk se metía en todo, desde el número de páginas hasta las escenas, desde la trama hasta los personajes. En la sala de reuniones de la editorial, desde la que por un extremo se veía el mar, en la gran mesa rectangular en la que nos reuníamos como consejo de redacción, cuántas veces no habría convencido a los clientes de que era

necesario que la historia no ocurriera allí sino aquí, no entonces sino ahora, o les proponía que añadieran a la trama alguna sorpresa, un giro de guion. Y si alguien protestaba, en general era yo y raramente los «clientes»; si no aceptábamos los cambios que proponía, empezaba a explicar por qué el libro no se iba a vender. Tenía razón, pero, de todas formas, me atacaba los nervios.

El grupo principal de clientes, o sea, mujeres en la segunda mitad de la treintena, deprimidas y hartas de la vida empresarial, pero sin valor para dimitir, estaban dispuestas a aceptar cualquier cosa que dijera Ufuk. Les importaba demostrar a su entorno, y, sobre todo, a ellas mismas, que ese sistema laboral que les chupaba los huesos hasta el tuétano no les había hecho perder su creatividad. Eso que llamaban creatividad consistía en alguna idea estupenda que se les había venido a la cabeza. Y verter dicha idea en el papel era un simple detalle. Labor de obrero. De ahí que nos vinieran con aires de artista con sus fantasías, más estériles que los sueños que habían tenido esa noche. Cuando se sentaban en nuestro *stand* de la feria del libro y firmaban ejemplares a familiares y amigos realmente se creían que aquel libro era obra suya. Por eso subían a Instagram fotografías tomadas durante la sesión de firmas y cada corazoncito que ganaban les proporcionaba un enorme placer. No se acostaban con mi marido, pero Ufuk les proporcionaba otro tipo de satisfacción. De hecho, la trama que habían planeado era igualita igualita a como la pensaba Ufuk Bey. Ufuk se lo había quitado de la boca. Nur Hanım, ¿podría reescribir ese capítulo como hemos acordado?

Sí, Metin el ricachón y la novela histórica que transcurría en Manisa eran míos. Las escenas de alto contenido sexual y violento también eran mías. Y el dinero del sobre. Cuando regresé a casa me encerré en el despacho y conté el dinero. Necla limpiaba las ventanas del salón. Eché la cortina y volví a contarlo. Los billetes de doscientas liras estaban crujientitos. Debía de haberlos preparado para guardarlos en el sobre con meticulosidad de contable. Aquella cantidad no solo cubría la redacción del libro, sino también la impresión, la distribución y la publicidad. Metin el ricachón había pagado de más y lo sabía. Le daba igual. Lo único que

quería era la historia. Una historia que escribiría yo. Eso era todo. Puede que tuviera su propio editor, puede que lo encargara para que lo leyeran sus amigos. Puede que le hubiera echado el ojo a una mujer. Le diría: «Mira, esto lo he escrito yo». No me importaba. No habíamos hablado de aquello; o sea, de dónde y con quién pensaba imprimir el libro. Otro punto menos, Nur. Tendría que habérselo preguntado también. No se lo pregunté. Posiblemente cogerá el texto que yo he escrito y lo presentará al consejo de redacción de una editorial prestigiosa que publica libros auténticos de auténticos escritores. Cada punto en contra dificultaba más que le contara la verdad a Ufuk.

Volví a meter los billetes en el sobre. Hurgué un poco en internet para ver si cambiarlos por euros o dólares. La situación de la lira turca era tan lamentable que a cada hora que pasaba el dinero de mi sobre perdía valor. Tendría que haber ido a una oficina de cambio al salir del House Café sin ni siquiera contarlo. Metí el sobre en el bolso. Justo cuando salía del despacho, tintineó el ordenador. Me volví a mirar: un correo de Metin. Así que no nos gusta perder el tiempo. «Nur Hanım, puede encontrar en los archivos adjuntos los documentos necesarios. Le ruego que me informe cuando termine el primer capítulo. Le deseo un buen trabajo».

Eso era todo. Como si yo fuera su secretaria. ¿No lo era? Un instrumento de escritura. Sin mirar lo que llamaba «documentos» agarré el bolso y me fui de casa. Antes de que llegara Ufuk tenía que cambiar el contenido de mi sobre gordo a euros, a dólares, a oro, a lo que fuera. Oculta el arma del delito, Nur. Ocúltala. Ocúltate. El cielo se había nublado. La tarde del viernes había perdido su brillo. Caminando por la calle Maçka arriba y de nuevo por Teşvikiye me sentí agotada de repente. ¡Cuánta tontería! ¿Por qué me comportaba así? ¿Qué tenía que ocultarle a Ufuk? Como si me hubiera acostado con el tipo ese. Cuéntaselo de una vez, tal y tal y tal… Me llegó una oferta. Hablé con el cliente. Acepté el trabajo yo sola. Lo voy a escribir yo sola. Y a Ufuk ¿qué? ¿Es que es mi jefe? Así de fácil. Si se enfada, que se enfade. ¿Qué le importan a él mis proyectos extra mientras no afecten al resto del trabajo? ¿A cuento de qué llevar sobre los hombros el peso innecesario de un secreto? Cuanto más tardara en

contárselo, más sospecharía de por qué me lo había callado tanto tiempo. ¿Y acaso le faltaría razón?

Saqué el teléfono de inmediato y le llamé. El corazón se me aceleró sin necesidad. ¿Qué te pasa, tía? ¿Qué es este sentimiento de culpabilidad que se te dispara de repente? *El teléfono al que llama está ocupado en este momento; no cuelgue, por favor*. Colgué. Primero tenía que comprar las divisas. Los euros parecían más razonables. No porque entendiera el mercado ni las flechas y las cifras del tablero luminoso. Porque Europa está más cerca. Si compro dólares, ¿qué voy a hacer? ¿Me voy a ir a América? Si me da la pájara, me monto en un barco y me voy a una isla griega. Como si hubiera ido alguna vez. Bueno, siempre hay una primera vez. Me quedaré una semana yo sola en esa isla donde tiene una casa Leonard Cohen. ¡Claro que sí! Tengo dinero. Mi dinero. ¡Mis euros! Escribiré la novela del ricachón en esa isla. Por las noches me plantaré en una taberna bajo los plátanos en la que haya música en vivo, me beberé una jarrita de vino blanco y quizá hasta bailaré con señores griegos, mayores, educados y sabios. Cuando una va sola a otro país puede convertirse en quien quiera.

Al salir de la oficina de cambio abrazando el bolso, me di de narices con Fikret.

–¿Qué tal, Nur? Parece que te ha tocado la lotería. Tienes una cara muy sonriente.

¡Fikret! Mi hermano mayor, el enemigo de los momentos felices. Fikret equivale a una invitación a la seriedad. No podemos reírnos. No tenemos derecho. El país llora lágrimas de sangre. La función de Fikret, su función en la vida, es invitar a la seriedad a la gente complicada y liosa. ¡Y a mí, qué! El mundo se hunde. Y si nuestra patria, que no tiene nada de paradisíaca, se hunde con el mundo, ¿cambiará algo que me siente a llorar, que me queje sin parar frunciendo el ceño por cómo van las cosas? ¡Yo soy feliz, hombre! Tengo mis sueños y mis euros en el bolso. Ahora mismo soy feliz, ea.

–Fikret, ¿qué haces por aquí?

Si pensamos que Fikret y yo crecimos juntos en un piso dos calles más abajo, la pregunta podía parecer estúpida. Pero Fikret no solía dejarse caer

por aquí. Ya no, vaya. En la época en que me casé con Ufuk, ellos se mudaron a Zekeriyaköy desde su chalet en Levent. Se había ido de la Universidad Técnica de Estambul y había empezado a dar clases en una universidad privada. Ahora solo nos veíamos de fiesta en fiesta, en Año Nuevo o cuando cenábamos en algún restaurante elegante para celebrar que Oğuz volvía de América. A Freya la veía aún menos. Así que mi pregunta no estaba muy fuera de lugar. Lo que sí lo estuvo fue su respuesta:

–Iba a pasarme a verte.

¡Caramba! ¡Lo que hay que ver! Seguro que la cara me chorreaba sorpresa, porque Fikret trató de explicarse:

–La madre de un compañero de la universidad ha fallecido y he venido al funeral. De paso, pensé en dejarme caer por casa, es decir, por vuestra casa. ¿Qué es lo que ha ocurrido por aquí? Todo está en obras. En Nişantaşı ya no se puede dar un paso.

Se me quitó todo el buen humor. Si Fikret venía a vernos, seguro que era para hablar de que vendiéramos el piso. Por eso insistía en lo de las obras. ¡Uf! Estuve todo el camino refunfuñando. Abrí con mi llave. Necla había terminado la limpieza y estaba fundiendo mantequilla para la sopa. En la sartén crepitaban el pimentón y la menta seca. La casa entera olía como un asador. Abrí las ventanas del salón. El interior se llenó del olor a primavera mezclado con el ruido de las obras.

–Le voy a decir a Necla que nos haga un café de filtro. ¿O prefieres té?

Fikret se había quedado plantado en medio del salón, excesivamente grande. Estaba mirando los muebles de su infancia y su primera juventud. Cuando Ufuk y yo nos casamos no cambiamos el mobiliario. Y cuando papá y yo vivíamos solos ni se nos ocurrió. Él salía de viaje a menudo. Y temas como los tapizados del tresillo, las cortinas, la cera o el acuchillado del suelo tampoco eran de mi área de interés. Nunca lo fueron. En la época en que mi padre se mudó a Tailandia y Ufuk aquí, nuestros muebles viejos de estilo escandinavo de repente se pusieron de moda y empezaron a fabricarse en los talleres de diseño de Çukurcuma y a venderse a precios desorbitados, y me di cuenta de lo bien que había hecho al no cambiar ni el aspecto de los sillones. Mi pereza había servido de algo. Y la librería que mi

padre le había encargado a un amigo de Ankara antes de que nosotros naciéramos incluso seguía llena con los libros de mi madre.

–Gracias, Nur. No quiero nada. He dejado el café y el té por el momento.

–También tenemos infusiones. Salvia, manzanilla, menta y tal. ¿Necla? Ven un momento.

Me dejé caer en el sofá delante de la ventana. ¿Dónde tenía el tabaco? La mirada de Fikret paseando por los muebles, los libros y los cuadros de las paredes me estaba poniendo de los nervios.

–Siéntate, Fikret. No te quedes ahí como si estuvieras de visita. También es tu casa.

No lo dije en plan irónico, pero una nube de rabia cruzó el rostro de Fikret. Todavía no habíamos resuelto la cuestión de la propiedad del piso. Nos pertenecía a Fikret y a mí, pero él no aceptaba que le pagáramos un alquiler por su parte. Eso molestaba a Ufuk y estoy segura de que Freya le daba la tabarra a mi hermano. Fikret quería vender. Tenía la intención de resolver el problema de raíz y embolsarse la mitad del dinero. Yo no estaba por la labor. Como todos los problemas de dinero que se dejan sin resolver en el seno de la familia, aquello nos iba distanciando día a día. Y, de todas formas, nunca habíamos estado muy unidos.

–Es la primera vez que vengo desde aquel día, ¿sabes?

Abrí la boca para preguntar qué día, pero cambié de idea al ver que estaba mirando la alfombra de lana de oveja con una profunda pena en la cara.

–¿Pero qué dices, Fikret? Te equivocas –respondí, e intenté recapacitar a toda prisa. ¿Nos había visitado después de que Ufuk y yo nos casáramos? No podía recordarlo. Los años anteriores a la boda yo vivía aquí sola. Mi padre se enamoró de una tailandesa y se instaló en Bangkok. Nuestra nueva madrastra solo tenía dos años más que yo y tres menos que Fikret. Antes de dejar la dirección de la empresa a su socio y emigrar al rascacielos de Bangkok en el que iba a vivir con su joven esposa, tuvo la conciencia o la inteligencia de registrar la propiedad del piso a nombre de Fikret y mío. Fikret estaba enfadado con papá. Supongo que porque no había respetado el

recuerdo de nuestra madre. O por la edad de su nueva mujer. No lo sé. Y también estaba enfadado conmigo porque me había instalado yo sola por todo el enorme piso. ¿Y antes de que mi padre se fuera y después de lo de mi madre? Vivíamos aquí solos mi padre y yo. Fikret estaba ocupado con los niños. Oğuz era pequeño y Selin acababa de nacer. ¿Venían los niños a ver a su abuelo alguna vez? No me acuerdo. Por aquellos años yo era una periodista muy lanzada. Me despertaba en la cama de algún amante, me pasaba un momento por casa y luego salía como el viento en pos de la noticia. Comparadas con los problemas del mundo y con salvar a la humanidad, las visitas de mi hermano mayor no tenían importancia. Y antes de eso… Antes de eso Fikret levantaba a mi madre de entre botellas vacías y la llevaba al hospital.

–No le des tantas vueltas. Me he mantenido lejos de esta casa a propósito. ¿Cuántos años han pasado, has echado la cuenta?

Llegó Necla con el café. Fikret no quiso. También rehusó cualquier infusión. Yo me serví el café y me senté en el sofá de nuevo. Me habría gustado recoger los pies y retreparme, pero estaba tensa a causa de lo serio que estaba mi hermano y de que anduviera tan tieso como el palo de una escoba.

–Veinticuatro, Nur. Han pasado veinticuatro años justos, se dice fácil. En ese tiempo ha crecido toda una generación. Piensa en Oğuz. Ya es todo un hombretón. Y, si hablamos de Selin, vive soñando con el día en que se irá de casa.

Me levanté para coger el bolso, que había dejado en el vestíbulo, delante del espejo. Necla estaba poniéndose la gabardina. Se ató el pañuelo. Metí la mano en el bolso y busqué el tabaco. Me sentí agobiada cuando en lugar del tabaco mi mano dio con el sobre del ricachón, ahora lleno de euros y no tan gordo. Me quedaba por resolver lo de contárselo a Ufuk. Necla, silenciosa como un ratón, se marchó cerrando la puerta tras ella. Ojalá se fuera también Fikret. Así podría aclararme las ideas con una copa de coñac.

Regresé al salón con el bolso en la mano. Me dejé caer en el sofá. Buscando el tabaco, ahora di con el teléfono. Ufuk me había llamado. No lo había oído. ¿Debíamos celebrar que Fikret hubiera venido después de tantos

años? Estaba pensando que igual debería proponerle que se quedara a cenar y tal, cuando dijo:

–Nur, ¿tienes acceso a archivos de periódicos antiguos? ¿Eh?

–¿Qué? ¿Cómo de antiguos?

–Bastante, de principios del siglo XX.

–¿A los archivos de periódicos publicados antes de la República, quieres decir? No, hijo, ¿de qué voy a tener acceso? Ni siquiera sé dónde tiene el archivo tal o cual periódico. Digamos que los encuentro. No los entenderíamos porque estarán todos en turco otomano. ¿Qué estás buscando?

–Mira, no te rías, ¿vale? Hay un asunto al que no paro de darle vueltas. Tiene que ver con el bisabuelo.

–¿Qué bisabuelo?

Por fin encontré el paquete de tabaco en el bolsillo delantero del bolso. Nerviosa, me puse a liar un cigarrillo. Seguro que a Fikret el yogui le molestaría el humo y me soltaría alguna pulla.

–El padre de Şirin Saka.

–¿Nevzat? ¿O ese era tío de la abuela? ¿De quién era el caserón de Üsküdar?

Cerré el papel del cigarrillo con saliva. Me sacudí las hebras que se me habían quedado pegadas a los dedos. Luego lo encendí. El humo se quedó flotando en medio del salón entre Fikret y yo. Dejé el Zippo en la mesita central y me recosté. Fikret dispersó el humo con la mano pero no arrugó el gesto.

–No, ese no. Ese es el tío Nevzat. Me parece que no tenía ninguna relación con la familia, incluso. A quien me refiero…

Fikret se puso en pie de nuevo. Fue hasta la ventana. De pequeño era igual. Yo no me levantaba de la mesa hasta que no había terminado las tareas. Fikret no podía fijar la atención ni cinco minutos. Iba hasta la ventana, a la estantería, se metía en la cocina, abría la nevera, se quedaba mirando embobado las bandejas, y luego volvía a sentarse delante del libro. Cinco minutos más tarde, empezaba de nuevo el mismo paseo. De haber sido ahora, le habrían diagnosticado TDAH y lo habrían asfixiado con

medicamentos. Sin embargo, a pesar de su atención dispersa, había llegado a ser ingeniero y, no contento con eso, ascendió hasta catedrático. Ahora soy yo la de la atención dispersa. La escritora dispersa. La escritora fantasma.

–A quien me refiero… Es al bisabuelo Nuri.

–¿El bisabuelo Nuri? ¿Cómo se llamaba de apellido? ¿Era Nuri Ziya? ¿Ese es el padre de Şirin Saka? ¿Era unionista o qué era? El nombre me suena de algo.

–No, no era unionista. Demasiado joven para serlo. O sea, si lo calculas…

Le interrumpí. Me recorría un desasosiego cuyo origen ignoraba.

–Como si no hubiera entre los unionistas algunos imbéciles muy jóvenes. ¿Cómo decías que se llamaba, Fikret? ¿Nuri Ziya? ¿Nuri?

–Sí. ¿Y qué?

Se volvió y me miró a la cara con curiosidad. Sonreí.

–¿No estará mi nombre inspirado en el de este bisabuelo?

–¿Cómo? ¿Qué tiene que ver?

–Nuri, Nur. Nur, Nuri. ¿Qué más quieres que tenga que ver? Y yo diciendo que de qué me sonaba el nombre. ¡Ja, ja, ja!

Fikret se sentó otra vez en el sillón frente a mí y se tironeó del bigote. Le di otra calada al cigarrillo. Me giré y soplé el humo hacia la ventana abierta detrás de mí.

–No creo. O sea, cuando tú naciste ¿quién quedaba que recordara el nombre del bisabuelo Nuri?

–¡La abuela, por supuesto! ¿No puede ser que Şirin Saka me llamara así por su padre?

Fikret frunció los labios. Me arrepentí de inmediato. La abuela me había escogido como su preferida. A Fikret nunca le hizo mucho caso. Si ahora resultaba que Şirin Saka también me había puesto el nombre, resurgiría la amargura infantil de mi hermano.

–En fin, da igual. Te he interrumpido. ¿Qué quieres saber sobre el bisabuelo Nuri? ¿Qué tipo de información vas a conseguir de los archivos de la prensa?

Fue entonces cuando por primera vez Fikret me habló de la maldición que flotaba como una nube negra sobre nuestra familia. La identidad de nuestro bisabuelo Nuri Ziya era muy sospechosa. ¿Por qué Şirin Saka nunca había hablado de su padre? Tampoco es que hablara mucho de su madre. Yo solo sabía del tío de Üsküdar. El tío rico que la mandó a la Academia de Bellas Artes en París. Todo aquello apuntaba a un misterio relacionado con nuestro bisabuelo. Desviando la atención hacia el tío, Şirin Saka nos había hecho olvidar a su padre. Y como el secreto pasaba de una generación a otra, nunca nos libraríamos de la maldición.

Para no reírme, hice como que me limpiaba el papel de fumar que se me había pegado a los labios, pero palabras como maldición, energía negativa, trauma heredado de generación en generación o memoria genética pegaban tan poco en boca de mi hermano el ingeniero que no pude contenerme.

–Te he pedido por favor que no te rieras, Nur.

–Sí, perdona, Fikret. Vale, vale, mira, no me río. Pero tendrás que aceptar que…

–Nur, yo, esto… Yo culpo a esa maldición de la adicción de mamá al alcohol.

Miró con tristeza la alfombra de lana de oveja. El desasosiego me subía del vientre a la garganta como un volcán a punto de estallar. ¡Ay, Dios!

–¡Pues sí que estás bueno, Fikret! –esta vez me reí abiertamente en su cara. Había comprendido adónde quería llevar el tema–. ¿Que mamá se volvió alcohólica por culpa de su abuelo? Deja que lo piense un poco. Su famosa madre deja a Süheyla en manos de Sadık el mayordomo y se dedica a su arte; su padre, al otro barrio; su rico marido, en quien se refugia con grandes esperanzas, no sale de los bares de Bangkok; su hijo se casa con la turista a la que ha dejado embarazada en unas vacaciones en Bodrum; su hija está hasta la mañana en los bares de Taksim y a saber en brazos de quién se despierta… O sea, ¿que lo que convierte en alcohólica a Süheyla no es nada de eso sino la misteriosa personalidad del bisabuelo Nuri Beyefendi al que nunca ha conocido? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

No sé por qué alcé la voz de repente. Fikret estaba diciendo tonterías. Yo debería haberme reído y pasar. O unirme a su juego e investigar con él

sobre Nuri Ziya. Además, podría usarlo como personaje en la novela histórica de Metin el millonario. ¿Qué necesidad había de elevar la tensión?

A mi hermano no le afectó lo estentóreo de mi voz. Se inclinó y clavó la mirada en la gran mesa de café que nos separaba. Apoyó los codos en las rodillas y cruzó los dedos bajo la barbilla. En aquella postura se parecía a los cristianos que se confiesan ante el cura.

–Estoy harto de este sentimiento de culpa que no cesa, Nur. ¿Lo entiendes?

Me levanté. Se me había dormido el pie por haberme sentado encima. Cojeando ligeramente fui hasta el aparador. Saqué la botella de coñac y me serví dos dedos en una copa. Me lo bebí de un trago sin que me viera Fikret. Me puse una copa más. Me apoyé en el aparador y aspiré. ¿Qué nos estaba pasando otra vez? ¿A qué venían estos nervios? Por supuesto que entendía a Fikret. Lo entendía muy bien. Esa sensación de culpabilidad también me reconcomía a mí todo el tiempo. Desde que tenía memoria. Cada paso que daba para hacer lo que me apetecía, con lo que soñaba, cada vez que quería demostrar quién era, la culpa me rasgaba por dentro. Y la vergüenza. Pero no era algo de lo que pudiéramos librarnos resolviendo el misterio de nuestro bisabuelo. Era algo de toda la sociedad. Tenía que ver con poder ser un individuo. Sin desprenderse de la preocupación del qué dirán, no había forma de liberarse de aquella culpabilidad incesante. El antídoto era la valentía, y yo no la tenía. Hacía como si la tuviera, pero no. Pensé en *La mercería*. Mi primera y única novela. Había tenido tanta vida en los estantes como una mariposa. Sentí una punzada en el vientre. Despaché el segundo coñac también delante del aparador. Me puse un tercero y pasé a mi lugar en el sofá, frente a Fikret. Se me había revuelto el estómago.

Fikret levantó la cabeza y me miró directamente a la cara.

–Nur, sabes tan bien como yo que mamá se suicidó.

Me temblaron las manos y el coñac se desplazó a izquierda y derecha en la panzuda copa.

–¿Te encuentras bien, Fikret? Tú sabes mejor que nadie cómo murió mamá. De un ataque al corazón.

Me pasé por el pelo la mano libre, eché la cabeza hacia atrás y miré las molduras del techo. Un trabajo exquisito de cartón piedra. En tiempos vivían en esta ciudad maestros artesanos que trabajaban con delicadeza las esquinas de los techos.

–Nur, ¿te acuerdas cuando éramos pequeños de lo que le dijo el doctor Kemal a mamá cuando se puso enferma?

–¿De qué enfermedad hablas?

–No me tomes el pelo, Nur. Sabes perfectamente de qué enfermedad estoy hablando.

Seguí mirando el techo.

–Te juro que no lo sé. Mamá se ponía mala con frecuencia. Era muy enfermiza.

Fikret levantó la voz:

–Nur, ¿no te acuerdas de la enfermedad de mamá? ¿Del verano que pilló una cirrosis? Ya eras bastante mayor. Ibas al instituto. Estábamos en Büyükada. ¿Se te ha olvidado lo que dijo el doctor Kemal? Si vuelves a llevarte una copa a los labios, Süheyla… ¿No te acuerdas? Nur, te lo pido por favor, baja la cabeza y mírame. Mírame a los ojos. El doctor Kemal hablaba muy en serio. Le dijo que estaba garantizado que se moriría si bebía una gota más.

De repente mi agobio creció de tal manera que desbordó mi cuerpo y llenó todas las habitaciones de la casa. Me parecía que iba a asfixiarme. Era como si me oprimieran el corazón con una prensa. Me bebí el coñac que quedaba en el fondo de la copa. Fikret tenía que irse de inmediato. Ahora mismo. Ya. Pero no se iría a ninguna parte sin terminar de contar su absurda historia. Puesto que no se iba él, me iría yo. Además, me sentaría bien salir de casa. Tenía que salir y darme un paseo antes de que estallara aquel volcán de inquietud y le hiciera daño a alguien.

Mirando el reloj dejé la copa en la mesa de un golpe y me puse en pie de un salto. Me mareé.

–¡Ay, ay, ay! ¡Mira qué hora es! Fikret, perdona, no me he dado cuenta de cómo pasaba el tiempo. Yo, esto, había quedado con Burak. Íbamos a hablar de un nuevo proyecto. Como he recibido el encargo de una novela

histórica, iba a pedirle que me ayudara. Ah, mira, le voy a preguntar por lo tuyo de los archivos de los periódicos. Seguro que te ayuda. Tú quédate aquí sentado tranquilamente. Ufuk vendrá dentro de poco. Seguiremos en otro momento, ¿de acuerdo? Discúlpame.

Y, sin darle oportunidad a que abriera la boca, agarré el tabaco y el Zippo de encima de la mesa, los eché en el bolso y me marché de casa.

21

Por primera vez desde hacía años, Nur venía a nuestra casa. Lo de nuestra casa es por la costumbre. De cuando vivía con mi madre. Sin embargo, han pasado siete años desde que falleció. Siete años que llevo viviendo solo en ese piso. Vacié el cuarto de atrás que era su dormitorio. Trepé a una escalera y pinté las paredes y el techo yo mismo. Me llevé allí mi mesa de trabajo y mi librería, que antes estaban en un rincón del salón. Encargué un sillón nuevo en Ikea y lo coloqué delante de la ventana que mira al patio de atrás. Extendí en el suelo el kilim verde y anaranjado que había comprado de camino a Asos. Si no contamos las novelas que coloqué en el estante más alto de la librería, en aquel cuarto no quedó ni una mota de polvo que perteneciera a mi madre. Y, con todo, cuando hablo de ella sigue siendo Nuestra Casa. Nuestra. De mi madre y mía. La casa de Nebahat y Burak.

Nur entró en tromba en cuanto le abrí la puerta. Estaba un poco rara. Parecía que hubiera bebido un poco. Miré la hora. Las nueve pasadas. Era una agradable noche de primavera. Como los días se iban alargando bastante, no me había dado cuenta de que se había hecho de noche. Me había sumergido en el trabajo. Estaba preparando el reportaje sobre la entrevista que le había hecho a Anastasia Hanım la semana anterior en su magnífico piso de la calle Balo. Me dolían las caderas y la cintura de llevar horas sentado ante el ordenador en la misma postura. Cuando me puse en pie me crujió la rodilla izquierda. Te estás haciendo viejo, Burak, muchacho. Por mucho que te concentres en el trabajo y te evadas del tiempo, tu cuerpo es consciente de cada minuto que pasa.

–Bienvenida, Nur. ¿Estás bien?

No me contestó. Se llegó al sillón de la entrada y empezó a desabrocharse las sandalias. Llevaba un pantalón de perneras cortas que

dejaba al aire sus delicados tobillos. Y, por arriba, una blusa de seda azul marino que le sentaba muy bien.

–Déjalo, no te las quites. Ahora en esta casa se queda uno con los zapatos puestos.

Levantó la cabeza y miró el mobiliario de la diminuta entrada. El mobiliario de mi madre. Luego volvió a inclinarse hacia las sandalias. Era como si tuviera que quitárselas por respeto a las cosas de mi madre. Pensé que, a pesar de toda su elegancia, se la veía cansada y un poco desaliñada y una vez más me pregunté si habría bebido o no antes de venir.

Nuestro (¡Nuestro!) piso tenía dos puertas. Una para que entraran y salieran las visitas. Por aquella se podía llegar directamente al salón sin tener que pasar por la cocina, el baño o los dormitorios de la parte de atrás. La otra, que antiguamente llamaban «la puerta de servicio», estaba cerca de la cocina. Era una puerta más estrecha y que quedaba en la parte izquierda del descansillo. Años atrás, cuando mi madre y yo nos mudamos a Estambul, me hizo mucha ilusión que nuestro nuevo piso tuviera dos puertas. Mientras el porteador que había contratado mi tío subía nuestras cosas, yo entraba por una puerta y salía por la otra. Teniendo en cuenta lo feliz que me recuerdo, debía de haber olvidado lo que había perdido. El pueblo, el jardín, el cerezo, a mi padre…

Nur se puso en pie. Al quitarse las sandalias de tacón alto y fino y quedarse descalza, era como una niña pequeñita, a pesar de la blusa elegante y el corte profesional de los pantalones. Tan pronto como nos mudamos, mi madre inutilizó la puerta de servicio y convirtió la pequeña entrada en un espacio en el que cosía, leía y escribía la correspondencia. Una habitación propia, pero en versión sin puerta. Mi madre pasaba más tiempo allí que en su dormitorio. Aunque yo ya había reformado la habitación de atrás hacía bastante, a esa no era capaz de meterle mano. Siempre lo tenía en mente, pero cada día lo retrasaba. Era pequeña y no tenía demasiadas cosas, pero no acababa de decidirme. Del respaldo del sillón del rincón todavía colgaba su chal. En la parte de abajo de la mesita seguía la cesta con sus lanas. Siete años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

–Disculpa, he venido con las manos vacías. En realidad, iba a pasarme por la pastelería Diván, pero…

Nur se estiró y acarició la caja de la máquina de coser de mi madre, que estaba en un estante. Absorta, paseó los dedos por la madera de la caja como si tocara el piano. Se dio media vuelta, se paró delante del sillón y se quedó mirando el chal amarillo con hilos de plata. Había venido por última vez el día del funeral de mi madre. Hacía siete años. No con Ufuk, sola. Se habían casado ese año. Ufuk estuvo en la mezquita, pero luego se fue, probablemente. No le presté atención.

La testaruda de mi madre me dijo un día de aquellos tres meses en los que la consumió el cáncer que quería ser enterrada en Estambul, en el cementerio de Feriköy. No quería que la enterraran ni en el que estaba mi padre, justo fuera de nuestro pueblo, cerca de Erdek, ni en el de Edirne, en el que lo estaban sus padres. Si la enterraban en Feriköy yo podría ir a visitarla y allí la encontrarían sus estudiantes. Ese era su último deseo y pude cumplirlo.

Nur no vino con nosotros al cementerio de Feriköy después de la mezquita, volvió a casa con mi tía y las demás mujeres a preparar el té. Ayudó a mi tía a cocinar la halva tradicional. Luego la repartió en cuencos y se la llevó a los vecinos.

Ese tipo de detalles innecesarios son lo que recuerdo de aquella tarde. En realidad, casi todo ha desaparecido tras la bruma. Era un día de primavera lluvioso y oscureció antes de tiempo. Cuando regresé a casa con los antiguos alumnos de mi madre, con mis tíos de ambas partes y demás parientes varones a quienes ni siquiera conocía y que, para mi sorpresa, habían venido de Edirne y Erdek solo para el entierro, el piso llevaba ya rato lleno de vapor de té, aliento humano y ruido. Y el exterior de la puerta estaba lleno de zapatos. Antiguamente me habría dado vergüenza. Me habría gustado que Nur no viera la montaña de zapatos con el talón aplastado que se elevaba sobre el felpudo. Que no siguiera el rastro de mis parientes pueblerinos. Pero esa tarde, al regresar del cementerio, no me importó. Quizá porque se había casado. Ya no tenía importancia cómo me veía. Ufuk, al casarse con Nur, me había dado la libertad. O puede que no

me importara porque mi madre había muerto. En fin, daba igual. Pensé en todo aquello parado ante la puerta, mirando los zapatos.

A mis parientes, a la mayoría de los cuales no conocía, les resultó extraño que Nur, como si fuera la nuera de mi madre, anduviera por la casa con sus propias zapatillas y que supiera mejor que yo lo que había en los armarios de la cocina y dónde estaban las servilletas de tela. En el rincón del diminuto salón las mujeres murmuraban sobre ella y, posiblemente, sobre mí. Pero nadie salió a decirles «Señoras, por favor, Nebahat Hanım la quería como si fuera su propia hija». En realidad, si no lo decía yo, ¿quién podría decirlo? Mis parientes no habían sido testigos de las noches de verano en que Nur y mi madre se sentaban en el balcón de atrás y se reían mientras se comían una fuente entera de cerezas. Era yo. Y yo no dije nada. Me quedé sentado en el sillón ante el que ahora estaba parada Nur, sosteniendo el chal de mi madre.

Los dedos de Nur paseaban por los bordados del chal. Pensando en mi madre o en otra cosa. No había posibilidad de saberlo. Pasaba de un objeto a otro las manos y la mirada, como un gato nervioso. La dejé en la entrada y fui a la cocina. Encendí la luz y me quedé delante de la nevera sin saber qué hacer. La puerta de la nevera estaba llena de imanes de los restaurantes y puestos de comida de los alrededores.

–¿Quieres comer? ¿Pedimos algo? Podemos pedir unos *noodles*. O pescado. Lo traen de aquí cerca. Es fresco. Sardinas a la parrilla y ensalada de brotes de col. Antes te gustaba.

Como no me respondió, asomé la cabeza por la puerta de la cocina y eché un vistazo. Nur estaba pálida. Y había adelgazado mucho. No estaba así hacía tres días, cuando almorzamos en Hünkâr. ¿O era que no me había fijado? ¿Puede uno adelgazar tanto en tres días? Tenía la cara chupada y los ojos castaños moteados parecían muy grandes. ¿O era que estaba enferma?

–¿Estás bien?

–Sí. Un poco, esto, cansada. No tengo hambre. Pídete algo para ti. Si tienes, me tomaría una copa de coñac.

Si tienes… ¿Cómo no voy a tener, Nur? Siempre tengo coñac listo por si vienes. Fui al salón, en el que prácticamente no entraba desde que

convertí en despacho el cuarto de atrás, y saqué unas botellas del aparador sobre el que estaba la televisión que, de todas formas, prácticamente no encendía nunca. Las llevé al balcón de atrás junto con unas copas.

Nur ya se había sentado en su antiguo sitio. Liaba un cigarrillo con uno de los pies desnudos recogido bajo el cuerpo. Dejé las botellas y las copas en la mesa. Serví las bebidas. Entrechocamos ligeramente las copas a la tenue luz del anochecer. Evitó mi mirada. Había algo extraño entre nosotros. Éramos como adolescentes que adoptan el papel de adultos. Ahora no éramos las dos personas de cuarenta y tantos años que hacía tres días conversaban juiciosamente mientras almorzaban, ni dos amigos que habían dejado atrás un cuarto de siglo de relación con sus subidas y bajadas. El motivo era evidente. Por primera vez nos reuníamos en esta casa en ausencia de mi madre. Por primera vez estábamos los dos solos en esta casa. Nos había caído encima la timidez de los adolescentes que están deseando que los padres se vayan de vacaciones, pero que cuando se quedan a solas en la casa no saben qué hacer. La cama de juventud, en la que había soñado innumerables veces que hacía el amor con ella, estaba al otro lado de esa ventana cubierta con visillos. El fantasma de nuestros sueños juveniles, que habíamos reprimido a causa de mi madre, rondaba por el balcón. Hubiera podido tocar la tensión que flotaba sobre la mesa, así de palpable era.

De repente aquella situación me agradó. Lo que estábamos viviendo en ese momento era más real y puro que nuestro comportamiento de adultos en Hünkâr. Me encontraba a gusto. Desde una estación lejana sonó el silbato del deseo. ¿Y si…? Desde que se casó con Ufuk, no, desde antes, desde que Ufuk entró en su vida, no había hecho el amor conmigo. Yo estaba seguro de que le era fiel. ¿Por qué estaba tan seguro? No lo sé. Me lo decía una sensación. Aunque puede que lo mío fuera un mecanismo de defensa. Si engañaba a Ufuk, yo me sentiría dos veces engañado. La primera, por no decírmelo. La segunda, por no ser yo el hombre con el que engañaba a su marido. Mi subconsciente, sabiendo que no podría aguantar tanta presión, quizá había tomado la misión de protegerme con aquellas falsas sensaciones. No obstante… No obstante, ¿cuántos años hacía que el

corazón no me latía con la excitación de ese «y si…»? Muchos. Di un trago a mi whisky, me recosté en la silla y contemplé las brillantes estrellas que iban apareciendo en el cielo azul marino que se desplegaba por entre los tejados de los bloques de pisos.

Nur acabó de liar el cigarrillo pegándolo con la lengua. Sentí el chasquido y el olor a gasolina tan conocidos del Zippo. Echó el humo en dirección a las ventanas de los edificios de enfrente, cuyas luces se iban encendiendo una a una.

–Lo que más me gusta de esta casa es este balcón, ¿lo sabías?

–Sí, lo sé.

Antiguamente mi madre y ella se sentaban frente a frente a esta mesa y tomaban té y comían biscotes y cerezas mirando cómo se preparaba la cena en los pisos del otro lado del patio, cómo se ponían las mesas en los balcones y, en cuanto caía la tarde, las luces encendiéndose, y en las noches de verano, a las parejas que se besaban en las terrazas. Y yo me tumbaba en mi cama en la habitación detrás de ellas, supuestamente leyendo, y las escuchaba.

–¿A qué colegio irá esa chica de enfrente? Está siempre estudiando. De las preocupaciones y los agobios le han salido granos en la cara. Qué lástima de chiquilla. Y está como el espíritu de la golosina. Ni un plato de galletas le llevan.

–¡Ah, mira, tía Nebahat! La de enfrente ha vuelto a cambiarse de peinado. Se lo ha rizado con tenacillas. Y se ha aclarado el color. Pero si hace nada se lo había dejado bien corto a lo *bob* y se había puesto mechas…

–¿Es que no tenéis nada mejor que hacer? –les decía yo desde dentro–. No tenéis nada mejor en que pensar que en el pelo de la pobre mujer.

Las carcajadas de Nur chocaban con los edificios de enfrente y volvían a mí.

–Tío, si solo le vemos la cabeza, ¿de qué otra cosa vamos a hablar?

Por detrás de los visillos veía cómo mi madre le daba golpecitos a Nur en la rodilla cubierta por unos vaqueros rotos y se reía por lo bajo.

Antes Nur pasaba muy a menudo por casa. Tal y como había hecho hoy, aparecía de repente, sin avisar. Aparcaba como una profesional su Fiat Uno

hasta en el hueco más estrecho entre dos coches y llamaba a nuestra puerta con una caja de barquillos que había comprado en Diván bajo el brazo. Eran los tiempos anteriores al teléfono móvil en que no extrañaban los «andaba por aquí y decidí pasarme». Mi madre también se acostumbró a las visitas repentinas de Nur. En cuanto oía el timbre de la puerta, corría a la ventana y, al ver abajo el pelo corto como púas de erizo que por entonces Nur se teñía de rojo fuego, sacaba otro plato del aparador y lo ponía en la mesa. Cenábamos juntos y luego apagábamos las luces y veíamos la televisión. Cogíamos los pedazos de manzana que mi madre pelaba y nos ofrecía en la punta del cuchillo, no como dos enamorados, sino como dos hermanos. Nur era la hija que mi madre nunca había podido tener. Estoy seguro de que le habría gustado muchísimo que nos casáramos, pero ni una vez expresó su deseo en voz alta. Puede que supiera que, a pesar de todas sus tendencias izquierdistas, una chica rica de Nişantaşı como Nur nunca sería para mí.

–Sin la tía Nebahat, este balcón no tiene ningún atractivo. No te lo tomes a mal, pero en fin…

Asentí con la cabeza. Tenía razón. Viviendo solo me había acostumbrado a la ausencia de mi madre. Pero ahora comprendí que se había perdido para siempre jamás aquella realidad que construíamos entre los tres las tardes de verano en que Nur y mi madre se sentaban en este balcón. Según avanzaba la vida, ¡cuántas cosas por las que guardar luto se iban acumulando!

–El pintor de enfrente parece que se ha mudado. ¿O es que ha puesto cortinas?

–Van a demoler el bloque con lo del plan de renovación urbana. Están echando a todo el mundo.

–¡No me digas! ¿Incluso en Kurtuluş?

Miramos juntos las fachadas traseras de los edificios. Algunos de los espacios a los que daban los pisos de los porteros se habían convertido en basureros, pero en otros todavía quedaban limoneros y ciertas viviendas habían logrado convertir en jardines aquellos trocitos de cemento encajados entre los bloques de pisos. En las ventanas se encendían las luces. Llegaban ruidos de tenedores y cuchillos de las mesas que se ponían para la cena. En

la calle de atrás unos niños jugaban a la pelota pegando gritos. Las madres les llamaron para cenar. El sonido de la televisión se mezcló con el chocar de las cucharas en los platos. Al igual que a Nur, el balcón era lo que más me gustaba de la casa. En las ventanas que daban al patio de atrás la vida se vivía tal cual era, sin máscaras.

–Lléname la copa otra vez. Me ha sentado muy bien. Si no nos vamos a suicidar, ¡bebamos!

–¿A qué viene eso ahora?

–¿No te acuerdas?

–Claro que me acuerdo. De *Una noche de bodas*. Lo que no entiendo es por qué se te ha ocurrido ahora.

Cuando era joven, a Nur le encantaban las novelas de Adalet Ağaoğlu. Especialmente *Una noche de bodas* le impresionó tanto que la grabó en casete leyéndola en voz alta de cabo a rabo. Llenó un montón de cintas de noventa minutos con su propia voz. Las escuchaba mientras conducía. Luego, cuando le robaron el radiocasete del coche, desapareció también la cinta en la que leía un capítulo de la novela. Fue eso lo que más la fastidió. Nunca más volvió a grabar los libros que le gustaban.

Le llené la copa. Tomó un trago y cerró los ojos.

–Mi madre era alcohólica. Por eso.

–¿Qué?

Agitó la mano que tenía libre.

–Pues alcohólica, ya sabes, así de sencillo. Bebía, se ponía alegre, nos abrazaba, nos besaba, luego se ponía furiosa y discutía con mi padre. A veces se quedaba dormida en la alfombra del salón y luego mucho jurar y perjurar que dejaba la bebida, aguantaba un poco y enseguida volvía a empezar. Desde que yo era pequeña. Mi padre la llevó al médico muchas veces. Fueron también al psiquiatra. ¿Sabes?, en tiempos se veía a los psiquiatras como médicos solo de locos. No sirvió de nada. A nosotros nos dieron instrucciones bien claras. Ni en el colegio, ni en el barrio, ni en la isla, nadie diría nada de que mi madre se emborrachaba a menudo ni de que habían ido al psiquiatra. Ya sabes que una mujer borracha era un enorme motivo de vergüenza. Nos despertábamos por la mañana y mi madre se

había quedado dormida en el sofá. La boca abierta. La baba goteando en los cojines. Llevando una bata escotada. Mi padre se había ido dejándola así. Nosotros haríamos lo mismo y luego, cuando Şükrü, el chófer de papá, nos dejara en el colegio, no habría quien nos abriera la boca ni con una palanca a Fikret y a mí. Siempre me dolía el vientre de tanto que me tragaba camino del colegio.

Guardó silencio. Encendió de nuevo el cigarrillo, que se le había apagado entre los dedos. Por encima de la mesa pude encontrar sus ojos, que parpadeaban por entre las sombras que se iban espesando. Rehuyó mi mirada mientras soltaba el humo y miró a la mujer que fregaba los platos en la cocina de enfrente. Me habría gustado estirarme y cogerle la mano. No fui capaz de hacerlo. Estaba estupefacto. Durante todos estos años había hecho vivir en mi mente una imagen de Süheyla Bulut noble, tranquila, capaz de calmar el corazón con sus ojos color miel. Sin embargo, Nur no me había descrito así a su madre. En realidad, nunca me la había descrito. Incluso en sus recuerdos de infancia, que rara vez mencionaba, su madre tenía un papel de figurante. De hecho, en las historias de su niñez también su padre y Fikret eran personajes secundarios. En las escenas de cuando era niña que escogía contar, Nur siempre estaba sola. O bien con Şirin Hanım. No con sus padres.

Se me había acabado la copa. La volví a llenar. El whisky se deslizó agradablemente garganta abajo, primero quemando allá por donde pasaba, y luego adormeciendo.

–¿Por qué me lo ocultaste?

–No te lo oculté.

–¿Cómo? O sea, ¿que me lo contaste y lo olvidé?

–No, no.

Se rio nerviosa. Echó hacia delante la silla y se me acercó por encima de la mesa.

–Lo borré –susurró como quien confiesa un secreto.

–¿Qué?

–Esto. Que mi madre… era alcohólica. Que se emborrachaba y le gritaba a mi padre. Que de niña me despertaban las palabrotas y el estrépito

de las copas estallando contra la pared. El calor que me subía a las orejas cuando las niñas del colegio murmuraban entre ellas mirándome. Porque los últimos siete años antes de su muerte no bebió. Quizá por eso. Y justo cuando se cumplían los siete años…

Me incliné y le tomé la mano. La tenía helada.

–Te has enfriado. ¿Entramos?

–No, no. Estoy bien aquí. El coñac me calienta por dentro.

Estuvo un rato mirando la copa, que brillaba en la oscuridad. Todavía tenía la mano en mi palma. El barrio se había quedado silencioso. De repente sentí dentro de mí el peso que caía sobre su alma. Nur estaba cansada. Muy cansada. Bebimos sin hablar. El cielo se había llenado de estrellas. En uno de los pisos de enfrente sonaba un tango antiguo. Nur empezó a liar otro cigarrillo a oscuras.

–Qué extraño mecanismo es el cerebro humano, ¿verdad? Envuelve el dolor con el caparazón del olvido. Te toma bajo su protección. Y luego, cuando llegas a cierta edad, alguien te recuerda la verdad como quien no quiere la cosa.

Se calló. Me dio la impresión de que iba a decir algo más, pero no continuó. Encendió el cigarrillo y de nuevo miró las ventanas de enfrente, en las que se reflejaba la luz azul de los televisores. Había refrescado bastante. Sería mejor que entráramos, pero ¿qué íbamos a hacer dentro? ¿Sentarnos delante de la tele y pelar manzanas? En el salón la ausencia de mi madre se haría del todo evidente. Apuré el whisky hasta el fondo. Una agradable calidez se me extendió por las venas. Me relajé como si hubiera regresado junto a la estufa desde una calle nevada.

–En fin, lo que sea. ¡Uf!, también te he angustiado a ti. Parece que nos hacemos viejos, Burak.

–Cariño, comparada con la gente con la que me paso el día, tú todavía eres una muchacha en la flor de la vida.

Se rio. Dejó el cigarrillo en el cenicero y se inclinó hacia mí por encima de la mesa. Desde que salimos al balcón era la primera vez que le veía con tanta claridad los ojos, enormemente abiertos en su cara pequeña y pálida. Tenían un extraño resplandor. ¿Había llorado sin que yo me fijara?

–¿Te das cuenta de que es la primera vez que me llamas cariño en mucho tiempo?

Desde la mano que tenía en la mía se extendió por mi sangre una descarga eléctrica que recorrió mis venas animando y renovando mis células. Su cara estaba muy próxima a la mía. Sus finos y bien delineados labios, sus dientes diminutos. ¿Acaso…? Me habría gustado que nos quedáramos en el intervalo de las posibilidades. Que nos columpiáramos allí un poco. Quizá nos besaríamos. Quizá daríamos marcha atrás. En ese intervalo el tiempo se abría a la eternidad. A las posibilidades infinitas. Nur siempre me mantenía ahí. Por eso no podía prescindir de ella. Me presentaba una infinitud de «y si…» sin parar. En esos momentos el tiempo era un pulso impaciente, listo para estallar. Nos decía «decidid adónde queréis ir». Por un instante me sentí dueño y señor del tiempo y del destino. ¿Qué harás si no me decido? ¿Hacia dónde fluirás si me quedo inmóvil en estas aguas turbulentas?

Pero estaba el deseo. El deseo no perdía el tiempo con mis elucubraciones. Sentía en la cara el aliento de Nur. Alrededor de su cuerpo ondeaba una ligerísima neblina que se me iba contagiando en oleadas. Mis labios se alargaron en la oscuridad y encontraron los suyos. Estaban tibios. Una tibieza mezclada con la acidez azucarada del coñac. Lo más sabroso que había probado. Intenté echar el freno a las ganas de tragarme entera su boquita. El corazón parecía que iba a salírseme por la boca. Me estiré y la agarré por la nuca. Atraje hacia mí el largo cuello, que el pelo corto dejaba al descubierto, la cabeza, la cara, los labios, la boca. Estaba a punto de estallar. El vientre, las ingles, el corazón espumeaban como el café a punto de rebosar del cazo. Tomé la boca de Nur entre mis labios. Entera. Sus dientes, su lengua, sus labios. Sorbía, mordía, besaba, besaba. Era incapaz de saciarme. ¡Cuánto la había echado de menos!

La levanté sin dejar de besarla. Seguía con su mano en la mía. Estaba más caliente. Era como un pajarito en mi palma. Entramos sin enredarnos en los visillos del dormitorio. Apoyé a Nur contra la pared detrás de la puerta del balcón. La tenía en mis brazos. La abracé bien fuerte. Para que no se me escapara. Por un lado, quería saborear al máximo aquel momento

(¡la primera vez en siete años!) y, por otro, me resultaba difícil refrenar la urgencia del deseo. Habíamos pasado el intervalo del «y si…». Habíamos perdido la oportunidad de ser dueños del tiempo con nuestra indecisión. Nuestros cuerpos habían tomado el mando.

La cogí de la cintura. La tela de la blusa era finísima y resbaladiza. Llena de indicios sobre la piel que contenía. La cabeza me dio vueltas. Atraje su cuerpo hacia el mío y enterré la cara en su cuello. Por debajo de la blusa mis manos rozaron su piel, que siempre azotaba mi deseo a pesar de la costumbre. Vagué por el dulce hoyuelo de la cintura. Por el vientre, que subía y bajaba, por las costillas, por el cuello en el que tenía enterrada la cara… Reservaba para luego el momento en que tocaría sus pechos, parecidos a pequeñas ciruelas dulces. Para los minutos siguientes en que la acostaría en la cama y le haría el amor hasta hartarnos bajo los efectos del elixir de la juventud que corría por mis venas… Estaba feliz. Estaba poseído por la ebriedad de la victoria. Y, por otra parte, no podía creérmelo. ¡Había pasado tanto tiempo desde que cruzamos a la otra orilla de los «y si…»! Incluso llevábamos años sin navegar siquiera por las aguas de los «y si…». Pero ahora estaba aquí. En mis brazos. Entre la pared y mi cuerpo. Respiraba entrecortadamente. Había venido a mí con la nostalgia de ese extraño placer que solo nosotros podíamos darnos. ¡A mí! ¡Había vuelto a mí!

Mientras rozaba con mi barba de dos días en aquel punto sensible que tenía detrás de la oreja, susurré sin aliento:

–Para esto has venido, ¿no?

Gimió. Metí la mano por dentro de su pantalón. Paseé los dedos por la redondez de su trasero. Estaba frío. Dos esferas extraordinarias. Puede que no tan duras como antes, pero todavía tersas. De repente, dentro de mí el deseo se encabritó de forma irresistible. ¡Basta de tanto entretenerse! La derribé en la cama como un león que tira al suelo a su oponente. Iba a obtener de ella el placer que llevaba años negándome, que me mostraba pero no me daba. Se retorcía debajo de mí. Pronunciaba mi nombre. Era cálida y húmeda. La entrepierna le palpitaba como el pulso. Había sido ella quien me había enseñado a encontrar el camino en aquellos lugares

recónditos. Y yo, sin desviarme, me lanzaría hacia aquel conocido nido. De inmediato. Ahora. No me esperaba que se escabullera como un gato de debajo de mí en el brevísimo instante en que me aparté para desnudarme.

–¡Burak! ¡No!

Se puso en pie y se arregló la ropa. El pecho le subía y le bajaba. No podía verle bien la cara a la luz que llegaba desde el pasillo. No supe qué hacer. El cuerpo me palpitaba con el ensueño de placeres prometidos. La vida se me había atascado en las venas e iba a estallar. Yo iba a estallar. No me puedes decir que no. No me puedes decir que no ahora. Te tiraré en la cama y cogeré lo que quiero. Sé que tú también quieres lo mismo. ¡Para eso viniste! ¡Viniste por mí!

Me senté a un lado de la cama. A tientas, Nur se abrochaba los botones de la blusa. Luego se pasó los dedos por el pelo. De nuevo me encontraba en un espacio intermedio, pero esta vez no era dueño del tiempo ni del destino. Me apagaba. El deseo, al retirarse, dejaba tras de sí frustración y una rabia muy familiar. Siempre era así. Habría sido así aunque hubiéramos hecho el amor, eso también lo sabía. Me dejaría como estaba, al borde de la cama, incompleto y confuso, y se marcharía. Se marcharía con Ufuk. No había ido más allá porque sabía que lo iba a hacer. El desánimo me desgarraba por dentro.

Me levanté y me encaminé hacia el vestíbulo lleno de las cosas de mi madre. La luz cruda del pasillo me deslumbró. Nur me siguió. Se sentó en el sillón de mi madre y empezó a anudarse las sandalias. Mis besos le habían enrojecido el blanco cuello.

–Burak –susurró con la cabeza gacha–, no sé qué me ha pasado de repente. Lo siento. Creo que he bebido demasiado. Me voy a marchar. Yo… Mañana te llamo.

Se levantó. No era capaz de mirarme a los ojos.

Abrí la puerta sin decir nada. Presté especial cuidado para que nuestros cuerpos no se rozaran en el umbral. Al pasar junto a mí quiso tocarme la mejilla. Me aparté. Alcancé el botón del automático. Las luces de la escalera no se encendieron. El automático estaba estropeado.

Nur bajó corriendo las escaleras en la oscuridad y desapareció de mi vista.

Cerré la puerta tras ella.

22

–¿Hola? ¿Selin? ¿Estás ahí? ¿Me oyes? ¿Selin?

Me aparté el teléfono de la oreja. La voz del tío Ufuk se convirtió en el zumbido de una mosca. Seguía estando sobre la roca de la ladera que daba a Viranbağ. Inmóvil como una estatua. Soplaba el viento, me despeinaba, me secaba la piel, pero no podía moverme de mi sitio. Me había quedado petrificada con el teléfono en la mano.

–¿Selin? ¿Selin? ¿Hola?

Mi tío no tenía intención de rendirse. Entendido. Me metí en un lío, sin marcha atrás. Estoy delante de mi tío, sin más. En un lío, sin paz. Decididamente, no me salen letras de canciones. Suspiré.

–Aquí estoy, tío Ufuk. Te escucho.

Bueno, por fin había hablado. Demasiado tarde. No podría usar el numerito de la llamada accidental. Ya no podría decirle que llevaba el teléfono en el bolsillo de atrás y habrá marcado tu número sin darme cuenta, tío, perdón, felices fiestas, y colgarle.

–¿Selin? No me llega bien tu voz. Hay un ruido de fondo. ¿Dónde estás?

¿Dónde estoy? Buena pregunta. Me giré y miré hacia la entrada de la iglesia. ¿Cabía la posibilidad de que mi tío estuviera oyendo el rumor de la misa? No. Oiría el viento. ¿Dónde estoy? Estoy en lo alto de una roca, tío. De pie como una cigüeña pasmada. Debajo de mí una ladera llena de arbustos, piedras y zarzas baja y baja hasta el mar. Y el mar está una pasada de bonito. Se despliega alrededor de la isla como una falda de volantes de plata. El agua es de color morado en el punto más cercano al horizonte, luego azul marino y ahí abajo, en la cala de Viranbağ, en la sombra donde los pinos se inclinan hacia ella, es turquesa.

Si ahora te cuento todo eso, si hago como si te llamara para compartir contigo esta belleza, ¿me creerías? No. Tú mismo lo dijiste una vez: aunque lo llevemos pegado a la mano, somos una generación discapacitada para el móvil. Ni siquiera sabemos ponérnoslo en la oreja. Es porque no sabemos escuchar, por eso. En los momentos de indecisión nos quedamos mirando la pantalla atontados buscando una salida. Y buscándola, nos perdemos en el interior de la pantalla, pero esa es otra. Hacemos una foto del paisaje y la mandamos por WhatsApp. No se nos pasa por la cabeza marcar un número y describirlo en voz alta. Lo único que sabemos es reír en voz alta. No lanzando una carcajada, sino un LOL.

–Tío Ufuk…

Ay, otra vez se me ha escapado. En vez de solo Ufuk he vuelto a decirle «tío». Y eso que cuando empecé la universidad me llamaron aparte y me dijeron: ahora eres una mujer joven, Selin, déjate de tío y tía, eres nuestra amiga, llámanos Nur y Ufuk.

Pero no acabé de acostumbrarme.

–Selin, ¿qué ocurre? ¿Estás llorando? ¿Te encuentras bien?

No lloraba, pero cuando le oí decirlo se me llenaron los ojos de lágrimas. Mi querido tío se preocupaba por mí. En el mundo entero el único al que le importaba era mi tío. A lo mejor debía contarle la pelea en la que me había metido esa mañana. Aquellos tipos por poco me pegan, Ufuk. Burak ha sido mi héroe hoy.

Pero luego… ¿Burak? Hummm, sí, Burak está aquí, tío. ¿No lo sabías? ¡Ah! Sí, Burak está aquí, Ufuk. Y ahora está en el comedor, encima de la mesa…

–Selin, hija, por favor, ¿puedes hablarme? ¿Qué está ocurriendo allí? ¿Estáis todos bien? ¿Le ha pasado algo a Şirin Hanım?

Me sorbí los mocos.

–Tío, papá no está. Se ha ido. ¡Ha desaparecido!

Silencio y carraspeos.

–No entiendo. ¿Qué quieres decir con desaparecido? ¿Desde cuándo no está?

–Desde esta mañana.

Se rio. En voz baja. Con dulzura.

–¿Desde esta mañana? Eh, todavía no es ni de noche. Volverá enseguida.

Salté de la roca y anduve hacia la parte de la iglesia. Por la puerta abierta me llegó a la nariz olor a incienso. El rumor sonaba más fuerte. La oración de los curas. Había algo muy triste en que las velas clavadas en la mesilla de la entrada ondularan todas a la vez. No sabía qué. La voz me tembló.

–No, tío, no. No es eso.

Crucé por entre la gente que se empujaba intentando pedir ante la cocinita del merendero y me senté en una de las mesas más alejadas. Le conté a mi tío todos los sucesos desde esa mañana. Que mi padre vino a verme en la oscuridad de la madrugada, que me besó la mejilla, que se marchó con la mochila a la espalda… Me salté la parte en que Burak y yo planeamos ir en su busca. En realidad, nuestra historia de detectives había muerto antes de nacer. Mientras se lo contaba, no podía creerme que todo aquello lo hubiera vivido esa mañana. Me parecía que había sido hacía meses.

–¿Selin? ¿Estás ahí?

–Ajá.

–La voz se viene y se va. Tu padre posiblemente habrá ido a visitar a algún amigo en la isla. ¿Le has llamado por teléfono?

–Le estoy llamando desde esta mañana, tío Ufuk. Tiene el teléfono apagado. Y no usa WhatsApp. No puedo saber si los mensajes le llegan o no. ¡Tiene un teléfono tan viejo!

El tío Ufuk tomó aire profundamente. Oí el susurro. Se me vino ante los ojos su mansa cara. La barba rubia, los ojos verdes. Mi tío, con su cara de Cristo. Su voz de tono bajo que aliviaba el espíritu.

–Selin, hija, no te lo tomes a mal, pero me da la impresión de que te preocupas por nada. O sea, quizá tu padre ha querido pasar un día a solas. Quizá ha ido a bañarse a una playa solitaria. O, qué sé yo, quizá esté haciendo yoga en un pinar. Ya sabes que en los últimos tiempos le ha dado por esas cosas.

–Lo sé, tío Ufuk, pero…

No supe qué más decir. A mi alrededor, el merendero era una auténtica verbena. Habían juntado las mesas y mujeres, hombres y niños se apretujaban en las sillas desequilibradas sobre el suelo de tierra. Desde la cocina no paraban de sacar a las mesas, como si fuera una producción en cadena, bandejas rebosantes de salchichas, patatas fritas y ensalada, pan blanco cortado en gruesas rebanadas, botellas de cerveza, de zumo de cerezas, de cola, de vino de la casa… El camarero, hijo del propietario del merendero, bañado en sudor, dejaba una bandeja en una mesa maldiciendo con ligeros movimientos de los labios a los niños que le hacían tropezar y corría a otra para tomar nota de la comanda con el lápiz que llevaba metido detrás de la oreja. Todo el mundo estaba muy alegre. Se felicitaban las fiestas de mesa a mesa y se sonreían mutuamente las familias que solo bebían Coca-Cola y zumo de cerezas y los que brindaban con copas de vino de la casa. Mirad, mirad, podemos vivir todos juntos como hermanos. Felices fiestas. Felices fiestas a ustedes también. ¿Fiesta de los caramelos como los laicos, o de fin de Ramadán? Que las palabras se peleen por debajo de las mesas… ¡Qué mundo de mentirosos! A la primera oportunidad os echaríais al cuello unos de otros y denunciaríais al vecino a la policía.

–Selin, hija, ¿hay algo más que te preocupa? ¿Está bien tu bisabuela? Mañana es la fiesta de cumpleaños, ¿no? ¿Va todo bien?

¡Claro, mañana la bisa cumple cien años! ¡Cien! ¡Uf! Para eso ha venido Burak. Escribirá la noticia del centésimo cumpleaños de Şirin Saka. ¡A otro perro con ese hueso! ¡Sé muy bien a qué has venido, Burak Gökçe! El periodista audaz. Impostor.

–Tío Ufuk, ¿tú por qué no estás aquí?

No pretendía que la voz me saliera tan aguda. La muchacha con velo en la cabeza y el chico que le cogía la mano en la mesa de al lado se giraron para mirarme. Se ve que había gritado mucho.

El tío Ufuk estuvo un rato en silencio. Pensé que se estaría acariciando la barba. Con sus dedos largos y blancos de uñas cuidadas. ¡Qué bien toca la guitarra! Interpreta canciones flamencas con su guitarra clásica. ¿Cómo

tenía las manos Burak? Los dedos cortos y chatos, creo. Y las uñas pequeñas. Feas.

–Tío, ¿vas a venir mañana?

Una pregunta de lo más natural. Hacemos una *tea party* en la mansión de Büyükada por el centésimo cumpleaños de Şirin Saka y su yerno no está aquí. Entonces, ¿por qué el corazón me late como loco? Como si le hubiera preguntado algo tabú. ¿Por qué tabú? Porque nadie le había hecho a mi tía esa pregunta tan evidente. Por eso es tabú. Ni mi padre ni la bisabuela han dicho ni una vez: «¿Dónde está Ufuk, Nur? ¿Cómo está, qué hace?». Sadık tendrá curiosidad, pero se lo tragará. A Burak no lo cuento. A la vista está por qué no ha preguntado. Al parecer me han excluido de un secreto que todos saben. ¡Maldita sea!

Por fin se rompió el silencio al otro lado de la línea:

–No, Selin, mañana no voy a ir.

Las lágrimas me treparon a toda velocidad hasta la boca y la nariz. La cara empezó a arderme como si me hubiera metido en el mar. Logré contenerme.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué?

La chica con velo de la mesa de al lado continuaba mirándome. ¿Qué miras con esos ojos de preocupación? Sí, estoy como una bomba a punto de estallar. Si el tío Ufuk hubiera venido a la isla a pasar las fiestas todo habría sido distinto. Completamente distinto. De entrada, no le habría dado igual la desaparición de mi padre. Me habría acompañado a buscarle. Por lo menos, me habría dado ideas. Si el tío Ufuk estuviera ahora en la isla con nosotros, Burak y la tía Nur no se habrían encerrado en el comedor. No habrían sido capaces de encerrarse. No habrían echado la llave ni habrían hecho el amor sobre la mesa al ritmo de Albinoni.

Las lágrimas pasaron al ataque. Al otro extremo de la línea, el tío Ufuk daba explicaciones entre susurros de por qué no estaba aquí, con nosotros. Estaba pasando las fiestas en Erenköy, con sus padres y su hermana y sus sobrinos, que habían venido de América. Los sobrinos le echaban de menos. Hacía años que no se veían. Este año por fin sí. En breve nosotros dos quedaríamos para ir a las tiendas de discos de Kadıköy. No le contesté.

Sorbí ruidosamente. No sé cómo interpretaría el tío Ufuk aquel suspiro, pero la voz le cambió de repente:

–Selin, ¿está bien tu tía?

No supe qué responder. Duda. ¿Tenía noticia mi tío de que Burak había venido a la isla o no? Sí. No. Debe de tenerla. No debe de tenerla. Ese era el dato clave que determinaría mi respuesta y no sabía cómo conseguirlo. Mi silencio le inquietó.

–Selin, ¿qué ocurre? Dime la verdad. ¿Está bien Nur? ¿Qué es lo que está pasando allí?

Había endurecido la voz.

–B-b-bien –tartamudeé–. Sí, bien.

–¿Está contigo ahora? ¿Puedes decirle que se ponga?

Pues sí que estaba preocupado. ¡Si él supiera!

–No. O sea, no puedo llamarla. Estoy fuera. La tía está en casa. O sea, estaba en casa la última vez que la vi. Está bien. No tiene nada.

Está bien. La mar de bien. Hecha una reina. Con la hora que era y ella todavía andaba por la casa con el quimono que le trajiste de Japón. De la manita con Burak encerrándose en el comedor. No, no puedo ser tan cruel como para decirle eso. Me puse en pie manteniendo el teléfono en la oreja y cogí una botella de cerveza empañada de la bandeja del camarero, que estaba sirviendo salchichas y pan en la mesa contigua. Me saqué veinte liras del bolsillo del *short* y las dejé en la mesa, debajo del cenicero de cristal. Con la cerveza en la mano y el teléfono en la oreja, eché a andar hacia la ladera que descendía al mar. Me dejé caer detrás de una roca bastante grande, lejos de las mesas, de las salchichas, de los ojos que me miraban suspicaces. Le di un buen trago a la botella.

–Tío, creo que papá se ha suicidado.

–¿Qué? ¿Qué dices, Selin? ¿De dónde te has sacado eso?

De repente empecé a llorar a moco tendido. Me salían burbujitas de la boca. En la lengua y en el paladar las lágrimas se mezclaron con el amargor de la cerveza. Por las mejillas me corrían lágrimas con gas. Apoyé la espalda en la roca, me senté en el suelo y extendí las piernas. Se me clavaron piedrecitas y agujas de pino en la carne.

–Tío, yo… Estoy muy mal.

En el momento en que lo dije comprendí que, efectivamente, me sentía horriblemente mal. No solo ahora, desde hacía días. No, desde hacía semanas, meses. Siempre con algo que me faltaba, siempre a medias, en el umbral de una vida que no acababa de empezar. Burak había sacado todo aquello a la luz. ¡Maldita sea mi estampa! Echaba de menos a Burak. ¿Cómo podía ser posible? Echaba de menos a un hombre al que apenas conocía como es debido. Era una estupidez, pero tenía dentro un vacío que solo podría llenarse con su interés y su cariño. Dijeran lo que dijesen, ese vacío solo lo podía llenar una persona en el mundo. Y esa persona era Burak Gökçe. De repente comprendí que tanta idiotez era lo que llaman amor. Me había enamorado. Hasta las trancas. Me había convertido en la tonta letra de una cancioncilla hortera. Lloré todavía más.

–Selin, hija, por favor, tranquilízate y cuéntame por qué crees que tu padre se ha suicidado. ¿Por qué sospechas eso? ¿Te lo supones por algo que te dijo? ¿Ha mencionado Fikret alguna vez que quisiera quitarse la vida? ¿O has encontrado una carta o una nota?

La voz de mi tío era tranquila. De hecho, él siempre está tranquilo. Es como la crema de aloe vera que te pones en la piel en un día de calor. No, pensé, mi padre nunca me había dicho que quisiera matarse. Y tampoco existía ninguna carta ni nada parecido. O, por lo menos, todavía no la habíamos encontrado. Sabía que estaba diciendo tonterías, pero quería que mi tío se interesara por mí, que hiciera algo por mí. Que hiciera algo que normalmente no haría. Dentro de mí, un estruendo se alzaba desde lo más profundo.

–No, pero…

–¿Pero qué? ¿Por qué lo sospechas, vamos a ver?

Seguro que estaba sonriendo. De haber estado a mi lado, me habría acariciado el pelo. Repentinamente añoré mucho a mi tío, en serio. A él podía abrirle mi corazón. Siempre lo había hecho, en realidad. En mis años de instituto siempre escuchaba mis lamentos con paciencia, sin tomárselos a broma.

–Po-porque el padre de la bisabuela… El padre de la bisabuela… Se suicidó. Con un arma. La bisabuela era niña. Todo ocurrió ante sus ojos. En la mesa del desayuno.

Mi tío guardó silencio al otro extremo de la línea. Sentí cómo se le apagaba la sonrisa del rostro. Lo veía como si estuviéramos hablando por FaceTime. Según le hablaba se le iba alargando la delgada cara de barba rubia y el verde de sus ojos se iba oscureciendo. Con cada frase que pronunciaba yo me creía aquella historia cada vez más. Y, según me la creía, me preocupaba cada vez más. ¿Mi padre? ¿Era genético el suicidio? Pensé en la clase de primero de psicología. Al parecer, así era. Dejé la botella de cerveza en el suelo, junto a mis pies. Rodó ladera abajo chocando con las rocas. Me dio igual.

–Lo, lo llevamos en la sangre, ¿entiendes, tío Ufuk? Estoy muy mal. Y mi padre lleva meses obsesionado con ese tatarabuelo. No paraba de andurrear por las bibliotecas. Investigó en los archivos de los periódicos. Ahora lo he comprendido. Se veía a sí mismo en él. Tienen la misma predisposición. Tanto interés en las líneas familiares y tal no era por nada. Tiene un pozo oscuro dentro de sí. Y no solo él, todos lo llevamos dentro. Eso es lo que llama la maldición familiar. Mi padre se ha caído dentro del pozo. ¡Papá se ha suicidado, tío Ufuk! Ahora estoy segura.

El llanto se me hizo más fuerte. Las palabras me parecían guijarros en la boca. Se derramaban tracatracatrac. Ni yo misma entendía del todo lo que decía. Al otro lado de la línea mi pobre tío estaría retorciéndose de desesperación.

–Selin, hija… Selin, escúchame, ¿vale? ¿Me estás escuchando?

Asentí con la cabeza como si pudiera verme. El sol había empezado a ponerse. El mar parecía una mujer que se reía de mis problemas, yendo y viniendo como un molinete.

–Selin, ¿estás ahí? ¿Selin? ¿Me oyes?

–Estoy aquí, tío.

–Selin, ahora vete a casa. ¿Dónde estás? ¿Estás muy lejos?

–No. O sea, no mucho. He venido, esto, en bici. Para aclararme la cabeza.

Por alguna razón no le dije que había subido sola hasta San Jorge. Porque era una locura. No quería que el tío Ufuk pensara que era rarita.

–Muy bien. Ve con cuidado. Despacito. En casa échate y descansa un rato. Tómate un vaso de agua. ¿Entendido?

–Ajá.

–Yo voy a salir de casa ahora mismo. Llegaré a la isla en la primera motora que salga de Bostancı. Tú tranquilízate un poquito. Estaré allí como dentro de una hora. Te llamaré cuando la motora se esté acercando a la isla. Nos veremos en el muelle. No le digas nada a Nur. ¿De acuerdo, Selin? Lo has entendido, ¿no? Venga, bonita. Dentro de una hora nos vemos en el muelle, delante de Hrisafi. ¿Estamos?

Sorbí los mocos. Menos mal que no hablábamos por FaceTime. No me habría gustado que mi tío me viera con la nariz enrojecida y los ojos hinchados y empequeñecidos.

–Vale, tío.

Me puse en pie lentamente. Me sacudí las hierbas que se me habían pegado al *short*. La parte de atrás de las piernas se me había llenado de hoyuelos abiertos por las piedrecitas del suelo. Me quité las zapatillas para llevarlas en la mano. Pasé por entre las mesas de gente que me miraba con extrañeza. Luego, como hacían los antiguos penitentes, bajé descalza todo el camino desde la colina de San Jorge. Se me había cortado el llanto. Me envolvía una plenitud que no sentía desde hacía mucho. Mi mente, como un vientre que ha expulsado el veneno, buscaba nuevos asuntos y sueños que digerir. Una pensión en la isla Heybeli. Vietnam de mochilera. Qué graciosa la mente humana. Es como un ovillo eléctrico que se desenreda con un poquito de atención. Con cuánta razón dicen que el cariño es lo primero de todo.

Venía mi tío Ufuk.

¡Mi tío venía a la isla por mí!

23

Abrí el cajón de la cómoda impulsado por una premonición. Pensaba echarle una ojeada a la entrevista que don Burak me había hecho. Había dejado la hoja del diario, doblada en cuatro de forma muy pulcra, al fondo del cajón. Lo abría y la leía, en ocasiones, como hoy, llevado por un sentimiento premonitorio, o por la simple añoranza. Aunque las palabras se hubiesen borrado por las dobleces, había leído tantas veces aquellas líneas como para completar de memoria lo escrito.

No obstante, ese día no pude encontrar en su lugar la hoja del diario. No era posible, por supuesto. Mis ojos no la veían. La edad provecta. Prestando atención a la respiración, puesto que mi aliento tiende a atorarse, tiré del cajón de madera hasta el final. Seguí sin verla. Entonces extraje poco a poco el contenido del cajón y lo dispuse sobre la colcha. Con todo, y por desgracia, entre los viejos frascos de medicamentos de cristal marrón, las cintas de colores que guardaba por lo que pudiera pasar, una serie de documentos de identidad antiguos de los que usamos para presentarlos ante las instancias oficiales, la libreta en la que llevaba las cuentas del colmado, las agendas de teléfonos con las esquinas dobladas, dos monturas de gafas sin cristal y viejas hojas de calendario, no pude encontrar la hoja en cuestión. Me mareé un poco. Seguro que estaba cometiendo algún error. Me sujeté al lateral de la cama. Claramente, aquel trozo de papel que desde hacía años cuidaba como a la niña de mis ojos tenía que estar allí. Lo más probable era que se hubiese caído por detrás del cajón.

Me puse en pie sin atender a que la cabeza me diese vueltas. Extraje el cajón de su lugar. No estoy acostumbrado a ver sin él la mesilla, que tantos años lleva a mi cabecera. Por un breve instante, cómo lo diría, me pareció estar viendo la oscuridad de una boca carente de dientes. Sentí un escalofrío

al introducir la mano en ella, pero luego, al tocar un trozo de papel, mi pulso comenzó a latir con premura. ¡Rediez, era una tarjeta postal! Una tarjeta postal enviada por doña Nur desde Canadá con una serie de estatuas indias. Había rellenado la parte de atrás con su letra chiquitita describiendo y explicando con minuciosidad el país por el que viajaba. Escribía tanto que al final le quedó solo un dedo de espacio donde apuntar la dirección. En otro momento habría leído con agrado la tarjeta postal de doña Nur. Sin embargo, esta vez tenía urgencia. Dejé la postal sobre la cama con la intención de colocarla en el espejo de la cómoda. Una vez más introduje la mano en la oscuridad de la mesilla y la palpé por detrás, por arriba y por los polvorientos laterales. Se me clavaron algunas astillas en la carne. No le presté atención. Pero fue en vano. La hoja que buscaba no estaba allí. Me incorporé, di media vuelta y entonces vacié los cajones de la cómoda del espejo. Me topé con muchos objetos inútiles. Un poner, aparecieron un calcetín suelto y una corbata que llevaba tiempo buscando. Pero este que habla no estaba en situación de alegrarse. Aún seguía desaparecida esa hoja de diario que tanto valor tenía para mí.

Permanecí un tiempo indeciso sobre el viejo kilim que cubría el suelo del cuarto. Si la entrevista con don Burak no estaba allí, ¿dónde podía estar? ¿La habría puesto en otro sitio cuando hacía la limpieza? No, absolutamente no. Cuido esa página de diario como a la niña de mis ojos. Cuando voy a limpiar nunca la toco. ¿Entonces? Las paredes, el espejo y el armario giraban a mi alrededor como molinetes. Me dirigí a la cama con dificultad. El suelo se deslizaba bajo mis pies. Conseguí sentarme a los pies de la cama. La cabeza me atronaba. Un error, había cometido un grave error. Me froté las sienes. Cabía la posibilidad de que estuviera en el interior de una pesadilla. Confié en que si me echaba, si me dormía, al despertar encontraría la entrevista de don Burak en el cajón junto a las fotografías hechas por doña Nur, en el mismo lugar en el que la había conservado durante diecisiete años.

Quizás llevado por el embrujo de aquella idea, me recosté y cerré los ojos, aunque no era en absoluto mi costumbre hacerlo durante el día. Tan pronto como los cerré, en un extraño estado psicológico, me vi transportado

al pasado. La cama me atraía hacia el centro de la tierra. En medio del lecho se había abierto un blando agujero y yo mismo, en forma líquida, me derramaba hacia su interior. En un primer momento no comprendí que se trataba de una visita de Azrael, el ángel de la muerte. Me encontraba sosegado por efecto de una serie de agradables sensaciones que creía olvidadas hacía mucho. Por detrás de mis cerrados párpados se apareció un color verde brillante; el verde de las agujas de un abeto. Y una voz de mujer afirmó lo siguiente: el verde es el color del cual se encuentran más tonos en la naturaleza. ¿De quién era la voz? Hacía mucho tiempo que no la oía. Pertenecía a una señora alta, con los ojos verde acuoso. Llevaba la cabeza descubierta, con un sombrero plantado en todo lo alto.

¡Lo recordé! Yo era muy chiquito. Nuri Efendi todavía vivía. Aquella señora venía a la mansión de la madre de doña Şirin. Le daba clases de música y pintura a la señorita. La sacaba a caminar para que se le desarrollaran los pulmones. Doña Şirin era un tanto delicada. Enfermaba a menudo. Durante sus paseos por el bosque me llevaban con ellas a mí también. La señora maestra alzaba la cabeza con su sombrero y miraba a los altos árboles y decía: «Mirad qué *bozger*». Doña Şirin echaba una risita. Yo también me reía, pero sabía que *bozger* significaba bosque. La señora maestra seguía hablando mientras nos mostraba las agujas de pinos y abetos y las hojas de los robles: «Mirad las hojas del *platana* y las agujas del *akri*. ¿Se parecen?». Nos inclinábamos a mirar. Las manos de la señora maestra siempre estaban manchadas de pintura. Cuando yo tocaba la negra resina que brotaba de los troncos de los pinos, ella me pegaba en la mano.

–¡No hagas eso, niño! Es *pisar*. Se pega como la cola, como el alquitrán. No hay quien la quite de los dedos.

Uní las manos sobre el vientre. Sopló el aire de nuestras montañas, con perfume a mar y pino, y me acarició la seca piel. Oí el griterío de aves silvestres. Mi madre imitaba muy bien el canto de los pájaros. Fue como si me hundiera un poco más hacia el centro de la cama. Ahora me llegó al oído la voz de mi madrecita. No sería acertado decir que me llegó al oído, era más bien como si hubieran tendido una cuerda por dentro de la cabeza entre mis dos orejas y el espíritu de mi madre se hubiera posado allí. Así de

cerca la oía. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de la posibilidad de que estuviera entregando el alma. Es una idea que a la gente de mi edad se le viene a menudo a la cabeza, pero, personalmente, yo muy raras veces pienso en la muerte. Me esforcé en abrir los ojos. No pude conseguirlo. Entonces estuve por completo seguro de la visita de Azrael. No sé por qué, pero apareció ante mis ojos la escena de doña Nur llorando apoyada en la mesa. «He abortado, Sadık –me decía–. Iba a tener un bebé y fui y lo maté». Su voz se mezclaba con la de mi madre. Pero si no tengo niños para que mi historia valga la pena… Cuéntalo, Sadikis. Cuéntalo de una vez. Don Burak lo escribió. Pero lo he perdido, madre.

La cama me traga. La voz de mi madre esculpe mi pasado. Duerme, hijo. Duerme. Una nana. Los partisanos juegan al fútbol. *Podosfero*. Lo vi por el hueco de la puerta. Eran los hombres del Cojo. Lo supe. Lanzaban de una punta a otra la cabeza del señor cura. Se reían. La cabeza del señor cura golpeaba contra las piedras del patio. Toc, toc. Tenía los ojos abiertos. Azules. Me escondí al fondo de la cripta. Recé sin parar para que no me vieran. Pero, si Dios ni siquiera había sido capaz de proteger la cabeza del señor cura, ¿por qué me iba a librar a mí?

Se me congelaban los pies y los metía entre las piernas de mi madre. Tiritaba de frío pero, no obstante, no podía dejar de preguntar:

–¿Y qué pasó luego, madre?

–Nada. Luego viniste aquí.

–¿Se salvó Nuri Efendi de manos de los partisanos, madre?

–Duérmete ya, hijo. Duerme.

La voz de mi madre se apagó.

Yo personalmente nunca me escondí en la cripta de una iglesia. Vi a un señor cura, pero nadie jugaba al fútbol con su cabeza. ¿Acaso caminé por aquella senda estrecha siguiendo a mujeres y ancianos abuelos y abuelas? Caminé, pero a mi lado estaban doña Şirin y la maestra de pintura. Van delante de mí. El pasado se confunde en mi mente. La señora maestra nos enseña hojas y flores de azahar. Habla, explica. Luego un águila se posa en el otero de enfrente. La señora maestra se queda absorta observándola. Se para, mira, mira. ¿Señorita? ¿Dónde está usted, señorita? Doña Şirin,

espere, no se vaya. ¡La señora maestra se va a enfadar! Señorita, no trepe usted sola a ese cerro. Ven, Sadık, ven. Ni hablar, doña Şirin. Baje, se lo ruego. Tenemos prohibido subir al monasterio. ¡Muy prohibido! ¡Señorita! El monasterio ha sido demolido, quemado, saqueado. Subir allí es ir en busca del peligro.

Vamos, Sadık, ¡ven, no tengas miedo, ven!

Voy. Trepo. Espere, señorita. Estoy bañado en sudor. Todavía soy un niño. Soy pequeño. Me he quedado sin aliento. ¿Dónde está, señorita? ¡Chist! ¡Sadık, aquí, aquí! ¡Mira aquí! No hagas ruido, ven, escóndete detrás de mí. Señorita, ¿qué hace ese hombre? ¡Chist! ¡Cállate, Sadık! No es un hombre, es un cura. Mira la sotana negra. Señorita, ¿qué está buscando el cura? ¿Por qué se agacha? Tú quédate aquí, Sadık. No salgas de detrás de esta columna, ¿entendido? ¡No se vaya, señorita! No me deje solo. ¡Que te calles, Sadık, chist! Vas a hacer que nos descubran, so tonto. ¿Por qué has tenido que seguirme? Bueno, dame la mano, vamos a entrar en ese huequito. En cuanto el señor cura agache la cabeza, echamos a correr, ¿entendido? No hables. Si lo has entendido, di que sí con la cabeza. Muy bien. ¿Listo? Cuando se agache en donde ha estado cavando. Si te quedas parado en medio, te voy a dar una buena paliza cuando lleguemos a casa. ¿Entendido? ¿Lo entiendes? Ni pío. Vamos, uno, dos, tres. Corre.

Corremos. El águila vuela por encima de nosotros. No me detengo ni un instante. Corremos por entre las columnas rotas. De un nicho cubierto de maleza a otro. Ojos de mirada dócil nos observan por debajo del hollín en los muros quemados. Las montañas nos envuelven. Abajo, un precipicio. Nos escondemos. Doña Şirin tiene mi mano en la suya. Todavía soy un niño. Ella es mayor que yo.

¿Estamos en la cripta? No, estamos en un monasterio hecho ruinas. Nos escondemos detrás de una columna. No hay partisanos que jueguen al fútbol con la cabeza cortada del señor cura. No me he tropezado con ellos. Hay un cura manchado de polvo y tierra. Está cavando en el patio. Cava y cava y por fin… Doña Şirin contiene la respiración y me aprieta la mano sin darse cuenta. Tiene las mejillas muy rojas. Los azules ojos muy grandes, inmensos, que le cubren toda la cara. La punta de la trenza rubia me hace

cosquillas en el carrillo. El señor cura saca del agujero que ha cavado una pintura con marco de plata. A la señorita se le ha olvidado que estábamos escondidos. Lanza un gritito y da un paso fuera del nicho. Ahora soy yo quien le tira de la falda para que se esconda. Me tapa la boca con la mano. El señor cura llora arrodillado. Besa el cuadro con el marco de plata, se lo lleva a la frente una y otra vez y llora.

Entonces nos damos cuenta. Hay otros hombres en el monasterio. Arriba, abajo, están por todas partes. Gendarmes. Me echo a llorar. Lo van a matar. Le cortarán la cabeza. Se la pasarán unos a otros. Se reirán. No puedo dejar de llorar. Doña Şirin sigue tapándome la boca con la mano. Aprieta. No me callo. El señor cura llora, yo lloro. ¡Chist, Sadık, calla! ¡Cállate, niño! No me puedo callar. Me brotan los sollozos de la garganta. Que se escape el señor cura. Ahora mismo. Lo van a matar.

La señorita no sabe qué hacer. De súbito se agacha y me coge en brazos. No soy demasiado pequeño. Pero ella este año ha dado un estirón. Le cuesta un poco. De todas formas, puede correr por el sendero del monasterio abajo. Me agarro fuerte a su cintura con las piernas para no resultarle tan pesado. Me gotea la nariz. Las lágrimas me han dejado churretes en la cara. Estoy sucio. Mientras corre cuesta abajo el pecho de la señorita sube y baja, tiene las mejillas todas coloradas y los rizos rubios le caen por la frente. Yo tengo los brazos negros. Me da vergüenza echárselos al cuello. Sorbo la nariz constantemente. El señor cura aprieta el icono de plata contra su pecho. Alza la cabeza y mira nuestros altos montes. ¡Huya, señor cura! ¡Le van a matar! Doña Şirin me saca del monasterio.

Fluyo hacia el centro de la tierra por el agujero abierto en medio de la cama. Mis miembros están metidos en un pilón sobrenatural. Solo me queda fuera la cabeza. Vuelvo a ser un niño. Resulta que el alma era un niño. Y cuando ella también se escurra por el agujero de la cama y desaparezca, me entregaré a Azrael. Doña Şirin me abraza en el centro de la tierra. Sus rubios rizos están en llamas por el sol otoñal.

De repente estalló un tremendo estrépito. Golpearon las puertas. Resonó la campanilla del jardín. Oí la voz de la señora. Me estaba llamando. Golpeaba el entarimado con el bastón. ¡Mi señora! ¡Doña Şirin! Traté de

quitarme de encima a Azrael, que estaba echado sobre mi pecho, e incorporarme. El cuerpo no me obedecía. Caí en una substancia densa y pegajosa. Ya me lo había avisado la señora maestra. Es *pisar*. Es cola, alquitrán, no sale de la piel. El *pisar* me ha tragado. Ruido de pasos en el vestíbulo. El bastón de la señora. No puedo mover el brazo. ¿Me sacaría alguien de este pozo si grito? ¡Oíd mi grito! ¡Doña Nur! ¡Don Burak! ¡Selin! ¡Doña Şirin! ¡Estoy aquí! Algo como un murmullo me llena la boca. Mis labios no se mueven.

Una voz a lo lejos. Desde más allá de mis verdes montañas con las cumbres siempre en la niebla, desde el fondo del enloquecido mar.

–¡Sadık! ¡Sadık! ¡Cógeme la mano!

Una mano tocó la mía. Una mano suave, delicada. ¿Süheyla? ¿Eres tú? ¿Eres tú quien me recibe en el otro lado?

–¡Sadık, abre los ojos! ¿Me oyes, Sadık? Estás teniendo una pesadilla. ¡Abre los ojos!

Cuando mi mente distinguió a la dueña de la voz, mi cuerpo regresó a mí junto con sus sensaciones. O bien yo regresé a él. La cama me escupió al mundo. El alma me entró en el cuerpo, encontró su lecho y volvió a fluir. Entreabrí los ojos. El brazo se me había quedado dormido. Seguía teniendo la mano en la de doña Şirin.

Los tiempos se habían confundido del todo en mi cabeza; el pasado por completo turbio.

24

Al salir de casa de Burak no tomé un taxi. Iba a andar. Desde Kurtuluş hasta Maçka. Aspiré el aire fresco hasta el fondo de mis pulmones. Me sentó bien. Me refrescó las orejas y las sienes calentadas por el coñac. Debía de haber sufrido un cortocircuito en el cerebro. Si no, ¿qué estaba haciendo en la cama de Burak con una mano suya entre las piernas? El deseo me había recorrido las venas, sí. Burak sabía cómo tocarme. Yo podría haberme relajado en brazos de un hombre que me quería de siempre y haberme concentrado solo en mi placer. Desde antiguo había entre nosotros una poderosa química sexual, pero eso no significaba que fuera a engañar a mi marido después de siete años de matrimonio. Y Burak lo sabía. Lo sabía, pero siempre forzaba la suerte.

–Para esto has venido, ¿no?

Su dura piel sin afeitar y su cálido aliento entrecortado en mi cuello. Cuánto necesitaba oír que era así, que había ido con la intención de hacer el amor con él. No, Burak, no he venido para eso. Cuando fui a tu casa ni se me pasaba por la mente besarte, hacer el amor, encontrarme de repente debajo de ti. Tendría que habértelo dicho aun al precio de decepcionarte. Tendría que habértelo dicho. Te quiero de tal manera que te miento para no dañar tus fantasías. La verdad ni la menciono con la excusa de que ya la sabes. No he sido capaz de quererte como te gustaría, con amor, con pasión. Lo he intentado mucho y no he podido conseguirlo. No me he podido enamorar de alguien que me quiere más que yo misma.

No, no fui a tu casa para hacer el amor. Iba a contarte unas vacaciones de verano del pasado. Te iba a hablar de una realidad que nunca he contado a nadie, que me he esforzado años en olvidar y que saltó a la superficie y me golpeó en la cara con una frase de Fikret. De cómo se suicidó mi madre.

Ni siquiera a Ufuk se lo he contado. Te pedí coñac para que se me soltara la lengua. No entraba en mis cálculos emborracharme.

Las clases acababan de terminar. Nosotros todavía estábamos en la casa de invierno de Maçka. Cuando me desperté, me encontré en la cocina a Sadık y a Fikret. Fikret estaba desayunando en la mesa. Por la ventana abierta entraba la primera brisa del verano de Estambul, tan embriagadora. Me habría gustado echarme de inmediato a la calle e ir a Bebek o a Hisar y, si no bastaba, saltar a un vapor y llegar hasta Anadolukavağı. Una nunca se harta de los primeros días del verano en la ciudad y necesitaba aspirar, hasta llenarme la nariz, la piel y los ojos, el azul del agua, el olor a pescado de las redes, los chillidos de las gaviotas, la caricia inquieta del sol. Estambul me reclamaba.

Sadık colocaba en el arcón congelador los solomillos y los filetes de la nevera y ponía en bolsas la fruta, la verdura, los embutidos y los quesos. Al principio no me extrañó aquel panorama. Seguía atontada por el sueño. Había estado hasta tarde en el balcón de la casa de Bebek de una compañera de clase bebiendo vino y celebrando que habíamos pasado al último año de bachillerato. El examen de ingreso a la universidad se alzaba ante nosotras como una montaña gigante. A pesar de que habíamos empezado las vacaciones de verano, toda nuestra conversación giraba en torno a opciones, puntos, academias preparatorias y profesores particulares. Este verano vamos a soltarnos bien el pelo, nos dijimos, y apuramos el vino hasta ver el culo de la botella. Al volver a casa Fikret estaba durmiendo. Sin pasar por el salón, me tapé los oídos con algodones y yo también me dormí.

Esos años dormía con tapones de algodón para que no me despertaran las discusiones que estallaban entre mis padres a las horas más inesperadas. De hecho, esa noche cuando llegué a casa estaban discutiendo. Yo dormí como un bebé, a pesar de que otra vez volvieron a reventarse copas contra las paredes. El vino tinto se abrió como rosas en el color champaña de las paredes del salón. Los trozos de cristal roto se dispersaron por debajo de la mesa del comedor. En la mesita de café había ceniceros llenos a rebosar y los cojines del sofá estaban en el suelo… A esas alturas, me daba igual. Al pasar eché un vistazo de reojo por la puerta del salón y me dirigí a la

cocina. Estaba todavía adormilada. Quizá por eso me pareció natural que Sadık anduviera trajinando en nuestra cocina. Sin embargo, Sadık no venía nunca a nuestra casa. Era el veterano empleado de la abuela. No nuestro. Vivía con la abuela en invierno en Moda y en verano en la isla. El mes anterior se habían mudado de Moda a la isla. Que se encontrara en nuestra casa de Maçka era presagio de una situación extraordinaria.

–Buenos días, Sadık, ¿cómo estás? ¿Qué tal todo? ¿Cuándo has venido? ¿Qué haces aquí?

Sadık cerró la puerta de la nevera, sacó un plato del mueble sobre la encimera con movimientos nerviosos y lo dejó en la mesa de la cocina, enfrente de Fikret. Luego fue hacia el fogón con un vaso de cintura estrecha para servir un té.

–Siéntese, doña Nur. Desayune.

Me senté dócilmente donde me señalaba. En realidad, aquel era el lugar de mi madre en la cocina.

–Fikret, ¿qué está pasando? ¿Dónde está mamá? ¿Está durmiendo?

Fikret se sacó de la boca un hueso de aceituna y lo dejó a un costado del plato. Observé cómo pasaba el bocado con dificultad por su estrecha y seca garganta. Tomó un sorbo de té. Se comió la crujiente corteza del pan y dejó la miga a un lado. Me estiré, se la cogí y la mojé en el tomate triturado con aceite y tomillo que Sadık había servido en la mesa. Sadık me trajo mi té. Preparó la melaza con tahín. Le di las gracias por llenar la mesa de cosas que me gustaban, como si fuera lo más natural del mundo que estuviera en nuestra casa. Se me ocurrió que quizá nos lo hubiera enviado la abuela. Que, por ejemplo, le hubiera dicho lo siguiente: «Ya basta de que cuides tanto de mí, Sadık, ayuda un poco a mi hija. Sírveles el desayuno a mis nietos, hazles la cama por la mañana, sal al mercado, compra pescado, salmonetes, a Nur le gustan, a mediodía los fríes y los sirves con una ensalada de lechuga rizada».

¿Tan imposible era?

Sí, imposible.

Lo sabía.

–Fikret, ¿dónde está mamá?

Fikret no me respondió. No podía. Al fin y al cabo, éramos dos niños que se habían jurado no hablar de las borracheras de su madre. Quizá ya hubiéramos superado la niñez, pero nuestro silencio infantil sobre aquel tema nos duraría hasta la tumba. Fikret se echó a la boca un trozo de queso. También le pasó con dificultad por la garganta. Arrugó el gesto. Glup, glup. La nuez de Adán le subió y le bajó como una ciruela atascada. Noté que sobre la cocina, amplia y fresca, que daba al cuidado jardín del edificio, con sus palmeras y un estanque decorativo, se había desplomado un funesto y profundo silencio, me di cuenta de que, de hecho, no me apetecía recibir respuesta a mi pregunta.

Sadık me trajo un huevo. Lo había pelado, le había puesto sal como me gustaba y le había espolvoreado pimentón. Mientras dejaba el plato en la mesa con manos temblorosas, parpadeó los legañosos ojos azules:

–Anoche su madre se puso un poco mala, doña Nur. Su padre la ha llevado al hospital. No es nada importante. Saldrá enseguida, si Dios quiere, hoy o mañana.

Empecé a hincarle la cuchara al huevo sin decir nada. Sabía qué significaba que mi madre se había puesto mala. Coma etílico. Mi padre ya la había llevado antes al hospital. En urgencias le administraban un gotero y unas horas después la mandaban a casa. Pero nunca había sido necesario que Sadık viniera a casa. No éramos niños. Nos quedábamos solos a menudo en ausencia de nuestros padres. Yo tenía dieciséis años. Fikret iba a la universidad.

Cuando Sadık fue a arreglar el salón miré a Fikret con ojos interrogantes. Se aclaró la garganta.

–Cuando termines de desayunar, recoge algunas cosillas. Nos vamos a la isla. Desde Sirkeci, en el vapor de las dos.

Por un instante el corazón se me llenó de alegría. ¡Íbamos a la isla! ¡Ah, qué dispuesta estaba a olvidar a mi pobre madre yacente en el hospital desde ese mismo momento! Íbamos a la isla. Así pues, no íbamos a la urbanización Aktur de Bodrum. ¡Uf!, no estaría obligada a mezclarme con esos chicos de Aktur a los que no conocía de nada. El verano pasado fuimos dos semanas. Nos quedamos en una casa blanca con el balcón envuelto por

buganvillas. A mi madre le encantó. La casa daba a la ensenada de Bitez. En sus aguas azules todos los días se deslizaban tablas de *windsurf* multicolores. Desde nuestra casa en la colina parecían como aves marinas de colores. Yo me aburría. Rasgueaba las cuerdas de la guitarra en el balcón. Los chicos de la urbanización se conocían entre ellos. Eran amigos de veraneo que habían crecido juntos. Ni uno de ellos quiso conocerme. Me tomaron por una niña, quizá porque mi pecho planísimo y mis piernas flacas me hacían parecer pequeña para mi edad. Me había llevado la *Anna Karenina* de la abuela en cuatro volúmenes. Eso era lo que leía. Cuando Anna y Levin no podían llenar el vacío que sentía, me lanzaba al mar. Y cuando me zambullía, sentía la mirada triste de mi madre sobre mis hombros rojos como la remolacha y mis discretas caderas. En cierta ocasión en que una chica de mi edad pasó pavoneándose por delante de nuestra casa de alquiler, oí que le preguntaba a mi padre mientras la miraba: «¿Cuándo andará así mi hija?». Lamentaba que no fuera contoneándome. Y quizá se culpara un poco a sí misma por no haberme enseñado.

Cuando ya me había torrado lo bastante de calor y aburrimiento, iba nadando de una playa a otra de la urbanización, descansaba en las rocas y regresaba. Mi madre, cuando no estaba lamentándose de mi soledad y de mis maneras infantiles y toscas, se lo pasaba bien. Como no se bañaba, se pasaba el día tomando *gin-tonics* y jugando al póquer en el bar de la playa. El póquer era la pasión de juventud de mi madre. Había aprendido a jugar en las mesas cubiertas de paño verde instaladas en los jardines de las mansiones de Büyükada. En reuniones de amigos en que se servían jarras de té helado con menta… En cuanto a Fikret, estaba desatado. Se pasaba las noches en discotecas como Halikarnas o Hadigari. Y los días, durmiendo. Mi padre se dedicaba a ver el fútbol en la pequeña televisión del salón, enfrente del ventilador.

Ese año no íbamos a pasar solo dos semanas allí, sino el verano entero. El sueño de mi madre desde hacía años era una casa de verano lejos de Büyükada y de la abuela. Estaba convencida de que si nuestra casa salía del área de influencia de Şirin Saka, nuestro padre pasaría las vacaciones enteras con nosotros. Era por eso por lo que, a principios de todos los

veranos, le rogaba a mi padre que alquilara algo para toda la temporada, pero no había manera de que le hiciera caso. Por fin, ese año mi padre arrió velas y prometió que pasaría todo el verano con nosotros en Aktur Bodrum.

Sin embargo, ahora todos los planes se habían alterado. Si íbamos a la isla era que no íbamos a Bodrum. Teniendo en cuenta la meticulosidad con que Sadık estaba limpiando el frigorífico, también cerrábamos la casa de Maçka. Mi alegría se apagó de repente. El estado de mi madre era lo bastante grave como para que no se pudiera curar con un suero en el brazo en urgencias. ¡No te pongas en lo peor, Nur! En la isla todo se arreglará. Era una adolescente tan preocupada por sí misma como para no entender lo mucho que se deprimía mamá en los meses de verano que pasaba bajo el mismo techo que su propia madre. Tenía mis amigos en el Club Seferoğlu. Jugábamos al tenis al calor del mediodía y nos divertíamos en la piscina. Puede que ese año me sacaran a bailar una lenta por la noche en la disco. Ese invierno me había desarrollado. Ya no era el patito feo. Tampoco es que fuera un cisne, pero había dejado de ser basta y mis manos y mis brazos habían adquirido cierta finura. Puede que me saliera novio. «¡No te pongas en lo peor, Nur!», me decía. Mamá se pondría bien, siempre lo hacía. Volvería a dejar la bebida. Dos meses, tres meses. Sería de nuevo la Süheyla Bulut amable y apacible, dulce como el suave zumo de albaricoque deslizándosete garganta abajo.

Mientras pensaba en aquella historia que me golpeaba el corazón como una ola indignada, había llegado hasta el principio de la calle Kurtuluş. Todo estaba desierto. Hacía rato que habían cerrado las tiendas y sobre las calles estrechas y oscuras de la parte de Dolapdere caían las luces pálidas de los cabarets. Los gorilas que vigilaban las puertas tenían el oído tan agudo como para sentir el repiqueteo de mis sandalias. Cuando pasaba por la bocacalle, se volvieron suspicaces y me miraron de arriba abajo. Tendría que tomar un taxi en el semáforo de Pangaltı. Las noches de Estambul no eran seguras para una mujer. Nunca en la vida me había pasado nada, pero ahora vivíamos en un país de brutos que se tomarían como su misión en la vida meterme en vereda a base de hacerme daño. Que yo caminara sola por la calle de noche amenazaba el orden y el poder establecidos de los

hombres. Yo representaba una contrariedad. Ahí mismo, en las calles laterales y en las avenidas principales, había varones que creían, y lo creían sinceramente, que aportarían orden y bienestar a la comunidad poniéndome en mi sitio.

Desafiante, torcí hacia Harbiye con las manos en los bolsillos. Poco más allá del teatro Kenter, los coches frenaban junto a la acera y bajaban a medias las ventanillas y entonces salían de las profundidades del zaguán de los bloques mujeres transexuales luciendo sus hermosas piernas con faldas diminutas. Tras un regateo desconfiado, ansioso y rápido, subían al coche. Prácticamente todas contaban con que la muerte estaba al otro extremo del camino. O debían de tenerlo en cuenta. Mataban a tantas mujeres trans… Ellas eran una amenaza mayor que yo para los hombres vigilantes del orden. Aunque no hicieran nada, con su mera existencia y su elección eran una amenaza para el poder.

A mi madre la trajo a la isla Şükrü, el chófer de mi padre. Mi padre no vino. Contrató una ambulancia municipal. La ambulancia llegó hasta nuestra casa pasando entre carros y bicicletas. Se abrió la puerta del jardín. Sonó la campanilla. Şükrü y el conductor cogieron a mi madre en brazos y la sentaron en una silla de ruedas. Aparté la cara de inmediato. Pero con aquella breve mirada había visto lo que tenía que ver. Mi madre se había quedado como un pajarito. Tenía las mejillas tan hundidas que habría podido creerme que se trataba de otra persona. El blanco de los ojos, amarillo. La piel de un tono verdoso. Años más tarde, cuando escribía la noticia sobre las mujeres en huelga de hambre, volvió a revivir en mi memoria aquella escena ante la puerta del jardín. Para las mujeres que morían en los «hogares de la resistencia» no se decía que hubieran muerto. Se decía que se habían apagado. Mi madre también se había apagado. El alma estaba a punto de salírsele volando de la carne y los huesos. Los ojos y la piel habían perdido su luz hacía mucho. El cuerpo que había ante mí era un saco de huesos que no desprendía luz ni calor, vacío.

Pero soportaría todo aquello. Había esperado con ansia el día en que mi madre saldría del hospital y la traerían a la casa de la isla. La cogería entre mis brazos. Le serviría de apoyo para dejar la bebida. La pasearía en faetón.

Lo pararíamos en la Ruta del Gran Tour y, como hacíamos cuando era niña, cogeríamos madroños por entre las rocas. Nos sentaríamos en el cabo de Dil y así respiraría aire puro. Me había hecho mayor. Le haría compañía. No se sentiría sola en ausencia de mi padre. Estaba preparada para llenar todos sus vacíos con mi presencia.

Si la mujer en la silla de ruedas que empujaba Şükrü hubiera sido mi madre, habría hecho todo aquello. Pero la persona que vi en aquel breve instante en que se cruzaron nuestras miradas no era ella. Otra alma había poseído el cuerpo de mamá, convertido en un saco de huesos. Aquella no era mi madre de piel de melocotón, la que los sábados por la mañana me llevaba al Centro Cultural Atatürk a ver obras de teatro para niños, la que cuando íbamos a la playa de Yörük Ali en faetón me abrazaba y me besaba. Esa mujer enferma era otra y no me conocía.

Con esos pensamientos en la cabeza, agarré la puerta y me largué. Subí a la colina de San Jorge yo sola. Me senté en la iglesia del monasterio, bajo la cúpula, hasta que acabó la misa vespertina. Allí me encontró Sadık después de caer la noche.

Mi madre sufría cirrosis. Se estaba muriendo. Entre Sadık y Fikret la llevaron al piso superior y la acostaron en su cuarto de soltera. No quería vernos. No obstante, yo me deslizaba en su habitación las noches en que no podía conciliar el sueño. Yacía de cara a la pared en la cama individual con cabecero de latón. A la luz de la luna que se filtraba por un extremo de la cortina, contemplaba el largo pelo cayéndole por los hombros desnudos y su columna vertebral, visible bajo la colcha. ¿Cuál es la particularidad que hace de alguien el ser que conocemos y amamos? ¿El aspecto exterior? ¿La voz? ¿Los recuerdos compartidos? ¿Un lazo mutuamente reconocido y que abrazas contra tu pecho? Y, si una de las partes corta ese lazo, ¿qué sucede con el cariño? Por si ocurría un milagro, apartaba la colcha y me acostaba acurrucada contra ella. Hasta su olor se había vuelto distinto. Le tocaba la verruga de la espalda. Cuando era pequeña y nos acostábamos así, abrazadas, me hacía que le rascara la espalda. En medio tenía aquella verruga. No debía rascarla. Esa verruga que ahora rozaba con la punta del

dedo era la única prueba de que se trataba de mi madre. Me quedaba dormida con el dedo en ella.

Poco antes de amanecer se despertaba gritando. Yo me levantaba de un salto. Quería beber. Maldecía. Lloraba, imploraba. Cuando retrocedía para salir del cuarto empezaba con los insultos. Hacia mi padre, que la había dejado allí tirada, hacia Sadık, hacia la vida, pero, sobre todo, hacia su madre: «Puta Şirin –gritaba–. Nos has vendido a todos. ¡Mujer desalmada! ¡Falsa, asquerosa! ¡Sadık, tráeme una ginebra! Nur, Fikret, oídme, hijos, traedme un trago. Que me muero».

Así pasó aquel verano. La abuela no salía de su estudio. Pintaba como loca. Por las noches recibía visitas. Para que no oyeran los gritos de mi madre, los acogía en el cenador del extremo del jardín más próximo al mar, sin que le importaran el calor y la humedad. Sadık cuidaba de mi madre. Fikret se escapaba a Estambul. Se quedaba en el piso de Maçka, con mi padre. Yo, aun a sabiendas de que lo tenía prohibido, subía a los pinares. En los pinares les pasaban cosas malas a las jovencitas. A mí, lo que me podía pasar, me pasaba en casa. No quería tener que encontrarme con mis amigos de Seferoğlu. Todos eran nietos de amigos de la abuela. Mi madre había crecido con las suyas. En las mesas de paño verde donde jugaban al póquer con acompañamiento de té helado cotilleaban sobre mi madre. Seguro que mis amigos sabían que una mujer que había ganado fama por su delicadeza y su belleza, como era Süheyla Bulut, sufría ataques encerrada en una habitación del piso superior de nuestra casa y aullaba «¡Traedme ginebra, malditos seáis!». Lo habrían oído.

Yo estaba completamente sola.

Una mañana de mediados de agosto mi madre empeoró. Era un día que el viento de poniente soplaba furioso. La isla olía a alcantarilla y a orina de caballo. El mar frente a la casa estaba lleno de algas, medusas y basura. Estábamos desayunando en el comedor. Fikret, la abuela y yo. Como a la abuela le dolía la cabeza, hizo que calláramos a Albinoni. Fikret debía de haber intuido algo porque había venido a la isla la noche anterior, en un vapor que salía tarde de Bostancı.

Sadık entró de golpe en el comedor, muy preocupado:

–Doña Şirin, Süheyla tiene convulsiones. Llame de inmediato al doctor Kemal.

Fikret se puso en pie de un salto y corrió al teléfono que había en la entrada. La abuela y yo nos quedamos sentadas a la mesa del desayuno, entre el pan, el queso y la mortadela con pistachos que no nos pasaban por la garganta. La abuela mascullaba gruñendo contra Fikret. Como si él tuviera la culpa de la enfermedad de mamá. En realidad, culpaba a mi padre encarnándolo en Fikret. Eso es algo que puedo comprender hoy. Mi padre había seducido a su hijita, apartándola de su casa y de su brillante futuro. No sé qué brillante futuro prevería Şirin Saka para su hija. No podía aceptar que Süheyla le hubiera dicho sí a su primer pretendiente para huir de su madre. De niña yo no comprendía nada de eso, pero algo intuía. Un odio. Hacia mi padre y hacia Fikret, como hijo suyo. Una ira que a mí no me tocaba porque había nacido niña, pero que me veía obligada a respirar en la mesa del desayuno. Puede que fuera dirigida a todos los hombres. Puede que la abuela la llevara en su interior por lo que hubiese hecho su padre y nos la hiciera extensiva a nosotros.

De repente entendí por qué Fikret estaba obsesionado con el bisabuelo. Quería encontrar el motivo del rencor que desprendía Şirin Hanım. Desde que era pequeño, la abuela nos había hecho notar que no quería a mi hermano. Era un ser que no quería en esta familia, en este mundo, en el universo entero. Lo que le pasaba a mi madre era culpa, si no de Fikret, de los hombres. Ahora Fikret pretendía quitarse aquella carga de la espalda desvelando el secreto del bisabuelo. Esperaba ser perdonado. Probar su inocencia. Por eso necesitaba tanto un crimen, un secreto.

Porque estoy harto de este sentimiento de culpa que no cesa. ¿Lo entiendes?

Ah, Fikret, lo entiendo. ¡Qué empeño tan infantil el tuyo!

Ese día en que el viento de poniente golpeaba la isla fue un punto de inflexión en nuestra vida. El doctor Kemal bajó al comedor desde el cuarto de mi madre. Nos llamó a los tres. La voz le sonaba fría, tenía tensa la cara:

–Llamen a su marido. Puede que no llegue a la noche.

Sadık vino en silencio y se sentó en el taburete que había junto a la puerta. Movía los labios sin cesar. No pudimos contactar con mi padre. Fikret, Sadık y yo hicimos guardia a la cabecera de mi madre. Sadık le hacía compresas con paños mojados en vinagre para la frente y los tobillos, hinchados como leños. El doctor Kemal también pasó la jornada con nosotros. La abuela se encerró en la biblioteca. No salió en todo el día. A mi madre se le hinchó el vientre como un tambor. Y tenía unas ojeras moradísimas. Las manos, con las palmas enrojecidas, le temblaban, y no se entendía lo que decía.

Entonces, repentinamente, el tiempo cambió. Un viento violento sacudía contra las ventanas las ramas de la mimosa. Se levantó polvo en el jardín. El mar espumeaba. Oscureció. Yo dormitaba en el suelo, sobre el kilim. Me desperté de pronto. Mamá había abierto los ojos y me miraba. Una mano le colgaba de la cama. Nuestras miradas se cruzaron. La suya era clara como el cristal. El corazón me dio un salto. ¿Habría muerto? Me volví hacia Sadık. Estaba sentado al pie de la cama, con los ojos cerrados. Me llegó a los oídos aquella antigua nana. Miré a mi madre otra vez. Pestañeó. Luego una vez más. Y otra. La mano que colgaba de la cama se movió. Vi con mis propios ojos cómo el alma, que se preparaba a abandonar el cuerpo, regresaba con una súbita maniobra a sus venas. Luego me llegó una voz en un susurro:

–¿Ya es de mañana, Nur? ¿Está amaneciendo?

Sadık abrió los ojos. Sin moverse, miró la mano que mi madre alargaba hacia mi cabeza. Miró. Miró. Miró. Luego se cubrió la cara con las manos ásperas, secas, de venas moradas. Empezó a llorar sacudido por los sollozos. Por las arrugadas mejillas las lágrimas le corrían como hilos. Era la primera vez que lo veía llorar. Me puse en pie de un salto sobre el kilim en el que estaba sentada. Corrí a la ventana y la abrí. El viento entró en la habitación. La mimosa crujió en mis oídos.

–¡Fikret! –grité a voz en cuello–. ¡Mamá se ha despertado! ¡Corre!

Portazos. Pasos en la escalera. Taconeos. La abuela, acompañada por el doctor Kemal, entró por primera vez en el cuarto de mi madre. Detrás, Fikret les alcanzó sin respiración. El doctor Kemal le tomó la temperatura a

mi madre y le examinó la lengua y los ojos. Nos preparábamos para oír el diagnóstico alrededor de la cama. El médico le sacó sangre y llenó unos tubitos. Le tomó el pulso. Le examinó la palma de las manos. Presionó el vientre hinchado como un tambor. La auscultó. Luego se incorporó y se sentó a un lado de la cama. Nosotros no nos movimos ni un milímetro. La abuela se apoyó en Sadık. Contuvimos la respiración cuando el doctor Kemal por fin se echó para atrás el pelo que le caía sobre la frente. Habló dirigiéndose directamente a mi madre:

–Süheyla, eres como una hija para mí. Yo te cogí en mis manos cuando naciste. No te voy a engañar. Has regresado de la muerte. Es algo milagroso que te haya bajado la fiebre, que hayas pasado por ese umbral.

Era como si la propia habitación contuviera la respiración. Todos a la vez, la cama con el cabecero de latón, las mullidas almohadas bajo la cabeza de mi madre, la lámpara rococó rosa y azul, el escritorio y nosotros, los miembros de la familia que rodeábamos la cama, respiramos por fin. El doctor Kemal debió de ver nuestras caras de alivio y alegría porque levantó la voz:

–Ahora escucha con toda atención lo que voy a decirte, Süheyla. En el futuro, si empiezas a beber otra vez, no te librarás. ¿Me oyes, hija mía? Mira, tus hijos son testigos de que te estoy avisando. Si vuelves a beber alcohol, aunque sea una gota, tu hígado no lo soportará y ya no tendrás salvación posible de la muerte, que lo sepas. ¿Entendido?

La cara seria y preocupada del doctor Kemal.

Los ojos de mi madre, que volvían a la luz.

El cuerpo de mi madre llenándose de nuevo de mi madre.

–Tengo hambre, doctor Kemal. Tengo mucha hambre. Sadık, ¿has preparado el desayuno?

Las manos inquietas y venosas de Sadık enjugándose las lágrimas.

–Ahora mismo, doña Süheyla, ahora mismo.

Al entrar en la calle Valikonağı di media vuelta de repente. Crucé de nuevo a la otra acera. Pasé por delante de los zaguanes oscuros en los que se ocultaban las mujeres trans, las puertas de los cabarets con sus pálidos letreros luminosos y vigiladas por gorilas, los salones de billar y hoteles

cochambrosos hasta salir a la calle Kurtuluş, que hacía un momento había recorrido de una punta a otra. En los oídos me resonaba la voz de Fikret hablándome cuando esa tarde salí a toda prisa de casa:

–Nur, ¿no lo entiendes? Mamá sabía que hasta una gota podía matarla. Y, de todas maneras, bebió. Se puso hasta arriba de beber. Esa noche mamá bebió para matarse. Nur, ¡mamá se suicidó!

Al tocar el timbre del piso de Burak me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas de lágrimas.

Se abrió la puerta. Presioné el interruptor, pero la luz no se encendió. Di un paso en la oscuridad.

25

Estábamos en la cama. En un lugar más allá del arrepentimiento. Tenía a Nur entre mis brazos. Estábamos completamente desnudos. Se apretaba contra mi pecho, enroscada como un pescadito de delicada raspa. Cuando el viento soplaba al interior por la puerta abierta del balcón de atrás, su sudorosa piel sufría escalofríos y entonces se acurrucaba más contra mí. Aquel lugar bajo mi brazo le pertenecía. Los huesos y los músculos de mi brazo habían sido creados para que su cuerpo encajara allí perfectamente. Había sido así desde siempre.

Cuando a altas horas de la noche el timbre de mi puerta volvió a sonar por segunda vez, ante mí había una mujer que sabía lo que quería. No quedaba huella del ensimismamiento y la duda que desprendía la primera vez. Nos quitamos la ropa despacio y nos quedamos completamente desnudos frente a frente. No teníamos prisa. La decisión había sido tomada. Se había cruzado la frontera. Quité la colcha y nos metimos debajo del edredón. No como dos adolescentes ansiosos y hambrientos, sino como un matrimonio que duerme juntos todas las noches. De cualquier manera, la victoria era mía. La tomé entre mis brazos. En la oscuridad cálida bajo el edredón paseé mis labios por todo su cuerpo y descubrí de nuevo recónditos lugares que había olvidado. No pedía nada. Ya no me guiaba, como hacía cuando era joven. Podía notar que estaba aquí para algo más que el placer sexual. Buscaba una unión profunda. En esa unión conmigo tenía la esperanza de conseguir el eslabón que le faltaba a una cadena que no era capaz de completar de ninguna otra forma. Se abandonó a mí.

Y yo estaba orgulloso como el león triunfante que tiene la presa derribada en el suelo. Mientras hacíamos el amor y después, mientras la tenía en mis brazos, mis pulmones se llenaban de alegría como los visillos

que inflaba el viento, bombeando fuerza a mis músculos. La cabeza diminuta de Nur descansaba en el lado izquierdo de mi pecho. Justo sobre el corazón. El deseo se elevaba de nuevo dentro de mí al acariciarle el corto pelo y la nuca desnuda. La deseaba una vez más, como si no me hubiera satisfecho poco antes. La deseaba y conseguiría lo que deseaba. Yo perseguía el placer. El placer más puro. Iba en busca de aquella piel que había añorado durante tanto tiempo, del gozo que prometía aquella historia que me había sido vedada. La tomaría cuando yo quisiera, como yo quisiera, cuanto yo quisiera. Haríamos mucho más el amor. Lo sabía. Haríamos el amor hasta quedarnos dormidos por el cansancio. Ya que habíamos cruzado una frontera, nos quedaríamos al otro lado hasta que la luz del sol nos diera en la cara con la realidad.

No me importaba lo que se inventara para Ufuk. De hecho, por lo que podía verse, se había inventado lo que fuera hacía rato. El hecho de que no la hubiera llamado lo dejaba bien claro. Porque ¿no se preocupa uno por su mujer si no ha vuelto a casa a estas horas? ¿O es que él estaba acostumbrado a estas cosas? ¿Vivían una relación abierta? ¿Llamaba Nur por teléfono y le decía «Ufuk, cariño, no me esperes esta noche»? Los celos me recorrieron por dentro. No, imposible. En este país ni la mujer más moderna, más libre, puede decirle a su marido que va a pasar la noche en la cama de otro hombre. Y, si lo dice, no puede seguir casada. En muchas regiones del país, en una situación así, ni siquiera seguiría con vida. Ufuk no le tocaría ni un pelo a Nur, pero, de todas formas, ella no le diría nada parecido. No podría soportar el peso de tener que enfrentarse a él. Se habría inventado alguna excusa. Por ejemplo, le habría dicho que iba a la isla. Hasta yo sabía que se iba a la isla y se encerraba en la casa de Şirin Hanım para terminar sus novelas fantasma. Y Ufuk la habría creído. Habría preferido creerla.

Me relajé. Pasé la mano a lo largo de su columna. ¡Qué delgada era! Mi bella y delicada amante. Los años solo habían añadido belleza a su belleza. Le besé la sien. Sudaba. Me llené de orgullo. Yo la había hecho sudar. Le había arrebatado toda su pose de indiferencia. Se había colgado de mi cuello con sus brazos. Nos amamos con la puerta del balcón abierta. Apoyó

la boca en mi hombro para ahogar en mi piel el grito de placer que le brotaba de dentro. Y el placer se derramó de su boca entre gemidos. Le chorreaba el sudor de la nuca, de las sienes, de la rabadilla. El sudor había ablandado esos lugares por los que ahora pasaba la mano, los había humedecido de una manera dulce y fresca. Recordé la primera vez que habíamos hecho el amor. En nuestro valle desierto, en una tienda de campaña pequeñita. En la oscuridad no podía ver su cuerpo. Era una noche sin luna. Fuera de la tienda las olas rompían en la arena. Yo no sabía dónde tocarla. Ella me guio con sus manos y al rato ya le dio igual. Me avergoncé de mi torpeza. De mi impaciencia y mi inexperiencia. Pero, no obstante, no me rehuyó. La noche siguiente regresó a mí. Y la siguiente de nuevo. Hasta el día en que estalló la tormenta y tuvimos que recoger las tiendas a toda prisa y refugiarnos en una casa campesina de arriba de la colina, durmió todas las noches en mi pequeña tienda.

–¿En qué piensas?

–En nada.

–Te ha cambiado la respiración. Seguro que algo se te ha venido a la mente.

Colocó su pierna sobre la mía. Me acarició la mejilla.

–En aquella tormenta.

–Ajá.

–¿Sabes cuál?

–Claro que lo sé.

–¿Cuál?

Nur se desprendió de mi abrazo y se puso en pie. En la oscuridad la piel le brillaba nacarada. Se envolvió en la manta escocesa roja que había al pie de la cama y salió al balcón. A través de los visillos la vi recoger las botellas y las copas. Yo había dejado el balcón tal y como estaba después de que se fuera. Pensaba acostarme sin ni siquiera cepillarme los dientes. Pero luego regresó. ¡Volvió a mí! Tumbado en la cama, sonreí.

Volvió a la habitación. Se sentó a un lado de la cama sin taparse con la manta, que cayó a sus pies, llenó las copas y me pasó la mía. Me incorporé sobre el codo y di un trago. Nur parecía triste, con la copa de coñac en la

mano y la cabeza gacha. Probé suerte una vez más para que recordáramos juntos.

–Lo de la tormenta me gustó. Esos nervios, esas carreras, cómo cambiaron de repente las prioridades. Estábamos durmiendo en mi tienda. El cielo se iluminó, pero el sol no había salido. Tenía un color extraño, ceniciento. Hasta el mar había perdido ese color turquesa al que tanto nos habíamos acostumbrado. Pensé que no existía mayor aspiración que un refugio caliente y seco y un bocado que echarse a la boca. ¡Qué es el ser humano frente a la naturaleza!

No me respondió. Me estiré e intenté atraerla hacia mí con una mano. Continuó sentada al borde de la cama. Yo quería creer que ella también estaba pensando en aquella mañana. Más que quererlo, lo necesitaba de una manera patética. De repente noté que se había evaporado mi sensación de victoria. Me aferré a los recuerdos.

Justo antes de la tormenta, en lo más oscuro de la madrugada, Onur abrió estrepitosamente la cremallera de mi tienda y metió la cabezota sin atender a intimidades. Rápidamente traté de cubrir la espalda desnuda de Nur con un lado del saco de dormir. Como si Onur no la hubiera visto salir de mi tienda cada mañana para correr al mar con su pequeñísimo bikini de crochet. En fin, una cosa era ver la espalda desnuda de una mujer nadando y otra diferente la desnudez de después de hacer el amor. La espalda era la misma, pero el significado era distinto.

–¡Burak, chaval, levantaos, rápido! Está a punto de estallar una tormenta. Se ha puesto oscuro que no veas. Levántate, Nur. Despierta a las otras chicas. Recoged cuanto antes las tiendas. Nos vamos al pueblo de arriba. ¡Deprisa, deprisa! ¡Despierta, hombre! ¡El viento se va a llevar volando al mar la tienda con vosotros dentro!

Luego todo fueron carreras. Nur se puso en pie de un salto y corrió a la tienda grande donde estaban las otras cuatro chicas. Las olas se enrabiaban y el valle dócil que nos acogía desde hacía días había enloquecido en un instante. El viento sacudía los olivos a izquierda y derecha. Volaban las hojas, volaba polvo, tierra, todo. Era imposible que pudiera recoger la tienda solo. Con ayuda de Onur, saqué los palos y bajé al suelo la parte de

nylon, que se hinchaba como un globo. A duras penas logré enrollarla, llena de arena. Con el zumbido del viento no podíamos oírnos. Nur y sus amigas habían desmontado la tienda grande y entre las cinco, de rodillas, intentaban hacerla un rollo. Nos habíamos dispersado de tal manera por aquella playa nuestra que, al echar a correr hacia el sendero que subía a la aldea de la colina, nos vimos obligados a dejar atrás el vino y los tomates que habíamos puesto a refrescar en el arroyo y el café, la sal y las conservas que las chicas de la Universidad del Bósforo, con diligencia de amas de casa, habían colocado en huecos de las rocas desde el primer día. Nur recogió a toda velocidad el hornillo y las tazas y los platos de metal. Las nubes descendían. Todo se puso muy oscuro. El mar estaba furioso, convertido en un monstruo gris con la boca espumeante. La primera ola estalló en el mismo lugar en que yo había plantado mi tienda y donde Nur y yo dormíamos hasta hacía media hora. Tras ella el cielo derramó gotas del tamaño de uvas que nos daban en la cara y en los ojos.

–¡Dejadlo todo tal cual! Mañana bajaremos a por ello. Coged las mochilas y ¡al camino!

Empezamos a trepar en hilera la empinadísima ladera. En vanguardia de la tropa, Onur. En retaguardia, yo. Entre medias, las chicas. Ante mis ojos, la enorme mochila a la espalda de Nur caminando. No sé en qué momento consiguió enrollar la tienda y anudarla a la mochila. Llevaba puesto un poncho impermeable que le llegaba a las rodillas. Azul marino. Las chicas del Bósforo todas llevaban chubasquero, de hecho. Onur y yo, que salimos de vacaciones con intenciones de aventura, de la misma forma que olvidamos la sal, el café y los cubiertos, tampoco nos llevamos impermeables. Ahora temblábamos bajo el ataque del granizo que nos caía en la cabeza como una ametralladora mientras subíamos uno detrás de otro por el sendero que iba hasta la aldea de arriba, a un lado risco abrupto y al otro acantilado. Jóvenes urbanos de vacaciones en la naturaleza puestos a prueba por la tormenta.

–¿De qué te ríes?

Por fin Nur dejó la copa en la mesilla y se acostó a mi lado. Se tumbó de espaldas y se puso los brazos debajo de la cabeza. En aquella posición

me era muy difícil abrazarla. Me habría gustado llevarme a la boca sus pezones, parecidos a uvas pasas. Pero no era el momento. Nur me habría rechazado. En lo que se refería a sus pechos era muy sensible. No permitía que se los tocaran a no ser que estuviera muy excitada. Así que yo también me dejé caer en la cama boca arriba. Por el techo se pasearon unas luces que no estaba muy claro desde dónde se reflejaban y luego desaparecieron.

–Estaba pensando en la tormenta. En cómo subimos a la aldea de arriba. Cómo nos pilló desprevenidos a Onur y a mí. Vosotras llegasteis con todo el equipo, como *scouts*. Chubasqueros, gorros, calzado impermeable…

No se rio. Era imposible que lo hubiera olvidado.

–Éramos muy pipiolos… Menos mal que en el pueblo nos dieron algo para ponernos. Si no, nos habríamos puesto enfermos. Si te acuerdas, también se nos calaron las mochilas.

Como si la estuviera viviendo en mi memoria apareció la escena de la casa en la que nos refugiamos. La pareja de ancianos nos sirvió la comida en el suelo. Hicieron té sobre la estufa de leña y calentaron unas tortas de patatas y hierbas. El hombre, le llamaban el tío Tevfik, nos trajo ropa seca a Onur y a mí. Camisetas y calcetines de sus hijos, que habían dejado la aldea. Las chicas se quitaron los chubasqueros y los colgaron en la cuerda tendida entre la estufa y el diván. Habíamos dejado los zapatos en el patio, debajo de un toldo. La anciana les trajo a las chicas unos calcetines multicolores tejidos a mano. Insistieron en que pasáramos la noche allí.

–¿Te acuerdas de la casa del tío Tevfik? ¿La mesa que nos prepararon aquella noche? ¡Cuánto bebimos!

Fantaseé con que Nur sonreía tumbada de espaldas junto a mí. El tío Tevfik resultó ser todo un borrachín. Y su mujer sabía preparar la mejor mesa del mundo para acompañar las copas. Después de llevar una semana comiendo latas de judías y de atún, se nos habían secado la lengua y el paladar. Comimos como si hubiéramos salido de una hambruna todo lo que había preparado la mujer del tío Tevfik: flores de calabacín rellenas, pasta de habas, todo tipo de hierbas que había estado hirviendo, pescado seco, longanizas, queso de cabra, yogur de búfala y tortas de pan que había hecho en el horno del patio. Éramos jóvenes. Estábamos siempre hambrientos.

Nos sentamos en el suelo alrededor de la comida. Teníamos frío. Nur no paraba de untar con mantequilla trozos del pan caliente y de echárselos a la boca. La lluvia golpeteaba las ventanas y a nuestras espaldas la estufa ardía a toda potencia entre chasquidos de leña. El tío Tevfik llenaba de raki nuestros vasos de té de cintura estrecha. ¡Y vaya raki! No sé si lo harían ellos mismos. Cuando me puse en pie para ir al retrete después de no sé cuánto rato, la cabeza me daba vueltas como un tiovivo.

Salí al patio. El aire puro me cortó la respiración. La tormenta había amainado, pero seguía haciendo fresco. Olor a tierra mojada y a pino… Había caído una noche negrísima. Me di cuenta entonces de que en la aldea no había electricidad y de cuánto rato llevábamos sentados a la luz de una lámpara de queroseno. Abajo, nuestra playa estaba oscura, oscurísima, y completamente desierta. Había guardado la tienda en un rincón a cubierto, con el saco de dormir y la estera. Mañana volveríamos a bajar. Onur y yo continuaríamos con nuestras vacaciones, aunque él no las llamaba vacaciones. Lo nuestro era una aventura. Entre hombres. El lunes volvían a empezar las clases de ellas. La noche siguiente regresarían a Estambul en autobús. Sentí el corazón oprimido al pensarlo. No, no podía dejar a Nur. Yo ya no podía bajar a aquella playa sin Nur. Esa mañana iría andando con ellas hasta la carretera y luego me subiría con ellas al autobús que habría de llevarnos a Estambul. Le dejaría a Onur mi tienda y lo que contenía. Permanecería enfadado conmigo meses, años.

Se abrió la puerta tras de mí. Nur salió al patio. Nos quedamos de pie uno junto al otro mirando el firmamento. El viento había dispersado las nubes y la bruma sucia de la atmósfera se había limpiado por completo. Millones de estrellas nos hacían guiños sobre un negrísimo fondo. En el firmamento había una exuberancia que los hijos de la ciudad no estábamos acostumbrados a ver. Nur expulsó el humo de su cigarrillo sin bajar la cabeza. Lo largo de su cuello y la elegancia de su garganta, cuya silueta podía ver en la oscuridad, me hicieron perder la cabeza de nuevo.

–¡Jo! No hay ni un hueco, ¿lo ves? Las parcelas del espacio están todas vendidas. Y nosotros nos creemos una mierda, ¡ja!

Me habría gustado rodear su cintura con el brazo. Atraerla hacia mí y besarla. No pude. Habíamos hecho el amor cada noche a lo largo de las vacaciones, sí, pero de día, cuando Nur se iba con sus compañeras, se mantenía apartada de mí. Ni siquiera me cogió de la mano. Pensé que probablemente tuviera novio. Por la noche venía a mi tienda después de que todas se hubieran acostado.

Nur miró hacia abajo por un lateral del patio, hacia la playa a la que daba el valle rodeado por dos abruptas laderas. La playa quedaba tan abajo que en aquella oscuridad se la veía pequeñísima. Me sorprendió que a pesar de ello pudiéramos oír el estallido de las olas rompiendo contra las rocas. En el mar la tormenta todavía no había amainado.

–Tío, ¿cómo es que nos quedamos ahí abajo? Y qué solitario está. Si una noche hubieran llegado unos tipos con cuchillos en barca o motora, nos habrían hecho picadillo a todos.

Busqué una respuesta que darle. Algo de mujeriego gracioso como «yo te habría protegido, guapa». Nur era adicta a varias revistas de humor. Intenté recordar alguna cosa de ellas. No me gustó ninguna de las frases que se me vinieron a la cabeza. Podía actuar como el muchacho bravucón que había crecido en un pueblo de pescadores: «Yo no me he criado en Nişantaşı como usted, señora». Pero seguro que esa actitud tampoco me serviría. Me había ido del pueblo con once años. Había crecido en Kurtuluş. Estudié en el Liceo Masculino de Estambul. No tenía nada de esa chulería del campo. Era un señorito, hijo de la ciudad. Hijo de funcionario y de maestra. Criado sin padre. A medida que el silencio se alargaba, Nur se me fue acercando. Se tambaleaba ligeramente. Con un ojo en la ventana en la que se reflejaba la luz amarilla de la lámpara de queroseno, se puso de puntillas y me rodeó el cuello con los brazos. Seguía teniendo el cigarrillo entre los dedos. En aquel momento hasta me gustó el olor del tabaco, que normalmente me repugnaba. La agarré por la cintura.

–Burak…

–Dime, cariño.

El «cariño» me había salido de los labios por sí solo. Titubeé. Esperé la reacción de Nur.

–Burak, yo… Estoy muy borracha. Me parece que voy a vomitar. ¿Me puedes llevar al retrete?

¿Tampoco se acordará de que vomitó hasta las entrañas en aquel retrete a la turca con puerta de madera en la otra punta del patio? La llevé con dificultad hasta la cama que la mujer del tío Tevfik le había preparado en el suelo y la acosté. No me soltó la mano hasta que se quedó dormida. A las chicas les habían puesto unos colchones en la habitación delantera, donde estaba la estufa y habíamos cenado. Nosotros dormiríamos en la de atrás, la que utilizaban el tío Tevfik y su esposa. ¿Dónde dormiría la anciana pareja? Con la arrogancia de la juventud, ni nos importó.

Cuando nos acostamos en el pequeño y oscuro cuarto bajo los edredones de algodón, Onur me previno. Era como si supiera que al día siguiente iba a plantarlo y regresar a Estambul siguiendo a Nur.

–Tío, estas tías del Bósforo… Tienes que alejarte de ellas. Te usarán como si fueras dinero suelto. ¡Mírame! Te lo digo en serio, colega. ¡Espabila!

Abrí la boca para recordarle a Nur el aviso de Onur de hacía años. Le iba a decir que Onur tenía toda la razón, que me había estado usando durante veintitrés años sin llegar a gastarme del todo. Cambié de idea. ¿Qué necesidad había de reproches? Si ella se aprovechaba de mí, de mi amor constante, ¿no ganaba yo también algo manteniéndola en mi vida? ¿Fui capaz de decirle alguna vez que se largara y me dejara en paz? ¿Quise decírselo? ¿En qué otro lugar podría encontrar algo parecido a la posibilidad de noches así, a la emoción de esa posibilidad, al deseo salvaje que se encendía en mí cuando la posibilidad se convertía en realidad? ¿Cuántos hombres podían guardar dentro de sí la pasión de toda una vida? Si me casaba, tenía hijos y formaba una familia, ¿podría ofrecerme mi mujer la satisfacción y el placer de esta noche? Por supuesto que no. Incluso aunque fuera Nur la mujer con la que me casara, no podría hacerme vivir la emoción de esta noche.

–Burak, ¿te has dado cuenta de que es la primera vez que hacemos el amor en esta casa?

Nur se había girado sobre el costado y me miraba. Tenía razón. Después de jubilarse, mi madre no salía mucho de casa. Y, si salía, no era yo del tipo de los que habrían aprovechado para meter a Nur en casa. Nunca lo había sido. En realidad, en muchas fases de nuestra accidentada relación, Nur se había negado a acostarse conmigo. De vez en cuando se enamoraba. De joven, Nur era de una monogamia enfermiza. Era incapaz de traicionar a sus amantes. En las épocas en que tenía un novio en serio, seguía viniendo a casa, se sentaba con mi madre en el balcón de atrás a comer biscotes y tomar té, se sentaba al anochecer en el salón con nosotros a ver la televisión, aceptaba los trozos de manzana que mi madre le ofrecía en la punta del cuchillo, pero no hacía el amor conmigo. Debía de haber un motivo muy serio para que ahora engañara a su marido. Pero yo no iba a pensar en ello. No era problema mío. Y tampoco iba a convertirlo en mío. No tenía otra preocupación que vivir a gusto la noche de amor y pasión que tenía entre manos.

–¿Este cuarto siempre fue el tuyo? O sea, ¿de niño también dormías en esta habitación? ¿O pasaste a ella al crecer?

–No, siempre ha sido mío. Desde el principio. ¿Por qué?

Me puso una mano en el vientre. Sus dedos delicados y fríos me acariciaron el vello alrededor del ombligo.

–Bueno, en realidad este es el verdadero dormitorio de la casa. Es grande. Con balcón. Con armarios. Una cama de matrimonio. Perfectamente podría ser el dormitorio de los padres. Pensé que cuando os mudasteis tu madre podía haberse quedado con él y dejarte a ti el cuarto pequeño de al lado.

–Mi padre había muerto cuando nos mudamos aquí.

–Lo sé, por supuesto, pero, qué sé yo, tu madre… Tu madre era jovencita entonces. ¿Cuántos años tenía?

–No lo sé. Como mucho treinta y dos o treinta y tres.

Se incorporó sobre el codo y me dio la espalda. Se llenó la copa de coñac.

–¡Treinta y dos o treinta y tres! Quedarse viuda a esa edad… ¡Uf! ¿Por qué crees que no se volvió a casar?

Me encogí de hombros.

–Probablemente para que yo no me criara con un padrastro.

Se giró hacia mí. Tenía una expresión traviesa.

–¿Crees que tu madre se acostó con alguien después de tu padre?

–No, hija, ¡qué ideas se te ocurren!

Se rio. Me miró por encima de la copa, que le tapaba media cara.

–¡Vaya! ¡Qué respuesta más impulsiva, don Burak! ¿O es que te han dado celos?

Vi el resplandor de sus ojos. Me mosqueé. ¿Dónde tenía ella la cabeza mientras yo me esforzaba en que habláramos de los recuerdos más significativos de nuestra juventud para vivirlos de nuevo juntos?

–¿Qué tendrá que ver, Nur? Hablas como si no la conocieras. Se convirtió en una abuela antes de cumplir los cincuenta. Su único entretenimiento era mirar a la gente desde el balcón de atrás.

–Sí, pero ¿qué me dices de entre los treinta y los cincuenta? Ya sabrás que una mujer alcanza la madurez sexual después de los treinta y cinco. Incluso los cuarenta.

–No digas tonterías. Mi madre…

–¡Bueno, bueno, no te enfades! Tú sabrás.

Se arrimó a mí. Colocó su pequeña cabeza bajo mi brazo y atrapó como una pinza mis piernas con las suyas. Me rozó el pecho con la punta de los dedos. No respondí. Había perdido las ganas de hacer el amor. ¿Estaba molesto? ¿Por lo de mi madre? ¿Realmente era un hijo que sentía celos por su madre? ¿Se había citado mi madre en esta casa con sus amantes mientras yo estaba en el colegio? ¿Sería posible? Mi madre estaba muy enamorada de mi padre. Aunque era bastante mayor que ella, se casó con él. Una chica de Edirne, con el título de magisterio. Dejó la ciudad por mi padre y se mudó a ese pueblecito de pescadores. No le traicionaría. ¿Por qué me repetía a mí mismo cosas que ya sabía? ¿A quién estaba intentando convencer? ¿No podía mi madre tener un cuerpo lleno de vida, lleno de deseo, como Nur? ¿Por qué no? Porque no. Menuda tontería.

Nur cambió de tema.

–Burak, una de tus primeras entrevistas se la hiciste a Sadık, ¿no?

–Ajá.

–¿Qué te contó?

Su mano iba y venía entre mi pecho y mi vientre, ahora trazando círculos. No me apetecía hablar.

–No me acuerdo. Fue hace años. Hará unos quince.

–¿No te acuerdas de nada?

Suspiré. Me había enfadado sin necesidad, pero mi piel se estaba despertando bajo la mano de Nur. Hasta había empezado a bombearme la sangre en los músculos. Traté de hablar con voz calmada.

–No dejó de hablar de tu abuela. Doña Şirin para arriba, doña Şirin para abajo. No tenía vida sin ella. Le forcé para poder arrancarle alguna frase personal, de sus sentimientos.

–¿Y lo lograste?

–No, mujer. ¿Cómo? Que si la casa de Üsküdar. Que si el jardín. El talento de Şirin, su tío. Sobre todo, de la casa de aquí y tal.

–¿Qué de la casa de aquí?

–Que antiguamente vivían en vuestra casa de Maçka.

–¿Pero qué dices?

–Eso me dijo Sadık. Me acuerdo perfectamente. A mí también me llamó la atención. Incluso tomé nota. «Desde entonces en Maçka».

–Pero si el piso de Maçka es de mi padre. No tiene nada que ver con la familia de mi madre. Mi padre lo compró cuando se casó con mi madre, o puede que incluso antes.

–Yo qué sé. Igual tenían otra casa en Maçka. Por allí todo eran grandes casas y mansiones. Vivieron allí.

–Puede. Sadık es un baúl de secretos. Piensa, se ha pasado la vida enamorado de mi abuela.

–¿De dónde te sacas eso?

–¡Por Dios, Burak! ¿No está claro como el día? Y me parece que la abuela también está enamorada de él. Lo que me pregunto… –Había bajado la mano a mi entrepierna y me acariciaba el miembro, que llevaba un rato despierto–. ¿Se habrán acostado alguna vez?

Con un movimiento repentino le di la vuelta poniéndola boca arriba. Lanzó una risita. Me subí sobre ella.

–Ya se ve dónde tienes la cabeza.

–¡De verdad que siento curiosidad!

–¡Claro, claro!

Froté con la mano la piel sedosa del interior de sus muslos. El sabor azucarado y ácido del coñac se le había pegado a la lengua y a los labios. Estaba lista para tenerme dentro de ella. En mi corazón volvió a elevarse una oleada de alegría que se llevó por delante mi enfado. Era mía. Era mía hasta la mañana. El mundo bien podía acabarse al día siguiente. No me importaban ni el pasado ni el futuro. Aquella noche Nur era mía.

26

El tío Ufuk llegó a la isla sin maleta. Podía ser. En la casa de la isla siempre hay algo de ropa, mía, de Oğuz, de mi padre… Suya también. Además, después de liarle tanto follón, el pobre había salido pitando de su casa. Se me ocurrió que no le había dejado tiempo para prepararse una bolsa. Pero luego, cuando me dijo que miráramos el horario de las motoras para la vuelta, me puse fatal. De hecho, me entró el pánico. ¿Qué te pasa, Selin, hija? ¿A qué viene ponerse así? ¿Y qué si tu tío se vuelve? Por supuesto que sé qué me pasa. Está claro como el día, pero no soy capaz de confesármelo a mí misma. ¿Para qué he hecho que viniera hasta aquí el tío Ufuk? ¿De verdad creo que papá se ha suicidado? En ese momento, mientras hablaba por teléfono con el tío Ufuk desde San Jorge, lo creía. ¿Y ahora? Ahora un poco. ¿O es que quería atraer la atención como una histérica? Uf, esa posibilidad es horrible. Y hay algo todavía más horrible: que haya llamado al tío Ufuk para que se ocupe de la tía Nur. ¿Y qué quiere decir eso? ¿Ocuparse? Pues que se interese por Nur y así Burak se quede para mí. Sí, eso era exactamente lo que había pensado. Ahora, ¿en qué me diferencio de las malas de las series?

El tío Ufuk sacó una foto del horario de las motoras colgado en la puerta del muelle y se volvió hacia mí:

–Salen motoras a Bostancı hasta medianoche. No hay problema. ¿Qué quieres que hagamos ahora? ¿Empezamos a buscar a tu padre? ¿O antes nos sentamos en algún sitio para charlar un rato?

En ese punto un comportamiento normal habría sido preguntarle por qué no iba a pasar la noche en nuestra casa. O sea, con su mujer aquí, en la isla, para celebrar mañana en familia (*plus* Burak) el centenario de la bisa, ¿a cuento de qué hace planes de regresar a Bostancı? No se lo pregunté. Era

evidente que había pasado algo que ignoraba. Por algún motivo, me da mucha vergüenza no saber las cosas. Muevo la cabeza como si supiera mucho.

Echamos a andar. No en dirección a nuestra casa, sino en la contraria. Hacia las escaleras empinadas que suben a donde el Club. El tío tiene las piernas largas. Trepaba por los escalones como un saltamontes. En su camisa de lino de un blanco mate no aparecía ni una gota de sudor. En la parte de abajo llevaba un pantalón marrón claro de tela fina y zapatos blandos de ante. Nobleza y sabiduría. Ufuk Güney. Yo iba corriendo detrás de él. Llegué arriba sin respiración.

–¿Nos tomamos un té aquí, Selin? Cuéntame toda la historia desde el principio. Siento curiosidad.

El sitio donde decía que nos tomáramos un té era el hotel Splendid. Con su fachada blanca, sus contraventanas rojas y las elegantes cúpulas del tejado, es el hotel más antiguo y más chic de nuestra isla. A lo largo de mi vida habré pasado por delante cientos, miles de veces y ni una se me ha ocurrido entrar. Aquello es un jardín prohibido para mí. Habían puesto una alfombra roja en la escalinata. Bueno, no la habían puesto, por supuesto, pero a una le daba la impresión de que sí. Corrí detrás del tío Ufuk. Sin respiración. Entramos. Y en cuanto entramos, saltamos a otra dimensión. Frente al calor húmedo del exterior, apestando a orina de caballo, el interior estaba envuelto en un frescor con aroma a café. Techos altos, arañas de cristal y caras sonrientes. Vivaldi. Una de las cuatro estaciones. Posiblemente la primavera. Bienvenidos, pasen por aquí, pasen si quieren al sofá junto al ventanal. Conversaciones en voz baja. Totalmente un concepto de «Estoy en la isla, pero no me salgo de mi línea». Me dieron muchísima vergüenza el *short* vaquero cortado, la camiseta blanca de tirantillos, las sandalias de plástico resistentes al agua y al barro. Sin embargo, qué sexi me sentía esa mañana cuando entré en la habitación de Burak. Ahora mi único deseo era que una varita mágica me diera un toque y me pusiera un vestido de lino beis.

Entramos en un salón magnífico, amueblado con divanes antiguos, cómodas con espejo, mesitas chic y sillones dorados. Mi tío me preguntó si

nos sentábamos en un tresillo y yo fui hasta él andando de lado, con pasos de cangrejo, pegada a la pared. Unos que estaban sentados enfrente, en un conjunto de diván y mesita dorados, y otros que se posaban como pájaros en taburetes de bar a nuestra espalda, por donde una consola con espejo, nos saludaron con la cabeza. No nos miraron mucho, pero en el rato que nos estuvieron mirando pude ver en sus ojos signos de interrogación que chispeaban. ¿Seríamos padre e hija? ¿Un hombre en plena crisis de la edad madura con su joven amante? ¿Éramos de la isla? ¿Turistas? Claramente no éramos domingueros. ¿De qué familia éramos? Nos traspasaron con su mirada de rayos X.

Como si lo hubieran apalabrado, todos llevaban pantalones de lino planchados y camisas de seda de colores pastel. ¿Cómo lo llamaban? Nivelazo. Eso, una panda con nivelazo. No se me ocurre otra forma de definirlos. De no haber estado con el tío Ufuk, en la vida me habrían dejado entrar. Estoy segura. En el espejo con marco de pan de oro apoyado en la pared de la entrada pude ver que, con lo de alcanzar al tío, se me habían encendido las mejillas y me corrían dos chorros de sudor por el cuello. Además, me había quemado demasiado al sol. Hacía tiempo que el bronceado había pasado de moda. Estar bronceada era síntoma de que no te cuidabas la piel, de ser una hortera. Estábamos en la época de los cutis de porcelana, como el de la tía Nur. Otra vez me sentí como si fuera de una especie diferente. Ellos eran gatos siameses y yo el rubio gordo de la pescadería.

El tío se sentó en un diván dorado, cruzó las piernas y me miró a la cara. Su rostro largo y delgado y sus ojos verdes y serenos me preguntaron: «¿Y bien?». Mi tío no presiona. Espera. Es paciente. Yo me senté en el filo del sillón. Si me echaban, podría salir huyendo enseguida. Llegaron los tés. English Breakfast de bolsita en tetera de porcelana. Azucarero. Jarrita de leche. Tazas rosadas de porcelana china con ribetes dorados. Los vasos de té de cintura estrecha se habían quedado fuera del vestíbulo con alfombra roja del hotel. Ahora estábamos en Europa. Podía ser Suiza o algo así. Teníamos un nivelazo. Me incliné hacia mi tío deslizándome por el filo de mi elegante sillón.

–Tío, o sea, Ufuk, no hagas caso si parezco tranquila. Estoy superpreocupada por mi padre. No tienes ni idea.

Dejó su té en la mesita y también él se inclinó hacia mí.

–Te estoy escuchando. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo? ¿Qué es esa historia del suicidio de tu tatarabuelo?

Puse la taza en el platito e hice como si meditara un poco. A mi tío no se la dabas con queso. Seguro que se estaba riendo de mí por debajo de su barba y sus bigotes castaños. Levanté la cabeza y le miré. No, no se reía. No se reía, pero estaba distraído. No estaba interesado en mí, ni en lo que le podía contar, ni en mi padre, ni en el tatarabuelo. Tenía la mente en otra cosa, en algo totalmente distinto. Me miraba, pero no me veía. En ese caso, lo más inteligente sería empezar por la historia más dramática. Me enderecé. Le di a mi voz un tono misterioso:

–Bien, veamos. El padre de la bisabuela se pegó un tiro. Con un fusil. O puede que fuera una escopeta de caza. De eso no me he enterado bien. Por entonces, la bisabuela era todavía una niña. Tenía unos doce años, creo. Estaban desayunando. Sentados a la mesa. El té hervía en el samovar. Y el buen hombre de repente sacó un arma y se pegó un tiro. La sangre salpicó toda la pared. La mancha no salió nunca.

El tío Ufuk arqueó las cejas.

–Interesante. No lo había oído. ¿Cómo te has enterado?

–Me lo contó la propia bisa. Hoy, esta mañana. Estábamos mirando fotos viejas en la biblioteca y en ese momento soltó el bombazo. Mi padre se pegó un tiro. Eso fue exactamente lo que dijo.

–¿Podría estar inventándoselo? ¿Y si chochea? ¿No lo diría influida por algún libro que leyó o una historia que escuchó hace años? ¿Cómo no íbamos a tener noticia de ese suicidio hasta hoy? ¿Cuándo has dicho que ocurrió? ¿Dijo el año?

–No, hombre, ¿de qué? Repetía lo mismo, como un loro. Estaba también una tal Meryem, la gobernanta. Él agarró la escopeta de la pared, se metió el cañón en la boca y se voló la tapa de los sesos.

El tío Ufuk sacudía el pie que tenía en el aire. Luego se rascó la cabeza. Noté que había logrado atraer su atención. Dentro de mí se encabritó toda

una manada de caballos. ¡Bravo, Selin! Bravo por ti.

–En realidad, podemos calcular el año. Si supiéramos lo que ocurría por aquel entonces, quizá lo pudiéramos encajar en un marco. Cuando Şirin Hanım fue testigo del suicidio de su padre, ¿cuántos años tenía? ¿Doce, dijiste?

Me quedé petrificada con la taza con ribetes de oro en la mano cuando me lo preguntó así. Mi bisabuela fue una niña testigo del suicidio de su padre. Mi bisabuela había sido niña en tiempos y había visto los cachitos de sesos de su padre que habían saltado al techo. Cada vez que se sentó a la mesa tuvo que quedarse mirando la mancha de sangre de la pared. Se vio obligada a hacerlo porque la mancha no salió. La niña testigo de cómo se esparcieron por todos lados los sesos de su padre creció y se convirtió en una mujer hecha y derecha. Poco a poco comenzaba a entender a mi padre. ¿Cómo iba a salir una adulta sana de una niña que había vivido aquel trauma? *No way!* Luego esa mujer adulta con el alma lisiada da a luz una hija y la cría. Una niña llamada Süheyla. Mi tocaya. La abuela que no conocí. ¿Estaba bien de salud mental aquella niña? No. ¿Cómo lo sé? ¿Se lo he oído a Sadık? ¿A la tía Nur? La bella pero infeliz Süheyla. Cuando era pequeña, los amigos de la bisa que venían de visita, artistas e intelectuales de postín, me acariciaban la cabeza y decían: «Ay, ojalá no se parezcan en su destino». Porque, por lo visto, yo me parecía mucho a la Süheyla grande. Que no me pareciera en su destino. Yo les ocultaba a los mayores que oía lo que susurraban. Que no se intranquilizaran. Me preocupaba por que no se preocuparan por haber preocupado a la niña. ¿Te das cuenta de la carga? Ah, pero, un momento. Esa carga, ¿no era precisamente la que mencionaba mi padre? Bajaba desde el bisabuelo hasta mí. ¡Dios mío! ¡Papá! Pues ahora sí que te entiendo que no veas. Quieres saber lo que le pasó al tatarabuelo para que nos libremos de esa carga. Carga. Carga. Nuestra carga es pesada y la llevamos dentro. Si pudiéramos saber por qué se mató…

–¿Cómo es que te has quedado tan ensimismada, Selin? ¿Sigues calculando el año?

–No, no, estaba pensando en, esto…

–Mira, teniendo en cuenta que Şirin Hanım nació en 1917, esto tuvo que vivirlo en 1929. Al principio de la gran crisis económica en Estados Unidos. Por entonces hubo muchos que se suicidaron en Wall Street, pero no creo que a tu tatarabuelo le afectara. Si pensamos en la coyuntura de Turquía, 1929… ¿Dónde vivían por entonces? ¿Era en Üsküdar? Había un caserón en Üsküdar del que Şirin Hanım hablaba de vez en cuando. ¿Me acuerdo bien?

Me encogí de hombros. ¿Qué importancia tenían los años, los lugares? Teníamos una niña de doce años que había visto cómo la sangre se salía del cerebro de su padre contra la pared. Y luego otra niña que había criado esta, y luego un niño, mi padre, y una niña, mi tía, de aquella niña. Y, por fin, Oğuz y yo. Ninguno de nosotros era feliz. No lo éramos, no. Mi padre tenía razón. Había una maldición que rondaba por encima de nosotros como una nube. Me saqué el teléfono del bolsillo del *short*. Llamé a mi padre. Iba a decirle que le comprendía. Que investigáramos juntos la maldición. No estás solo, papá. Yo también siento lo mismo… Todos lo sentimos, papá; eso iba a decirle, pero el número al que llamaba no estaba disponible.

–Mi padre sigue sin estar localizable, tío.

–Bueno, tranquila. Le encontraremos. Tú no te preocupes. Me quedaré contigo hasta que recibamos noticias de Fikret. ¿De acuerdo?

Asentí. Se me había puesto un nudo en la garganta. Tomé un sorbo de té. Se había enfriado. El tío Ufuk se incorporó, se corrió hacia la parte del sofá más cercana a mí y me cogió la mano. El nudo se me clavó del todo en la garganta. Su mano estaba fresca. Miré los dedos largos y delicados que se cerraban sobre mi mano, quemada por el sol y de huesos regordetes.

–Mira, Selin, solo voy a decirte esto. Esa historia del suicidio de tu padre no tiene ni pies ni cabeza. ¿Estás de acuerdo conmigo? No hay ni carta, ni un plan de suicidarse. Ni Nur, ni tú, ni yo hemos oído nada de que tu padre quisiera matarse. ¿Me sigues hasta aquí?

El tío Ufuk hablaba en voz baja, remarcando las palabras. Su voz era tan fresca como su mano. Cuando hablaba era como si me estuvieran untando una pomada en una herida palpitante.

–Está claro que te ha afectado la salida de tono repentina de Şirin Hanım. Tampoco sabemos hasta qué punto es cierta su historia del suicidio. Pero lo investigaremos y lo averiguaremos. No hay problema. No obstante, ha sido tu mente la que ha creado un puente entre eso y que tu padre se haya quitado de en medio por unas horas. Y eso demuestra que tu mente está preocupada. Que tus pensamientos se orienten a la más violenta, a la más terrible de todas las posibilidades me hace suponer que estás sufriendo un intenso estrés. Dime, vamos a ver, ¿hay algo más que te esté angustiando?

Me agité incómoda en mi elegante sillón palaciego. Ahora ¿cómo se lo digo? Tío Ufuk, me he enamorado. Hasta las trancas. De la cabeza a los pies. Por primera vez en mi vida así de brutal. Los enamoramientos de antes, los que te contaba antiguamente, esos eran juegos de niños. Ahora, por primera vez, quiero a un hombre de verdad. Y para él no valgo ni un céntimo. Si no soy suya, me hundiré en el pozo sin fondo que tengo en mi interior. Le deseo como loca. Sin embargo, hasta ayer ni siquiera pensaba en él. Y ahora me da la impresión de que nadie en el mundo me comprende como él. ¡Vaya estupidez!

–¿Selin? ¿Oye? Levanta la cabeza y mírame a la cara.

–¿Eh?

–Bonita, ¿hay algo que quieras contarme?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ea, no te lo puedo contar, tío. No puedo confesar lo que me pasa por culpa de lo que sea que hay entre la tía Nur y tú. ¿Por qué no vienes esta noche a casa? ¿Por qué no hablas con ella? Cuéntame tú todo eso y yo te abriré mi corazón. Si no, me quedo así encerrada, como si estuviera presa.

Negué con la cabeza. La voz me salió ahogada:

–No, no hay nada más, tío, perdón, Ufuk. Hasta esta mañana todo iba bien. Luego, cuando desapareció mi padre… Puede que tengas razón. No sé. Estoy buscándole tres pies al gato. Pero tengo una sensación tan mala…

Las lágrimas que me corrían por las mejillas gotearon en la delicada taza de porcelana con ribetes dorados y se mezclaron con el English Breakfast. ¡Uf, qué desastre! Y también me goteaba la nariz. Y no habían

traído servilletas. Las trajeron, pero de lino beige. No tuve valor para sonarme con ellas. No levanté la cabeza.

Mi tío se puso en pie.

–Vamos, ven. Vamos a salir y a andar un poco. Miremos juntos en los sitios a los que puede haber ido tu padre. Ahora piensa, si Fikret quisiera relajarse un poco, ¿adónde iría?

Mientras él pagaba la cuenta, corrí al baño. Abrí el grifo dorado del lavabo y me eché agua a la cara. Me soné. Tenía las pestañas húmedas. La nariz y los ojos rojos. No podía ocultar que había llorado, pero, de todas formas, me comportaría como si no lo hubiera hecho. Y Ufuk haría como que no me había visto llorar y que no notaba mi nariz y mis ojos enrojecidos. Mi desastre emocional nos acompañaría como una tercera persona. Nosotros no le haríamos caso. Lo arrastraríamos a nuestras espaldas. Nuestra carga. Mi carga.

Salimos del hotel Splendid y giramos a la izquierda. Hacia Nizam. Alejándonos de casa. Entramos en la calle sombreada y silenciosa que queda detrás del Club Anatolia. Del otro lado del alto muro del parque infantil del club llegaban voces alegres de niños.

–¿Adónde dices que vayamos, Selin? Si subimos recto por aquí están los pinares. Si continuamos por la calle Çankaya, podemos mirar en el cabo de Dil. Puede estar también en el café Âşıklar, pero no sé por qué me imagino a tu padre en un lugar tranquilo y silencioso, de bosque. ¿En algún sitio por la Ruta del Gran Tour, o en el jardín de té de Viranbağ? ¿O habrá bajado por alguna ladera escarpada y estará bañándose en una playa en la que nadie haya puesto el pie?

–Vamos a los pinares. Miremos en la Colina de Cristo. A mi padre le gusta el monasterio. Si no está allí, volveremos por la parte del cabo de Dil.

–A tus órdenes. Tú delante, eres la nativa de la isla.

Por encima de nosotros pasaban nubes rosadas. Estaba anocheciendo. Por fin. Vaya día más largo. Al final de la cuesta torcimos a la izquierda. Allí empezaba el bosque. En la cala de abajo, en la que el mar de reflejos dorados era abrazado por el verde de los árboles, había mansiones con

torreones y delante de ellas botes, yates; en sus jardines, estanques en los que nadaban peces rojos…

–Ufuk, ¿crees que mi padre podría estar a solas en alguna pensión en otra isla, qué sé yo, en Heybeli o en Burgaz?

–Es posible, claro. Pero en fiestas le sería difícil encontrar una habitación sin haber reservado. Y, si hubiera planeado algo así, ¿por qué iba a hacer que coincidiera con el centésimo cumpleaños de Şirin Hanım? ¿De dónde te has sacado esa posibilidad?

–De nada. Me ha venido así tal cual. Al ver Heybeli ahí enfrente…

Se terminaron las casas. Ahora todo eran pinares a izquierda y derecha. Crujiendo bajo nuestros pies, agujas de pino, piñas y tierra. A nuestro alrededor, manadas de jóvenes. Los chicos con la mente en hacer el amor en algún lugar apartado, las chicas preocupadas por retenerlos sin llegar hasta el final. En fin, adelantémosles. Les adelantamos. Caminaban despacio. Iban dándose empujones y subiéndose a los aparatos de gimnasia que hay dispersos por el camino. Gritaban, cuando se cansaban, decían de sentarse ahí un ratito. Luego a ponerse pegajosos. Ufuk y yo les pasamos dando pasos rápidos y atléticos, como si fuéramos una pareja europea.

Mi tío caminaba mirando al suelo. Al andar las agujas de pino chasqueaban bajo sus blandos zapatos de ante. Olía a piñas calientes. La luz que descendía entre los árboles como el oro era preciosa. Si hubiera levantado la cabeza, habría visto el mar, de un color azul marino a la media luz del crepúsculo, apareciendo de vez en cuando entre los árboles. Pero mi tío no acababa de levantar la mirada del suelo.

–Selin, tengo que preguntarte algo. ¿Te ha dicho Nur algo de mí?

Me detuve. El sol, filtrándose entre los árboles, me dio en los ojos. Me hice sombra con la mano tratando de verle la cara.

–¿Cómo? No te entiendo.

–O sea, ¿te ha contado algo sobre nosotros, sobre nuestro matrimonio?

No podía creer lo que oía. Nada menos que el tío Ufuk tirándome de la lengua a mí, a Selin, como un chaval queriendo saber cosas sobre la chica que le gusta. ¡Parad el mundo, que me he vuelto loca! Que conste en acta este importante momento en que Ufuk Güney siente necesidad de Selin. De

repente, mi tío aceleró. Yo corrí hasta alcanzarle. Hablaba sin disminuir la velocidad:

–En fin, eso ahora da igual. Vamos a concentrarnos un poco en tu padre. Me da la impresión de que podemos encontrárnoslo en este cerro, meditando frente al paisaje.

¡Vamos, vamos, Ufuk, no me tomes el pelo! Intenté pensar a toda prisa. Repasé mentalmente todo lo que mi tía me podía haber contado sobre el tío Ufuk. No encontré nada de nada. Se me apagó el entusiasmo. Derrota. Se terminó el camino del bosque. Giramos a la izquierda, a una cuesta de asfalto. Un faetón pasó a nuestro lado. Y otro detrás. Ante nosotros apareció el antiguo hospicio rumí en toda su majestuosidad y con todos sus fantasmas. Cada vez que paso por delante me asaltan los espectros de huérfanos pelados al cero y con mirada de locos. Seguro que esta noche también soñaré con ellos. Volví la cabeza al otro lado. El tío Ufuk parecía triste. Tenía que pensar algo para animarle. Seguro que Nur había dicho algo agradable sobre su marido. Solo que no me acordaba. Si una tiene un marido tan guapo, dulce, *cool*, ¿cómo no va a hablar bien de él? Pero mi estúpida cabeza no lo había registrado.

–¿Sabes, Selin?, Nur es una mujer muy sola.

¿Si lo sabía? Sí, lo sabía. O sea, pensándolo ahora, sí…

–En los últimos años se ha ido aislando bastante. Se ha alejado de los viejos amigos. Le agrada mucho que hayas crecido y que seáis amigas. Por eso pensé que quizás te contara lo que le preocupa.

Sentí que se me enrojecían las mejillas. Por mi cara se extendía una sonrisa que no podía impedir.

–Piensa… No tiene a nadie más que a ti y a mí. Y a Burak.

Al oír eso me quedé clavada. Ufuk no se había dado cuenta. El monasterio de Cristo apareció en lo alto. Los arcos color ladrillo del edificio ardían con la luz del sol poniente. Y también estallaba el morado de las flores de estramonio que se colaban por entre las tablas de las contraventanas verdes del piso superior. La tía Nur era una mujer muy sola. Solo me tenía a mí en la vida. Y a Burak. Eso era todo. La tía Nur era una mujer muy sola y Burak era amigo suyo. Según el tío Ufuk afirmaba tan

tranquilamente, en realidad Burak solo era un amigo de la tía Nur. Amigo del alma. Como su hermano. ¡Por supuesto! ¡Qué imaginación la mía, colega!

De repente me sentí ligera como un pájaro. De una carrera alcancé a Ufuk delante del monasterio. El sol descendía por detrás de Heybeli como una pelota de fuego. La emoción se me subió a la garganta. Trepé al murete delante del monasterio y me senté en él. Los ladrillos estaban tibios. Su tibieza me pasó a los muslos. Piedrecitas diminutas se me clavaron en la piel. Me reí como una estúpida.

–Ufuk, ¡me he enamorado!

Mi tío apartó los ojos del paisaje y se volvió hacia mí. En la cara tenía una sonrisa mezclada con sorpresa. Estaba muy mono. Sacudí los pies, un poco como una niña mimada.

–¡Vaya, vaya! Mira tú. ¿No serán todas estas angustias caprichos del amor?

–Qué sé yo, igual.

Otra vez me dio la misma risa. Me enfadé un poco conmigo misma, pero, venga ya, qué más da.

–¿Y quién es el afortunado?

Ufuk vino a sentarse a mi lado. La mitad del sol se había perdido tras la colina verde de Heybeli. Con todo, seguía siendo enorme. Muy rojo. Pintaba de rosa el cielo y las nubes que tocaba y caía multicolor en el mar. Una verbena. Sí, este atardecer era toda una verbena. Dentro y fuera de mí todo era una fiesta de colores, sensaciones, sentimientos. Mi ánimo, que se había pasado el día subiendo y bajando desde esa mañana, por fin había encontrado la tranquilidad. La tranquilidad y la alegría se sentían al mismo tiempo. Cuando una estaba enamorada. Y yo estaba enamorada. Hasta las trancas. Y cuando una mujer está enamorada…

Y cuando una mujer está enamorada… En los oídos me sonó la voz de la tía Nur. Un día de hacía años. Yo todavía estaba en bachillerato. Íbamos a Kilyos. La tía Nur conduce su cochecito burdeos. Un día de primavera. Flores blancas y rosas en los árboles. Un tiempo como para volverse loca de bueno. El humo de su cigarrillo vuelve a entrar por la ventanilla abierta. Me

gusta. En el radiocasete del coche suena Alanis Morissette y la tía Nur canta. *It is like rain on your wedding day. It is a free ride when you've already paid*. Acababa de comprarse el cassette. Presumía de que tenía reproductor de CD. Cuando parábamos sacaba aquel enorme aparato de su hueco y se lo llevaba con ella. Para que no se lo robaran. A mí me parecía muy gracioso. Al pasar una curva aparece ante nosotras el infinito Mar Negro. Todo es azul, el mar y el cielo. Estamos en una esfera de agua. Dunas de arena brillan como el oro a lo lejos. Mi tía habla sin apartar la mirada de la carretera. Habla de una mujer enamorada. De cuando una mujer se enamora. Porque el amor te transforma la mente. Tú ya no eres tú. Te ves a través de los ojos de alguien que te ama y en ellos eres preciosa. En ellos eres un ser que vale la pena amar. La tía Nur acaba de enamorarse del tío Ufuk.

Miré al tío Ufuk de reojo. ¿Y si se lo cuento? Estaba contemplando el paisaje. Sin expresión en la cara. Un Cristo. Me puso un poco nerviosa su silencio. ¿Había dicho algo malo? ¿Le había entristecido? Ojalá hubiera podido inventarme una historia de amor que le distrajera. ¡Puf! Las colinas verdes de Heybeli se tragaron el sol rojo sangre. El rosa del cielo empezó a palidecer. Y nosotros seguíamos sentados uno al lado del otro, sin hablar, en aquel murete del antiguo monasterio. Los colores se borraban. Quién sabe cuánto tiempo después el tío Ufuk se bajó del murete y se sacudió las agujas de pino que se le habían pegado a los pantalones. Se volvió hacia mí y me ofreció la mano. Sonreía.

–Vamos, volvamos a casa, Selin. Puede que tu padre esté allí esperándonos. ¿Qué me dices? ¿Vamos a casa y les damos una sorpresa?

Oírlo debería haberme llenado de alegría. El tío Ufuk venía a casa. Se quedaría con nosotros. Pero, por algún extraño motivo, no fue así. O sea, no rebosaba de alegría.

De todas formas, cogí la mano que me ofrecía y me bajé de un salto.

27

Estamos en el comedor. Burak está sentado a la mesa con la cara vuelta hacia la puerta. Yo estoy de pie, nerviosa. La ventana está abierta, pero solo entran calor y humedad. Y las sirenas de los vapores y el zumbar de los domingueros que llenan la isla y que recuerda a una colmena. El interior de la casa está fresco y silencioso. Sobre el tiempo ha caído una lentitud que me recuerda a las siestas de mi infancia. El *parquet* está caliente y hasta las moscas andan perezosas.

Fui hasta el aparador y abrí el pestillo. Inclinándome hacia el olor familiar del mueble, saqué un frasco lleno de pistachos. Eché un par de puñados en un cuenco y lo dejé en la mesa, entre Burak y yo. Él no come. Me mira. Desde las ramas de la mimosa caen diminutas sombras al *parquet*. Puntos negros que se mueven en el suelo. Odio cuando Burak me mira a la cara como un tonto enamorado. ¡Mírame de otra manera!

Abrí con los dientes un pistacho. Saltó de inmediato.

–No lo abras con los dientes. Te los vas a romper.

Chupé la sal que se extendía por mis labios y mi lengua.

–Burak –dije–, la semana pasada me hice un aborto.

Tengo los ojos clavados en su rostro. Observo cómo su mirada de tonto enamorado se desmorona. Las sombras de su cara cambian de lugar. Leo en las arrugas de su frente los pensamientos que se van hilando en su cabeza. Qué palabra más estúpida es «aborto». Y hacerse un aborto es todavía más estúpido. Suena como ponerse el pelo corto. O tomarse un oporto. ¡Responde, Burak! Pregunta de una vez. *La* pregunta. ¿Por qué te contienes? Muy bien, entonces lo digo yo. Era tuyo. Me deshice de tu hijo. Me quedé embarazada esa noche. Ajá, no pensamos en la protección, ¿no? Y, sin embargo, qué cuidadosos éramos de jóvenes. No, no soy capaz de

decírtelo. Pregúntalo tú. ¡Burak! ¿Es mío? ¿Estás segura? Que las preguntas cuya respuesta suponemos no queden flotando entre nosotros como nubes cargadas de lluvia. Enfrentémonos a ellas. ¡Maldita sea! Otra vez se me llenan los ojos de lágrimas. Gotas apresuradas que se me acumulan en los ojos y la nariz. Busco una servilleta. No hay. Sadık ha recogido la mesa y no ha dejado ni una miga de pan. Tampoco una servilleta. Rebusco en los bolsillos del quimono. ¿Dónde está el pañuelo blanco con rayas azules de Sadık?

Frente a mí, Burak permanece sentado como una estatua. Se ha puesto palidísimo. Lo ha comprendido. Si no, se habría levantado para abrazarme. No me dejaría así sola llorando. Las lágrimas me caían por las mejillas. Me caían por la barbilla y el cuello hasta el pecho, que el quimono dejaba al aire. Se me clavó en la palma de la mano la cáscara del pistacho. Llevaba un rato apretándola en el puño.

–Burak…

Se levantó. Fue hasta la ventana. Las manos en los bolsillos. ¿Era necesario que se lo contaras, Nur? Cuántas cosas se hunden en el fondo del mar y ahí se quedan. Las personas conviven unas con otras. ¿No podíais hacerlo vosotros? ¿Es que era necesaria esa confesión?

–¿Tienes que hacer siempre lo mismo, Nur?

Burak me da la espalda. Está mirando por la ventana. Si estuviéramos en una película, ahora yo me pondría en pie, iría hasta él con el quimono revoloteando a mis espaldas, le rodearía la cintura con mis brazos y apoyaría la mejilla húmeda en su espalda. Sin hablar, miraríamos los árboles del jardín, el pozo con la tapa musgosa, las moras podridas del suelo, las abejas remontando el vuelo… No obstante, no me muevo del sitio. Sigo abriendo pistachos con los dientes sentada a la vetusta mesa herencia de los antiguos dueños, italianos, de la casa.

Burak ha apartado con una mano el visillo, grisáceo por el polvo. Como susurra, me cuesta trabajo oír lo que dice.

–¿Es que tienes que tomar las decisiones siempre tú sola? Una… Una decisión tan… Tan importante… ¿No podías haberme consultado? ¿No podíamos haberlo pensado juntos?

Repasé mentalmente por un instante la posibilidad que mencionaba. Si en el momento en que comprendí que estaba embarazada hubiera llamado a Burak y no a la clínica. Burak, estoy embarazada. Sí, es tuyo. Sí, esa noche. ¿Luego qué habríamos hecho? ¿Habríamos hablado sobre tenerlo y criarlo? ¿Y qué habría pasado con Ufuk? ¿Íbamos a inscribir al niño como hijo de Ufuk? ¿O de Burak? ¿Me iba a divorciar de Ufuk? ¿O bien Ufuk ejercería de padre de un hijo que me había hecho Burak? Ufuk, que deseaba como loco tenerlos, que llevaba dos años insistiéndome cada vez con más violencia que le pusiéramos remedio, ¿iba a echar a volar de la alegría al enterarse de que me había acostado con Burak y me había quedado embarazada de él? ¿Eso era lo que íbamos a hablar, Burak? No, claro que no. Para Burak todo estaría muy claro. Yo me divorciaría de Ufuk, luego me casaría con él y juntos criaríamos a nuestro hijo. Final feliz.

Saqué el paquete de tabaco del bolsillo del quimono y empecé a liarme un cigarrillo. Lo lie con más cuidado y más delgado que nunca y le di un lengüetazo al papel para cerrarlo. No llegué a encenderlo. Burak se volvió y se plantó frente a mí. Tenía la cara descompuesta. Me dio pena. Pensé en Ufuk. Seguro que él tenía la misma mala cara. Cuando la asistente bocazas de la médica de ojos de serpiente llamó al teléfono fijo de casa y formuló una frase que comenzaba por «el aborto de su esposa», seguro que a él también se le desencajó la cara. No habría dicho «aborto». Diría «operación». La operación de su esposa. ¡Ay, Ufuk! Me sangra el corazón de pensar que te he hecho daño. Es obra de esa mujer de ojos de serpiente. Fue ella la que hizo que su asistente llamara a casa. Se dio cuenta de que el formulario de consentimiento del marido lo había firmado yo en el café enfrente de la clínica. Que no podía aceptar la responsabilidad legal. Bien que aceptaste luego sin problemas el papel que yo había firmado… En cuanto dije que iba a pagar al contado y en euros. ¿Y luego te vengaste? Una vez que todo había pasado, ¿para qué llamar a Ufuk? ¿No te habías metido el dinero en el bolsillo?

–Tú, Nur… ¡Tú! Tú… ¡Maldita sea! ¿Tenías que hacerlo? ¿Tenías que hacerlo? ¿Eh?

Burak agarró el respaldo de la silla. Lo apretaba tanto que se le pusieron blancos los nudillos. Por un momento creí que la iba a levantar en el aire y estamparla contra el suelo. Que iba a destrozar la silla Thonet de madera que Şirin Saka había hecho traer de Viena. Su voz sonaba tan enfurecida… Una ira que solo podría calmarse haciendo pedazos algo que estaba entero. Una ira que no solo le chorreaba por la cara, sino también por el cuerpo, por la piel. Sus poros expedían un olor extraño, como nunca había conocido. Era como si hubiera ido acumulando durante años esa ira porque no había podido enamorarme de él de ninguna manera, y ahora… Y ahora no solo iba a destrozar la silla, sino a mí también. Sentí un escalofrío. ¿Sería capaz? ¿Le cegaría la rabia? Me miraba a la cara como enloquecido. Ahí lo tienes, por fin lo has vuelto loco, Nur. Jugaste con él como el gato con el ratón. Procuraste que no tuviera ninguna relación como es debido. Si te parecía que se iba a enamorar, te metías por medio, lo seducías coqueteando y engatusándolo, asustabas a sus novias para que se largaran. Si ahora paga contigo el rencor de todos esos años, ¿tienes algo que reprocharle?

Pero no. Burak no se vuelve loco. No lo permite. No conoce la ira masculina. Burak es un niño que se mudó a la gran ciudad siendo todavía pequeño y se quedó solo con su madre. Y siempre lo será. Burak no ataca. Burak protege. Ah, ahora se está dejando caer en la silla que agarraba con tanta fuerza hace un instante. Se lleva las manos a la cabeza. Al hablar en esa postura la voz le sale ahogada.

–¿Lo sabe Ufuk?

No le contesté. Miraba los dedos que se pasaba por entre los rizos del pelo. Los miraba y reflexionaba. Reflexionaba sobre algo que no había permitido que se me pasara por la cabeza hasta hoy. ¿A quién se parecería nuestro hijo? ¿A él? ¿A mí? ¿Sería niña? ¿Niño? Le calcularon seis semanas. En la pantalla negra parecía un cacahuete con cáscara. ¿Qué necesidad había de ecografía? Tenemos que verlo, dijo la ojos de serpiente. Mentira. Eso también lo cobraban, claro. Bien que me lo hizo pagar en euros. No me dijo si era niño o niña. Y yo tampoco quería saberlo. Pero ahora sentía curiosidad. ¿Tendría el pelo rizado de Burak o el mío, liso y duro como un cepillo? ¿O sería una niña con la hermosura color miel de mi

madre? ¿Era un asesinato lo que había cometido? Si mi madre me hubiera abortado, ¿no habría contado como asesinato? Yo no existiría. Y yo destruí a un ser humano. No, lo que destruí fue la posibilidad de un ser humano. Burak tenía razón. Era una decisión tan seria como para no tomarla a solas. Debería haber tenido a alguien conmigo. Yo no era lo bastante fuerte como para sobrellevar esa carga sola. Nadie lo es.

Burak levantó la cabeza. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos.

–Nur, ¿cuánto sabe Ufuk?

Cuando vi mi imagen en el espejo me di cuenta de que había ido hasta el aparador y me había llenado la copa de coñac. Se me había quedado la cara demacrada. Las sombras llenaban el lugar donde se me hundían los carrillos. Presioné la tecla de *play* del reproductor de CD. Empezó Albinoni. Primero el órgano. Y tras él, el contrabajo como el latir de un corazón. Todavía es muy pronto para oír latidos, dijo la técnica de ecografía. No sabía para qué estaba yo allí. Podía ser que el corazón nunca le latiera. Órgano. Violín. Violoncelo. Cerré los ojos. Mi madre. Cuánto le gustaba a mi madre esta pieza. Yo no he conseguido ser madre, mamá. Álzate dentro de mí, mamá. Tendrías que haber estado tú a mi lado cuando cargué con este peso. Eras a la única a la que quería conmigo. Solo tú tendrías que haberme cogido la mano. Mamá, no deberías haberte ido tan pronto. Nadie ha podido ocupar tu lugar, madre.

–¿Nur?

–¿Eh?

–¿Cuánto sabe Ufuk?

¡Hombres! Vuestra mayor preocupación sois vosotros mismos. Una competición a ver quién mea más lejos. Me bebí de un trago el coñac. No pensaba tomarme una segunda de inmediato. Dejé la copa en el aparador y di media vuelta. Fui hasta la mesa y, todavía de pie, encendí el cigarrillo. Llevada por la costumbre, cerré el Zippo de un golpe, ¡chac!, y lo apreté en el puño. Mientras daba la primera calada pensé si sería adicta al tabaco o al olor de gasolina del Zippo. El humo me oprimió los pulmones.

–No sabe que me acosté contigo. Si es eso lo que estás preguntando.

Claramente le fastidió que lo dijera así. Tendría que haber dicho que hicimos el amor. Aquella frase no pronunciada sigue flotando sobre la mesa entre nosotros, como un fantasma. Damos vueltas a su alrededor. No, Burak, Ufuk no sabe que el niño era tuyo. Que el niño-era-tuyo. Tuyo, Burak. ¡Pregúntamelo, Burak! Tú fuiste quien me dejó embarazada. Ufuk lleva un año intentándolo. Pero no acaba de acertar. Y tú, de un tiro, diste en el blanco. ¡Bravo, Burak! Ahora el instinto tendría que conseguir que yo te encontrara más atractivo, ¿no? Pero no, Burak. Ufuk se largó y me abandonó. Llamaron de la clínica. Su esposa ha abortado. Ha pasado una operación. ¿Cómo que no lo sabe? Si ha firmado el permiso... Tenemos el documento. Se lo enviamos por fax, por supuesto. Ufuk está desaparecido desde ese día. Y es al único al que echo de menos, solo a él, Burak. No a ti.

–Tampoco a él le avisaste, ¿no? También se enteró después. Por eso no está aquí.

A eso es a lo que yo llamo periodismo de investigación. La música se acabó. ¡Qué pronto! Volví a darle a la tecla de *play*. Y ya que iba al aparador, me serví una segunda copa de coñac. Fui hasta la ventana. Los árboles daban sombra al jardín. Se había levantado una brisa ligera. Asomé el pecho descubierto. Quizá me refrescara. Aspiré el olor a hojas podridas. Algas, alcantarilla, poniente y gritos de gaviotas. Desde aquel lado no se ve el mar, pero llega su sonido, su frescura. Me habría gustado nadar. Me ardían la garganta, la laringe y el estómago. ¿Qué hacemos en esta habitación, Burak? ¿Por qué jugamos a ser dos adultos? Decimos las réplicas que hay que decir, nos callamos cuando hay que callarse, sufrimos el dolor que hay que sufrir. Incluso tenemos heridas porque hay que tenerlas. Venga, vamos al embarcadero, a bañarnos. Nademos mar adentro. Nademos. Abracemos el azul con nuestras brazadas. Miremos al cielo haciendo el muerto. Que nuestras piernas y brazos se rocen en la sal del mar, que se enreden blandos y lentos como las algas. Como antes. Como en las mañanas en que nos lanzábamos al mar en aquella playa desierta que escondía el valle lejano donde nos conocimos.

Burak se me acercó. Estábamos de pie uno junto al otro. Delante de la ventana abierta. En la mano yo tenía la copa de coñac. Una elección

absurda con aquel calor, por supuesto. Pero mamá… Albinoni y mi madre. Mi madre, yo y mi hija. Seguro que habría sido niña. Lo sabía. De haber sido niño no me habría asustado tanto. Pero no habría sido capaz de sobrellevar el vínculo que se crearía con una hija. Me habría derrotado. No hubiera podido conectar con mi hija. Porque nosotras nunca pudimos conectar una con otra. Fikret estaba buscando en el lugar equivocado la maldición que había sobre nosotros. Tendría que mirar no al bisabuelo, sino a la madre de Şirin Saka, que la había abandonado y había desaparecido. La abuela era una niña pequeña entonces. Su padre había muerto. Su madre mandó a su hijita con un tal Tío Nevzat quién sabe con qué segundas intenciones. La abuela nos habló ayer por la mañana, en la mesa del desayuno, de su niñez carente de cariño. Ahí tenía Fikret la historia que buscaba, delante de sus narices. La tragedia de una incapacidad para conectar que se reproducía y se multiplicaba. Quizá sin saberlo yo le había puesto punto final a esa tragedia.

Me arrimé a Burak. Ahora nuestros brazos se tocaban. Que me rodee la cintura con el suyo. Que me atraiga hacia él. Que me proteja, me cuide, que me diga que no me pasará nada estando junto a él, que ya no estoy sola. Y yo apoyaré la cabeza en su pecho. Si me entrego a Burak como si flotara en el mar, sin esforzarme en nada, sin tener que dar explicaciones para que no se me malinterprete, sin agotarme por tener que ocuparme sola de las cosas y luego ya veremos si lo aclaro, ¿sería eso posible?

Burak apartó el brazo de un tirón. Volvió a la mesa, recogió el teléfono, los auriculares, el cuaderno de notas y se lo embutió todo en los bolsillos del pantalón. Le miré a la espalda con temor.

–Voy a tomar un poco el aire, Nur.

–Yo también voy. Comeremos algo en Viranbağ.

–No. Quiero estar solo. Aclararme un poco las ideas…

Alargó la mano hacia el picaporte. Con un rápido movimiento fui a su lado. Echaba mucho de menos a Ufuk, de acuerdo. Pero no podía soportar que Burak se fuera. No sé, puede que hubiera bebido. Me había convertido en una de esas mujeres que no saben lo que quieren, sino lo que no quieren. No quiero que me abandone. Le sujeté la mano que giraba el pestillo. No

reaccionó. Abrió la puerta. Salió al vestíbulo. Y de allí al jardín. Corrí descalza tras él. Se me clavaron los guijarros en la planta del pie. Cuando estaba a punto de abrir la puerta del jardín me aferré a su brazo. De un tirón le forcé a girarse y a mirarme a la cara. Apartó la mirada. Por eso me vi obligada a susurrar mirándole al hombro:

–Burak, por favor… Burak, lo siento mucho. Lo siento muchísimo. Por favor, no me dejes. No me dejes ahora. Te lo ruego. Te pido perdón por todo.

No me respondió. Liberó su brazo de un tirón y salió. La campanilla de Sadık repicó al cerrarse la puerta a sus espaldas.

28

Entreabrí los ojos. ¿Qué hora era? ¿Había anochecido? No, por el ventanuco todavía entraba luz. No obstante, era como si hubiese caído la noche porque los objetos familiares habían cambiado de sitio y dado un estirón. Nadie me tomaba la mano. Con todo, habría jurado que hacía un instante una mano tocaba la mía. Una mano suave y delicada. No, estaba solo en mi habitación.

Me incorporé en la cama. ¿Cuánto rato había dormido? Miré el reloj que hacía tictac en la mesilla de noche. Mis ojos no pudieron distinguir nada. ¿Estaría muerto? Azrael había venido. ¿Había sido un sueño? ¿Lo del señor cura y esa manita que tomaba la mía? Del otro lado de la puerta llegó un repiquetear. Era el bastón de doña Şirin. Traté de levantarme, pero me mareé. Me tambaleo. Mejor que me siente un poco más. Tengo la ropa hecha un desastre. Cuando mis ojos se acostumbraron un poco a la luz pude distinguir la silueta de la señora en el zaguán. Así que la puerta se había quedado entreabierta. Me miraba al modo de un ángel, con su pelo blanco y sus ojos azules parpadeando en la luz que entraba. O bien yo aún estoy en un sueño. De hecho, cuando alcé la cabeza una vez más, doña Şirin ya no estaba allí. Sonaba la campanilla de la puerta del jardín. Entonces recordé. La había oído antes. Posiblemente, no había sido una mano la que me había sacado de aquel pozo oscuro del mundo subterráneo, sino el tintineo de la campanilla. Me sacudí la camisa esforzándome en adecentar las arrugas con la mano. Me pasé los dedos por el par de cabellos que me quedan. En vano.

La campanilla sonó una vez más. Salí de la habitación tambaleándome. Sujetándome a los muebles pasé el zaguán al que se abrían todos los cuartos. Por la ventana de la cocina la luz de la tarde llenaba a chorros el interior. Daba en la entrada, en el *hall*, en la puerta del comedor… ¿Dónde

estaba la señora? Siempre sé dónde se encuentra gracias a un sexto sentido, aunque no la vea. No obstante, ahora no puedo hallarla. He perdido el norte, la orientación. ¿Por qué está la casa tan silenciosa? ¿Adónde ha ido todo el mundo?

Bajé al jardín. Por donde el emparrado se había levantado una ligera brisa. Me pareció que me despejaba un poco. Desde el jardín del vecino me llegaron al oído risas y música. Anochece. El mundo continúa su periplo alrededor del sol. En ese momento comprendí con toda certeza que no había muerto. Estoy vivo. Azrael me ha indultado. Me alegré. Así que aún deseo vivir. No, no es por eso. El motivo es la señora. Si cruzo al otro mundo, ¿qué será de doña Şirin? Mi misión en este es cuidar a doña Şirin. Si me fuera antes que ella, Dios no lo quiera, mi alma no encontraría la paz en el más allá. Por ese motivo, mi corazón sintió alivio porque Azrael no se hubiera llevado mi vida. El gatito gris salió de la hiedra al pie de la puerta de la calle, corrió hasta mí, se alzó sobre las patas traseras y empezó a restregar la cabeza contra la pernera de mi pantalón. Tiene hambre. En ese instante me acordé de algo: ¡no había preparado la cena! ¡Ay, Dios! ¡Qué desastre, Señor!

–Espera, espera, ya voy, ¡qué impaciente!

Caminé con lentitud hacia la puerta del jardín. Me era muy dificultoso andar porque el gatito gris no cesaba de saltar a mi alrededor y de enredárseme en las piernas. Cuando por fin abrí la puerta vi que quien tocaba chanchanchan la campanilla era el aprendiz del ferretero. Tenía la frente y toda la cara bañadas en sudor. Llevaba la cesta de la bicicleta eléctrica llena de pinturas. Botes y más botes de pintura, un bidón vacío, pinceles… ¿Qué era todo aquello? Que la señora lo había encargado por teléfono. ¿No habría un error? No, Şirin Hanım había llamado a la tienda. Habló con el patrón. Encargó cada una de aquellas pinturas. Eran trescientas cincuenta liras. ¿Qué ferretero era ese que abría la tienda un día festivo? ¿De dónde había obtenido doña Şirin su número de teléfono? No lo sé, abuelo. La señora ha hablado con mi padre. Ven por aquí, mete dentro todo eso.

Me encaminé hacia la casa precedido por el mancebo de la ferretería, que llevaba las pinturas, las bolsas y el bidón. Doña Şirin estaba esperando en el umbral del comedor con una sonrisa en la cara. Luego, si no me engañaron los ojos, me hizo un guiño. Exactamente como en aquellas reuniones de antaño. Fue un momento brevísimo. No obstante, bastó para que mi corazón diera un salto.

Cuando habló, su voz sonó aguda y clara:

–Ponlo aquí, hijo. Tráelo todo para acá. Eso, déjalo debajo de la mesa y ahí al lado. ¿Has traído también el hule? Entonces pon el hule lo primero. Cubre bien el parquet. Retira para atrás la mesa, tú que eres todo un mozo. Que no se raye el parquet. Bravo. Toma, tu dinero. Y quédate con el cambio. Una propina por las fiestas.

Cuando doña Şirin abrió de par en par las dos hojas de la puerta del comedor, la luz que entraba por la ventana de la cocina, justo enfrente, se reflejó en el suelo, en la mesa, en el espejo de la cómoda. En ese momento vi las escudillas que había sobre la mesa. Llenas hasta arriba de cáscaras de pistachos. Y una copa de cristal completamente vacía. En el cenicero azul junto a ella, doña Nur había apagado sus cigarrillos de liar. Recogí al punto las escudillas. Limpié con el dorso de la mano los restos de pistacho que habían caído sobre la mesa. Retiré también el cenicero. Me lo llevé todo a la cocina y lo vacié en la basura. Al ver las cacerolas vacías alineadas sobre el fogón se me vino de nuevo a la mente que no había preparado la cena. Lo último que le serví a la señora fue el almuerzo en una bandeja. Arroz con fideos y pollo. De acompañamiento, ensalada de zanahoria. Pero habían pasado horas. De hecho, las noches de verano doña Şirin no toma nada aparte de fruta, pero mi obligación es tener siempre preparado algo ligero. Podría hacer unas alcachofas. O bien ensalada de judías pintas. ¿Dónde estará doña Nur? Y, lo más importante, ¿dónde estará don Fikret? Me dijeron que había encargado al establecimiento de un amigo suyo lo necesario para el té de mañana, aunque habría que confirmarlo. Seguro que algo falta. Y, además, ¿cómo sabemos si lo entregarán a tiempo? Deberían estar ambos aquí.

–¡Sadık, Sadık! ¿Dónde estás, por el amor de Dios? Ven. Tenemos mucho trabajo.

Me desprendí de mis cavilaciones en cuanto oí la campanilla de doña Şirin. En un bol puse cerezas y albaricoques que saqué de la nevera. Salí de la cocina muy apremiado. El mozo de la ferretería estaba montando en la bicicleta eléctrica. Le grité que cerrara la puerta del jardín al salir. Luego entran las vacas. La cerró. Me puse malo cuando la campana que había colgado de la puerta repicó largo rato. ¿Dónde estaban todos? Cerré la puerta de la casa. De repente la luz cambió. El vestíbulo se quedó en penumbra. Me poseyó la inquietud. Eché a andar y entré en el comedor, justo enfrente de la cocina. Dejé el bol con fruta encima del aparador. Doña Şirin había hecho que el mancebo de la ferretería retirara la mesa hasta la ventana y ahora contemplaba la pared que había quedado al descubierto en el espacio despejado. Las sombras del atardecer cambiaban de lugar en la pared. El suelo estaba todo cubierto con el hule. Doña Şirin calzaba sus zapatillas de terciopelo azul marino de tacón. Tenían unas perlitas bordadas.

Se me vino a la mente el difunto Halit Beyefendi. Que Dios lo tenga en su gloria. Estaba sentado a la cabecera de esa mesa, en su lugar de siempre. La cabeza le cayó a plomo y aquel hombre grande como una montaña se desplomó en el suelo. Y luego la pequeña Süheyla. Cuánto lloró la pobrecita mía. Era como si hubiésemos molestado el alma de los dos al mover la mesa. Me sentí incómodo. Y, por supuesto, había algo raro en el comportamiento y la actitud de doña Şirin. Con todo, estoy acostumbrado a esas manías de la señora. Es el estado psicológico en que entra antes de empezar un gran cuadro. Lo reconozco. Con la de años que lleva sin pintar nada aparte de su propia imagen en el espejo. Hace mucho que las viejas pinturas se secaron y las tiramos. Fuera. ¿Iba a pintar un cuadro con las pinturas que había hecho traer de la ferretería? Entonces, ¿dónde estaba el lienzo? ¿Seguirán allí los que dejé apilados entre la mesa de trabajo y la pared en la biblioteca?

–¡Sadık!

–Diga, doña Şirin.

Seguía con la cara vuelta hacia la pared. Paseaba sus blancas manos de fina piel por la pared, por entre las sombras. Como un ciego buscando el camino. O bien era que veía algo que yo no.

–Cierra la puerta.

Apartó el rostro de la pared vacía y me miró. Me dio un escalofrío. Prácticamente, el tiempo había vuelto atrás. La señora era de nuevo una muchacha joven. Habían florecido rosas en sus mejillas. En los ojos, una mirada eléctrica.

–Trae los botes. Toallas, trapos. Mis viejos pinceles. Llena el bidón de agua. Después tráelo otra vez. Ah, y también quiero mi taburete.

–¿Le traigo lienzo, doña Şirin? ¿La paleta?

–No, no la quiero. ¿Has cerrado la puerta? Bien. Prepara la mesa. Saca el mantel de plástico.

Por viejo que me haga, nunca se me olvida lo que necesita doña Şirin al empezar un cuadro. Cubrí la mesa de comedor con un mantel de hule con dibujos de frutas. Coloqué las pinturas y los pinceles. ¿Cuántos botes de cristal querría? Le traje diez. Traje también las toallas de manos con las que secaba los pinceles después de aclararlos en agua. Busqué aguarrás. No lo necesitaba. Trabajaría con pintura al agua. Le pregunté una vez más si quería los lienzos. Extendió en el aire la mano de piel transparente con venas moradas.

–¡Prepara el verde!

Así era como pedía la paleta. Pero ahora no la quería. Entonces lo vi. El mancebo de la ferretería también había traído palanganas de plástico para mezclar la pintura del tipo de las que usan los pintores de brocha gorda. Y unas pocas. Abrí con un cuchillo la tapa metálica de la pintura verde. Eché un poco en una palangana. La removí rápidamente. La mano me tembló un poco. La palma de la mano de la señora esperaba en el aire como un pájaro impaciente. Doña Şirin, ¿no debería traer lienzo o bien papel? ¿Podía ser que se le hubiese pasado a la señora? ¿No sería este un accidente similar al de ayer por la mañana? Un fallo de la mente. Dios nos guarde.

–Verde esmeralda, hoja de té, hierba mojada por la lluvia, musgo cubriendo la roca y brotes de primavera. Dame un pincel grueso. El más

grueso.

Abrí también las tapas del amarillo, el blanco, el negro y el rojo. Los mezclé lentamente. Vertí la mezcla en un bote de cristal. Metí en él el pincel más grueso y le di ambas cosas.

–Aquí tiene, verde esmeralda, doña Şirin.

Sumergió el pincel en el bote con ansia y nerviosismo. Lo sacó y cerró los ojos. Aspiró profundamente. Veía lo que iba a pintar en la oscuridad de sus párpados. Con todo detalle. Aspiró de nuevo. De su garganta se elevó un gruñido y en ese momento comprendí qué era lo que se disponía a hacer la señora. Me sorprendí de mí mismo. ¿Cómo no lo habías pensado antes, Sadık? ¿Y habías tratado de acusar a doña Şirin de estar distraída, de fallos mentales? No obstante… Doña Şirin, ¿está usted segura? ¿Señora? Continuaba con los ojos cerrados. Mantenía alzado contra la pared vacía el bote lleno de pintura verde en el que había sumergido el pincel, como si estuviera brindando a la salud de alguien que yo no veía. De súbito, empezó. Sin darme oportunidad de intervenir. Dio un brochazo en la pared. Y otro. Mojó el pincel y otra vez. Y otra, y otra. Sobre la pared, allá donde estaba pintando, apareció una montaña. Y un bosque en sus laderas. Campos donde terminaba el bosque. Me dio un escalofrío. Retrocedí un paso.

–¡Hoja de té!

Nervioso, añadí un poco de negro y de rojo al verde y llené otro bote. El pincel avanzaba por la pared con velocidad. Detrás de las montañas surgían otras. La señora subía y bajaba el brazo, iba y venía a izquierda y derecha sin sentir necesidad del bastón.

–Hierba mojada por la lluvia. ¡Vamos, Sadık, más rapidez! Termina con los verdes. Quiero amarillo maíz. Luego marrón. Deprisa. No dejes el azul para luego.

Al cabo de un rato mis manos habían alcanzado su antigua velocidad. El tiempo se había dado la vuelta. Éramos jóvenes. Nuestros ojos veían y nuestras piernas nos llevaban de un lugar a otro sin que nos doliesen. Se me había pasado el temblor de las manos y la fuerza de mis dedos era la que debía ser. Preparaba al momento el tono de pintura que necesitase doña

Şirin. Acertaba extraordinariamente con las proporciones. Podía sopesar la satisfacción de la señora por cómo asentía con la cabeza en el mismo instante en que el pincel tocaba la pared. Montañas, flores amarillas, campos, azul soleado y, abajo y a lo lejos, el mar espumoso e incluso el viento iban brotando poco a poco en la pared del comedor.

Miré la espalda de doña Şirin, que mantenía muy erguida sentada en su taburete. Vestía de azul marino, del mismo color que las zapatillas. Algunos finísimos cabellos del pelo cano que se había recogido en un moño en lo alto de la cabeza se habían escapado de las horquillas y revoloteaban blandos a su alrededor. Otros le caían en la nuca. ¡Qué blanca y delicada la tenía! Estamos asomados a la cubierta de un barco, mirando. Abajo, en el puerto, dos mujeres se despiden de nosotros agitando unos pañuelos. Suena la sirena del barco. A lo lejos hay ríos que fluyen desde el interior de las montañas. Puentes de piedra salvan arroyos espumeantes. Sí, lo recuerdo. Según pinta doña Şirin, el pasado va surgiendo en mi mente. Lo recuerdo todo.

Después de trabajar un rato con pasión y a toda velocidad, doña Şirin se detuvo. También estoy acostumbrado a esa forma de actuar. En un primer momento dibujaba y pintaba a toda prisa para que no se le escapase el paisaje que se había despertado en su imaginación; de repente, se paraba y echaba un vistazo a su obra; si estaba satisfecha, trabajaba poco a poco en los huecos. Así pasaba un tiempo. Luego volvía a entusiasmarse, aceleraba y rellenaba los espacios vacíos. Retomábamos el viejo y conocido ritmo. Dame el azul tormenta. Aquí tiene. ¿Y el nube de lluvia? Listo. ¿Cuervo? ¿Gris plomizo? ¿Cobre escudilla? ¿Tabaco y hierba? ¿Amarillo dorado? Aquí están, señora.

El ambiente del comedor se había vuelto más pesado. El tiempo avanzaba más despacio. Éramos como vagones de un tren que va por un largo camino y por fin el silencio de la casa no me incomodaba el alma. Hacía rato que había dejado de pensar dónde estarían los demás. Incluso me sucedió que, en ese tiempo lento del comedor, me poseyó la sensación de que doña Şirin y yo habitábamos un mundo donde no respiraba nadie más.

Y me habría gustado que nadie más entrase en la casa. Que nos quedásemos para siempre solos en aquel mundo. Justo en ese momento la señora habló:

–Sadık, escucha lo que voy a decirte.

Estábamos en uno de esos momentos de pausa. Sentada en el alto taburete, acercando tanto la cara que casi la pegaba a la pared, pintaba las ventanas de una casa de piedra de dos pisos.

–Se ha abierto un pasaje al pasado. Te has dado cuenta, ¿no?

No respondí. ¿Qué podía decir? A veces doña Şirin, especialmente en momentos en que estaba llevando a cabo una actividad creativa como ahora, pronunciaba frases abstractas que escapaban a mi humilde capacidad de comprensión. Por lo general, yo asumía que aquellas afirmaciones tan elevadas no iban conmigo. Después de las ventanas de la casa de dos pisos, la señora empezó a pintar la hiedra que trepaba por los muros. Para ello me pidió un verde de brote primaveral. Entregaba toda su atención a los movimientos del pincel. Continuó hablando sin apartar la cara de la pared. Seguro que no hablaba conmigo, sino a un escenario que había tomado cuerpo en su imaginación. No obstante, después pronunció una parrafada que me dejó sin saber cómo reaccionar:

–Sadık, sé que ese cura también ha venido a ti. Como en su momento vino a mí. Porque el pasaje se ha abierto, por eso. No sé si lo recordarás: entre algunas montañas había pasos. Los mayores los llamaban collados. Pasajes. ¿No te acuerdas? No importa. Lo importante es que se ha abierto. El señor cura ha cruzado a este lado por ahí. Y mira lo que te voy a decir: Fikret también ha cruzado por el mismo sitio y ha caído en el pasado.

Se me quedó la lengua pegada al paladar. ¿Debería sospechar de la salud mental de la señora? Cierto, a veces olvidaba cosas cotidianas y se confundía con lo que había desayunado, pero nunca antes había sido testigo de que se dejase llevar por ideas sobrenaturales. Me dio miedo.

–¡Sadık! Comprendes lo que he dicho, ¿no?

Entonces se me vino otra cosa a la mente. ¿Dónde había oído doña Şirin que Fikret había dejado la casa en la oscuridad de la madrugada? ¿Se lo había contado Selin? ¿Nur? Por lo que a mí respecta, no mencioné el asunto de Fikret a propósito para no alterarla.

–¡Sadık! Dame el azul espumoso. Mezcla el morado para las flores de verbena. ¿Me estás oyendo?

Apurado, mezclé el color que me pedía y le entregué el frasco. No acerté con la proporción. Era más un morado de violeta. La señora se dio cuenta, pero no protestó.

–Mira, ahora escucha, Sadık. Como se ha abierto el pasaje, también hay una historia que va a cruzar desde allí hasta aquí. Las historias no se olvidan, Sadık. Solo se quedan calladas en nuestro interior. Pero llega el momento en que la presión abre los pasajes y entonces fluyen desde el pasado hasta el presente.

Una corriente de aire recorrió la habitación. Mientras pintaba, la señora hablaba como si estuviera tarareando una canción. Érase una vez… Cuando las ranas criaban pelo y las gallinas tenían dientes… Tenía la cara tan pegada a la pared que pensé que su voz resonaba con el eco de las montañas y los bosques verdes, llevada por el espumoso viento de lo que estaba pintando.

–En las tierras fértiles encajonadas entre el mar y las montañas vivían dos muchachos. Dame el negro. Y un pincel fino y limpio. ¿Dónde está Selin?

Le alargué el negro en el mismo bote que habían traído de la ferretería. No hacía falta mezclarlo con nada. Sin mirarme, tomó el pincel y la pintura. Pintó dos hombres jóvenes con zaragüelles y chalecos negros y fajín rojo. Los pintó bastante grandes con respecto a las montañas y las casas. Pero así era el arte de doña Şirin. No usaba las proporciones de la naturaleza. Lo que le parecía importante lo pintaba más grande. Los dos mozos tenían el mismo tamaño que las sierras de atrás. Eran importantes. Tenían bigotes, anchos hombros y ojos sonrientes. Levantaban los brazos como si bailaran una alegre danza. No sé cómo pudo pasar, pero sus voces resonaron en mis oídos. Sonó también un instrumento musical. No como los que tocaban Halit Bey y Süheyla, sino algo más duro, un instrumento de sonido agudo que no te dejaba parar quieto en el sitio. Me puse nervioso. Detrás de ellos, doña Şirin pintó más gente.

–Uno de ellos es de ese pueblo junto al mar. Es listo. El otro es el hijo de un cacique rico de otro pueblo, excavado en las montañas. Ha crecido en una mansión de piedra. Desde allí, si subes lo suficiente, puedes ver el mar. En cuanto llega el verano todos los campesinos suben a un tiempo a los prados. Los que viven junto al mar se encuentran con los de la montaña y así se conocen. ¿Puedes verlo?

Asentí. Realmente era como si estuviera viendo una romería de gente subiendo a las montañas. Familias enteras trepando alegres la cuesta. Habían cargado a lomo de las bestias sacos, cofres, tapices, niños pequeños. Se detenían a tomar aliento a la orilla de los arroyos. Las mujeres tendían cunas con unas cuerdas entre dos árboles y mecían a sus criaturas. ¿Quién era aquella gente? ¿Por qué doña Şirin la pintaba? ¿Cómo era que mi memoria atesoraba sus canciones?

–En cuanto bajabas de la montaña al mar, llegabas a la gran ciudad. Allí las casas estaban labradas como perlas y las mujeres no salían a la calle sin vestir sus mejores sedas. Las calles, como las de Europa, estaban todas engalanadas con pastelerías, restaurantes elegantes y refinados hoteles. Pues en dicha ciudad había también una gran escuela a la que a todas las familias les habría gustado enviar a sus hijos. Era una obra maestra de la arquitectura, plantada a la orilla del mar. Se llamaba Frontistirio. Mezcla el rosa polvo. Que quede como ladrillo claro.

Doña Şirin había pasado a la parte de la pared próxima a la biblioteca e iba pintando la ciudad que describía. De la punta de su pincel surgían señoras de cintura estrecha con sombrero que paseaban a la orilla del mar. Llevaban sombrillas que protegían su cutis del sol. Subían y bajaban de elegantes faetones. Luego pintó de rosa polvoriento un edificio magnífico de cuatro pisos. Les puso cristal a las ventanas. Pintó los marcos de blanco. Los dos mozos se conocieron en aquel internado. Eran alumnos allí. Estaban enamorados del ideal de la libertad. Hicieron un juramento para salvar a sus pueblos de la opresión y la tiranía. Eran tan jóvenes, tan inocentes… Pero antes de que terminasen sus estudios estalló una gran guerra. Una guerra que hundiría en la miseria al mundo entero.

Apenas doña Şirin acababa de pronunciar esas palabras cuando en la pared se elevaron las llamas de las bombas que estallaban más allá de las montañas. Oí los alaridos de los soldados que perdían las piernas. La señora hablaba al tiempo que pintaba. O bien no hablaba, sino que simplemente pintaba y yo oía la historia. La gran ciudad a orillas del mar cayó en manos del enemigo. No obstante, no fue una derrota, sino un paso importante para las aspiraciones de libertad de los mozos. Se dijeron que habían dejado de ser súbditos del sultán. Lo celebraron. Pero al poco tiempo empezaron a llegar malas nuevas. Las tropas del sultán estaban desalojando los pueblos de las regiones que aún estaban en sus manos. Así se lo habían ordenado. Los habitantes de los pueblos que colaborasen con el enemigo serían despojados de sus hogares.

Justo encima de la hermosa ciudad a la orilla del mar, en la ladera derecha de las montañas que había pintado al principio, pintó niños semidesnudos que se desplomaban entre las nieves. Una comitiva caminaba con las cabezas gachas. Ambos extremos de la procesión estaban flanqueados por soldados armados con fusiles. ¡Gendarmes! La mente se me fue a aquel sueño. Vi a mi madrecita. Se había escondido en la cripta de una iglesia. Unos hombres malos jugaban al fútbol con la cabeza cortada del cura muerto. Las campanas de la iglesia callaban. Los campanarios habían sido volados con dinamita. Algunos decían que no quedaría huella de ellos. Que un siglo más tarde no quedaría ni el más pequeño rastro de quienes habían vivido en esas tierras. Que nadie los recordaría. ¿Quiénes eran los que decían eso? ¿Cómo podía doña Şirin saber todo aquello? Los tiempos de los que hablaba habían quedado muy atrás. Todo aquello les había pasado a otros. Entonces, ¿por qué persistían esos recuerdos en mi memoria?

Doña Şirin bajó con lentitud del taburete. Se tambaleó por un breve instante mientras buscaba el equilibrio sobre sus pies. Corrí a cogerla del brazo. Se deshizo de mi contacto y se encaminó al extremo de la pared del comedor, al rincón más próximo a la biblioteca. Lo entendí. Había pasado de nuevo a la fase del entusiasmo. Pintaba por este lado y por el otro de la pared. Pedía rojos, bermellones, anaranjados, granates. Hablaba sin cesar.

La voz se le había vuelto más aguda, más fina, más fresca. Miles de campesinos sufrieron y murieron en los caminos, decía. La muerte blanca, decía. Ardían los pueblos de los mismos que poco antes cantaban alegres. Las casas estaban llenas de mujeres y niños. El humo se tragaba las casas. El mar enloquecía, espumeaba. Por él pasaban barcos oscuros.

Me temblaban las manos. No acertaba a darle el punto a las pinturas. La señora no prestaba atención. Solo dibujaba, pintaba, hablaba. O quizás no hablase, sino que yo leía. De la pared. De la sangre que chorreaba por las montañas nevadas, de las piernas amoratadísimas por el frío de los niños, de los cadáveres dejados atrás sin enterrar, de los ríos rojos, de las casas en llamas… ¡Alto, doña Şirin! Señora, ya es suficiente. Va a caer agotada. Eso es lo que me habría gustado decirle, pero mis labios estaban sellados. De mi boca no salía una palabra. De hecho, era una historia que no debería contarse. Doña Şirin no hacía nada bueno pintando aquel fresco en la pared.

Con todo, la experiencia es la madre de la ciencia. Y yo lo sé. Sé que cuando la señora está ocupada con un cuadro no hay quien se le arrime. Puede reaccionar de manera inesperada. En suma, yo también me senté en una silla a la cabecera de la mesa. En el jardín retozaban las sombras. Oí los graznidos de las gaviotas. El rumor de las hojas de la mimosa al moverlas la brisa del atardecer. Ahora la señora pintaba de memoria, sin ver los colores. En cuanto a mí, me incomodaba comprender lo que veía. A pesar de ello, mis ojos distinguieron a la muchacha que pintaba siguiendo al mozo que descendía apenado de la montaña. Reconocí las dos trenzas que le salían del pañuelo blanco con que se cubría la cabeza. El corazón me latió a toda velocidad.

–El muchacho campesino se llevó consigo a una jovencita –dijo doña Şirin–. «He salvado una vida. Una vida vale un mundo para quien la vive», decía. «Continuaremos nuestra estirpe, comenzaremos de nuevo, fundaremos otra vez nuestro pueblo».

Mi mente completó lo que restaba de la historia. La gran ciudad era segura. El amigo que vivía en las montañas más allá de la gran ciudad tenía una casa grande en el pueblo. Allí comenzarían una nueva vida. No sabía que se echaría al monte a guerrear, que lo cercarían en una cueva y lo

matarían como a un animal salvaje. La voz de mi madrecita. La historia que me susurraba al oído. Mi padre. Mi padre había salvado a mi madre de la iglesia de la aldea en llamas. Mi madre no subió a las montañas donde todos murieron congelados, se ocultó en la aldea. Mi padre la rescató y la llevó a un lugar seguro. Mientras los colores y las formas iban surgiendo en el fresco de la pared, en mi memoria se abrían una serie de puertas. ¿Sería posible que fuese aquel el pasaje del que hablaba doña Şirin?

Guardó silencio y se volvió hacia mí. Me asustó la irritación de su rostro. ¿Qué habría hecho yo?

–Sadık, tu padre ocultó en nuestra casa a tu madre preñada, contigo en el vientre. Era un lugar seguro. Eso creía. ¿Pero después? ¿Qué ocurrió después? Sabes de lo que estoy hablando. Del hombre que vivía como un arroyo de aguas oscuras.

Clavé la mirada en los pies en medio de la penumbra y murmuré:

–¿Cómo voy a saberlo, doña Şirin? Son acontecimientos amargos de tiempos que yo no viví. Lo importante no es el pasado, sino que vivamos felices la vida. Con todo, tanto dolor sin duda tiene un propósito si le ha servido de inspiración. Ha creado una obra extraordinaria. Un cuadro tan poderoso…

No supe qué más decir a continuación. Una incomodidad brutal me corroía el vientre, probablemente por la repentina ira que le había estallado a la señora. Desesperado, miré en el espejo de la cómoda la última luz marchitándose. Era imposible que todavía pudiera distinguir colores y formas. No obstante, el azul de los ojos de la señora clavándoseme en la cara atrajo mi atención. Era evidente que había cometido algún error sin saberlo. La había hecho enfadar. Lo lamenté. Era algo que también sucedía en el pasado. Cuando doña Şirin creaba su arte, perdía los estribos con rapidez.

Se acercó a la mesa con unos ágiles pasos inesperados en ella y se sentó en la silla contigua a la mía. Me puse en pie de inmediato. Traje el bol de fruta y se lo ofrecí a la señora. Los albaricoques se habían puesto rojísimos y con pintas del calor. Doña Şirin tomó una cereza. La masticó largo rato. Tiró el hueso al suelo. De todas formas, estaba cubierto por el hule. Yo me

comí un albaricoque. Me senté. Estuvimos un rato sin hablar, comiendo la fruta del bol que yo sostenía en el regazo, a pesar de que a nuestro alrededor todo estaba lleno de botes de pintura abiertos, salpicaduras de colores a izquierda y derecha, pinceles y frascos. De vez en cuando la miraba con el rabillo del ojo para saber si seguía enfadada. Tenía la cara vuelta hacia la pared. Examinaba su obra mientras masticaba lentamente su cereza.

–¿Ahora me crees, Sadık? –al hablar la voz le sonó exhausta–. Te dije que se había abierto un pasaje desde el pasado hasta el presente. Toda esa gente ha venido a través de él. Fikret también ha caído en el pasadizo. A saber si encontrará el camino de regreso.

No oí lo que dijo a continuación. Justo en ese momento crujió la puerta. Al levantar la cabeza vi la alta y delgada silueta de Selin parada en el umbral. Estuvo un momento mirando al interior sin ver. Luego, chas, su joven mano encontró el interruptor de la luz. Al llegarle la corriente, la araña de cristal del techo vertió su luz sobre el aparador, la mesa, las sillas, esparciéndose por dondequiera que diese, como canicas de cristal. Me escocieron los ojos. Selin miró asombrada a su alrededor. Cerré los ojos. Sentí a mi lado la silbante respiración de doña Şirin y su esencia de lavanda. También el crujir de los pies de Selin andando por el hule.

–¡Guau! Pues sí que habéis puesto esto patas arriba. ¿Estáis poniendo el mercado del miércoles o algo así? ¿Qué es lo que…? Os he oído hace un momento cuando pasaba por delante de la puerta. ¿En qué idioma estabais hablando? No le saqué parecido a nada. ¿O era el lenguaje de los pájaros?[5]

Fue entonces, al oír esa pregunta de Selin, cuando yo también me convencí de que se había abierto un pasaje desde el pasado hasta el presente, y recé una oración interior para que Fikret encontrase el camino y regresase sano y salvo con nosotros.

Que el Todopoderoso la tenga en consideración.

29

Me sentí bien al mezclarme con la multitud del muelle.

Muy, muy bien. Demasiado bien.

Me distraje de mis agobios caminando junto a jóvenes que se reían y se empujaban, madres con cochecitos de bebé y chicos de colmado en bicicletas eléctricas en la calle más frenética del mercado. Me mezclé con los domingueros, pues. Caminé por el mercado hombro con hombro con esos domingueros que tanto despreciáis entre líneas o abiertamente, Nur. Me imaginé sentándome como ellos en esas mesas hechas con barriles de cerveza y comiendo mejillones rellenos de arroz. Y que sepáis que ahí, en medio de esa chusma, me sentía cómodo. Ahí era más feliz que en esa extraña casa vuestra llena de muebles antiguos e incomparables en la que suena siempre la misma música. Ahí está la vida. En la calle. En la masa. En el mundo exterior. Que lo sepáis.

Me acerqué a una de las mesas de barril. Al momento se plantó a mi lado un muchacho regordete con un menú forrado de plástico en la mano.

–Pase por aquí, jefe, estará más cómodo. ¿Qué le traigo? ¿Patatas fritas? ¿Mejillones rellenos?

De repente me di cuenta de que estaba hambriento. Normal, no había comido nada desde el sándwich en el jardín de té Horoz. Y antes solo había tomado otro con Selin, en plena madrugada, en otro jardín de té en el puerto. Ahora me parecía que esa mañana había pasado hacía semanas.

–Tráeme de los dos. Y una cerveza para acompañarlo.

–A sus órdenes, jefe. ¿Le preparo una ensalada? ¿Con mucho limón y aceite de oliva?

–No, no me apetece. Tú tráeme la cerveza, vamos. Pero que esté fría.

Contemplé cómo el camarero se metía balanceándose por una puerta a oscuras mientras me sentaba en uno de los bajos e incómodos taburetes que rodeaban el barril. A mi lado pasaban riadas de gente. Gente feliz, despreocupada. Que no tenía en la mente otro problema aparte de «¿ahora qué hacemos?, ¿dónde comemos?, ¿nos tomamos una cerveza ahí o no bebemos por eso de que es una fiesta religiosa?». ¿Seguro? No, por supuesto ellos tendrían también sus problemas, pero no pensaban en ellos en día de fiesta. Era gente tan trabajadora como para no mancillar las vacaciones con problemas y preocupaciones. Los problemas y las preocupaciones, para los días entre semana. Los fines de semana, a disfrutar de la vida.

El camarero regordete me trajo la cerveza y los mejillones. La cerveza había perdido el gas, pero me gustó cómo me pasaba helada por la garganta. Les rocié limón a los mejillones y, usando de cuchara la parte vacía de la concha, me eché a la boca la carne y el arroz. Estaba muy rico. El arroz del relleno había absorbido el aroma y el sabor de la sal, del mar, del limón, de las algas añadiéndolo al suyo propio. Aparté de la mente a los que afirmaban que comer un mejillón del mar de Mármara era igual que comerse una pila chorreando ácido.

Al dejar la concha vacía a un lado del plato se me vino ante los ojos el cuenco lleno de cáscaras de pistacho sobre la mesa en el comedor de Şirin Hanım. Cáscaras que Nur, por llevarme la contraria, había abierto con sus pequeños dientes. Hice un repaso interior. No quedaba nada de aquellos sentimientos hirientes que experimentaba mientras salía de la casa, de su casa, y caminaba a toda velocidad hacia el muelle. Me acordé de que Nur me había seguido hasta la puerta del jardín. Que se disculpaba. Que lloraba. Que me rogaba venir conmigo. ¡No me dejes! El sonido de la campanilla repiqueteando en mis oídos cuando abrí la puerta. La reja de hierro cerrándose a mis espaldas. Los pies blancos y diminutos de Nur que se veían por el hueco.

Cuando venía hacia aquí estaba furioso. Mientras caminaba a paso rápido entre faetones y bicicletas, como si estuviera rabioso, en mi cabeza no paraba de dar vueltas el mismo disco. Nur había matado a mi hijo. Ni

siquiera me dio derecho a opinar. Yo no tenía más importancia que un insecto. Me arrebató la posibilidad de ser padre. Eliminó la existencia de un ser humano que tenía parte de cada uno de los dos. ¡Cuánto egoísmo! ¡Cuánta arrogancia! ¿Cómo pudo tomar una decisión así sin preguntarme? ¿Acaso el padre no tenía derecho a opinar sobre la vida de su hijo? ¿Qué tenía eso de justo? La mitad de ese ser humano era mía. Había brotado de mis genes. Llevaría partes de mi madre, de mi padre, de los abuelos que nunca conocí. Era nuestro. ¿Cómo había podido hacerme eso?

¿Por qué después no sentía nada? A fuerza de darles vueltas en la cabeza, ¿se me habrán ido esas elucubraciones como el remolino del agua que cae del grifo llena de barro y se va por el bajante? Los pies de Nur… Su voz implorante… Su mirada exhausta… La mirada hastiada y desmayada después de engullir dos copas de coñac… Las uñas de los pies pintadas de burdeos que se le veían por el hueco de la puerta…

–Jefe, ¿le sirvo otra?

El camarero me puso delante las patatas fritas. ¡Qué rápido me había terminado la cerveza!

–Sí, tráeme otra. Me ha sentado muy bien tan fresca.

–Enseguida. Le dejo aquí mayonesa y kétchup.

Aquello me molestó. No me gusta que dejen en la mesa esos botes de plástico, blanco y rojo. Esto no es una mesa, cierto. Es un barril de cerveza y yo estoy sentado en un taburete enano. De todas maneras, no pegan esos enormes y gordos cacharros de plástico entre los platos, el cristal de los vasos, los cubiertos y la comida. Me pondré un poco de kétchup a un lado del plato y le diré que se los lleve.

No sé por qué me dio por ahí de repente. Puede que por el regusto que me dejaron en el paladar las patatas fritas. Se me vino a la mente una escena de mi infancia. Estamos en la casa del pueblo. Mi padre, el funcionario, aún vive. Yo estoy en primaria. Voy a cuarto o quinto. Es un domingo por la tarde. A principios de primavera o quizá todavía invierno. La televisión está encendida. Solo emite durante el día los domingos. Yo estoy tratando de terminar mis tareas en el mismo cuarto donde tenemos el televisor, la mesa de comedor y el tresillo. Los deberes, como el quimbombó, que se me hacía

una bola creciente al masticarlo, van aumentando de tamaño según paso las páginas.

Mi madre ha puesto la tabla de planchar delante de la estufa. En la casa del pueblo no tenemos calefacción. De vez en cuando mi madre le reprocha a mi padre por qué no nos mudamos a la residencia para funcionarios de Erdek, que tiene calefacción. Mi padre está viendo un partido de fútbol en la televisión. No le presta atención, solo mira. No es que le vaya mucho el fútbol. Simplemente le echa un vistazo para poder unirse a la conversación de sus colegas oficinistas cuando mañana vaya a la fábrica. Lo sé. La televisión es en blanco y negro, con un único canal. Yo no sé que el fútbol se juega en un campo de hierba porque en la televisión aparece gris. Pienso que, como en el solar en que juego con mis amigos, se juega sobre tierra y entre el polvo. Me gusta jugar, pero no me gusta verlo por televisión. Es difícil hacer los deberes mientras la voz del comentarista llena la habitación como un murmullo desagradable. Mi padre no se ha quitado el pijama. Tiene delante un plato lleno de cáscaras de naranja en el que ha apagado los cigarrillos. El fin de semana se acabó. Tengo ganas de llorar. Esos dos días que estuve la semana entera imaginándome terminan un domingo por la tarde lleno de humo de tabaco, de vapor de la plancha y del rumor del fútbol.

La idea de una vida vivida con Nur para mí era un domingo visto desde el mediodía del viernes. Una franja de tiempo reluciente. Sin embargo, de haberme metido en esa vida… De nuevo se me vino a la memoria cómo me pedía perdón. ¡No me dejes, Burak! Si no la hubiera dejado, si le hubiera permitido venir conmigo hasta el muelle… (En realidad, Nur nunca bajaba al muelle, me habría llevado a alguna taberna zarrapastrosa que solo conocieran algunos selectos habitantes de la isla y se habría quedado tan satisfecha de sí misma.) Si le hubiera dicho «Todo está perdonado, Nur, ven a mis brazos», ¿no habría cargado con esta angustia lo que me quedara de vida?

Repasando mentalmente todo aquello, iba saboreando poco a poco mi segunda cerveza. De pronto vi a Fikret entre la multitud que pasaba ante mí. Dejé la cerveza sobre el barril y me puse en pie. Volqué el taburete enano.

¡Sí, es él! No me equivocaba. Llamaba la atención entre aquella masa despreocupada con su cara abstraída y meditabunda y con esa forma de andar medio cheposa con la mochila a la espalda. Mientras pasaba apresurado por entre los barriles, le llamé sin pensar si me oiría con el ruido de la gente.

–¡Fikret!

No me oyó. Salí a la calle volcando los taburetes que se interponían en mi camino. Adelanté a la gente haciendo eslalon para no perderlo entre la masa. Menos mal que era alto. Desde lejos se distinguía su forma de caminar, echando el cuello hacia delante. Pero cuando lo alcancé y estaba a punto de tocarle el hombro, me pareció que tenía una visión; no, una visión no, que estaba viendo un fantasma. Como si Fikret fuera a borrarse de la faz de la tierra si no lo detenía en ese mismo momento. Cuando, sin aliento, le toqué el hombro, todavía tenía miedo de que pudiera ver la cara de otro. A pesar de todo, el rostro que se volvió hacia mí era el de Fikret. Ahí tenía ante mí a Fikret Bulut con su frente amplia, su bigote, sus ojos castaños, hermosos y tristes, parecidos a los de Nur. El misterioso extraño que buscábamos desde aquella mañana. Me alegré tanto que casi le echo los brazos al cuello y le beso.

–¡Fikret! Fikret, ¿dónde has estado desde esta mañana? Nos tenías preocupados.

–Hola, Burak. ¿Cómo tú por aquí?

Por un momento no entendí bien lo que me preguntaba. La voz era tan extraña, la mirada tan ensimismada, que me pareció que había olvidado que el día anterior habíamos desayunado juntos, que yo también estaba en Büyükada para participar en la celebración del centenario de Şirin Hanım e incluso que había sido él personalmente quien me había invitado. Posiblemente me estaba preguntando por qué estaba en el mercado, en el muelle, a esas horas de la tarde, cuando hay más bullicio, en lugar de estar en la silenciosa casa de Şirin Hanım, alejada de las multitudes. O bien no tenía nada en mente. Nada con respecto a mí, quiero decir. Porque estaba bien claro por su aspecto que había algún asunto que le tenía ocupado el pensamiento.

–¿Estás bien, Fikret? ¿Todo en orden? ¿Vamos juntos a la casa? Espera un momento, voy a pagar la cuenta.

Eché la mano al bolsillo de atrás y miré hacia el barril donde me había sentado hasta hacía un instante. El camarero regordete me vio entre la gente. No sé cómo lo hizo, pero con las manos y la mirada me hizo señas desde lejos diciendo: «Vale, jefe, me he dado cuenta de que no se ha escapado. No soy tan malpensado. Le estaba viendo». Fikret me cogió del brazo.

–Burak, ¿nos tomamos algo en cualquier sitio? Charlamos un poco. ¿Qué me dices?

¿Qué podía responderle? La tristeza de su mirada volvió a recordarme a Nur. Aquellas miradas frágiles seguro que les venían de su madre Süheyla.

Diez minutos más tarde, nos sentamos en uno de los restaurantes turísticos de pescado del muelle, pero dentro. Fikret dijo que estaríamos más tranquilos y podríamos hablar a gusto. Se lo agradecí. Desde que prohibieron fumar en los interiores, estaba harto de tragar humo en supuestas terrazas al aire libre cubiertas con plásticos. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Un aire acondicionado en la medida correcta hacía olvidar al instante el calor y la humedad de fuera.

–¿Qué bebemos? ¿Vino? ¿Raki?

Como hacía un momento me había echado al coleto dos cervezas, no me apetecía ni vino ni raki, pero contesté «raki» para cumplir con la costumbre. Pensaba beber poco. Era evidente que Fikret lo necesitaba más que yo. Cierto, le había oído a Nur que había dejado el alcohol después de que le diera por el yoga y tal, aunque puede que exagerara. O era el café lo que había dejado, porque ahora pedía todo lo que ofrecía el *maître* de pelo blanco que tomaba la comanda. Y después de encargar todos los entremeses fríos que nos mostraba en una bandeja el muchacho que estaba detrás del maître, añadió:

–Tráiganos una botella grande de raki Efe verde. Queso blanco, melón, ensalada de rúcula y tomate, pelados. ¿No tienen espárragos de mar? Bueno, entonces una ración. Con esto ya empezamos tranquilamente. Luego hablaremos de los entremeses calientes.

No hablamos hasta que no nos sirvieron el raki. Contemplamos en silencio cómo pasaban por delante de la ventana familias helado en mano. Fikret tenía los ojos rojos por el cansancio y la cara del color de la ceniza. Estaba impaciente por oír su historia, pero no quería parecer demasiado ansioso. Costumbre profesional; o deformación. Cuanto más desinteresado parezca, más información puedo arrancar. Aunque, ¿qué información era la que le iba a arrancar a Fikret? Más bien podía contarle yo. Tu hermana ha abortado un hijo mío, Fikret, ¿lo sabías? Tu hermana se emborrachó el mes pasado y llamó a mi puerta. Estuvo hasta el amanecer en mis brazos, en mi cama… No caigas tan bajo, Burak, no caigas tan bajo.

Tomé un trago de mi raki. Me sentó bien. No bebí agua después. Comí un pedazo de queso blanco. Fikret toqueteaba con el tenedor los entremeses de su plato, pero no comía. La mirada se me quedó clavada en su nuez de Adán. A cada trago se movía arriba y abajo. ¡Cuánto nos reíamos antiguamente Nur y yo de la nuez de Fikret cuando nos quedábamos a solas! Qué canalla es uno cuando es joven.

Fikret se echó hacia atrás en la silla. Se frotó las mejillas. Esa mañana no se había afeitado y por eso su cara tenía un tono ceniciento.

–Burak, me he enterado de una historia que… Es increíble. Increíble.

Se acabó el raki de un trago. Hizo un gesto con la cabeza. El camarero más joven se plantó al instante a nuestro lado y le llenó la copa.

–En realidad, ¿sabes?, todo ha sido gracias a ti. O sea, ayer… Ayer, durante el desayuno, sentado a la mesa, hablabas con mi abuela…

Asentí.

–No, espera un momento. Vamos a empezar desde antes. Sabes que desde hace tiempo me intereso por la historia de nuestro bisabuelo. Tengo una sensación, siento un peso… He estado trabajando en algo, y Freya me ha acompañado también. Es como el psicoanálisis, pero es una práctica que no solo se basa en tu propio subconsciente, sino también en el subconsciente de generaciones anteriores y en el registro genético, en la memoria hereditaria. Nur siempre lo califica de juegos de prestidigitación. No sé cómo lo verás tú. Yo creo que tiene un efecto terapéutico. Cuando Freud apareció con el psicoanálisis hubo muchos que pensaron que también

era pura prestidigitación, ya lo sabes. Dentro de un siglo la psicología transpersonal será una rama de la ciencia a la que se acudirá a menudo para tratar los males del espíritu. Estoy seguro.

El camarero trajo los espárragos de mar. Fikret los aliñó con aceite de oliva y abundante limón. Yo comí un trozo de melón y me serví en el plato ensalada de judías pintas y puré picante. Luego iba a tener ardor de estómago, seguro. Ardores de taberna. Comer al mismo tiempo varias cosas indigestas y acompañarlas con raki, igual a digestión desastrosa. Intenté prestar atención a lo que contaba Fikret. No había oído mencionar esa corriente de la psicología de la que hablaba, pero me tranquilizó un tanto saber que era una escuela reconocida y respetable y no algo *new age* tipo la terapia cuántica. De todas formas, me apetecía que entrara en el tema lo antes posible. Tomé un poco de espárragos de mar con el tenedor y me lo llevé a la boca. Estaban muy sabrosos. Una verdura con el aroma de las algas y lo salado del mar. Fikret se dio cuenta de mi impaciencia.

–No me quiero enrollar. Le he preguntado muchas veces a la abuela sobre su padre. Nada. No me contesta. Un callejón sin salida. Un pozo seco. Pero entonces, ayer… Por primera vez, ayer en la mesa, no sé si tú también lo notaste, la abuela desveló un detalle muy importante sobre el pasado.

–¿El suicidio de su padre?

No lo había oído de labios de Şirin Hanım, pero mientras Selin se esforzaba en tirarle de la lengua a su bisabuela esa tarde en la biblioteca, no me fue demasiado difícil comprender que el gran secreto era un suicidio.

El tenedor que Fikret se disponía a llevarse a la boca se quedó en el aire, con los espárragos de mar colgando de la punta como un racimo.

–¿Cómo lo sabes? La abuela no dijo nada de eso ayer por la mañana. Estoy seguro. Tú… ¿cómo te has enterado? ¿Quién te lo ha contado?

Levantaba la voz, pero no con enfado. Estaba sorprendido y decepcionado. Posiblemente aquella era la gran historia, la historia extraordinaria, que traía de dondequiera que hubiera ido en la oscuridad de la madrugada. No obstante, si se hubiera quedado con nosotros, habría podido oírlo de labios de Şirin Hanım si le hubiera dado la oportunidad. Y si Şirin Hanım no se lo hubiera contado, seguro que Selin hacía estallar la

bomba. ¡Selin! Tenía que llamarla y darle la noticia de que había encontrado a su padre. En realidad, lo más correcto era que la llamara el propio Fikret, pero no parecía estar por la labor. Por fin caí en la cuenta de que si yo le enviaba un mensaje a Selin, antes de que pasara un segundo la tendríamos a nuestro lado. Había esperado todo el día, que esperara un poco más. De hecho, no parecía que la historia de Fikret fuera a durar mucho. Nos levantaríamos pronto de la mesa y nos iríamos a casa.

–Şirin Hanım se lo ha contado hoy a Selin. No podíamos estar muy seguros de que fuera cierto, pero si tú has llegado a la misma información… En serio, ¿dónde has estado todo el día, Fikret? Estábamos preocupados. Sobre todo Selin. Lleva buscándote desde esta mañana.

Fikret movió la cabeza con tristeza.

–Lo sé. Me ha mandado todos los mensajes del mundo. Mi niña sensible.

–¿Adónde has ido? ¿Cómo has sabido lo de ese asunto del suicidio?

–Espera, que ahora llego a eso.

Nos llenaron de nuevo las copas de raki. Trajeron calamares fritos y hojaldres de queso. Por el cielo vagaban nubes rojas. Habría una hermosa puesta de sol. De repente, lamenté que no nos hubiéramos sentado fuera. Ojalá nos hubiéramos sentado en un rincón con vistas a Heybeli. Parece que cuando uno está en la segunda mitad de su vida empieza a preocuparse por cada atardecer que se pierde.

–Te decía que ayer oí algo en la mesa del desayuno… Bien, pues le seguí el rastro.

Se rio. Y al reírse, su triste rostro se iluminó. Se pareció a Nur. Me dolió el corazón, aunque de una manera distinta. No sentía pena por mí, sino por Nur. Miré a Fikret. Le habían subido los colores. Se iba desprendiendo del aspecto absorto y agotado que tenía cuando poco antes me lo había encontrado en el mercado. Cuando uno tiene una historia que contar, se anima rápidamente. Las historias prenden la mecha de la vida. Sin historias, nos apagaríamos hasta desaparecer.

–Burak, cuando se llega a una edad, es como si te fueran apareciendo indicios de repente que te señalaran cuáles son los asuntos verdaderamente

importantes. Encontramos el sentido de la vida en las pequeñas casualidades. Tú le hiciste una pregunta a mi abuela. Se me ha olvidado qué era. Ella te contestó. Luego Sadık intervino con que no había sido así sino asá. Empezaron a porfiar. Puede que se te escapara, solo eran dos ancianos discutiendo sobre un detalle sin importancia. ¿Te acuerdas?

Reflexioné. Luego intenté recordar la grabación que había escuchado en el jardín de té de Horoz. Sí, discutían por algo. Estaba a punto de comprender por qué cuando me distrajo Selin lanzándose con la bicicleta a todo meter.

–Yo te lo explico –dijo Fikret muy excitado–. Hablaban sobre un cura. La abuela hablaba de un día de otoño en que vieron un cura y Sadık trataba de que se callara.

¡Sí, claro, ahora yo también me acordaba! Decían algo de una iglesia y un cura, pero solo eran detalles que interrumpían la verdadera historia. Por eso se enfadó tanto Nur con Fikret.

–Mientras ellos estaban que si cura, que si icono –continuó Fikret–, se me vino a la cabeza, no sé cómo, la entrevista que le hiciste a Sadık hace años.

–¡Qué curioso! ¿Y cómo estableciste esa relación?

Bajó la voz. Se inclinó hacia delante y susurró con aire misterioso:

–No sería verdad si dijera que fui yo. Es como si en algún lugar en lo más profundo de mi mente hubiera un registro oculto y yo llegara a él de repente. Sabía que Sadık guardaba el recorte en su cuarto, en el cajón de la mesilla de noche.

–¡No me digas!

Sonreí sin poder evitarlo. La entrevista que le hice a Sadık fue la primera de «Retratos». Por aquel entonces eran simplemente una columna, no se habían extendido como ahora a toda la segunda página del suplemento del sábado. Y, con todo, era como si en aquel tiempo, a pesar del escaso espacio, escribiera artículos más sinceros, más importantes. Que Sadık guardara en un cajón aquel recorte de periódico durante diecisiete años me emocionó de una manera extraña. Quizá estaba bebiendo

demasiado deprisa. Fikret también iba rápido y no se percataba de mis idas y venidas. Lo único que le preocupaba era terminar cuanto antes su relato.

–Después del desayuno, mientras Sadık estaba en la cocina, me metí silenciosamente en su cuarto, cogí el recorte y subí a mi habitación. Estaba convencido de que contenía algo que me sería de utilidad. Me lo leí cuidadosamente. En ese momento nada me llamó la atención, pero luego, ya de noche, mientras daba vueltas arriba y abajo en el cuarto… De repente… *Voilà!* Tenía lo que buscaba delante de los ojos. Lo más extraño era que ese dato lo había tenido enfrente de mis narices durante toda mi vida, pero había preferido estar ciego.

Guardó silencio. Se echó hacia atrás y se metió en la boca una rodaja de calamar que había pinchado con el tenedor. Por su rostro se extendió una sonrisa de satisfacción. Tal y como esperaba de mí, me incliné hacia delante y le pregunté:

–¿Y cuál era ese dato?

–¡Maçka!

Rio otra vez. Yo no entendía nada. ¿Se reía de la cara que puse? No, su mirada era del tipo «¡Hala, ahora te toca a ti establecer la relación, reportero audaz!». Apuré el raki de mi copa. Qué pronto se te acostumbra la boca al sabor del anís y del alcohol. Era sorprendente que el mismo líquido que al principio solo podía tomar a sorbos diminutos con la segunda copa me pudiera pasar por la garganta con la misma facilidad que el agua.

–¡Maçka, Burak, Maçka! No lo has entendido, ¿no? Entonces, agárrate, escucha y ya verás. Fuiste tú quien encontró la relación y la sacó a la luz. Además, maldita sea, Sadık te lo dijo de sus propios labios hace diecisiete años. Mira, toma, aquí está.

Del bolsillo de su camisa de cuadros de manga corta sacó doblado el recorte de periódico. Aquel pedazo de papel guardado en un cajón que olía a medicamentos y colonia estaba amarillento y las letras se habían borrado en los dobleces. La fotografía que nos habíamos tomado en el salón de Moda de Şirin Hanım tenía los colores pálidos y mezclados unos con otros.

Fikret señaló con el dedo una línea al final del artículo.

–Mira, ahí está. Tú preguntas: «Antes de mudarse a la mansión de Üsküdar, ¿dónde vivían?». Y él te responde que en Maçka. Exactamente dice: «La casa de los señores padres de doña Şirin estaba en Maçka».

Negué con la cabeza. Tenía que ser un error.

–Pero luego lo hablé con Nur. Vuestra casa de Maçka, o sea, el piso donde ahora viven Nur y Ufuk, no tenía nada que ver con Şirin Hanım. Lo compró vuestro padre.

Los ojos castaños de Fikret brillaban.

–Eso es totalmente cierto. Nuestro piso de Maçka no tiene nada que ver con la Maçka en la que pasaron la niñez Sadık y la abuela.

–Sí, claro, aquello ha cambiado mucho. Cuando eran niños todo eran caserones y mansiones.

Fikret lanzó una carcajada. Llenó de nuevo las copas de raki. Yo también sonreí. No estaba acostumbrado a verle así de alegre. Fikret era el símbolo de la seriedad desde el día en que lo conocí. Nur era locuela y polvorilla y Fikret el hermano mayor con los pies bien plantados en el suelo. Al entrechocar las copas alzó la voz entusiasmado:

–¡Burak! ¡Qué dices! Te estoy diciendo que esa Maçka no es esta Maçka. No es el mismo sitio. ¡Esta Maçka ni siquiera está en Estambul, Burak! Está en Trebisonda. ¡De lo que hablan es de Maçka, comarca de Trebisonda! La iglesia, el cura, el icono y demás están en Maçka, en el monasterio de Sümela. ¿Entiendes? ¡Ja! ¡Sí! Yo también me quedé con la boca abierta cuando descubrí la relación. Pero espera, espera, que aún hay más. Escucha: ellos tampoco son turcos. Calla, calla, espera. Burak, estos que conoces como Sadık y Şirin son, de la cabeza a los pies, ¡rumíes del Mar Negro!

30

Cuando encendí la luz del comedor y me encontré delante a Sadık y a la bisa, tenía la cabeza patas arriba. Hacía un momento me había fumado yo sola un porro enterito. ¡Pero un momento! Que no se me malinterprete. No soy de esas que están liando porros de la mañana a la noche. Si en estas fiestas me traje un poco de hierba fue porque igual componía algo en la isla, por si me venía la inspiración fumando. Pero este no lo lie para componer, la verdad sea dicha. Lo hice para olvidar el agobio. Para escapar de mí misma. Estaba cantidad de deprimida.

El tío Ufuk y yo volvimos a casa hablando y riendo. Quizás yo me reía un poco a la fuerza de sus chistes, pero él estaba claramente alegre. ¿Se habría animado porque yo estaba enamorada o qué? Me preguntó del derecho y del revés por el «chico» del que estaba enamorada. Cuando le dije que todavía no había nada digno de mención entre nosotros, sonrió de una manera muy significativa. Que si el amor se sentía de la mejor manera con mi edad, que si estos años eran nuestra edad de oro… Que si le tenía un respeto infinito al amor… Que si tal y que si cual. No fui capaz de decirle que el chico del que estaba enamorada no era un chico, sino nada menos que el gran Burak Gökçe. Y cuanto más se lo ocultaba, más claro quedaba lo patética y estúpida que era la situación. Al menos en mi cabeza.

A medida que él se elevaba, yo caía, pero no dejé que lo notara. Me inventé un montón de historias mientras bajábamos la colina de Cristo. Por ejemplo, que el chico del que estaba enamorada estudiaba periodismo. Mentirijilla, cercana a la verdad. Le dije que nos habíamos conocido en el bar de Kadıköy, donde actuábamos de teloneras. Mentira total. Que tenía el pelo negro y rizado y llevaba gafas. Eso era verdad. Que todavía no sabía si yo le gustaba o no. Cuando dije eso el tío Ufuk se rio con mucha dulzura.

–Tú con unos sentimientos tan fuertes como para reconocer que estás enamorada y no le vas a gustar… Eso que dices va en contra de las leyes de la naturaleza, Selin.

Esas palabras tendrían que haberme alegrado, pero me deprimieron bastante más. En esas llegamos a la puerta del jardín y, a pesar de la penumbra del crepúsculo, pude ver que alguien se movía por detrás de la ventana del comedor. Quizás por eso se me volvió a aparecer en la imaginación la escena del sexo en la mesa del comedor. ¿Y? ¿No lo habías superado, Selin? Ellos eran amigos del alma. La tía Nur era una mujer sola. Burak era su amigo. No, la tía Nur se abrió los faldones del quimono de cerezas para Burak y… Y… El corazón se me llenó de celos y odio. Pero dentro de mí se elevaba un sentimiento todavía más reprimido: pánico. No le había contado al tío Ufuk que Burak estaba aquí con nosotras, que llegó ayer por la mañana, que entrevistó a la bisa en la mesa del desayuno, que luego, de noche, estuvo en nuestro embarcadero de madera conmigo y con la tía Nur bebiendo vino y fumando porros y que se metió en el agua con el colocón. No había sido capaz de contárselo.

Mi tío cruzó el jardín. Estaba a punto de entrar en la casa. Corrí hasta alcanzarle. Hacía un esfuerzo sobrehumano para no mirar hacia los visillos del comedor, que no dejaban de hincharse a través de la ventana abierta. ¿Cómo se lo explicaba? Pues lánzate de cabeza.

–Tío, esto, Ufuk, se me había olvidado decírtelo. Bueno, ya lo sabes. Burak está aquí. Vino a hacerle una entrevista a la bisabuela. Luego anoche se quedó. Para la página del perio… periódico.

Pude terminar la frase con dificultad porque bajo mi mano el brazo de mi tío se volvió literalmente de hielo. Inclinó un poco la cabeza a la derecha y me miró a la cara frunciendo el ceño.

–Selin, ¿por qué no me lo has contado antes?

La voz la tenía también helada. Liberó el brazo de mi mano de un tirón. En lugar de entrar en la casa se volvió hacia el lado del mar.

–Entra tú, Selin. Yo iré enseguida. Te pido por favor que no le digas a Nur que estoy aquí.

Iba a marcharse. En cuanto yo entrara en casa el tío cogería la puerta y se largaría. Oiríamos el sonido de la campanilla. Se me rompió el corazón. ¿Conque no ibas a dejarme hasta que encontráramos a mi padre, tío? Bueno, Selin, hija, ¿qué esperabas? Primero lo elevas a los cielos y luego lo pinchas como un globo. Todo es culpa tuya. ¿Era el mejor momento para hablarle de amor? Justo cuando su mujer le está traicionando.

Entré en casa con la cabeza gacha. Ni siquiera frené el paso al cruzar por delante de la puerta del comedor, que tenía a mi derecha. Me fui directa arriba, aunque oí susurros. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Esto no se le hace a mi tío Ufuk. ¡Qué vergüenza! Otra vez de vuelta al punto de partida. Casilla 1.

Cuando entré en mi cuarto saqué la hierba que había escondido en el plumier. Rompí uno de los cigarrillos que había comprado ayer por la mañana cuando esperaba a Burak. Me puse los auriculares. Mientras trajinaba me puse el *Teardrop* de Massive Attack. Le pegaba. Desmenucé la hierba; un esfuerzo por quitarme el hambre con migajas… Coloqué el filtro. Busqué cerillas en el fondo del bolso. Las encontré. Lo encendí. Una calada. Luego otra más. Me sentó bien. Al fin y al cabo, no es más que una hierba, como la menta o el orégano. ¿Qué daño puede hacer?

Después salí de mi habitación y bajé las escaleras. Me observo a mí misma. Estoy en el *hall*. Ha oscurecido. Estoy ante la puerta del comedor. Pego la oreja. ¿Oiré gemidos? ¿Se puede estar tantas horas haciendo el amor? ¡Qué sabré yo! ¿Qué sé yo aparte de unos polvos inexpertos, a toda prisa, nada satisfactorios? Ese es todo mi repertorio. ¡Ay, Burak, ay! Si por lo menos me hubiera acostado contigo aunque solo fuera una vez… Si hubiera podido vivir lo que es ser mujer… Pero ¿qué dices, hija? Burak se acostaría contigo y luego te dejaría. Huiría, te evitaría. Dejaría tus mensajes sin respuesta. Si insistieras, te daría respuestas tontas, amistosas y hasta paternalistas, como si esa noche nunca hubiera sucedido. Negaría esa noche con cada gesto, cada palabra y cada actitud. Lo que a mí me interesa no es el buen sexo, sino una conexión auténtica. Él solo se acercaría a mí por un motivo: lujuria. Al fin y al cabo, es un hombre turco de mediana edad. La

lujuria y el deseo de una conexión auténtica se repelerían mutuamente. Y en el hueco que se abriría en medio caería yo, hop. Maldita sea.

Pegaba la oreja a la puerta mientras le daba vueltas y revueltas a la cabeza y de repente me di cuenta de lo extrañas que eran las voces que oía al otro lado. ¿En qué estaban hablando? Murmullo, murmullo. Sillas que se apartan y se empujan. Me agaché a mirar por el ojo de la cerradura. No se veía nada. Bien, hasta aquí hemos llegado, yo no tengo la culpa de lo que pase. Agarré el picaporte, que se abrió sin problemas. Resulta que la puerta no estaba cerrada con llave. ¿Cómo es posible? ¿Eh? ¿Pero qué es esto? Dos sillas delante de mí. Y en ellas, dos personas sentadas una junto a la otra. ¿Estaban así sentadas desde el principio? ¿A qué huele? Pero, estos dos… Estos dos… De repente me dio la risa. Cuando esperaba encontrarme a Burak y a Nur poniendo en práctica sobre la mesa del comedor las ilustraciones del libro de sexo tántrico, me topo con estos dos en la oscuridad: ¡Sadık y Şirin! Me entró un auténtico ataque de risa. ¡Horror! Si intentaba parar, peor. Me doblé en dos. Ji, ji, ji. Ahora explícales a esta pareja lo que significa la palabra *giggles*, cómo ocurre, por qué ocurre.

Encendí la luz. Los cristales de la lámpara brillaron. Me deslumbró. Seguro que tenía los ojos rojísimos. Ellos me miraban como pasmarotes, como un ciervo atrapado por los faros de un coche. ¿Qué es esto, colega? Han puesto el comedor patas arriba. No sé cómo lo lograrían, pero habían arrastrado la enorme mesa maciza hasta debajo de la ventana. Y después, como dos gorriones agotados, se habían posado en las sillas de alto respaldo. La risa se me cortó de golpe. Me entraron ganas de llorar viendo a aquellos dos viejos tan pequeñitos sentados el uno al lado del otro. ¡Qué viejos eran, Dios mío! Dos cuerpos con el manantial de la vida ya seco. Dos personas que tiraban para delante con las últimas gotas de su espíritu. ¡Qué difícil era imaginarse que ellos también habían sido jóvenes en tiempos! Era como si hubieran nacido ancianos. Como si siempre hubieran mirado el mundo sin comprenderlo con esas miradas secas, costrosas, alejadas del presente, sin noticia del presente, torpes, lejanas. Pero había algo seguro: ellos también fueron jóvenes en su momento. Sintieron lo mismo que yo

siento. ¿De verdad? ¿Les habría golpeado la vida como me había golpeado a mí? No me entraba en la cabeza.

Les miraba mientras pensaba en todo aquello. Y ellos miraban la pared que tenían delante. Como estaba mirándoles, todavía no me había fijado en la pared. Pasó bastante rato hasta que vi la pintura de la pared, o eso me pareció. Había perdido la percepción del tiempo. De repente me invadió la alegría. ¡Claro, por supuesto! Si los que había encontrado en el comedor eran Sadık y Şirin… Si p, entonces q… Fue como si me despertara de una pesadilla espantosa. Allí, en aquella habitación, no había ocurrido nada de lo que yo creía. La vida continuaba por el buen camino. Tenía que salir y encontrar al tío Ufuk. Traerlo a casa tirándole del brazo. Tenía que salir en ese mismo momento, pero de repente…

–¡Romaika! –exclamó la bisabuela.

Sadık se estremeció.

–¡Doña Şirin!

Di dos pasos hacia ellos y de repente la hierba me dio un subidón tremendo. Fue como si me atropellara un camión. Mis pies perdieron el contacto con el suelo. Ascendí por el aire hasta dar con el techo. Viéndolo desde allí, todo, el comedor, a mí misma, Şirin, Sadık, se convirtió en una película proyectada en la pantalla de un cine. Yo lo contemplaba todo desde el techo, adonde había salido disparada. Escuché el diálogo con interés.

–¿Qué es *romaika*? ¿Algo así como *eureka*?

Selin la de las risitas se ha olvidado de todos sus problemas y preocupaciones y de su tío Ufuk.

–No es nada, señorita. Su bisabuela está muy cansada.

–Romaika es como se llama la lengua que estábamos hablando. También se conoce como «pontiaka».

Así que no me lo había inventado. Así que esos susurros que había oído no eran fantasías. Y, además, al parecer se lo había preguntado. Qué era lo que hablaban. Sí, claro que se lo pregunté. Hacía un momento, al entrar en el comedor. Creía que solo lo había pensado, pero lo pregunté en voz alta. ¿Se darán cuenta de que estoy colocada? Me puse toda seria para que no lo notaran.

–¿Y qué es eso, o sea, esa lengua que has dicho? ¿Cómo es que la sabéis?

Entonces se me vinieron a la mente los mellizos que hablaban un idioma que se habían inventado. Lo estudiamos en la clase de Psicología 101. Existen casos así realmente. Nadie entendía lo que decían, ni su madre. Volví a mirar a Şirin y a Sadık, sentados uno al lado del otro. Sus mejillas arrugadas. Sus ojos azules, hundidos en las cuencas y con el brillo apagado. Sadık era de piel morena y Şirin de un blanco rosado, pero se parecían en su forma de sentarse, en cómo inclinaban la cabeza ligeramente a la derecha, hasta en cómo suspiraban. ¡Igual al final resultaba que eran mellizos! Me reí nerviosa. Tenía un buen colocón.

–¡Selin, ven a mi lado! Siéntate aquí.

La bisa me señaló la silla que tenía a su otro lado, de cuyo respaldo había colgado el bastón. A sus órdenes. Pasé al sitio que había dispuesto para mí. Ahora estamos sentados los tres en línea como pájaros en los cables del telégrafo. Parte de mi cabeza sigue en el techo. Ellos son gorriones y yo una gaviota. Estamos de cara a la pared. De cara… De cara a la pared… A la pared… ¡Dios mío! Selin se pone en pie. Es demasiado. ¡JODER! Delante de mí hay un cuadro in-cre-í-ble. Dos, tres, cuatro pasos hacia la pared. Son irresistibles las ganas de tocar las montañas, las nubes, el mar espumeante, los barcos despidiendo humo negro…

–¡No lo toques! Todavía no está seco.

–¡Jo! ¡Bisa! ¡Guau! Es súper esto… Esto… Esto, ¿qué es? ¿Lo has hecho tú? Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

–Señorita, su bisabuela está muy cansada. ¿Y si lo hablan mañana? Con su permiso, voy a recoger todo esto.

–¡Siéntate, Sadık! Hay cosas que tenemos que explicarle a Selin. Al fin y al cabo, es la hija de Fikret.

La voz de la bisabuela era dura.

–¿Qué? ¿Qué? ¿Qué vais a contarme?

Sentía mucha curiosidad. Por otra parte, no podía apartar la mirada de la pared. Era como si detrás de ella no hubiera un vestíbulo que se abría a los

cuartos del bajo, sino un auténtico mundo lejano. Si echaba a andar cruzaría los montes y llegaría al mar, no a la cocina y la despensa.

–¡Cuéntame, bisa!

–Antes, describe lo que ves.

¡Uf, Şirin! ¡Qué es lo que no veo! Lo has dado todo. Bueno, has pintado hasta donde llegabas. La mitad de arriba de la pared está vacía, de un molesto color champaña, pero la de abajo es espectacular. Si quieres, tienes bombas, montañas, bosques, puentes de piedra, ríos torrenciales, hombres gigantescos al estilo de Şirin Saka… Con bigotes, chalecos negros y fajines rojos. Le pones a uno en la mano un pañuelo negro y ya tienes al líder del baile. Si luego le coges la mano al otro, te puedes unir al corro. ¡Vamos allá! Esa es la pinta que tienen. Muy de Şirin Saka. Estilizados. Con líneas que desafían todas las proporciones y la realidad. Y detrás, una casa. ¿Conozco yo esto? Me acerqué. Una casa grande con los muros de piedra recubiertos por flores moradas y rosas. ¿La he visto en fotografías? ¿O era en sueños? Luego miré bien y había una chica muy triste andando montaña abajo. Las dos trenzas le salían mustias del pañuelo blanco. No estaba sola, había más gente caminando con ella. Aparecían cuando mirabas, como en una simulación por ordenador. Los veías según ibas prestando atención. Todos estaban agotados. No sé cómo lo hace la bisa que consigue que sintamos su cansancio o, qué sé yo, el entusiasmo de aquellos jóvenes bailando. No se ha hecho famosa por nada.

–No cierres los ojos. Solo puedes oír si miras. Acércate más. ¿Qué te dice ese paisaje?

¿Oír? Estos también están colocados, parece. Bueno. Me acerqué más. ¿Qué quería decir con eso la artista? Miré. Miré. No oí nada. En las montañas estallaban bombas. Alguien lloraba. ¿Quizás el rumor del viento? Teniendo en cuenta que el mar estaba picado… Pero no oía nada de aquello. La mente se me fue de nuevo al idioma que hablaban entre ellos.

–Oigo la lengua que hablabais hace un momento –tiré al azar–. Esta gente la habla.

Sadık suspiró. La bisa se puso en pie apoyándose en el bastón. Sadık siguió sentado en su silla. Qué cosa más rara. Normalmente se levantaba al

instante de un salto. Cogía del brazo a la bisabuela, le alargaba el bastón, le arreglaba la falda o, qué sé yo, esperaba órdenes. Esperaba órdenes hasta hoy. Sin embargo, ahora se había quedado ahí sentado con el codo apoyado en la mesa. Hastiado, derrotado por algo. Pero ¿por qué? Se había rendido, pero ¿a quién?

–¿Ves a esos dos hombres, Selin?

La bisabuela avanzó muy despacio hacia su magnífica obra. Me acerqué y miré el lugar que señalaba con el bastón.

–Te voy a contar la historia de estos dos amigos. La historia de una traición. Porque si no abro esa caja ahora, el pasaje desde el pasado…

Sadık gimió sentado en su silla. Me volví hacia él asustada. Ahí estaban pasando cosas raras. Era bien extraño que aquellos dos carcamales hubieran pintado por sí solos una pared enorme en tan poco tiempo, aunque la rapidez de Şirin Saka era tan legendaria como su estilo. Mi padre me contaba que había veces en que sacaba cinco obras maestras en una noche. Había también otras cosas raras. Lo que hablaban, fuera el idioma que fuese, se había infiltrado en el ambiente de la habitación. Si ahora empezábamos con pasajes y tal y todo se hacía más profundo, estábamos apañados.

–Sadık, ¿te encuentras bien?

El pobre Sadık, que parecía una cáscara hueca, agitó la mano desesperado. La bisabuela me tocó la pierna con el bastón.

–¡Selin! Mira aquí. ¿Lo oyes? Tengo que contarte la historia de todo esto. A otro no, a ti. Dame el brazo para que me apoye.

Luego todo se puso todavía más raro. La bisabuela me cogió del brazo. Echamos a andar alejándonos de la puerta. Pero aquello no era la puerta, ni tampoco nuestro comedor. Şirin y Selin entramos de la mano en el interior de la pintura. Entonces fue cuando lo oí. Ni llantos ni bombas. Dentro de la pintura sonaba música. Una música con un ritmo enloquecido como el latido de un corazón excitado. El arco de un violín de sonido agudo frotaba frenético las cuerdas. Es un rabel, ¿no, Şirin? La voz de la bisa resonaba como la del rabel. Había guerreros que se echaban al monte. Mira, decía, ese también se va al monte. Señaló uno de los dibujos de los dos hombres

gigantescos. Pasamos junto a él. Si nos hubiéramos estirado habríamos podido cogerle del brazo. Iba a luchar contra los responsables del asesinato de sus padres, contra los que habían saqueado y quemado su pueblo. El otro se quedó en su caserón, con los niños y las mujeres. Enviaba ayuda al de la montaña. Provisiones, ropa, municiones. ¿Lo has entendido?

No lo entendía, pero ¿qué más daba? He entrado contigo en la pintura, Şirin. Ahora somos como dos jovencitas que pasean por el monte. ¿Era este el pasaje que decías? Seguimos caminando. En las ramas de los árboles, los cuervos alzan el vuelo. En alguna parte se combate. Oigo también otros ruidos. Milicianos, guerrilleros, partisanos se matan sin piedad. La bisa me tiró del brazo. Nos detuvimos delante de la casa con los muros cubiertos de flores moradas y rosas. Al lado de la casa había un emparrado y debajo del emparrado hombres con botas altas. Soldados. Tenían una niña pequeña sobre las piernas. La habían dejado completamente desnuda. Le acariciaban el pelo rubio. ¿Soy yo esa? Se parece a mí. ¿Por qué me has pintado, Şirin? Sentí un escalofrío. Tengo miedo. Me van a hacer daño. Los ojos de la niña pequeña derraman lágrimas. Mis ojos derraman lágrimas. El hombre que se sienta a la cabecera de la mesa bajo el emparrado tiene la cabeza entre las manos. Es un hombre desesperado. El padre de la niña pequeña. Es… Es… Es uno de los jóvenes alegres a cuyo lado pasamos hace poco. Le dicen que se van a llevar a la niña. Que les diga dónde está el traidor de ese amigo suyo. Lo estoy oyendo. O es mi bisabuela quien me lo cuenta. Están pellizcando a la niña. Me estremezco como si fuera mi propia carne la que pellizcan.

¡Vámonos de aquí, bisa!

Salgamos de este pasaje.

¡Ni hablar! Tienes que escuchar esta historia.

Pero si no la estoy oyendo… Estoy ahí. Estoy viviendo la historia. Llevo sobre mis espaldas la carga del padre deshecho que se sienta bajo el emparrado. Siento dentro de mí la carne pellizcada y amoratada de la niña. Lo sé. Siempre lo he sabido. Lo sé a pesar de que nadie me lo ha contado. Esta historia está grabada en las espirales de mi ADN. Está todo registrado en un archivo en el fondo del pozo. Registrado y perdido. Sí, el desesperado

padre, para recuperar a su hija de manos de los soldados, dirá dónde está la cueva en la que se esconde el amigo que se echó al monte. Se convertirá en un delator. Traicionará a su amigo y su pueblo. La historia de su deslealtad se grabará en las espirales de su ADN. Ah, eso es, a ser obediente, le dirán. Yo estoy allí. Lo oigo. Se ríen perversamente. Vamos a dejarte un centinela a la puerta. Protegemos a los que colaboran con nosotros. Llegará un día en que meteremos a toda vuestra gente en un barco y los deportaremos de estas tierras dejándoles que se lleven un hatillo como mucho, pero a vosotros os seguiremos protegiendo. Eso dicen. Uno de ellos besa a la niña. Su asquerosa saliva acuosa me corre mejilla abajo. Después la deja en el suelo y la niña se cae. Las desnudas rodillas se le llenan de tierra. La tierra se mancha de sangre. Yo también me caigo. Me agarro del brazo de mi bisabuela.

–¡Doña Şirin!

No soy yo quien se ha caído. La bisa. Se ha desplomado al pie de la pared. Se lleva una mano al pecho. La voz le suena entrecortada.

–Estoy bien, no me pasa nada. Me han dado unas palpitaciones.

El ruido en mis oídos. La música del rabel se aleja. El ritmo enloquecido se va calmando. Sadık echa a correr y se arrodilla a su lado. Ha sacado de no sé dónde un frasco de colonia de limón y le da friegas en las muñecas a la bisabuela. Ella apoya la espalda en la pared a cuyos pies ha caído. Cierra los ojos. Mueve sin cesar los labios, como si estuviera rezando. Allí donde apoya la cabeza se alza un magnífico edificio tallado en montañas verdísimas. Se me escapó cuando miraba la pintura hace un momento. Sin embargo, es precioso. No, no se alza, se extiende, abraza las montañas. Forma parte de la naturaleza de una manera tan profunda que no se nota en un primer vistazo, pero luego, una vez visto, no puedes apartar la mirada de él. Es un monasterio. No se parece a los de la isla, pero lo sé. Además, es un monasterio mágico. Esto tiene que ser un cuento. En el patio hay una pareja de niños pequeños cogidos de la mano mirando algo muy concentrados. La niña es rubia y el niño tiene los ojos azules. Retrocedo un paso. Otro. Desde lejos resulta más preciso lo que están mirando. Tienen los ojos clavados en Şirin caída al pie de la pared y en el viejo Sadık

poniéndole compresas en las muñecas. Lo que miran como si estuvieran hechizados… *Holy shit!* Lo que miran… Es el futuro. Su propio futuro. Desde el interior de la pintura los niños están viendo nuestro comedor, a Sadık y Şirin junto a la pared, el aspecto que tendrán en el futuro. Porque los niños del patio del monasterio no son sino los propios Sadık y Şirin.

¡Uf, vaya colocón que llevo, de verdad!

31

Estaba en un rincón del muelle, mirando el mar y comiendo unas albóndigas de patata envueltas en papel encerado que les he comprado a los ladrones de la charcutería. De los vapores todavía bajaba un torrente de gente, que pasaba por detrás de mí dándose empujones y riéndose. Me había puesto los auriculares. Al suprimir con música los ruidos del mundo, podía observar mis pensamientos como si tuvieran lugar en la mente de otra persona.

«Abrázame donde mi madre lo dejó. Enfádate conmigo donde desistí del amor». Con la de años que llevo oyendo este álbum y no me canso de él. El que sabe escribir, sabe escribir. Y luego van y lo queman vivo.[6]

Me asomé por el antepecho de cemento, hacia el mar. Las medusas enredadas en las algas iban y venían al ritmo de las olas. El agua estaba sucia. No se veía el fondo. «La nieve se acumula en mis recuerdos poco a poco»… Muchos, muchos años atrás mi madre y yo les tiramos mi chupete a los peces justo desde ese punto. Se había convertido en un problema familiar que todavía anduviera por ahí con el chupete en la boca a pesar de que hacía bastante que había empezado a ir a la guardería. Aquello irritaba especialmente a mi padre. Le daba vueltas al tema y lo retorcía hasta, de alguna manera, relacionarlo con la familia de mi madre. Supongo que le parecía una perversión procedente de la estirpe de Şirin Saka mi adicción al chupete. Por eso le tocó a mi madre conseguir que lo dejara. Ya que la niña es así por los genes de tu familia, ¡arréglalo tú, Süheyla!

Me asomé un poco más hacia el mar. ¿Había peces deambulando por entre las algas? Mi madre me convenció de que los peces pequeñitos necesitaban mi chupete más que yo. El Pececito Negro, por ejemplo. Me

levantó por las axilas y yo apoyé el vientre y el pecho en el cemento tibio. Después de que echara el chupete de plástico azul a los peces me compraría un helado de cereza en forma de rosa del heladero que se ponía delante del club. El Pececito Negro no andaba a la vista. El agua estaba limpia. Brillaba azul verdosa. Por fin, reuní todo mi valor y dejé caer al agua el chupete que apretaba en el puño, pero, al ver que los peces bebé no se apelotonaban sacudiendo la cola sobre el regalo que acababa de hacerles, lloré. Tenía sentimientos muy confusos. Mi madre me había engañado. ¿Acaso usaban chupete los peces? ¿Qué hacía el Pececito Negro en nuestra isla, en el muelle? De entrada, las crías de pez tenían la boca muy pequeña. Y, sencillamente, no acudían. Cuántas veces no habría visto cómo atacaban todos a la vez una miguita cuando les echaba pan. Mi madre me había mentido. No quería helado ni nada. Estaba completamente sola en todo el ancho mundo. Lloraba.

Y ahora lloraba otra vez. ¿Qué ha cambiado desde entonces hasta hoy? «Por algún motivo, / a uno siempre le falta algo». Seguía estando sola en todo el ancho mundo. Además, ya no estaba conmigo mi madre, fresca, dulce y suave como el zumo de albaricoque que corre garganta abajo. «Y cuando vas a completar lo que te falta, / lo que tienes se va desgastando poco a poco con el tiempo».

Al girar la cabeza los vi. Salían de uno de los restaurantes que se alineaban a la orilla del mar. ¡Burak y Fikret! ¡Caramba! Fikret agarraba del brazo a Burak y le hablaba mientras, al mismo tiempo, le tiraba para que fuera hacia el barrio de Kumsal, en la dirección contraria al muelle. Burak le obedecía y daba un par de pasos, pero luego se arrepentía y se paraba. Cuando se detenía, también lo hacía Fikret, aunque sin dejar de hablar. Dos minutos después repetían los mismos movimientos. Fikret tiraba de Burak y Burak se resistía. Apagué la música. Me quité los auriculares y los guardé en el bolsillo. Estuve un rato contemplando aquella extraña escena. Los dos se tambaleaban. ¡Estaban borrachos como cubas! Así que se habían agarrado una curda juntos. ¡Mira tú! ¿Cuándo y dónde había aparecido Fikret? ¿Cómo lo había encontrado Burak? ¿O sabía desde el principio dónde estaba Fikret?

Al fin Burak liberó su brazo de la mano de Fikret. Le dijo algo con cara seria. Se dieron media vuelta y miraron los vapores que aguardaban en el muelle. Justo en ese momento, la mirada de Burak se cruzó con la mía. Sonreí. Él apartó la cara. Estaba enfadado. Dolido. Resentido. Se volvió hacia Fikret y le dijo algo. Fikret asintió con la cabeza. Luego se abrazaron. No del todo, solo un contacto de medio cuerpo. Abrazo de hombres al salir de la taberna. Se dieron palmadas en la espalda, plas, plas, plas. Bueno, colega, cuídate, esto y lo de más allá. Así que ahora eran amiguitos. Fikret llevaba la mochila a la espalda. Burak tenía las manos vacías. La cartera, el teléfono, el cuaderno, todo lo llevaba en el pantalón de muchos bolsillos. Antiguamente en esos bolsillos llevaba carretes y carretes de fotografía. Antiguamente Burak era un reportero audaz. Ahora era el autor de esos «Retratos» en los que no se mojaba.

Mientras Fikret, con la mochila al hombro, se mezclaba con la multitud delante de los restaurantes de pescado, Burak vino hacia mí. Sonreí una vez más. Vamos, Burak, con tantos años de afecto que nos tenemos, perdóname. ¡Tengo tanta necesidad de que me perdonen! Mi sonrisa estaba a punto de convertirse en una mueca estúpida e implorante. Burak no alteraba su gesto serio. Me encanta esa característica de los hombres: no están obligados a responder a una sonrisa.

–¡Has encontrado a Fikret!

–Sí, salió de pronto de entre la multitud.

–¿Y? ¿Dónde ha estado todo el día? ¿Te lo ha contado?

–Me voy, Nur.

Traté de contener la oleada de pánico que se elevó dentro de mí.

–¿Qué quiere decir «me voy»? ¿Adónde vas?

–A Estambul, me vuelvo a casa.

En mi interior algo se quebró con estrépito. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Por algún motivo, siempre me falta algo. Yo… «A mi edad, y tengo dentro un niño / que sigue esperando amor de ti». A Burak no le importó. Miró los vapores hastiado. Luego a mí. Algo había cambiado en su mirada. Ya no estaba enfadado, dolido ni resentido. Pero tampoco era como

antes. Realmente existía eso de «demasiado tarde» y yo había cruzado la línea.

–Pero ¿y mañana? –le pregunté, no obstante, con una última esperanza–. Mañana celebramos el centenario de la abuela. ¿No vas a venir? ¿Qué va a pasar con la entrevista?

¡Como si me importara mucho la entrevista, el reportaje y la página de «Retratos» del suplemento de fin de semana! Dile la verdad, Nur. Ibas a quedarte por mí. Hablaríamos. Me perdonarías.

–Ya tengo una buena historia lista. No necesito más.

¿Qué quería decir con eso? Bueno, pues vale. No le preguntaré. ¿Y qué era aquella nueva mirada en sus ojos? Burak no me miraba así antes. Falta algo. ¿Qué falta? ¿Pasión? ¿Deseo? No lo sé. Tenía una expresión en el rostro depurada de cualquier sentimiento. Me intranquilizó. Sonó la sirena de un vapor. Estaba a punto de amarrar. Por los altavoces se oyó el chasqueante anuncio habitual: «El barco próximo a amarrar en la parte frontal del muelle partirá de inmediato en dirección a todas las islas, Kadıköy y Eminönü».

Burak se puso en marcha.

–Ese es el mío. No quiero perderlo. Corre tú también y alcanza a Fikret. No le dejes solo.

Sin darme la oportunidad de responder, se inclinó y me rozó las mejillas con los labios. Brevemente. Ligeramente. Evitando darme un poco en los labios como si hubiera fallado la puntería. Y se fue. Con las manos en los bolsillos y la cabeza al frente, con paso rápido. Me quedé mirándole a sus espaldas. Con una mano en la mejilla buscando el rastro de los labios de Burak. Lo buscaba, pero no lo encontraba. ¡Maldita sea! Me había besado como yo le besaba en las épocas en que era feliz con Ufuk. Como un amigo, así de simple. Directo de los labios a la mejilla.

No me moví del sitio hasta que el vapor se alejó del muelle. Me habría quedado más de no haber visto a Fikret algo más allá, detrás del embarcadero de las motoras, comprando garbanzos tostados en el carrito de un vendedor ambulante de frutos secos. Eché a andar hasta él, arrastrando los pies. Estaba exhausta. Me habría gustado apoyar la espalda o

abandonarme en los brazos de alguien, como cuando hacía el muerto con los brazos abiertos en el mar. Aunque la verdad es que yo soy de las que únicamente pueden relajarse estando solas. No sabía entregar mi peso a otra persona. Únicamente cuando me quedaba a solas podía ser yo misma. Con todo, fui a hablar con Fikret para saber si él y Burak andaban tramando algo. ¿Le habría comentado Burak algo de mí? Si la respuesta era afirmativa, ¿qué y cuánto le habría contado?

–¡Fikret!

–Hola, Nur.

No se sorprendió. O sea, él también me había visto. En realidad, para cruzar desde donde los restaurantes hasta este lado tenía que pasar por delante de mí.

–Burak se ha ido.

–Lo sé. ¿Quieres?

Miré los garbanzos blancos del cucurucho que me ofrecía, pero no quise.

–¿Andamos un poco? Por fin ha refrescado algo. Hará una buena noche.

No dije nada. Detrás de Heybeli, donde el sol se había puesto hacía una hora, ahora Venus nos hacía guiños. También ella se pondría en breve y se perdería siguiendo las huellas del sol. Como se había pasado el día entero siguiendo al sol por el cielo, no habíamos podido verla. Ahora, con la penumbra del crepúsculo, había encontrado la posibilidad de mostrarse, pero pronto huiría. El sol no podía esperar. Burak me había esperado demasiado a mí. Ahora estaba en el vapor que se aproximaba a la isla de Heybeli.

Fikret y yo anduvimos hasta la plaza del reloj. Helados, los novedosos gofres, patatas asadas, buñuelos… Nos deslizamos entre olores y gritos de «pasen, pasen». El lugar que yo añoraba era otro completamente distinto. A estas alturas, dudaba de que pudiera encontrarlo en este mundo. Si se lo comentaba a Fikret, me respondería que ese lugar se encontraba dentro de mí. Bien, estaba en mi interior, pero ¿tan mal estaría que el exterior ofreciera un ambiente como el de mi imaginación? Ufuk me respondería: «¿A qué esperas? Ve a por ello». De todas formas, estaba convencido de

que yo no iría a ninguna parte y de que, si iba, regresaría con él. Solo Burak me habría preguntado en qué tipo de lugar me gustaría despertarme.

Pasamos por delante del viejo hotel Akasya y entramos en el club. Los socios sentados a las mesas de la elegante terraza nos miraron de arriba abajo de reojo. Fikret les sonrió a unos cuantos y les saludó con la cabeza. El club estaba lleno, pero allí no había ni rastro del griterío festivo de fuera. Las lámparas de pie, que recordaban a las farolas de las calles del viejo París, brillaban con un agradable amarillo. Por los altavoces escondidos detrás de las palmeras se oía el piano amable de Richard Clayderman. Mujeres mayores jugaban a las cartas en una mesa redonda y padres y madres sanos y guapos, que habían dejado a sus hijos en un espacio seguro de límites bien definidos, bebían *blush* con amigos parecidos a ellos. Fikret iba a seguir con el raki. Lo pidió sin la menor vacilación. ¡Bravo, hermano! Así que, como conclusión de todos esos cursillos de desarrollo personal, habías superado la preocupación por el qué dirán. En la selecta terraza del jardín del club Anadolu vas a tomarte dos dobles de raki. Yo pedí coñac. ¿Coñac con este calor? La educada camarera sin duda había sido entrenada para no cuestionar a nadie, no haría ese tipo de preguntas.

–Póngale hielo. Y, si hay, ¿podría traer también chocolate amargo?

Fikret se rio de nuevo. Se le notaba muy jovial, no sé si porque había estado bebiendo con Burak o por alguna otra razón.

–¡Eres de lo que no hay, Nur!

Sonreí de medio lado. Me retrepé en el sillón de mimbre. Era como si estuviéramos en La Habana, en el patio del hotel a donde iba Hemingway. Fuera, el populacho, agotado por el calor, la aglomeración, la lucha por la vida y la obligatoriedad de apurar la diversión en unas vacaciones demasiado breves; dentro, nosotros, la clase selecta, tumbados en los sillones de mimbre acompañados por el rumor de las hojas de palmera y por la interpretación de «Let it be» de Richard Clayderman. Choqué mi regordeta copa de coñac contra el Efe verde de Fikret. Me aliviaba ver que también él bebía, pero no le dije nada. Por si acaso. No le recordemos que es un yogui. Así estamos bien. Estamos bien.

–¿Y?, cuenta, a ver, hermanito. ¿Dónde has estado desde esta mañana?

Hundidos en nuestros sillones, ambos teníamos la cara vuelta hacia el mar. Eso también estaba bien. No me encontraba con ánimo de que nos sentáramos frente a frente y tener que soportar la tensión de una charla mirándonos a los ojos. Cuando se me venía a la mente que Burak había subido a un vapor y se había ido, se me oprimía el corazón. ¿O era porque Ufuk no me llamaba? No lo sé. Una fina cuchilla me hería el corazón con pequeños cortes, pero muy profundos. ¿Cómo se llamaban las cuchillas de carpintero? ¿Buril? ¿Gubia? Bah, una herramienta para trabajos delicados. Que me tallaba poco a poco el corazón.

–He ido a Maçka.

¿A Maçka? ¿A nuestra casa? ¿A ver a Ufuk? ¿Fikret había ido a ver a Ufuk? Pero si Ufuk no estaba en el piso de Maçka… Se había largado y no había vuelto. El buril talló una nueva raya y dio marcha atrás.

–A la Maçka de Trebisonda.

Debí de abrir los ojos con perplejidad.

–¿Tú sabías –me explicó– que nuestra gente, o sea, la abuela y Sadık, habían nacido y crecido en la Maçka de Trebisonda?

Pensé. ¿Lo sabía? Sí, probablemente lo sabía. En tiempos se habló de algo del Mar Negro, pero no le di demasiadas vueltas a si era Trebisonda, Samsun, Rize o qué. Cuando se compró esta casa en la isla se vendió algo de allí. ¿Un terreno? No, un caserón que había en algún sitio. Pero había sucedido antes de que naciera yo, antes incluso de que naciera mi madre. Vendieron la mansión y compraron esta casa en la isla. Por aquel entonces la abuela acababa de casarse. Bueno, ¿y qué se le había perdido a Fikret allí? No, no le iba a hacer una pregunta tan tonta. Teniendo en cuenta que Fikret estaba obsesionado con nuestro árbol genealógico, con nuestro libro de familia, con nuestro bisabuelo, el tal Nuri, normal que en el segundo día de las fiestas se le ocurriera ir a Trebisonda y a Maçka. Él sí que era de lo que no hay. Le envidié un poco porque estaba haciendo lo que le apetecía. Había dejado de pensar en si le tomarían por loco. Si se le metía algo en la cabeza, iba por ello. Mi hermano no cedía.

–Te fuiste esta mañana y has vuelto ahora, ¿no?

Asintió. Tomó un buen trago de su raki. Luego otro. Bebe, Fikret, bebe. Bebe para que veamos tu verdadero rostro.

–Anoche no podía dormir, Nur. Vosotros estabais en el embarcadero delante de casa, riéndoos. Pero las voces de mi cabeza no sabían callarse. Había llegado al final de la adivinanza. Si la resolvía, encontraría la paz. Tenía la solución ante mis ojos. La sentía, pero era incapaz de encajar las piezas. Estaban todas desparramadas a mi alrededor. Unía dos o tres, aunque no podía hacerme con el cuadro entero. Siempre me faltaba una pieza.

–¿Cuál?

Fikret se revolvió en el sillón en el que se hundía y se giró hacia mí. Tenía los ojos inyectados en sangre.

–¿De verdad quieres saberlo?

Lo que me estaba diciendo era que me lo contaría si no me lo tomaba a la ligera, si no me burlaba. Se moría por contármelo. Por eso no había manera de que soltara a Burak del brazo. Pero Burak se había ido. Otro golpe de buril. Aspiré profundamente. Un trago de coñac que me corrió por la garganta suave y templado. La solución a todos los males.

–Claro que quiero.

Cuéntame, Fikret. Distráeme. Cuando las elucubraciones se dispersen, la cuchilla dejará de tallarme el corazón. Vamos, entretenme con tus historias del Mar Negro, con lo que pasó entre bambalinas, con los secretos familiares de los que juramos no hablar aunque no sabíamos siquiera cuáles eran.

Fikret se sacó del bolsillo el cucurucho de garbanzos blancos, se echó un puñado a la boca y se reclinó en el sillón.

–Mira, vamos a ver… Ayer por la mañana, en el desayuno, mientras Burak le preguntaba a la abuela cosas relacionadas con su niñez, se pusieron a discutir. ¿Te diste cuenta?

–¿Quiénes?

–La abuela y Sadık. Sobre algo de un cura. Que había ido a donde ellos vivían. Mencionaron además un icono. Más exactamente, la abuela intentó

sacar el tema y Sadık evitó la cuestión. ¿Te acuerdas? Justo en ese momento se me vino a la memoria la entrevista que Burak le hizo hace años a Sadık.

–Que la recortó y la colgó a la cabecera de su cama. Me acuerdo.

–Sí, yo también me acordaba. Por eso fui a su cuarto después del desayuno.

–¡Fikret! Ese recorte era algo de mucho valor para el pobre. Espero que no lo arrancaras de la pared y te lo echaras en el bolsillo.

Fikret negó con la cabeza mientras me ofrecía el cucurucho de garbanzos tostados.

–No estaba en la pared, lo había quitado. Pero no me costó mucho encontrarlo.

–¡Fikret!

–¿Y qué más da, hija? Aquí lo tienes –Fikret abrió la cremallera del bolsillo delantero de su mochila, que tenía en el suelo, y sacó una vieja página de periódico, amarillenta por los dobleces–. Mañana por la mañana, cuando Sadık vaya a la compra, la dejaré en su sitio. ¡No va a estar todos los días abriendo el cajón para leer una y otra vez lo que le contó a Burak! Lleva ahí diecisiete años, no creo que se dé cuenta de que falta un día.

Era razonable. Yo también me eché a la boca unos garbanzos. Después tomé un trago de coñac. La tarde había dado paso a la noche. Podíamos emborracharnos con toda tranquilidad. La noche me dio valor. Las cosas que puede hacer una en cuanto cae la noche que luego la sorprenden de día. ¿Nos podría traer más de beber? Gracias.

–Tenía razón. Lo recordaba correctamente. Sadık se lo había dicho a Burak años atrás. Mira, aquí. Toma, léelo tú. Dice: «La casa del señor padre de Şirin Saka estaba en Maçka». Y ahí tienes la segunda pieza. Un cura, un icono, la casa del señor padre en Maçka… Pensaba en todo aquello mirando por la ventana. Me di cuenta de que no me iba a venir el sueño y encendí el ordenador. Escribí aquellas palabras en Google. ¿Quieres saber qué me salió?

Nos trajeron la bebida. Por supuesto, no tenían chocolate amargo. Tampoco tenían del otro. En fin. El cielo se había llenado de estrellas.

Frente a nosotros el mar oscuro y los vapores que se desplazaban brillando en la oscuridad.

–¿Qué salió?

–¡Sümela!

Por un instante creí que decía Süheyla. Süheyla. Nuestra madre. Percepción selectiva. Todas las puertas llevan a ti, mamá. Fikret debió de verme el asombro en la cara porque se vio en la necesidad de explicarme:

–El monasterio de Sümela.

–Ah, vale. Entiendo. Sümela, ¿eh?

Fikret me miró con atención a la cara para saber si estaba preparada para lo que seguía. Abrí enormemente los ojos para que entendiera que me interesaba. Debí de convencerle porque de repente alzó la voz.

–¡Escucha esto, Nur! En la época de la Guerra de Liberación, mientras los rumíes de la región oriental del Mar Negro están siendo masacrados por Osman *el Cojo* y sus partisanos, los sacerdotes de Sümela entierran en algún lugar del monasterio un icono muy valioso de la Virgen María para que no lo robaran o lo quemaran. Después, un cura que logra salvar la vida, llega a Grecia y les dice a los de allí dónde está el icono. Mientras, las bandas de nacionalistas turcos saquean los pueblos rumíes y destruyen las iglesias hasta que no queda piedra sobre piedra. El hermoso monasterio de Sümela también se lleva su ración de aquella barbarie, pero al icono de la Virgen, oculto bajo tierra, no le pasa nada. Años más tarde, cuando las tierras del Mar Negro han sido purgadas totalmente de la población rumí y todo aquello ha sido borrado de la memoria, llega un cura de Grecia, encuentra el icono donde lo habían enterrado, se lo guarda en el pecho y se lo lleva a Salónica. Nuestros Sadık y Şirin, que por entonces son niños en Maçka, son testigos del hecho.

Una estrella fugaz. Muy grande. Podría haberla tomado por un avión de no haber desaparecido del negro cielo al caer por detrás de Heybeli.

–¡Increíble! –murmuré.

–Sí, del todo. Una historia increíble, Nur. ¿Qué hacían en ese momento Sadık y Şirin en Sümela? Una posibilidad es que estuvieran jugando. No está demasiado lejos de donde vivían. Otra posibilidad es que sea una

jugada del destino para que la historia nos llegue a ti y a mí. En cualquier caso, cuando las piezas encajaron, no pude resistirme. Me compré un billete para un avión a Trebisonda que despegaba temprano, a las seis, del aeropuerto Sabiha Gökçen.

–¿Cómo fuiste al aeropuerto a esas horas?

–Llamé un taxi acuático a la isla. Me llevó a Pendik y de allí no hay mucho camino hasta el aeropuerto. Tomé un taxi.

Mi hermano no dudaba a la hora de gastarse el dinero en lo que le apasionaba. Para qué voy a mentir, era una historia interesante. Envidié el arrojo de Fikret y su entusiasmo vital.

–¿Qué encontraste al llegar a Maçka? Supongo que no le preguntaste al primero que te encontraras por el señor padre de Şirin Saka. ¿Qué plan tenías?

–La verdad es que no tenía ningún plan. Me dejé llevar un poco por el flujo de los acontecimientos. Era como si alguien me estuviera susurrando al oído el paso siguiente. Cuando le hacía caso a la voz y no me preguntaba lo que pasaría después, todo me venía rodado.

¡Ay, ay, ay! Ya empezaba a hablar de flujos e influjos.

–Atendí a la voz que me susurraba que tomara el primer avión a Trebisonda. No pensé más allá. He entendido esto, Nur: en la vida no podemos controlar nada. Todo está fijado desde el principio. Y, aunque no lo estuviera, existe una trama de acontecimientos gobernada desde un lugar al que no alcanza la voluntad humana. A medida que tu intuición se va afilando, aumenta tu sensibilidad con respecto a la trama. No intentas cambiar las reglas del juego, no te esfuerzas inútilmente en desviarlo hacia donde tú quieres, sino que solo das el siguiente paso sin pensar adónde te va a llevar. Sin ningún objetivo.

–Me da la impresión de que hay que tener un objetivo bastante notable para irse de Büyükada y tomar el avión de las seis a Trebisonda.

–Sí, por supuesto, pero al fin y al cabo no esperaba que fuera a conseguir esto o lo de más allá. Aunque no saliera nada, tenía que dar el paso. Puede que no llegara a saber nunca el motivo. Un paso que se da sin sentir la necesidad de que haya un motivo.

–O sea, que no era por oportunismo.

Le estaba tomando el pelo, pero Fikret no picó. Ni se dio cuenta. Se bebió de un trago lo que le quedaba de la segunda copa. La dejó con un golpe en la mesa de delgadísimo cristal, que por poco se rompe. Empezaba a pasármelo bien. ¿Cuándo había bebido así, a solas, con mi hermano mayor? Lie un cigarrillo y lo encendí.

–¿Cómo fuiste hasta Maçka?

–Tomé un taxi en el aeropuerto. El taxista era un chico joven. Muy joven. Cuando le dije que iba a Maçka creyó que iba a visitar el monasterio de Sümela. Por lo visto, estaba en obras. Alpinistas jóvenes llegados de Estambul escalaban las lisas paredes y limpiaban piedras y rocas. Pero, si yo quería, podía llevarme a aldeas donde todavía se hablaba el griego del Mar Negro. El año pasado había llegado una inglesa. Era profesora de universidad, como yo. Le pidió que la llevara allí. Y mi joven taxista comprendió que aquel idioma que le había oído a sus abuelos y que recordaba muy vagamente era un valioso material turístico que se enfrentaba a desaparecer de la faz de la tierra. Ahora llevaba a profesores y tal, como yo, que venían de la gran ciudad. Como Sümela estaba en restauración, seguro que yo también querría ir a aquellos pueblos.

–¿Todavía queda gente en el Mar Negro que hable griego?

–No le llaman griego, sino pontiaka o romaika. A la vuelta lo miré un poco en internet. Hasta hay un documental. Te mandaré el enlace. Hay quienes afirman que es la lengua más cercana a la helénica que se hablaba en la Grecia antigua. Y sí, todavía se habla en algunas aldeas del Mar Negro oriental.

–¡Qué interesante! Pensaba que por allí no quedaba población cristiana.

–Y, de hecho, no queda. En las aldeas donde se habla pontiaka todos son fervientes musulmanes.

Me incorporé para apagar el cigarrillo. Fikret se sumergió en un silencio significativo. Contemplamos las luces que se filtraban por los ventanucos del vapor que se acercaba al muelle y que se reflejaban en las aguas oscuras.

–¿De verdad oíste hablar esa lengua?

–Sí. El taxista me dejó en un café y allí algunos ancianos hablaban pontiaka entre ellos. Era una de las aldeas de Maçka. Al entrar yo se callaron. Nos felicitamos las fiestas. El taxista me presentó como un profesor que estaba haciendo una investigación.

–Y no les gustó.

–No les gustó. Unos muchachos con pinta de brutos se pusieron un poco gallitos. ¿Qué investigación era esa? Los ancianos estaban viendo la televisión y no nos hacían caso. Parte de ellos estaban concentrados jugando a las tablas o al okey. Traían y llevaban tés para acá y para allá. Puertas y ventanas estaban abiertas, corría una brisa fresca.

–Fikret, no puedo aguantarme, así que lo voy a decir. Lo que cuentas parece una película. ¿Has vivido todo eso hoy?

Se rio.

–A mí también me cuesta trabajo creerlo, pero sí. Todo ha pasado y terminado en un día. Mira, ahora estoy aquí. Brindando contigo, en aguas conocidas y familiares.

Me entraron ganas de levantarme y abrazarle. Abrazar a mi hermano era algo que no hacía ni en sueños. ¿Nos habríamos abrazado alguna vez? ¿Con sinceridad, de corazón? ¿Habíamos apoyado la cabeza en el hombro del otro para aliviar nuestras penas? Fikret también había perdido a su madre. La cuchilla que me tallaba poco a poco el corazón, ¿no estaría haciendo lo mismo en su interior?

–¿Y qué pasó después? ¿Pudiste enterarte de algo?

–Lo de después fue extraño. En el café en el que me dejó el taxista, todos los de la panda de los viejos tenían algo que decir sobre nuestro bisabuelo Nuri Bey. Yo creía que nadie lo iba a recordar o que no iban a hablar, pero todo lo contrario. Algunos decían que se llevó su merecido, que era un vendido. Que apuñaló por la espalda a su compañero de armas, decían. Otros no estaban de acuerdo. Decían que no iba a apoyar a los terroristas. Al oír mencionar a los terroristas los jóvenes se pusieron hechos una furia. Que si yo era nieto de un terrorista póntico. Algunos decían que hizo lo que era necesario para la Causa Nacional. Otros que era, simple y

llanamente, un traidor a la patria. Que estaba claro por cómo terminó. Porque al final…

–¡Qué interesante! ¿Cómo podían acordarse de algo de hace tanto tiempo? ¿No se estarían inventando la historia de otro para impresionarte?

–Es un sitio muy pequeño. Las historias pasan de boca en boca. Y además, Nur, entre ellos los había muy viejos. Ancianos que han perdido el brillo de los ojos, a los que la piel de las manos les ha desaparecido entre manchas marrones, sin dientes, obligados a apoyarse en un bastón incluso estando sentados… ¡Qué tierra el Mar Negro! La vida humana es tan fructífera como la de los árboles. Nosotros tratamos a la abuela como una rara e incomparable tela de las Indias porque tiene cien años, pero créeme que algunos de aquellos vejetes parecían de la edad del padre de la abuela. Y, aunque yo pensaba que no estaban oyendo nada, fueron ellos los que pusieron los huevos de oro.

No estaba convencida. Fikret quería que existiera una historia. En el café, hombres aburridos de todas las edades habían mezclado una serie de viejos sucesos y se los habían puesto en bandeja diciéndole: «Toma, esta es la historia de tu abuelo». Y mi hermano había picado el anzuelo.

–Por cierto, al bisabuelo no, pero había quienes habían conocido personalmente ¡a la bisabuela!

–¿A quién?

–A la madre de Şirin Saka. Cuando murió su marido… La muerte del bisabuelo Nuri fue toda una historia en sí misma. Ya llegaré a eso. Pero primero tienes que asimilar lo que te voy a contar para que esa parte tenga sentido. En fin, Nuri Bey muere y su esposa, o sea, la madre de Şirin, se casa. Eso ya lo sabes. Lo contó la bisabuela. Para no llevarse a casa del nuevo marido a una chica adolescente, la madre manda a Şirin a Estambul, con un pariente lejano.

–La mansión de Üsküdar… Y mandaron con ella a Sadık. Eso también lo he pensado yo hoy. Qué experiencia más amarga para una jovencita. Se le muere el padre. La madre le da la patada y la manda a casa de un presunto tío a saber con qué intenciones. Nunca nos dimos cuenta de esa herida de la bisabuela. O sea, cuando la acusábamos de haber sido una mala

madre… Pobre niña. Menos mal que le pusieron de acompañante a Sadık. Puede que por eso…

Fikret asintió impaciente.

–Sí, eso también es interesante porque a Sadık lo enviaron supuestamente a estudiar. No de criado ni nada parecido. Al principio, vaya. Su madre siempre esperó que estudiara y entrara de administrativo en la fábrica de zapatos.

–¡Ay va! ¿De dónde ha salido eso? ¿Cómo te has enterado, Fikret? ¿Estás seguro de que no te has pasado el día encerrado en una habitación de hotel escribiéndolo?

Fikret se echó a reír. Estaba muy excitado. Impaciente como un niño que tiene una historia sorprendente que contar. Bullía de emoción calculando qué parte debía contar primero y cuál debía guardarse para después para mayor efecto. Sus labios vertían las palabras una detrás de otra, sin detenerse a tomar aliento. Si la mirada se me deslizaba hacia otro lado, su voz se elevaba de repente exigiéndome atención ininterrumpida.

–Mira, acabo de decírtelo, la madre de Şirin, cuando se murió su primer marido, Nuri Bey, y, como tú dirías, se quitó de encima a su hija, se casó con uno de los notables del pueblo. Se llevó consigo a la madre de Sadık, Meryem la gobernanta, y se instaló en casa de su nuevo marido. También tuvo hijos de él y fue Meryem quien los crio. Y mientras los criaba, les hablaba de su hijo, largo y tendido. No paraba de contarles cómo Sadık estaba estudiando en Estambul y cómo un día regresaría a la aldea con su traje, unos zapatos de cuero lustrados y un maletín y besaría la mano de su madre. Gracias a Meryem, estos niños, o sea, los hermanastros de Şirin, crecieron aprendiendo no solo la historia de los afortunados Sadık y Şirin, enviados a Estambul, sino también sobre el marido de Meryem, sobre el pasado borrado de la memoria y sobre la vergüenza que siguió a la muerte de Nuri Bey.

Me incorporé atónita. Me golpeé la mano y casi vuelco la copa de coñac. Menos mal que estaba vacía.

–¿Qué me dices? ¿Que Şirin Saka tiene hermanos en una aldea del Mar Negro?

–Sí. Hermanos de madre, pero de padre distinto. Tenemos tres tíos abuelos.

–¿Es que los has conocido?

Fikret sonrió de manera misteriosa.

–¿De dónde te crees que me he sacado esta historia? ¡De nuestros primos del Mar Negro, por supuesto! Ahora ¡agárrate, Nur! ¿Lista? Este tal Nuri Bey, nuestro bisabuelo, su mujer, su hija Şirin, incluso Meryem la gobernanta, Sadık, el padre de Sadık y demás, ¿sabes lo que eran en realidad?

Me incliné para poder oír a Fikret. Justo en ese instante el teléfono, que había dejado en la mesa, atrajo mi mirada. Había recibido un mensaje. La mano se me fue al teléfono involuntariamente. Era un mensaje de Ufuk. Me incorporé. Un mensaje de Ufuk. ¡Ufuk! ¡De Ufuk! ¡Por primera vez en días! Sentí en la carne y en los huesos lo mucho que le había echado de menos. La mano me temblaba mientras deslizaba los dedos por la pantalla para leer el mensaje completo. Al parecer estaba un poco borracha. De no estarlo no me habría puesto a llorar al leerlo.

«Te espero en nuestra habitación de siempre en el hotel Splendid».

Me levanté guardando a toda prisa el teléfono en el bolso. Me zumbaban los oídos. La cabeza me daba vueltas. Hasta Fikret se preocupó. Se puso en pie.

–No, no me pasa nada, Fikret. Todo está bien. Todo está muy bien. Pero ahora tengo que marcharme. No olvides por dónde ibas. Hablamos mañana. Ahora tengo que marcharme. No, no, todo va bien.

Inclinó la cabeza. Tenía una historia que contar y solo si la contaba se convertiría en algo de carne y hueso. Mi hermano me necesitaba, necesitaba que le escuchara. Pero yo tenía que irme. Ufuk no podía esperar. Me puse de puntillas y le eché los brazos al cuello. Se sorprendió, aunque no se apartó. Al contrario, él también me abrazó por la cintura, muy fuerte. Apoyé la cabeza en su pecho huesudo. Ay, Fikret, ¿a quién tenemos sino el uno al otro? Puede que tuviera razón y para superar la brecha que había entre nosotros e incluso para enfrentarnos a ella tendríamos que desenterrar esta historia de allá donde estuviera enterrada y sacarla a la luz del día. Fuera

cierta o no, creer en una historia sobre nuestros antepasados nos uniría. Lo que él llamaba maldición no era sino la falta de sinceridad que nos teníamos. Nuestro silencio interminable. El ser una extraña, para una misma y para el otro. Sin embargo, ahora éramos capaces de abrazarnos. Y además Ufuk me había escrito. Y yo los amaba. A Ufuk, a Burak, a Fikret… No, a nadie ni a nada. Simplemente amaba. Punto.

Salí del club dando saltitos como una gacela, crucé la calle y subí corriendo las escalinatas del hotel Splendid.

Ufuk me estaba esperando arriba, en nuestra habitación.

32

Cuando Selin se llevó a doña Şirin al dormitorio, aproveché para recoger el salón. Tapé los botes de pintura. Lavé en el fregadero de la cocina las bandejas de mezcla, los frascos y los pinceles. No me era posible poner en su sitio la mesa yo solo. Coloqué las sillas a su alrededor. Quité el hule del suelo. Lo doblé y lo guardé fuera, en la pequeña alacena donde estaba la manguera del jardín. Fui llevando los botes de pintura uno por uno y colocándolos en un estante de allí.

Al salir al jardín oscuro y sin nubes me entró una desazón. De la casa de al lado llegaban las risas de los vecinos. Asaban carne en la parrilla. El viento siempre trae a nuestra parte el humo y el hollín. Sentía seca la boca. No tenía memoria de cuándo había comido por última vez, pero no era que solo tuviese seca la boca, sino todo el cuerpo, como si la sangre se me hubiese retirado de las carnes. Los mayores de allá siempre decían que la muerte trepa por las piernas. Y a mí me dolían las piernas. Me dije que pondría una silla delante de la puerta y me sentaría un poco. Como en los días de antaño. En aquellos tiempos el perro negro de doña Şirin venía y apoyaba la cabeza en mis rodillas. El animal tenía los ojos más oscuros que la noche. Después, cuando el pelo se le puso blanco, seguía teniendo los ojos igual. Comprendí que iba a morir cuando una fina película cubrió aquellos ojos negros. Lo comprendí, pero no evidencié nada a doña Şirin. Le tenía mucho afecto al animal. Es probable que fuese porque lo encontró en un momento en que todos habían abandonado la casa. Nosotros seguíamos llevando nuestra vida como si hubiésemos olvidado el fallecimiento de mi pobre Süheyla. ¡Cómo se va a olvidar semejante dolor! No lo olvidamos, por supuesto. Aquella niña dulce, delicada, atenta se consumió como una vela, se prendió fuego y se aniquiló a sí misma.

Entré en la casa en lugar de sacar una silla a la puerta. La frescura del zaguán me golpeó el rostro. En el fresco del anochecer las cosas huelen de forma particular, un olor que me acaricia la piel. La casa estaba en silencio. En las habitaciones que daban al vestíbulo aún quedaban las voces, las luces del día, los espectros de risas, discusiones, muertos… Cerré las puertas una a una. Doña Şirin duerme en el cuarto que da al jardín. Por ligera que sea su respiración, mis ancianos oídos la oyen. La cocina: limpia. La despensa: recogida. Luego mi pequeño dormitorio. Controlé la puerta que da al jardín de atrás; cerrada. Miré escaleras arriba. ¿Dónde estará doña Nur? Y don Burak tampoco está.

Entré en la biblioteca y encendí la lámpara. Algunas fotografías se habían caído debajo de la mesita frente a la chimenea. Las recogí. Nur y Fikret se balancean en el columpio que atamos a los hierros del emparrado. Sobre ellos cae la sombra de la pobre Süheyla, que se alarga al sol del atardecer. Selin y la señora las estaban mirando esta mañana. Las puse en su caja en la estantería. Qué cosa tan extraña es el tiempo. Parece que fue ayer cuando Nur y don Fikret eran niños. Sin embargo, desde su óptica, aquellos años son el pasado. En cuanto a mi niñez… Acuéstate ya, Sadık, cierra la puerta y acuéstate. De todas formas, doña Nur se habrá llevado la llave. Y, si no la tiene, seguro que se acuerda de la llave de repuesto escondida debajo de la piedra que hay delante de la ventana de la despensa.

Apagué las luces de la biblioteca y cerré bien la puerta. Iba al retrete a lavarme la cara y luego a retirarme a mi cuarto. Pero luego, no sé cómo, me encontré de nuevo en el comedor. Miraba el mural que había pintado doña Şirin a la luz que se reflejaba desde el jardín iluminado de los vecinos. En la oscuridad las montañas eran más altas y los bosques más densos. Los dientes de los mozos que danzaban con fajines rojos en la cintura y las espumas del mar relucían blanquísimos. Doña Şirin había pintado a los mozos a tamaño natural. Justo frente a mí tenía a dos hombres bien plantados. Si les hubiese hablado, habrían contestado. Cuanto más los mirabas, más querías mirar. Estaba claro que la señora le había añadido algún embrujo a la pintura.

Con un dedo rocé las trenzas que se balanceaban a ambos lados de la cabeza de mi madrecita. La pintura no se había secado del todo y debió de marcarse la huella de mi dedo. En la oscuridad no podía distinguirlo. Doña Şirin había iluminado tan bien los detalles de las manos y los pies de mi madre, sus pasos tambaleantes, que no tenía la menor duda de que era ella. Y el hombre que caminaba delante era mi padre. No lo conocí. Mi padre, el de los ojos azules de los dos mozos que danzaban en el primer plano. No lo conocí, pero sé su historia. La sé y no sabía que la sabía. Fui consciente de ellos esa noche. Resulta que el hombre no olvida.

De repente, se abrió la puerta principal. Retrocedí como si mi mano hubiera tocado el fuego. No había oído la puerta del jardín. La lámpara del comedor estaba apagada y había cerrado la puerta. A estas horas nadie entra en él, pero, por si acaso, me acurruqué en un rincón y aguardé. Al otro lado de la puerta oí unos pasos tambaleantes. ¿Doña Nur? Sus pasos son ligeros. Quizás don Burak. ¿Le dieron una llave también a él? Presté oídos por si oía alguna palabra, una risa, pero quien fuese que había venido debía de estar parado de pie en el vestíbulo central. No se oía un ruido. Esperé un poco más acurrucado en el rincón. Escuché los graznidos de las gaviotas que habían anidado en el tejado. Los vecinos de al lado se reían muy alto. El trasiego de platos, escudillas, tenedores y cuchillos llegaba hasta nuestro jardín.

Me puse en pie cuando quedé convencido de que, por fin, la persona del vestíbulo había subido en silencio al piso de arriba. Abrí la puerta del comedor. Por la alta vidriera multicolor se filtraba al zaguán una luz muerta. Fue por eso por lo que en un primer momento no pude comprender lo que veía. Y cuando lo comprendí, un grito involuntario se elevó de mi garganta. En medio del zaguán se encontraba el espectro del difunto profesor Halit Beyefendi. Me agarré del picaporte para no caerme.

–¡Don Halit!

La alta y delgada silueta se volvió lentamente en mi dirección. Creí que el corazón se me iba a salir del pecho.

–¡Sadık! ¿Qué haces ahí?

–¡Don Fikret!

Me apoyé en el quicio de la puerta sin aliento. Era don Fikret. Lo cierto es que no tengo convicciones vanas como la de creer en fantasmas o en pasajes que se abren al pasado, pero al parecer me encontraba influido por la obra y las palabras de doña Şirin. Como no sabía qué podía decir a continuación, cerré la puerta del comedor. Sentía un enormísimo alivio, aunque no habría querido que don Fikret supiese cuánto me había preocupado.

Encendí la lámpara de noche que había sobre la consola a la derecha de la puerta. Me temblaban las manos, pero don Fikret no se dio cuenta. Me pareció que había bebido. Lo comprendí a pesar de mi agitación. Doña Selin había arrojado de una patada sus zapatos al pie de las escaleras. Los recogí del suelo y, mientras los llevaba al armarito bajo la escalera, don Fikret me tomó del brazo. Al mirarle de cerca, lo vi. Tenía los ojos inyectados en sangre y las narices enrojecidas. Giré ligeramente la cabeza a un lado para no evidenciar que percibía el olor a raki de su aliento. ¿Dónde ha estado todo el día, don Fikret? ¿No se lo habrá pasado bebiendo, Dios no lo quiera?

–Sadık, ven, siéntate aquí. Vamos a hablar un poco.

Tiró de mí hasta el sillón junto a la consola del teléfono.

–Don Fikret, bienvenido. Tengo cosas que hacer en la cocina. Déjeme que lo apañe y le subo a su habitación una jarra de agua.

Eran palabras sin sentido. Don Fikret me miró a la cara con ojos vacíos.

–¿Me puedes hacer un café, Sadık?

Me siguió hasta la cocina. Mientras traía el café y el azúcar de la despensa, él se sentó en la mesa en la que Nur ese mismo día se había sentado, después había llorado y luego se había quedado dormida con la cabeza sobre los brazos. Le daba la espalda, pero noté que miraba hacia mí. En realidad, don Fikret mira, pero no ve lo que está mirando. Desde que era chico ha caminado con la cabeza gacha. Está más entretenido con lo que le pasa dentro de la mente que con lo que le rodea. Le miré de reojo mientras cogía una taza de la estantería de la pared a la que estaba pegada la mesa. Estaba sentado con un codo apoyado en el tablero y con la cabeza inclinada a un lado, como si pretendiese oír unas palabras que fueran susurradas

únicamente a su oído. Puse el café y el azúcar en el pucherete y le añadí agua de la jarra que había en la encimera. Desde ahí se oían más las risas de los vecinos. Miré las bombillas de colores que habían colgado de los árboles. Me sentí triste. Ojalá hubiese dejado encendida la luz del comedor al salir. Así, quienes mirasen desde fuera pensarían que doña Şirin y sus nietos celebraban las fiestas como se merecía. Antaño esos detalles eran importantes.

–Sadık, ¿sabes quién es Ioannis de Espiye?

El corazón me dio un salto al oír la pregunta de don Fikret. Para que no se notase que me temblaba la mano, encendí el fogón no con una cerilla, sino con un mechero largo que guardaba en un cajón. Puse el pucherete al fuego. Lo removí despacio con una cucharilla hasta que el café y el azúcar se mezclaron bien en el agua. Carraspeé ligeramente para que se destrabase el nudo que tenía en la garganta. No sé si don Fikret lo tomó por una respuesta. Yo no tenía ninguna que darle. Alzó la voz.

–No sé qué te habrán contado, Sadık. Eres tan discreto que es imposible saber lo que piensas. Muy bien, dame la espalda, no me muestres la cara. Si estás más cómodo, quédate así. Pero escucha lo que te voy a decir. Cambia tanto quién es quién dependiendo desde dónde se mire, ¿lo sabías, Sadık? Nosotros, por ejemplo, te tomábamos por un criado porque te quedabas un par de pasos detrás de nuestra mesa. Nunca se nos ocurrió verlo desde otra perspectiva. Uno no se cuestiona lo que se ha aprendido de memoria como si fuera un poema, ¿no? Especialmente si una sociedad se pone como objetivo conseguir que se olviden los crímenes. O bien una familia. Mirándola con otra lente, la realidad que yo conozco ¿seguirá siendo realidad? ¿O es que creo en una realidad falsa? Nadie piensa en eso. ¿Qué me dices?

Don Fikret hablaba consigo mismo. Seguro que no esperaba una respuesta por mi parte. Por ese motivo, mantuve mi silencio. Dejé la taza sobre la mesa, delante de él. Me llevé el café y el azúcar a la despensa. Regresé al fregadero y fregué el puchero. Lo sequé cuidadosamente y lo colgué de su gancho en el muro. Luego apoyé las manos en el frío mármol de la encimera y reflexioné. Posiblemente mis viejos oídos habían

escuchado mal algunas de las palabras que don Fikret había pronunciado. Sabía quién era Ioannis de Espiye. Mi madre me hablaba de él, cuando estábamos en la cama de noche, abrazados los dos en nuestra choza, conectada por un túnel secreto a la mansión de Nuri Efendi. Ioannis se echó al monte. Duerme mirando las estrellas en el negro firmamento. Lleva a sus espaldas leña y municiones. Consigue que pierdan su rastro en las montañas. Por nuestro lado los montes son muchos y escarpados. Las cumbres están cubiertas de brumas. La gente se oculta en sus cuevas. Devoran a los forasteros que no conocen los caminos.

Don Fikret tomó un ruidoso sorbo de café.

–¿Sabes lo único que no entiendo? Por qué preferiste ser un criado. ¿Por qué preferiste servir a la abuela? ¿Porque no te veías como un igual a ella ya que tu madre había venido del pueblo? Ellos eran los de la gran mansión. Los ricos de Maçka. Vosotros, del pueblo. De Espiye. Pero vuestros padres superaron esas diferencias. Se hicieron amigos. Luego tu madre te envió a Estambul con Şirin para que estudiaras. Esperaba que entraras como oficinista en la fábrica de zapatos. ¿Por qué dejaste los estudios? ¿Por qué te rebajaste así, Sadık?

De repente la cabeza me dio vueltas. Me tambaleé. Retrocedí dos pasos. Me agarré a una de las sillas de madera puestas bajo la mesa. Me zumbaban los oídos. No sé rezar. Los niños del colegio. Recita la profesión de fe. Bajadle los pantalones a ver. Me arrinconan. De no haber salido el maestro al jardín en ese momento, de no haber tocado el silbato… Se me aflojaron las piernas. Don Fikret se puso en pie de un salto y me sentó. Sirvió un vaso de agua de la jarra y me lo dio a beber con sus propias manos. Hasta ese minuto preciso no había notado lo profundamente sediento que estaba. La respiración se me hizo más regular. Don Fikret se había asustado; arrodillado ante mí murmuraba:

–¡Ay, Dios! ¿Estás bien, Sadık? Bien, olvídalo todo. Mírame. Levanta la cabeza y mírame, Sadık. Te he agotado. Te he dado una tunda sin necesidad, con la hora que es. Pero he oído tales cosas en el lugar al que he ido, que no he podido reprimirme. Te hemos cansado mucho entre todos. Te hemos cansado sin necesidad, injustamente, Sadık.

Vista así de cerca, cuánto se parecía la cara de Fikret a la de la pobre Süheyla. Los mismos ojos castaños, almendrados, como entrecerrados. La mirada temblorosa, inquieta. Que no ven lo que miran. Pero ¿qué es lo que ven? Traté de decir algo para que no se preocupase por mí, pero no me salió nada de la garganta aparte de un gemido incomprensible. Entonces me puse en pie, con dificultad. Fikret me sujetó del brazo. Cruzamos el *hall*. La casa silenciosa. Cuánto silencio. Abrí la puerta del comedor. Encendí la luz. Luego fui hasta la mesa, que seguía fuera de su sitio, retiré una de las sillas y me senté.

Fikret se quedó petrificado delante de la pared. Estuvo así un rato. Luego, muy despacio, como si un poder mágico hubiese tomado posesión de sus miembros, pasó la mano por el mural, por los montes con las cumbres cubiertas de brumas, por las plantas de ramos de flores moradas, por el mar espumeante.

–Puede que la pintura no se haya secado del todo, don Fikret. Su abuela…

–¡Ioannis de Espiye! –señaló con el dedo a uno de los jóvenes pintados a su mismo tamaño–. Este, este hombre es él, ¿no, Sadık? ¡Dime la verdad! ¡Es tu padre!

Asentí. Don Fikret estaba muy excitado. Le había vuelto la luz a los ojos. Según miraba la pintura se iba emocionando más y corría de acá para allá por delante de ella diciendo «pero esto es increíble, es un milagro, es tal, es cual». En cuanto a mí, no me quedaban fuerzas para nada. Mis huesos, aplastados bajo un peso enorme, se estaban desintegrando. Nunca más podría levantarme de aquella silla. Aquella tarde Azrael había venido a mi cuarto a por mi vida y luego se había arrepentido, pero ahora no se iría sin terminar su trabajo.

El dedo de don Fikret se detuvo sobre el otro mozo.

–Y este es Haralambos, ¿no? Haralambos de Maçka. El mejor amigo de Ioannis. Su hermano de sangre. Estudiaron juntos en el Frontistirio de Trebisonda. Después, obligado, a la fuerza, mediante amenazas, se pasó a los turcos y, con su nueva identidad de musulmán, tomó el nombre de Nuri Efendi. El padre de la abuela.

De nuevo solo pude asentir con la cabeza. Era incapaz de hacer cualquier otra cosa. La señora había pintado de tal manera a aquellos dos mozos que, ahora lo comprendía, quienquiera que los mirara con atención vería en sus caras el rostro de doña Şirin y el mío. La señora era un auténtico genio. Fikret iba pasando a lo largo de la pared, tocando y describiendo las montañas, el monasterio, las lágrimas de los nietos junto a sus abuelos muertos en el destierro… Sabía tales cosas, las describía con tanto detalle que aquello no podía ser sino el pasaje al pasado del que hablaba doña Şirin.

–Ioannis y Haralambos. Dos muchachos, rumíes del Ponto. El año que terminaron el bachillerato, Trebisonda pasó a manos de Rusia. Y ellos se echaron a la calle de alegría porque por fin se proclamaría un estado independiente del Ponto. No sabían que el Gobierno otomano ya había vaciado los pueblos rumíes de la zona occidental del Mar Negro y que sus habitantes, desterrados a las montañas, morían por los caminos de enfermedades, de frío o por los ataques de los partisanos. La familia que Ioannis tenía en Espiye también fue desterrada a las montañas. Mucho después, cuando nadie podía impedirlo, Ioannis supo que sus padres habían muerto porque habían contraído el tifus en el camino. El exilio de los rumíes del Mar Negro solo se conoció mucho más tarde. O nunca. Cuando los rusos se retiraron y abandonaron Trebisonda a su suerte, Ioannis regresó al pueblo. Encontró casas saqueadas y quemadas y a María, la hija de un vecino, que había salvado la vida ocultándose en la iglesia. La refugió en la mansión de Maçka de Haralambos y se unió a los milicianos del Ponto en las montañas. Lucharía contra los partisanos, contra los gendarmes, contra los militares, contra cualquiera que le saliera al paso, para oponerse a los atropellos que habían sufrido sus padres y su pueblo. Un guerrillero romántico… ¿A ti te dice algo todo esto, Sadık?

Cerré los ojos. Pensé en mi madre acostada abrazada a mí. No creía que mi padre hubiese muerto. Decía que volvería. Le preocupaba que no pudiese encontrarnos con nuestros nuevos nombres y a veces lloraba. Cuando regresase, no viviríamos como siervos en un cobertizo en el jardín de la mansión de Nuri Efendi. No tendría que hacer de doncella de la señora

para pagar la deuda de gratitud contraída con Nuri Efendi. Tendríamos nuestra propia casa. Mi padre bajaría de las montañas. Esperaba a que terminase la guerra y se pusiese fin a los destierros. Pero la guerra había terminado hacía mucho y se había desterrado a quienes se iba a desterrar. Yo lo sabía, incluso siendo un niño, pero mi madre no se lo creía. Decía que cuando llegase el momento bajarían de las montañas y pasarían al ataque, que no había que dar importancia a que de momento estuviesen en silencio. A mí me daba mucha pena porque la verdad era que no quería separarme de Şirin. Era feliz en la mansión de Nuri Efendi. No comprendía qué quería decir «siervo». Como le había visto hacer a mi madre, de noche, ya tarde, encendía una vela ante el espejo y rezaba para que mi padre no pudiese encontrarnos con nuestros nuevos nombres. En el túnel oculto que unía nuestra pequeña choza con la casa principal había muchas velas encendidas. Pero mi padre nunca regresó con nosotros.

Don Fikret entonces tocó a la gente que se apiñaba ante el muro de la mansión, cubierto por glicinas moradas.

–Aquí están, amenazando a Haralambos. Los partisanos. Las partidas que servían de instrumento a los generales. Fueron a su casa. Delante de él desnudaron a su hijita Sofía. Decían que se la llevarían. Por aquel entonces, las chicas rumíes eran vendidas a las casas de los notables. También podían matarla y tirarla al río. O podían hacerle cosas peores. ¡Qué bien pintada está la desesperación del padre! Puedo sentirla cuando lo miro. No puede hacer otra cosa. Se enfrenta a la inevitabilidad del destino en toda su crudeza. Haralambos no tiene otra posibilidad. Dirá a los soldados que le sigan y les llevará a la cueva donde se esconde su amigo del alma. Salvará a su hija. Y no solo a su hija, sino también a su esposa y a la esposa de Ioannis, que se ocultaba en su mansión y que estaba embarazada, y, por lo tanto, también te salvará a ti. ¿O no, Sadık? Haralambos les cambiará el nombre a todos, tu madre se convertirá en Meryem; él tomará el nombre de Nuri, que, como Haralambos, está relacionado con la luz; su hija Sofía será Şirin. Los militares turcos mantendrán la palabra dada y, si se convierten en musulmanes, quedarán exentos del intercambio de población, él, su familia y los trabajadores de la casa. Así fue como, mientras decenas de miles de

cristianos morirían miserablemente en los caminos, Nuri Efendi y la gente de la casa permanecerían en la mansión en Maçka. Cuando tú nacieras no habrían dejado ni una iglesia en la que pudieran bautizarte. Ebrios de victoria, quemarían y saquearían hasta el hermoso monasterio de Sümela. Los curas que salvaran la vida huirían tras enterrar los más valiosos iconos con la intención de desenterrarlos años más tarde. Haralambos el de Maçka, por otro nombre Nuri Efendi, solo aguantaría vivir con esa carga diez años más, ¿no? Cuando tú tuvieras diez años se pondría un arma en la cabeza y se volaría los sesos. Ante la mirada de todos vosotros.

De repente cesó el zumbido de mis oídos. Abrí los ojos. Un silencio similar al que cayó sobre la mesa después del estampido del máuser de Nuri Efendi había caído en el siempre ululante interior de mi mente. Fue un instante muy breve. El lapso entre el estampido del fusil y que el cráneo abierto de Nuri Efendi cayese sobre el plato que tenía delante partiéndolo en dos con un chasquido, justo por el medio. Caía una llovizna gris. Las ventanas se habían llenado de vaho por el calor de la estufa, borrando el pinar de fuera. Acabábamos de terminar el desayuno. Doña Şirin hablaba del cura y el icono que encontramos por casualidad en las ruinas del monasterio. En los platos quedaban huesos de aceituna y en la mesa cortezas de pan, el resto del fiambre y un trozo de queso blanco. Mi madre cayó de rodillas cuando se inclinaba para rellenar un vaso de té del samovar al oír que había venido un cura. Hacía años que por allí no pasaba ninguno. Seguro que era un buen augurio. Rezaba una oración de gracias con el vaso de té tintineando en la mano. Estaba convencida de que había llegado la hora en que mi padre descendería del monte.

–A Ioannis lo torturaron y lo descuartizaron, María –dijo Nuri Beyefendi en ese momento–. Dieron de comer su carne y sus huesos a las alimañas del monte. No esperes en vano. Fui yo quien lo entregó, a mi amigo, a manos de los verdugos. Que Dios Todopoderoso me perdone mis pecados.

El estampido del fusil. La señora cerró los ojos y se tapó los oídos. El vaso cayó de manos de mi madre y se hizo pedazos, derramando el té humeante por el suelo. Yo lo vi todo desde el rincón en el que estaba

echando un leño a la estufa. Lo único que se me escapó fue en qué momento la señorita se puso en pie y vino hasta mí. Solo cuando la cabeza de Nuri Beyefendi cayó partiendo el plato en dos y mi madre aulló «¡MENTIRA!», solo en ese momento comprendí que tenía en la mía la mano helada de doña Şirin. La mano que había en mi palma estaba fría como el hielo, pero por las sienes de la señorita, que ardían rojas como ascuas, caían dos gotas de sudor. Nos encontrábamos de pie delante de la estufa. Tiritaba. Apreté su mano con la mía. Con la otra me habría gustado taparle los ojos. Y también me habría gustado decirle lo siguiente: «No temas, señorita. No tiembles. Yo te libraré de todo mal mientras me dé de sí la vida. No tengas miedo, doña Şirin. Yo me pasaré la vida entera a tu vera, detrás de ti, siempre listo. No consentiré que vuelva a pasarte nada malo».

¿Cómo podía explicarle todo aquello a don Fikret?

No podía.

Incliné la cabeza y yo también guardé silencio.

33

Iba a embarcar cuando mi mirada se cruzó con la de Ufuk. Estaba entre la multitud que asaltaba las pasarelas de madera desde las puertas recién abiertas. Se quedó sorprendido al verme. Se le notó en la cara. Me molestó. No porque fuera Ufuk, sino porque me disponía a sentarme a solas junto a una ventana, a contemplar cómo la noche caía sobre el mar, a meditar sobre la historia de Fikret y a decidir qué era lo que sentía por Nur. De hecho, me habría fastidiado bastante encontrarme a cualquier conocido entre la gente que estaba subiendo al vapor.

Nuestras miradas se cruzaron. Ya no había manera de escapar. Viajaríamos juntos. Ambos somos lo bastante civilizados como para no hacer lo contrario. Mientras subíamos hombro con hombro las escaleras a la cubierta superior, cruzamos una charla insustancial. ¿A Estambul? Sí, ¿tú también? Sí, claro, yo también. No voy a pasar la noche en la isla de Heybeli. Esto último lo dije para mí mismo.

Nos sentamos atrás, en la parte descubierta. En la zona de popa que los viejos llamaban «de lujo». En el tenso silencio que se estableció entre los dos estaban suspendidas en línea las preguntas que no nos atrevíamos a formular. Los motores se pusieron en marcha. Soltaron las amarras. Retiraron las pasarelas. Ufuk murmuró algo. Me incliné para oírle. Ufuk es de esos que hablan muy bajito y muy suave.

–Yo pensaba que esta noche ibas a quedarte en la isla.

Ahí tenía una primera información. O sea, que estaba al tanto de que me habían invitado al cumpleaños de Şirin Hanım y que la noche anterior la había pasado en su casa.

–Sí, iba a hacerlo, pero luego surgió una noticia urgente. Vuelvo para llegar a tiempo de cubrirla.

Tampoco podía considerarse una mentira. Tenía una historia estupenda entre manos. Una nueva cara de Şirin Saka, descubierta cuando faltaba un día para que cumpliera cien años. Mañana por la mañana me levantaría temprano y empezaría a redactarla. O incluso esa misma noche al llegar a casa.

Ufuk asintió con la cabeza. Parecía triste. Oculta por la barba rubia, tenía la cara, ya de por sí larga y delgada, más larga todavía. La mirada continuamente ensimismada. La tensión se había instalado entre nosotros como un iceberg. Contemplamos el paisaje de la isla, más hermoso según se alejaba el barco. Al virar el cielo al azul marino, se iban encendiendo luces en las ventanas de las mansiones. Nos ofrecieron unos tés, que aceptamos, aunque dejando el azúcar en la bandeja.

Bien, ¿por qué estaba Ufuk en la isla? ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué regresaba a Estambul? ¿Había visto a Nur? Seguro que sí. No habría venido a la isla a respirar un poco de tranquilidad. Había venido a ver a su esposa. ¿Y después? Después pasó algo y decidió regresar. Pero yo había hablado con Nur justo antes de embarcar y no me dijo nada de que hubiera visto a Ufuk. En realidad, no lo habría dicho. Yo lo habría entendido. Nur no había visto a Ufuk. Ufuk había venido y luego se había arrepentido y regresaba.

–¿Tú por qué vuelves? Espero que no sea por nada malo. Mañana por la mañana celebran el cumpleaños de Şirin Hanım.

Me miró a la cara de tal forma que tuve que girar la cabeza avergonzado. Lo sabe todo. El cabo de Dil, cubierto de pinos, se extendía hacia mar abierto y en la colina de San Jorge se encendió un faro. Ufuk lo sabe todo. Lo sabe y está hecho polvo. De repente, me dio pena la situación de ellos dos. Por un lado, Nur hecha un desastre. Necesitada de cariño, de comprensión, de un hombro en el que apoyar la cabeza. Por otro, este hombre cabizbajo. Su separación me dolía en el alma. No obstante, cuánto había querido que se separaran. Y desde el día en que se conocieron. Había esperado que Ufuk fuera uno de esos amantes de los que Nur creía estar enamorada, pero con los que luego se moría de aburrimiento. No, no lo esperaba, estaba convencido. Nur no volvería a enamorarse. Estaría muy cerca, pero no lo conseguiría. Hasta cuando me dijo que iba a casarse con

Ufuk, pensé que simplemente estaba llevando aquel amor de sainete al escenario de los treinta años. Se separarían. Se divorciarían porque Nur no sabía lo que era estar enamorada. Yo no conocía a ninguna otra persona que fuera tan incapaz de dejarse caer en los brazos del amor estando tan sedienta de él. Al final regresaría a mí porque comprendería que el amor que buscaba lo había vivido desde un primer momento conmigo. Ella sentía tan bien como yo la existencia de ese vínculo inigualable que existía entre nosotros, pero no era capaz de comprender que el amor que buscaba en otros cuerpos se encontraba en el mundo que había dejado a sus espaldas. Algún día lo comprendería. Yo la esperaría.

Hasta hoy.

–Ufuk, ya sé que no me corresponde a mí, pero, si me lo permites, me gustaría decirte algo.

El vapor se estaba acercando a tierra. Ufuk dejó el vaso vacío de té en la repisa detrás del asiento y se volvió hacia mí. ¡Qué mirada tan clara la suya!

–Nur…

No sabía cómo decírselo. El tiempo se me agotaba. Íbamos en paralelo al espigón de Heybeli. El faro que tenía delante estaba encendido. Por la parte interior paseaban algunos veleros.

–Ufuk –susurré mirando las escalinatas en zigzag de la Academia Naval–, no sé qué ha pasado entre vosotros. Lo único que sé es que Nur está muy triste.

Volvió la cara. El agua entre el barco y el muelle estaba lisa como el cristal, calma, de un azul oscuro. Los restaurantes que se alineaban en el puerto entraron en nuestro campo de visión. Comparado con Büyükada, aquello estaba silencioso y tranquilo. Ojalá Ufuk y yo saltáramos del barco, fuéramos a una de esas modestas tabernas iluminadas con bombillas de colores, nos tomáramos unas copas y luego nos contáramos todo lo que no nos habíamos dicho… Si lo soltáramos todo…

El vapor se aproximó a Heybeli. Lanzaron las amarras en medio del estruendo de los motores. Abajo ondeó la multitud que se acumulaba tras las rejas del muelle esperando el momento de asaltar el vapor tan pronto como se abrieran las puertas.

–Ufuk, bájate aquí –dije a toda velocidad–. Dentro de nada llegará a Heybeli la motora de Bostancı. Cógela y regresa a Büyükada. Nur te necesita. Aunque ella no lo exprese, créeme. Ahora mismo tiene más necesidad de ti que nunca. Vuelve con ella.

Ufuk miraba el Seminario Mayor ortodoxo construido en la colina cubierta de espesos pinares de Heybeli. Miraba y no decía nada. Se abrieron las puertas. Los domingueros corrieron al vapor con el ansia de coger sitio. La puerta de popa se abrió y se cerró varias veces dando golpetazos. Tenía que hablar rápido. Si Ufuk iba a desembarcar tendría que ponerse en marcha de inmediato.

–Ufuk… Nur se encuentra insoportablemente sola. Te está esperando. A cada instante, a cada segundo, tiene la mirada en el teléfono esperando una señal tuya.

Por fin se volvió hacia mí. En su rostro había un dolor conocido. De repente lo comprendí. Creía que el niño que Nur había abortado era suyo. Quién sabe, puede que lo fuera. ¡Quién podría probar lo contrario a estas alturas!

–Si Nur te ha hecho daño, que sepas que no ha sido porque te quisiera ningún mal –continué a toda velocidad–. Se comporta así porque no sabe qué hacer con su propio dolor. De pura soledad y desesperación. Ufuk, como amigos que somos desde hace tantos años, te pido por favor que la perdones. Ahora mismo tiene mucha necesidad de ti. Más de lo que te podrías imaginar. Por favor, vuelve con ella.

Los motores se avivaron de nuevo. Ufuk se puso en pie y me apretó el hombro. Por un breve instante cruzamos la mirada. Creo que nos sonreímos ligeramente. Luego apartó la mano de mi hombro y se dirigió a las escaleras. Desde mi asiento en la cubierta de popa vi que saltaba al muelle con sus largas piernas al mismo tiempo que recogían las amarras. Esperé para ver si se daba media vuelta para mirarme. No. Echó a andar con la cabeza gacha, entró en el edificio del puerto y desapareció de la vista.

¿Y después?

Después me mudé.

Me mudé a un ático pequeñito en Cihangir desde el que se veía ligeramente el paisaje del cabo de Palacio. Era la casa de un periodista al que conocía y que se veía obligado a salir del país. Quería dejar con alguien el gato y los muebles. Además, dijo, así podría quedarse en el piso cuando viniera. Lo dijo un poco sin esperanzas y otro poco con desesperación. Quienes se iban no volvían. La mayoría porque no podían. Se les revocaban los pasaportes. O bien no venían por miedo a que en el momento en que entraran en el país los detuvieran y se los llevaran esposados de mala manera. Le dije a mi desesperado compañero que yo podría hacerme cargo del piso. No tenía pensado mudarme, pero luego, en el momento en que me salió de los labios «Yo me quedo con el piso; de hecho, quería alejarme de Kurtuluş», comprendí que era un cambio que realmente deseaba desde hacía mucho tiempo. Marcharme de la casa en la que vivía desde los diez años para mí significaba una nueva vida. Gracias a ello, me libré de todos los muebles de los que no había podido deshacerme desde la muerte de mi madre porque no encontraba el momento. Repartí entre familiares y amigos todo lo que había en la entrada. De Kurtuluş solo me llevé al piso de Cihangir el chal que había sobre el sillón.

Fikret vino a ayudarme en la mudanza. Intentó que aplicara el principio de la alegría, que acababa de aprender, y que empaquetara en cajas distintas lo que era para tirar, para vender o para llevar. Al mirar un objeto, al tocarlo, al oír cómo suena, si no sientes alegría, apártalo de tu vida. Los cientos de bolsas de plástico, gomas elásticas y cintas que mi madre guardaba por si hacían falta, y los apuntes de la universidad, los cuadernos y los recortes de periódico metidos entre los libros que yo conservaba por si algún día los usaba, gracias a dicho principio fueron todos a parar a los cartoneros. Aunque tiré la mayoría de mis CD, conservé todos los casetes según el principio de la alegría. Tenía dos de la compilación *Recuerdos 9*. Al principio me dio vergüenza. ¡Había comprado no una, sino dos copias de aquel álbum que a las chicas les encantaba y del que los chicos nos burlábamos! Fikret cogió uno de los casetes y sonrió. Ambos sabíamos que todas las canciones de la compilación eran versiones grabadas *a posteriori* en un estudio de Turquía por conocidos artistas locales. El recuerdo

compartido de los años de estrecheces de nuestra juventud nos hizo sentirnos más próximos. A veces la coincidencia de edad es un vínculo más fuerte que el familiar. Le regalé un casete a Friket.

Fue durante la mudanza cuando él empezó a insistirme en que fuéramos juntos a Maçka. Era mediados de verano. El número especial de «Retratos» que había publicado con ocasión del centésimo aniversario de Şirin Saka había despertado un increíble interés. Junto a la entrevista a Şirin Hanım, escribí tal cual la historia de la que Fikret se había enterado en Maçka. Hablé largo y tendido del suicidio del padre de Şirin Saka, en realidad rumí del Ponto; de Sadık el mayordomo; de su padre, que había combatido contra los partisanos turcos en las montañas del Mar Negro; de Meryem la gobernanta y de aquella familia que había renunciado a su identidad para no ser arrancados de su tierra, aunque mantenían sus devociones de manera subterránea. La verdad es que se trataba de una historia impresionante. Sobran las falsas modestias: si le añadimos la proximidad emotiva que sentía por la familia, me salió un buen reportaje. Pero que el artículo despertara un interés como nunca me habría esperado no se debió ni a mi estilo poético ni al fresco descrito como «obra maestra de última hora» de Şirin Saka.

El texto que envié al periódico con el título de «Enfrentarse al pasado a los cien años» se publicó un sábado a mediados de julio en que hasta los niños se habían quedado en casa por el calor. Selin me mandó unas fotografías del cumpleaños que tomó con su teléfono nuevo, con una lente capaz de enterrar en el cementerio de la historia cualquier máquina fotográfica. Junto con el texto, mandé también al periódico un retrato de Şirin Saka y una foto del fresco que había creado en una sola noche. La tercera fotografía era para mí. Los miembros de la familia me rogaban que permaneciera sin publicar. Me reí. En este mundo en que puedes encontrar cualquier imagen con un movimiento del dedo, ¿de quién vais a ocultar la cara? Bajé la foto de alta definición a mi ordenador y la amplié.

La familia posaba alineada detrás de la mesa dispuesta para el té en honor del centésimo cumpleaños de Şirin Saka. En el papel protagonista, una tarta de crema y guindas que se elevaba como un palacio en medio de

los bizcochos, las pastas, los *éclairs*, los pastelillos de miel y los vasos de té humeantes. No estaba por la labor de contarlas en la foto, pero Selin me explicaba en el correo electrónico que la tarta tenía exactamente ciento una velas rodeando cada uno de sus tres pisos. Y, a un lado de la tarta, Şirin Saka. Estaba sentada delante de su última obra maestra, el fresco de la pared, con el aire de una emperatriz. El pelo fino y cano recogido con peinetas de hueso y con los labios pintados de un rosa anacarado. Llevaba puesta una blusa de seda azul claro, cuya calidad se notaba incluso en la fotografía. Miraba muy seria al teléfono, colocado en la mesa para que hiciera la fotografía en automático. Como si no fuera consciente de que toda aquella celebración se hacía por ella.

Al otro lado de la tarta, en un extremo estaba Selin, que había ajustado la cámara del teléfono a diez segundos y luego había corrido a su puesto tras la mesa, abrazando a Fikret con los dos brazos. Fikret apoyaba la mejilla en la cabeza de su hija. Junto a Fikret, Nur. Y junto a Nur, Ufuk. Nur cogía del brazo a Ufuk. Amplié la imagen. Acerqué los ojos de Nur. Ligeramente hinchados y un poco enrojecidos. El verde destacaba bastante. Agotada pero en paz. En las pupilas una ligera expresión de rendición que solo yo podría comprender. Nur tiene en los ojos, si no la propia felicidad, sí su promesa. Toqué la pantalla con la punta del dedo. Fue como si Nur parpadeara.

Zoom out.

Lo más sorprendente de la fotografía era la sonrisa en el rostro de Sadık. Ligerísima, apenas perceptible, pero sin duda ahí estaba. Y, quizá más sorprendente que la sonrisa –o quizás no–, que Sadık no está detrás, cerca de la puerta, sino que se sienta en medio de la mesa, al lado de Şirin Hanım. Las manos de ambos están una junto a la otra sobre el mantel blanco. Arrugadas, venosas, cubiertas de manchas. Entre ellas, un cuchillo para cortar la tarta.

Suponía que mi reportaje despertaría interés, pero no tenía ni idea de hasta qué punto iba a poner el dedo en la llaga sin pretenderlo. Ese sábado hacia mediodía me habían llegado al correo electrónico cerca de cien cartas de lectores. Al anochecer, el número se aproximaba a las doscientas. El

reportaje se compartía en las redes sociales a una velocidad increíble y recibía cientos de comentarios. Continuó así durante días. Lo que les había ocurrido a esos amigos que fueron los padres de Şirin Hanım y de Sadık el mayordomo no era nada extraordinario; de cada palmo de aquella tierra brotaban historias similares. Había bastado con que excavara un poco la superficie. Los nietos de abuelos que, como Nuri Bey, el padre de Şirin Saka, habían sido rumíes del Ponto y luego habían cambiado de nombre, o les habían obligado a cambiárselo, o de abuelas que no hablaron otra lengua que pontiaka hasta el día de su muerte, ahora escribían sus historias y me agradecían que hubiera sacado el tema a relucir. Yo estaba perplejo.

Prácticamente todos los correos electrónicos venían de la región del Mar Negro. Desde criptocristianos que continuaban con sus devociones a escondidas hasta otros que vivían en aldeas ardientemente musulmanas donde solo se hablaba pontiaka, cientos de personas decían que en realidad su identidad era otra. Gente que se había visto obligada a ocultarla, que nunca le había podido contar la verdad a sus hijos. Con el ansia de integrarse en la sociedad, habían criado a las generaciones posteriores más nacionalistas que nadie, más devotas que nadie. Parte de esos hijos y nietos que habían descubierto la verdad habían acudido a los tribunales y hasta se habían cambiado el nombre consiguiendo un certificado del padrón.

Algunos, que habían oído mi nombre no sé cómo, me escribieron desde Grecia. Me pedían ayuda para que encontrara a parientes de los que habían perdido el rastro, niños que se habían escondido en casa de los vecinos durante el intercambio de población,[7] abuelos desaparecidos por el camino, bebés perdidos cuyas madres deliraban pronunciando sus nombres hasta el momento de su muerte… En cada historia se entrecruzaban de manera inevitable la crueldad y la desesperación y yo, sin saberlo, había entreabierto la tapa de una olla que hervía burbujeante.

En uno de esos días de calor infernal en que recogíamos la casa de Kurtuluş, Fikret me propuso que voláramos juntos a Maçka y que fuéramos por los pueblos de los alrededores para hablar con la gente que se había puesto en contacto conmigo asegurándoles que mantendríamos sus nombres en secreto. Con eso podría hacer una serie de artículos. Era una herida

todavía abierta. Estaba claro que todo el mundo tenía una historia que contar. Y, de hecho, me gustaba hablar con la gente mayor. Al ver que dudaba, añadió que él también vendría conmigo. Les había dado su palabra a sus primos, descendientes de la madre de Şirin Saka, aunque de padre distinto.

La redacción del periódico no acogió la idea con tanto entusiasmo como Fikret. El artículo que publiqué como retrato de Şirin Saka ya se había desviado de su objetivo y podría ser usado como instrumento de determinados proyectos de carácter político. Sin la menor duda, el asunto poseía características que podían ser usadas como propaganda. Aunque yo hablara con buena intención con la gente, ellos podrían utilizarlo para malos propósitos. En estos días era más necesaria que nunca la unidad de la nación, etcétera, etcétera.

Fikret se disgustó al oír que renunciaba a la serie de artículos, pero no insistió. Solo apuntó que, si yo quería, podía hablar con Ufuk porque, si pensaba en redactar como libro aquel proyecto, lo publicaría encantado. Pero en ese caso tendría que dimitir del periódico. Le contesté que lo dejáramos por el momento. Los correos electrónicos siguieron durante un tiempo y luego fueron haciéndose más escasos.

Un atardecer a finales de verano me topé con Nur en la Cuesta Italiana. La había visto por última vez en el muelle de Büyükada, justo antes de subir al vapor. Habíamos guardado silencio desde entonces. Ella intentaba arreglar lo suyo con Ufuk. Yo me sumergí en la escritura. Ambos necesitábamos tiempo para reiniciar nuestra amistad desde un nuevo punto. Nuestra amistad estaba herida. La relación había sufrido no solo por lo que ella había hecho, sino también por mi insistente anhelo, por la testaruda convicción de que Nur solo podría encontrar el amor conmigo. Con todo, sus cimientos eran firmes. Era un organismo con genes saludables. Si le concedíamos tiempo, sanaría y seguiría viviendo.

Nur subía desde la parte de Tophane. Al verme en la esquina de la calle Batarya, sonrió. Estaba morena y descansada. Apoyé la espalda en el edificio que hacía esquina y la contemplé mientras se acercaba. Detrás de ella el sol iba descendiendo y bañaba en una luz dorada los tejados, las

torres y el agua. No nos abrazamos. Simplemente nos quedamos parados frente a frente. Aquella ligera paz que había notado al ampliar la foto que me envió Selin ahora se extendía de manera evidente por todo su rostro. Los ojos le brillaban como dos esmeraldas.

–Así que te has mudado. Que sea enhorabuena.

Señaló con la cabeza la calle Batarya, en cuya esquina nos encontrábamos. Así que tenía noticia de a qué calle me había mudado. Fikret y ella hablaban de mí. Seguro que también sabía el eco que había tenido el reportaje que escribí sobre Şirin Saka. Por poco que siguiera las redes sociales tenía que haberle llamado la atención. ¿Acaso podía escapársele una noticia relacionada con su familia? Pero no había dicho ni mu. Ni me había llamado por teléfono ni me había mandado un mensaje. Puede que el artículo no le gustara. Tampoco le hacía ninguna gracia la manía de Fikret de sacar a relucir los secretos familiares.

Llevaba una carpeta enorme bajo el brazo.

–Lo has terminado muy rápido. ¿Es la novela del ricachón?

La noche en que vino al piso de Kurtuluş me contó por encima que estaba escribiendo una novela histórica para un empresario adinerado.

–No, no lo es –inclinó la cabeza y sonrió mirando el suelo–. No es un encargo.

–¿Cómo? ¿Y qué es?

–Mi propia novela.

–¿Qué me dices, Nur? ¡Por fin! Me alegro mucho. Cuéntame de qué va.

Seguía mirando al suelo, seguía sonriendo. Su retraimiento despertó mi curiosidad. La brisa que soplaba desde Tophane le rozó el corto pelo haciendo que le revoloteara en la nuca. Levantó la cabeza. Se le habían enrojecido las mejillas. Forzándose un poco, me miró a los ojos.

–No quiero hablar de ella antes de publicarla, Burak. No la ha leído nadie aparte de mi editor. Ahora iba a encontrarme con él, en el Café 6.

Aquello me sorprendió.

–¿Cómo? ¿No la va a publicar Ufuk? ¿Tienes un acuerdo con otra editorial?

–Sí.

Esa sí que era una noticia importante. Cuando me dijo el nombre de la editorial me alegré aún más. Había conseguido algo grande.

–En ese caso, te felicito por partida doble, Nur. Esta vez los críticos tendrán que tenerla en cuenta, ¡seguro que sí!

Me arrepentí en cuanto lo dije. *La mercería*, la primera novela de Nur, era como un hijo muerto a tierna edad. No hablábamos de ella. Actuábamos como si nunca se hubiera escrito porque cualquier atisbo de que había existido recordaba su muerte.

Pero Nur se rio de mis palabras:

–¿Sabes, Burak? Ya no me importa nada si los críticos tienen en cuenta este libro ni si lo analizan en revistas antipáticas de puro serias. No sabría responderte si me preguntaras por qué lo he escrito. Va a sonar un poco a Fikret, pero digámoslo así: tenía que escribir. Tenía que dar este paso. Y lo he dado. Sin ningún objetivo.

–Has hecho bien. Estoy impaciente por leerlo. ¿Tiene un título definitivo?

–Sí, pero lo verás cuando salga.

Nos dimos un abrazo al despedirnos. Aspiré el aroma a sol de su piel. Nur estaba bien. Feliz. La paz y la satisfacción emanaban del cuerpo que tenía entre mis brazos como una ligera bruma. La dejé. En el colmado de la esquina compré pienso para el gato y para mí un sándwich de atún y volví a casa.

El piso de Cihangir es diminuto. No es posible estar de pie donde baja el techo. Por ese mismo motivo, la ducha no está montada en el baño, sino en un rincón del dormitorio. Al principio me resultó muy raro, pero ya me he acostumbrado. El arquitecto que la puso en el dormitorio también abrió en la pared de la ducha un ventanuco. Mientras te duchas ves los tejados y, más allá de los tejados, el mar. Cuando paso al otro lado de la encimera en la cocina abierta, por ejemplo, cuando lavo lechuga y tomates para una ensalada, puedo contemplar cómo pasan los barcos por el angosto trocito de mar que se ve por la puerta del balcón. Entre que un vapor entra en mi campo de visión y sale de él pasan cinco o seis segundos. El cabo de Palacio, en cambio, está fijo. El gato que mi amigo, el dueño del piso, me

dejó en la esperanza de regresar algún día se me enreda entre las piernas mientras pico la lechuga en esa cocina con vistas a una rajita de mar. Es un macho tristón, blanco y gris. De cachorro lo atropelló un coche y cojea de una pata. Nos hemos acostumbrado el uno al otro. Cuando pongo la mesa en el balcón viene a sentarse conmigo.

Pero esta noche no estoy solo. Tengo una invitada. Espero a Selin. A ella tampoco la he visto desde los días de fiesta en Büyükada. Después de la celebración del cumpleaños de Şirin Hanım se fue sola de vacaciones con la mochila al hombro. Plantó la tienda en calas lejanas donde los teléfonos no tenían cobertura y fue a la isla de Castelórizo con unos jóvenes australianos que conoció en Kaş. Y de allí, a otras islas griegas. Se ha pasado dos meses viajando sola. Acaba de regresar. Quería venir a darme la enhorabuena por la nueva casa. Qué amable eres, Selin, le dije por teléfono. Y me contestó que, bueno, para eso era de los pocos antiguos pónticos que quedaban. Sospecho que fue a las islas griegas, algunas de las cuales ni aparecen en el mapa, y se quedó tanto tiempo en ellas con la esperanza de encontrar algo sobre su identidad recientemente descubierta. O quizás por algún otro motivo. Puede que un amor. Cuando venga lo sabré. Además, mientras estaba de viaje compuso dos canciones y quiere que las escuche. Una de ellas se llama «Cuartos de pensión». La otra «Mesa de desayuno».

Mientras la esperaba llamé por teléfono a la casa de Büyükada. Llevo un tiempo queriendo saber cómo anda Sadık. ¿Habrá leído el reportaje? ¿Qué le habrá parecido? ¿Cómo hay que interpretar su silencio? Con los pitidos sonando en mi oído mientras esperaba que respondieran, me pareció oír los timbrazos del viejo teléfono verde sobre la consola del enorme vestíbulo resonando en el vacío. Bastante rato después me llegó al oído el «Dígame» silbante y nervioso de Sadık. El pobre se alegró al saber que era yo quien llamaba.

–¿Cómo voy a estar, don Burak? Sentado mano sobre mano. Todos se han ido. La casa está silenciosa. Doña Şirin está bien de salud. Anduvo un poco cansada por todos los que han venido durante el verano a ver la pintura de la pared, pero ahora se encuentra mejor, gracias a Dios. Recortamos del periódico el artículo que escribió. Lo pegamos aquí mismo,

en el espejo de la consola donde está el teléfono, don Burak. Selin nos lo leyó. Pero no es suficiente y en ocasiones doña Şirin se pone las gafas y lo leemos de nuevo de cabo a rabo.

–Muchas gracias, Sadık. Me alegro mucho.

Se produjo un silencio. Como, por carácter, Sadık no es de los que hablan sin que se les pregunte, empecé yo:

–¿Van a pasar el invierno también en la isla? ¿No van a volver al piso de Moda?

–No, don Burak. Estamos bien aquí. Vienen la mujer y los hijos del jardinero y se encargan de la compra y de nuestros asuntos. Ponen leña a la chimenea aunque no es necesario. Don Fikret instaló radiadores en la casa. Funcionan con gas natural y con eso nos calentamos. La chimenea la encendemos por el espectáculo. Gracias a Dios, tampoco pasamos hambre. No nos falta de nada.

Se me encogió el corazón al imaginarme a dos ancianos centenarios sentados en la biblioteca, frente a la chimenea. Sadık debió de leerme el pensamiento al otro extremo de la línea porque dijo:

–Don Burak, usted no se preocupe. Después de recoger la mesa del desayuno, nos ensimismamos contemplando el cuadro que doña Şirin pintó en la pared. Pensar en el pasado es algo muy hermoso. Y más hermoso todavía es vivirlo una y otra vez gracias al cuadro que uno tiene delante. Nosotros hemos pasado la edad de leer. Nuestros ojos no distinguen las letras, pero usted siga escribiendo, don Burak. Escriba para que la gente pueda leer sobre el pasado y volver a vivirlo una vez más. No podemos volver a vivir de nuevo, pero podemos revivir la vida leyendo. No se preocupe por nosotros. Estamos bien, don Burak. Estamos bien.

Me quedé un rato en el balcón después de colgar. Sadık tenía razón. No podemos volver a vivir de nuevo, pero podemos reescribir el pasado. Y aún había más. Para mí, escribir era incluir en la vida no solo el pasado, sino también el presente. Escribir era sumergirse en el meollo de la vida. Darle la vuelta a las pérdidas. Mientras no te zambullas en el meollo de la vida, no podrás librarte de tu vacío interior.

Continuaba teniendo el teléfono en la mano.

Una gaviota que se posó en la baranda del balcón miraba la mesa ya puesta. El gato, sentado a mis pies, se puso en movimiento. En ese momento tomé la decisión.

Iría a Maçka.

Y de allí a otros pueblos, a las montañas, a las ciudades. Prestaría oídos a las historias de quienes me habían escrito cientos de correos electrónicos y traería al presente su pasado lleno de secretos. Tendría que dimitir del periódico, pero, de todas formas, aunque no dimitiera cualquier día me iban a echar. Durante un tiempo podría apañarme con el alquiler del piso de Kurtuluş. No escribiría una serie de artículos, sino un libro. El que quisiera podría reconstruir el pasado, o bien podría volver al principio y leerlo una vez más.

Marqué el número de Fikret. Aspiré profundamente. Mientras esperaba que contestara contemplé los vapores entrando y saliendo por el trocito de mar que se veía desde mi balcón.

Notas

1. La «Isla Grande», la mayor de las islas Príncipe, en el mar de Mármara, junto a Estambul (N. del T.).

2. Hanım y Bey son los títulos de respeto tradicionales que se usan habitualmente para mujeres y hombres (como señora/señor) (N. del T.).

3. Mientras los personajes más jóvenes usan los términos de respeto tradicionales (Hanım, Bey, Efendi), como sigue siendo habitual, Sadık emplea otros puestos de moda por la República (Bay, Bayan), pero con el nombre en lugar del apellido, lo que suena muy extraño al hablante turco medio. Sadık habla «raro» en general; con un vocabulario antiguo lleno de voces otomanas, lo que puede ser propio de las clases populares de Estambul y de las personas mayores, pero también de las minorías como las que frecuentaban las islas Príncipe (N. del T.).

4. Se refiere a las revueltas juveniles del año 2013, que se centraron en el parque Gezi de Taksim (N. del T.).

5. Forma de lenguaje infantil en la que se añade «-ga», «-ge», «-gi», etc., a cada sílaba: «sígilagabaga», por ejemplo (N. del T.).

6. Los versos son del poeta Metin Altıok, que murió en 1993 en el incendio del hotel Madımak de Sivas, provocado por fanáticos de la ultraderecha religiosa (N. del T.).

7. En 1923, tras la guerra greco-turca y el Tratado de Lausana, se produjo un intercambio de población entre Turquía y Grecia basado en la religión que afectó a más de un millón y medio de personas: los ortodoxos fueron enviados a Grecia y los musulmanes a Turquía (N. del T.).

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
Notas

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
Notas